





LAS MUJERES
CUENTAN



LAS MUJERES CUENTAN

XI CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES



GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL



Conselleria de Benestar Social
Hble. Sra. Angélica Such Ronda
Consellera de Benestar Social

Imprime: Centro Especial de Empleo IVADIS

Primera edició: febrer, 2011

© dels textos: les autores

© de la present edició: Generalitat Valenciana, 2011

ISBN: 978-84-482-5516-9

Dipòsit legal: V-0833-2011

Sumari

Introducció de la Consellera	9
Conferència	
Diez años de <i>Las mujeres cuentan</i> , por Marta Salvador Vélez	11
Primer premi	
<i>El baile de la memoria</i> , de Elisa Molla Saval	23
Accèssit Associacions	
<i>Sobre lo que se tarda en hacer una maleta</i> , de Stella Manaut Roca	37
Accèssit Lliure	
<i>Flaire de violetes</i> , de Merxe Guillen Poveda	47
Finalistes	
<i>El xalet dels afores</i> , de M ^a Carmen Antich Brocal	67
<i>La primavera de Timisoara</i> , de Teresa Coll Sanmartín	83
<i>El don de Dora</i> , de Carmen Cubas García	99
<i>Un corazón roto</i> , de Patricia Fernández Jiménez	119
<i>La última carta</i> , de Charo García García	129
<i>Más muerta que viva</i> , de M ^a Teresa García Valera	137
<i>Princeses anònimes i algun príncep destenyit</i> , de Clara Gil Fortuño	145

<i>La niña triste que sonreía</i> , de Trinidad Guirado Molina	161
<i>Elvira</i> , de Ana Isabel Huerta Triguero	169
<i>Ballant la dansa del ventre</i> , de Ana M ^a Iborra Asencio	183
<i>Opositando a...</i> , de Ana Isabel Jiménez Fernández	205
<i>La Princesa Beduina</i> , de Eli Llorens Perales	217
<i>Lejos de casa</i> , de Jurate Lupeikaite	243
<i>Ocho historias prestadas</i> , de María Remedios Más Sellés	261
<i>Aquellos ojos negros</i> , de M ^a Dolores Navarro Cayuelas	275
<i>Recordando a mi amiga</i> , de Natividad Pla Garrote	291
<i>Pequeño homenaje a la feminidad de un parto</i>	
<i>en consciencia</i> , de Noemi Poblador Bermejo	297
<i>Las necesidades de las mujeres</i> , de Amparo Romero Ranz	307
<i>La llave</i> , de M ^a Ángeles Salas Moneo	321
<i>Cómo ha cambiado la vida</i> , de M ^a Clara Teruel Ávila	333

Un año más presentamos la publicación *Las mujeres cuentan*, que contiene los relatos ganadores y finalistas del XI Concurso Literario de Narrativa para Mujeres del pasado año 2010.

Este Concurso fue creado con el fin de dar un cauce de expresión a la creatividad literaria de las mujeres de nuestra Comunitat y ha contado en esta edición con la participación de 222 relatos, lo que demuestra el alto interés que genera la convocatoria y el acierto de esta iniciativa institucional.

Con este premio y con la publicación de *Las mujeres cuentan*, desde la Conselleria de Bienestar Social pretendemos estimular la producción literaria de las mujeres y descubrir nuevas voces con un timbre y un punto de vista propios.

La calidad literaria, los sentimientos y las vivencias que se plasman en los relatos incluidos en este volumen, conforman un todo que nos permite tener una visión global del mundo interior de las mujeres, un ejemplo del empuje de las mujeres para hacer oír su voz literaria, romper esquemas, salir del anonimato y hacerse presentes en el mundo de la cultura.

Este premio existe gracias a las mujeres que participan en él, porque sin su dedicación y su ilusión no tendría lugar, y al esfuerzo realizado por cuantas personas han participado en esta iniciativa, lo que refuerza la disposición y ánimo de la Conselleria de Bienestar Social para seguir desempeñando este tipo de actividades y apoyar la labor de tantas mujeres que buscan abrirse camino en el vasto panorama de las letras valencianas.

Deseamos que la lectura de este libro sirva para reafirmar el compromiso que desde la Generalitat tenemos en la búsqueda de la igualdad efectiva.

Mi enhorabuena a las galardonadas, a las finalistas y a las participantes en general, animándolas a continuar alimentando su espíritu creativo para la satisfacción de quienes tenemos ocasión de leer sus obras.

ANGÉLICA SUCH RONDA
Consellera de Bienestar Social

Conferència



Diez años de *Las mujeres cuentan*

por Marta Salvador Vélez, escritora y periodista

HACE ahora dos años que yo me encontraba ahí delante, donde estáis vosotras, muerta de nervios, como sé que también lo estáis muchas, esperando que mi nombre fuera pronunciado como ganadora del primer premio del Certamen de Narrativa para mujeres de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad. Aunque Elisa ya me lo había confirmado por teléfono, no me lo podía creer todavía. Eso fue en 2008, cuando gané el primer premio por mi relato «Antes de tiempo».

Desde entonces, puedo decir que mi vida ha cambiado. De alguna forma el premio fue para mí un hito que marcó un antes y un después. ¿Por qué? Porque dejé de pensar que lo de escribir era solo para otros con más talento y comencé a creer que yo también podía hacerlo. Y lo único que hace falta para conseguir una meta es creerse capaz de alcanzarla. Una vez que yo me lo he empezado a creer, los demás también: tengo un blog de relatos, realizo conferencias y dirijo una empresa de asesoría lingüística y cultural a través de la que llevo a cabo talleres de escritura creativa, de lectura en voz alta, clubes de lectura... y, además, estoy acabando de escribir mi primera novela... Todo ello gracias al premio de Bienestar

Social. Diréis: «antes también habrá hecho alguna cosa, esta chica». Pues sí, pero antes no era más que una periodista que se moría de ganas de ser escritora, y sus miedos y vergüenzas no se lo consentían. Y por eso me presenté al premio, para ver si algún día me hacía escritora de verdad. Y a la tercera vez fue la vencida. Por eso, también os digo que no desistáis si no conseguís una mención a la primera: hay que ser insistente porque vamos aprendiendo por el camino.

El tema principal del relato con el que gané en 2008 era la dificultad que tenemos las mujeres, aunque también los hombres, en poder conciliar la vida laboral y familiar, sobre todo, pero también trataba del amor, de la maternidad, de esta sociedad que se empeña en luchar contra el tiempo... Pero ante todo, la voz de esta protagonista es una voz crítica, anticonformista con el rol que las mujeres desempeñamos en esta sociedad y que nos obliga a ser y estar siempre perfectas y solícitas.

Ésa es también la voz que se descubre en todas esas protagonistas y secundarias que aparecen en los relatos de los diez volúmenes ya de *Las mujeres cuentan* publicados hasta ahora. Los temas, aparentemente, son los de siempre: el amor, el desamor, la soledad, la conciliación de la vida laboral y familiar, la maternidad, la dependencia, la enfermedad, pero, en la mayoría de relatos de mujeres publicados hasta ahora se detecta un reclamo, una protesta, un alzar la voz, una reivindicación de un nuevo papel de la mujer en nuestra sociedad.

La voz de *Las mujeres cuentan* es una voz en femenino, pero no en singular, es una voz en plural. Se habla de casos concretos, pero se habla mucho de género. La mujer habla de las mujeres. También es una voz aguda, no solo por los tonos propios de nuestro género, sino porque pincha ahí donde duele, y porque acierta. Es una voz que suspira *sotto voce* porque nos cuenta cositas dulces antes de dormir; pero también una voz que suena *forte* cuando se requiere, constante y contundente.

Entre los temas que tratan las mujeres es uno recurrente el Alzheimer donde la mujer, sobre todo, desempeña su rol de cuidadora, como por ejemplo en el relato ganador del libro que tenéis entre las manos, el décimo de *Las mujeres cuentan*. Se titula «Vida en unos zapatos viejos», de Magdalena Pecino, y nos habla de una pareja que tras muchos años de convivencia, debido a esta enfermedad, parece que ahora viven en universos distintos. Él solo habla de una chica joven con la que está obsesionado y no quiere quitarse, por nada del mundo, sus zapatos viejos. La voz de la mujer termina así el relato: «Te hablo como si me entendieras. Quiero creer que me escuchas y que comprendes lo que digo y que eres capaz de sentir todo el amor que siento por ti, aunque no me contestes, aunque solo hables de esa chica, aunque no me mires ni me nombres, aunque no recuerdes que me llamabas niña y yo a ti mi general, aunque no te acuerdes que la primera vez que nos vimos fue en la zapatería y que aquel día te vendí esos zapatos que hoy están tan viejos como nosotros.» Descubrimos al final que siguen viviendo en el mismo universo, en el mismo

amor de siempre, pero ahora lo hacen de forma aislada, sin comunicarse.

Otro de los temas que vemos en este volumen diez, y también en los anteriores, y que se repite con frecuencia entre los relatos de mujeres, es el de esas relaciones amorosas, pocas veces entendidas, de mujeres viudas que quieren rehacer sus vidas. En algunos casos, como en el Accésit d'Associacions también de este volumen diez, titulado «Dos maletas sin estrenar», de Concepción Castellote, el propio hijo de la viuda echa a perder la relación. En cambio, en el Accésit Lliure titulado «Miniaturas», de Ana Añón Roig, los sentimientos de una pareja de mujeres mayores sobreviven incluso después de la muerte de una de ellas.

Pero dentro del volumen diez de *Las mujeres cuentan* también encontramos joyas como «El bany de la princesa», de Susana Mefford. En este caso, la inmigración se convierte en un tema de denuncia: «La vulnerabilitat que produeix la pobresa extrema és major entre les dones. Les dones tenen fills i filles que mantenir, de vegades pares i mares vells als seus països d'origen. La desigualtat que patim té el seu reflex més patètic en la prostitució, en les xarxes negres i apegaloses de l'abús a les més dèbils. [...] Molt a prop de ma casa viu una princesa petita, molt petita. Ella no viu a un castell, no. Viu al quart pis d'un club de carretera, amb sa mare. Viuen ben segures, tancades darrere una reixa doble, de dues claus. A la princesa li diuen Sara, i Sara vol dir princesa.» Un claro ejemplo de

denuncia poética, de esas que pinchan donde le duele a esta sociedad tan machista, todavía.

Uno de los relatos que más me ha gustado, en el volumen nueve, es el *Accésit d'Associacions*, titulado «Croquetas», de Gemma Membrives. En este relato corto pero intenso, su protagonista, otra mujer de ochenta años, retoma su libertad, precisamente, cuando muere el marido. Es otra historia más de dominio masculino con un grito final de independencia y libertad.

El Alzheimer, como ya he comentado, aparece con frecuencia, como en «La memoria trasladada», de Antonella Abatilli, en el volumen nueve, donde se trata al mismo tiempo la enfermedad del olvido y la emigración. De hecho, las migraciones comparten protagonismo con los malos tratos, los conflictos bélicos, las violaciones... Pero también la amistad y la homosexualidad, sobre todo entre mujeres, como el primer premio del sexto volumen, «Una faldilla roja a plecs», de Teresa Ruiz: «Mai no em vaig casar. No sentia cap atracció pels homes i no en va haver cap dels que se'm van acostar que em despertara res semblant al que em feia sentir la Julia... Jo només era una jove amb sentiments indecents, indecorosos i criticats per tothom».

La guerra civil española está también muy presente, como ambiente o como tema principal de muchos relatos de estas mujeres que cuentan, y entre las luchas de estas mujeres está también la necesidad de que las dejaran estudiar y trabajar de

forma independiente de la familia y, sobre todo, de los maridos.

Los temas tratados por las mujeres en estos últimos diez años también están de acuerdo con las preocupaciones y las modas sociales y de los medios de comunicación, temas como la anorexia o la violencia machista, incluso los que terminan en asesinatos de mujeres en manos de sus parejas.

En cuanto a la anorexia, quiero destacar un relato muy bien contado por parte de Virginia Ballester titulado «Pacient 302: Susana. Diagnòstic: Anorexia nerviosa», en el que se adivina un tono esperanzador dentro de esta grave enfermedad: «Jo havia passat una malaltia molt seriosa i sabia de sobra que qui m'estimara ho havia de fer coneixent realment la Susana que s'amagava darrere aquell cos que, lluny dels cossos ideals i irreals que ens volen vendre a les revistes i a la televisió, era un cos preciós. Perquè tots els cossos ho són.» No solo esperanzador sino que trata de animar a la autoestima general, sobre todo la de las mujeres que, como ya mos comentado, son las que más sufrimos los corsés que nos impone la sociedad patriarcal y materialista.

Encontramos también en diez años de relatos –madre mía, diez años, se dice pronto– distintos estilos y formas narrativas: desde los históricos, poéticos o fantásticos, donde predomina, con creces, el monólogo interior, algunas veces en forma epistolar, como el ganador del séptimo volumen de Llum Quiñonero titulado «Las sombras del horizonte».

Aunque nuestras mujeres también utilizan el humor para denunciar. Encontramos un ejemplo divertido en el volumen ocho, *Accésit d'Associacions*, titulado «Si yo fuera un hombre (una reflexión)», de Vanesa Gloria Pérez de Baños: «Otro de mis problemas que no me deja ser feliz es que no utilizo una ciento diez, ni siquiera una cien. Lo reconozco, tengo una ochenta y cinco y además, lo que es peor y lo que me aleja de todas las tendencias es que no me planteo pasar por el quirófano para que me aumenten las autoestimas.»

Además, durante todos estos años el concurso de relatos de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad se ha mostrado como una plataforma intergeneracional en la que se oyen voces de todas las edades y, en muchas ocasiones, la voz madura sirve de reflexión para las generaciones más jóvenes. De hecho, también escuchamos narradores infantiles y es curioso que quienes sufren el Alzheimer son hombres, y la mujer, como hemos comentado antes, se queda en el rol de cuidadora. También hay ocasiones en las que el narrador, siendo masculino, cuenta la historia de una mujer, casi siempre, fascinante.

Hay un símbolo que aparece bastante y es el viaje, sobre todo en tren, como instrumento para la superación de las situaciones que muchas de esas protagonistas sufren. Mujeres jóvenes o mayores que necesitan escapar de esa rutina para saber quiénes son y qué es lo que necesitan. También en el Volumen Ocho y con un tono muy poético Ester Antón nos habla, en «Billete de ida y vuelta», de una mujer que busca su

libertad huyendo de todo: «Berta se sintió sola, pero no más que se pudo haber sentido en su casa los últimos años, esperando resultar visible y querida, aunque fuera por un momento, un instante que durase lo mismo que un beso o una sonrisa».

E incluso en estos relatos se habla de la propia escritura, como en el volumen ocho, «Confesión a una madre», de Consuelo Ayala: «Cómo escribir, madre. ¡Escribo todo cuanto sale de mi conciencia! Todo cuanto me rodea me inspira, lo bueno y lo malo también.»

Esta última cita me permite enlazar con mi última reflexión, y es que, como os he comentado antes, yo conseguí el premio a la tercera, y entre las dos tentativas y la definitiva habían pasado varios años en los que no había dejado de formarme. ¿Y cómo se forma alguien para ser escritora? Pues asistiendo a los talleres de escritura que ahora soy yo quien ofrezco. El objetivo principal de un taller literario es proporcionar unas técnicas literarias a quienes ya tienen interés por la escritura creativa. Además, la escritura es un medio óptimo para canalizar frustraciones y fijar metas y expectativas, y también ayuda a liberar el estrés.

De hecho la idea de la convocatoria de este concurso literario surgió de las participantes de los talleres de animación a la lectura que desde el año 1995 organiza la Biblioteca de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad. Las participantes sugirieron si era posible que se creara un premio

para ellas, se planteó la posibilidad a la directora general de entonces y así nació el Concurso de Narrativa para Mujeres en el año 2000.

En concreto, los talleres literarios entre mujeres son una plataforma para que se escuche la voz de las mujeres, esa voz de la que hablábamos antes, muchas veces invisibilizada bajo otra voz masculina y patriarcal que, tras un falso género neutro, menosprecia la existencia de la mujer como narradora, como ser independiente del hombre que vive, sueña y piensa por sí misma. En estos talleres muchas mujeres encuentran la forma de expresar sentimientos o vivencias al vencer la barrera de la vergüenza y la desconfianza de sus capacidades, como también os he confesado que me pasaba a mí.

Es cierto, y a la vista está por el número de participantes en estas ediciones del concurso de relatos de la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad, que a muchas mujeres les gusta escribir, lo que pone de manifiesto la enorme necesidad de «decir cosas» y de sentirnos escuchadas que tenemos las mujeres. Lo que se cuenta en todos estos relatos son las vivencias personales y las opiniones de muchas mujeres tantas otras veces silenciadas. Y termino con «Paula se despierta», primer premio del volumen ocho, de Eva M^a Albiol: «Pero a Paula hoy se le ha olvidado tomar las pastillas. Ahora, con los ojos cerrados bajo el sol, titubea todavía un instante. Pero apura primero el té, y sin recoger la taza, va hasta el baño reluciente y tira las cajas a la basura. Sin más. Paula ha decidido no volver a ingerirlas. Y lo ha decidido de repente, en un

momento tan pequeño que cabe en una gota de té prohibido y, por eso, delicioso.» Otra vez la esperanza, la independencia y la libertad tras años de maltrato psicológico. Y otra vez un lenguaje poético para gritar la denuncia.

Gracias por haber venido, por haberme escuchado y por seguir regalándonos estos bellos cuentos de amor y desamor y, sobre todo, de libertad. Muchas gracias, y que sigáis escribiendo.

Primer premi



El baile de la memoria

Elisa Molla Saval

EL jardín es enorme y está bien cuidado. Hace un día espléndido. Josefina reposa junto a la hilera de juncos. La silla de ruedas pegada a la pared vegetal, y los ojos octogenarios, velados por el cristal de una incipiente catarata, fijos en las trepaderas.

«Josefina, ¿quiere que la pintemos ya?»

Es María. Una joven enfermera entrañable que la cuida desde hace tiempo en la residencia, con devoción. Que la ayuda a encaramar la silla por las cuevas y deja que el viento del norte, el mismo que agita los sauces llorones, le acaricie el rostro ya arrugado como un pergamino.

Josefina asiente. Hace un gesto con la mano.

«Espera que me dé un poquito más el sol, Laura. Quiero estar guapa.»

María deposita su mano tierna sobre el hombro de Josefina. Las dos en silencio cómplice, permanecen en el patio con el murmullo de fondo de la rehabilitación y sus juegos.

«Cuando usted disponga la arreglamos.»

Ella sonríe.

Josefina no recuerda cuántos años tiene. Perdió la cuenta. Era hija del estraperlo. Había desprendido telas duras de los camiones, como tantas otras, para darse a los soldados por un filete de carne fresca.

«Llegamos a comer cal de las paredes y corteza de naranja cuando no había nada más.»

María la escucha mientras la peina. Josefina ha sobrevivido a dos guerras. Había sembrado la tierra de hijos muertos. La misma tierra que labraba al amanecer enjugándose las lágrimas. Había combatido a una época sin tiempo, de puchero vacío, bombardeos y escarlatina. O llevado bebés bajo el silbido de las sirenas. Atravesado fronteras clandestinas besando su escapulario. Ahora era tiempo lo que le sobraba en la residencia. Como un viaje trepidante que concluyera en la nada.

Debía ser por culpa de una memoria demasiado ávida y repleta, que las garras del olvido la estaban dejando como a un muñeco inservible:

«Espera que me dé un poquito más el sol, Mariana.»

María está acostumbrada a que le repita las cosas, a que le cambie el nombre, a sus delirios y manotazos sobre las pastillas. Y sobre todo, a su sonrisa. Nunca ha visto una sonrisa tan mecánica y hueca. Josefina elevaba su dedo índice en el aire vaticinando:

«Mañana lloverá.» Porque alberga cierta sabiduría primigenia. Por momentos fugaces recuerda los domingos en el

pueblo, cuando se colocaba entre las piernas una palangana para propinar un golpe certero y seco al cuello de un conejo ante la atónita mirada de sus nietos, que ya bautizaban a los animales, confiriéndoles identidad.

Y el reguero de sangre seca que ella misma retiraba impávida, con la dureza que proporciona el campo. A su marido, Arturo, le gustaba pasar el dedo sobre la película de nata fresca cada vez que Josefina hervía la leche recién ordeñada.

Ella creía haberlo amado con locura.

«No había hombre con su porte en todo el pueblo.» Y tras un breve instante de silencio, añadía... «después vinieron las palizas.»

Y, todavía más tarde, el verdadero amor por aquel soldado de estraperlo, Ricardo, de imponente sonrisa, que iluminaba el mundo con ella.

Arturo llegaba siempre malhumorado del taller.

«Hubo un día en que cayó toda la vajilla de loza, la que mi madre me regaló y pertenecía a mi bisabuela. Toda, de un solo bofetón.»

El estrépito había convocado a un grupo de vecinas curiosas en el descansillo.

«Eran otros tiempos. Una se secaba la sangre del labio partido, se ayudaba de la alacena para incorporarse, y simplemente sonreía. Lo de menos era el motivo. Una sopa dema-

siado caliente o un beso demasiado frío». Y entonces, como por obra de magia, el corrillo de vecinas se rompía, volviendo cada una a sus tareas en silenciosa procesión.

«Entre marido y mujer nadie se debe meter.» Y las puertas se cerraban secundando los refranes.

«Josefina, vámonos que ya empieza a refrescar. No vaya usted a constiparse para el reencuentro.»

¿Qué reencuentro?

Con la misma curiosidad y en cuestión de segundos, Josefina recordaba y olvidaba que iba a reencontrarse con Ricardo. El soldado que fumaba en aquella pipa solemne traída de Suiza en uno de sus intercambios.

Que le mostraba un torso pródigo, detrás de la tela del camión. Parecía que algunos recuerdos se filtraban por la piel, alojándose para siempre en el corazón con la misma perfecta fusión del agua en las comisuras de una roca. Y a una no la abandonaban nunca porque no dependían de la memoria, ni morían con ella. Porque una podía olvidar el nombre de una hija, pero el olor de la piel de aquel soldado, no. Eso era imposible de olvidar.

La oscuridad de los segundos besos, ya menos forzados, los segundos alimentos escondidos en la gabardina, que ella sentía cada vez menos clandestinos.

Josefina llamaba a sus hijos por nombres ajenos cuando iban a visitarla los domingos. Pero podía rememorar con sor-

— | | —

prendente claridad los jadeos de aquel soldado, recordar fechas remotas. Podía revivir con exactitud la tarde en que él la invitó al cine.

Y todavía con el labio hinchado por un golpe de Arturo, le había mentado en la cola: «Me golpeé contra el armario.»

Y la ilusión con la que se puso aquel vestido de flores y se miró una y otra vez en el espejo, como sin reconocerse. Olía a jazmín, a naftalina. A ropa desempolvada de cómoda centenaria. Puso los pies en un balde de agua caliente y se los aseó. Hacía demasiado tiempo que su cuerpo era solo un instrumento de crianza y trabajo. Como un animal dócil, que aguarda su próxima tarea ignorando que existe.

A menudo olvidaba si había tomado tres o cuatro pastillas. Pero podía arrimarse todos los días a cualquier hora al oído de María, agarrándola por el brazo y susurrándole: «¡Cómo me besó! ¡No sabes! Hasta ese día no entendí qué era eso que llaman mariposas en el estómago.»

FUIMOS a tomar un helado y después, hasta la madrugada, bailamos debajo de los farolillos de la plaza, hasta que los primeros cantos de los gallos nos alertaron de que debíamos volver.»

¿Hoy es martes?

Josefina ignora o ya no sabe si olvida también los días de la semana, o los puntos cardinales. Como cuando su nieta,

mofándose con las manos cerca de la estufa, le había recriminado:

«Abuela, ¿es que no sabes que vivimos en el este?

El norte o sur: daban igual los puntos cardinales, los ríos y los afluentes. En su vida había sido más urgente escapar de los cristales rotos, o que un pezón tuviera la leche buena para que los bebés no lo rechazaran en los refugios. En su infancia había tenido un padre de cinturón al que llamaba de usted. Y había que aprender a bordar. Bastaba firmar con cruces.

«¿Para qué vas a aprender a leer si solo escriben mentiras? A las mujeres se os llena la cabeza de pájaros, después os vuelan dentro y eso os impide pensar. Leer es para ociosos.»

Eso le decía su padre, con el ceño fruncido, esperando el estofado.

Por eso, María ha decidido enseñarla a leer y escribir desde hace un año. Por las mañanas, junto al invernadero, las dos sacan sus cuadernillos, y a Josefina le divierte ver cómo María va guiándole el pulso igual que a un niño con admirable paciencia:

«La *a* con la *r ra*, muuuy bien, Josefina. Aprende usted rápido.»

La taza de malta caliente con las pastillas reposa junto al olor de la mina del lápiz y la goma de borrar.

«Vamos, hágalo usted ahora. Ricardo llega en dos meses y no tenemos mucho tiempo para entregarle la carta.»

¿Qué carta, Carolina? María le acaricia la cabeza.

Los sueños es lo único que permanece intacto al olvido. Se escabullen, juegan, se enroscan en él a través de sus tentáculos, desafiándolo, para vencerlo después. El sueño de una carta de amor. La respuesta ficticia de Josefina, que ha aprendido a leer y escribir para fraguar batalla contra la memoria devastada. Justo para responder a las cartas de ese desconocido. Ese desconocido que dice haber estado en el frente con Ricardo y tener noticias de él. Desde hace un año, con pulso firme, María se las lee, y por las noches trata de recabar los recuerdos que le cuenta Josefina.

María reposa en el sillón de su casa. Necesita hacer algo útil con los recuerdos anquilosados de esa mujer. Con las begonias que resguardan esos ojos cristalinos pegados al muro de piedra. Elaborar una mentira piadosa con la que dar respuesta a su mirada perdida en la desbandada de estorninos en el cielo cada tarde. A su interés por los cambio de la dirección del viento o sus nimias preguntas.

«¿Qué hay hoy de comer? o ¿se levantó ya Rosa? Esta humedad debe perjudicarle la artrosis.»

Hacer algo con aquella intensa vida que languidecía, para la que comer había significado amar, y ahora era tan solo un puñado de arroz blanco en una bandeja de latón.

Por eso pide a su marido Alejandro que sea aquel soldado muerto. Revivirlo más allá de la memoria. Mentiras de caramelo que en cada carta relataba:

«Estoy bien. Conseguí pasar a Francia. Ahora vivo en París. Muy pronto nos encontraremos. Prometo ir a verte a la residencia. Tengo muchas cosas que contarte. ¡Han pasado tantos años!»

«Venga, ¿qué color prefiere?»

Josefina sonríe. Mecánica y hueca.

«No lo sé, Elvira. ¿Tú qué opinas? Este rojo, ¿será muy exagerado?, ¿habrá cambiado mucho? Era muy elegante. Pero, mírame, mi cuello parece un acordeón».

La peina. La mueve con delicadeza sobre la silla de ruedas. Le pasa una esponja humedecida por el cuerpo. Hebillas para los mechones que se resisten a caer. Un pañal limpio y perfumado, talco. Y el vestido de flores que reposa sobre el respaldo de la silla planchado, con olor a lavanda. El mismo de aquella noche:

«No creo que me quepa. He engordado en estos años. Me dais demasiada patata.»

«Bueno, no se apure. Entonces le pondremos esta camisa. También lleva flores.»

«Sí, también lleva flores. Me gusta», responde Josefina, complaciente.

«Espera que me dé un poquito más el sol. Quiero estar guapa, Luisa».

Eleva su mentón cerrando los ojos. Parece querer absorber

toda la luz afilada del sol, que le da de soslayo, a través de la ventana.

«¿Lista?»

«Lista.»

Atraviesan el vestíbulo, dejando tras de sí a los otros ancianos ya dispuestos en el comedor, y el ruido de fondo de la tele y los cubiertos. Sorteán con prudencia la pendiente de la entrada principal, que da al exterior. Se abre la puerta metálica, chirriando. Allí, al otro lado de la calle principal, espera Ricardo. Con un ramo de flores y una caja de bombones. Se pasea de arriba abajo, con caminar impaciente.

«Es él. ¿Has visto qué guapo está? Ese traje debe ser de París, sin duda.» Le dice a María.

María la conduce la silla, hasta llegar a la altura de Alejandro. Se contiene las ganas de abrazarlo.

«Hola, Ricardo. Encantada de conocerlo. Josefina me ha hablado mucho de usted.»

Josefina como una niña se lleva las manos a la boca en una mueca de sorpresa:

«¡¡¡Pero si estás igual!!! La guerra no te ha cambiado nada. Toma, te traigo una carta. La escribí yo misma».

«Muchas gracias. Esto es para ti. Margaritas.»

«¡Amarillas! Todavía te acuerdas.»

«Bueno, ¿adónde quieres ir?»

«A tomar un helado y a bailar. Lo malo es la silla de ruedas. Es difícil bailar con ella. Y si suenan las sirenas también será difícil correr.»

«Correremos, Josefina. Correremos. Tú no te preocupes. Podemos bailar en el refugio mientras caen las bombas. La música espanta los males.»

«Sí, tienes razón. Por cierto, ¿qué día es hoy?» Mira su reloj de pulsera, en una muñeca llena de manchas. Los ojos, como ciénagas repletas de musgo milenario, se abren resucitando a la alegría.

Ella eleva la cabeza buscando a María y le sonríe. Por primera y única vez en mucho tiempo, su sonrisa ya no es hueca ni mecánica. Se alejan perdiéndose en las calles colindantes.

«Espero que no nos caiga ninguna bomba después de lo que hemos pasado.» Josefina gira la cabeza y le guiña el ojo a María, que la despide en la puerta de la residencia.

«No regrese muy tarde.»

A través de los árboles hay una bruma persistente que se resiste a desaparecer. El sol se abre paso entre los huecos húmedos, provocando un estallido de luz, rota en miles de líneas centelleantes. La silla de ruedas rompe con su sombra fugaz ese espectáculo, por un segundo.

Se mueven con torpeza en la alfombra de hojas secas que el otoño ha dejado en el pavimento. Ella comienza a cantar. La memoria ha mudado de piel como una serpiente. Se desviste

como ella y muestra sus mejores galas para encaminarse hacia el sueño, lleno de bailes, bombas y besos furtivos. El día parece muy favorable para no olvidar.

María se frota los brazos y cierra la puerta tras de sí.

La desbandada de estorninos sigue el trayecto de la silla de ruedas, cruzando el cielo, como queriendo ser testigo del esperado reencuentro.



Accèssit Associacions



Sobre lo que se tarda en hacer una maleta

Stella Manaut Roca

CUÁNTO tardas en hacer la maleta?, preguntó él tras una noche de «te quiero» que ella nunca había degustado en labios de sus amantes, ni siquiera en labios de su marido.

—Media hora, contestó, convencida de que, ¡por fin!, había encontrado «al hombre».

Dejaría su hogar, tan confortable, tan céntrico. Partiría los bienes. Lo tiraría todo por la borda para vivir, plenamente, aquel romance. Cierto es que la casa de Gabriel era un desastre: retales de otros tiempos; un cúmulo ingente de objetos altamente inservibles. Vamos, la casa de un hombre solo y con pasado. Además le pillaba a mil leguas de su trabajo: carreteras que se cruzan con otras carreteras llenas de coches que ella habría de recorrer día tras día levantándose con el alba. Y, todo, tras contestar a aquella pregunta trascendental de la maleta, cuya respuesta se concretó en esa media hora que la separaría de su vida monótona y cómoda para lanzarla a la piscina de lo desconocido, pero con amor.

Por cierto, él acababa de dejar una relación de años con una buena mujer que «no le comprendía».

«Ahora o nunca...», se dijo a sí misma, a pesar de que su amante estuviera en la ruina más absoluta, en paro, sin sueldo; la casa hipotecada, una deuda de dos años en la comunidad y, como único ingreso, la miseria de una pensión asistencial.

Sí, en media hora haría la maleta y le diría adiós a una vida sin sobresaltos y a un marido que la había acompañado durante los últimos quince años de su vida. En media hora haría la maleta y se enfrentaría a sus lágrimas... ¿Sus lágrimas...? Porque ella, indudablemente, le quería...; no le amaba, pero le quería... ¿Cómo soportar verle tan indefenso ante un hecho consumado?

Rememoró, súbitamente, la imagen de su primer amante, más o menos al año de casada, cuando todavía estaba convencida de que había que decir la verdad. Se sinceró al cabo de tres meses y cinco días de clandestinos encuentros. Él podía haber reaccionado como marido ofendido, sacar el cuchillo del honor y dejarla seca... Pero, no. Se limitó a llorar en silencio... ¡Que arma tan terrible! No pudo soportar su llanto. Prometió no ver más a su amante... ¡y lo cumplió! Luego, vendrían otros, pero ya no dijo nada, por si las lágrimas; esos amantes que fueron quedando aparcados en la cuneta de la vida, más o menos al año del primer encuentro, cuando la gota que cada hombre va añadiendo al vaso de sus manías, acababa por rebosarlo, permitiéndole cortar el cordón umbilical y mirar la situación a distancia, como si no fuera con ella. Curiosa esta reacción precedida por el incendio de los primeros tiempos en que ella se entregaba por entero, inventándose un amor

casi nunca correspondido, mimando cada instante compartido con esa inutilidad de seres llamados varones, siempre decadentes, siempre muy vividos, siempre en la ruina; a veces, violentos, a los que preparaba succulentas comidas, que ella misma compraba; planchaba camisas y pantalones en un intento de poner algo de orden en aquel desastre de casas muertas, sin olvidarse de pasar, de vez en cuando, la aspiradora y el polvo.

Pero ahora sería diferente. Se conocían de antiguo; de la universidad. Autor de cartas anónimas donde le declaraba su amor adolescente. Nunca quiso imaginar que fuera Gabriel quien las escribía, porque no era precisamente su tipo: bajito, gafotas, insignificante... Lo supo en su 18 cumpleaños con la estrategia de uno de aquellos cuadernos de autógrafos. Firmaron todos; Gabriel también. Desilusión. No dijo nada.

Cuando volvieron a encontrarse al cabo de tantos años, cada uno con su enorme carga de vivencias, él le declaró su amor de juventud; ella le confesó que ya lo sabía. Rieron en armoniosa complicidad, mientras cenaban en un restaurante italiano (al que ella invitó, naturalmente). Se tomaron las manos, ya algo ajadas, se besaron; dieron un salto en el tiempo, como si las palabras de amor hubieran prendido en la joven pura e inocente de antaño.

Se citaron en los parques, ahora desiertos por el helor del invierno; pasearon juntos, hablaron, se besaron por todos los rincones. Poco a poco fue creciendo la ternura de años no

compartidos; creyeron en el desperdicio de un tiempo que hubiera sido de «eterno idilio».

Retomando la adolescencia, se habían hecho el amor como tales aquel domingo en que ella desembocó en el caos de su casa de hombre, con la maravillosa diferencia de que en ésta flotaba, por todos los rincones, una sonata para violonchelo de Juan Sebastián Bach.

No necesitó más. Viajaron juntos (pagando ella, claro). Juntos recorrieron (en el coche de ella, como es lógico) ciudades, pueblos remotos (la gasolina la pagaba ella, naturalmente) y retozaron como niños de cama de hotel en cama de hotel (que, claro está, ella misma pagaba).

Se hallaban tan ricamente en aquel hostel frente al mar, arrullándose como niños perdidos, cuando sonó el móvil de él: ¡la ex, acababa de llevar a su madre al hospital!

-Está grave. Tengo que volver, dijo.

-Lo comprendo, contestó ella.

Maletas hechas en segundos; el coche que vuela por la carretera a las cinco de la madrugada. Llegan al hospital y mamá que está algo alterada, pero no tanto: una leve taquicardia.

Vuelta a la desastrosa casa de Gabriel, que ella iba organizando mentalmente para sentirse reconfortada ante el inminente futuro.

Pero, volvamos al principio, a esa noche de sábado en que él, tras un amor triunfal, le pregunta:

— ¿Cuánto tardas en hacer la maleta?

A lo que ella responde:

—Media hora.

Besos, palabras, orgasmos prendidos en la memoria del tiempo y un domingo que amanece radiante. Visita al hospital y «mamá» rebosante de salud. Al día siguiente la devolverían a la residencia de ancianos: una falsa alarma... ¡También es casualidad!

Y vuelta a la casa de Gabriel, donde ella prepara una excelente comida (cuyos ingredientes había comprado el día anterior en un Opencor del barrio).

En plena orgía culinaria —presagio de una orgiástica siesta— llaman a la puerta. Él abre: la ex, la que no le comprendía, entra en escena. Se sienta, les mira y se desborda en lágrimas que empapan la fuente rebosante de chuletas de cordero y patatas fritas.

—¡No puedo vivir sin ti; te amo; soy muy desgraciada!

Llanto dislocado, incontrolable. Él la mira anonadado; ella les mira expectante.

—¡Yo también te quiero... pero estoy enamorado de ella!, exclama Gabriel con una desesperación propia del folletín más empalagoso.

Más lágrimas, más «te quiero» y la incertidumbre de un ser débil atrapado entre la costumbre de años y la mordedura

de Cupido, que dice que no sabe qué hacer y llora y golpea las paredes con los puños.

Ella se queda atónita; espectadora de una situación ampliamente surrealista. Se levanta; mira a la ex; le mira a él y le pregunta:

—¿Sabes cuánto se tarda en hacer una maleta...? ¡Pues, ni más ni menos que dos minutos!

Se dirige al dormitorio que cobijara sus jadeos de amor —ahora sórdido— mete su ropa de cualquier forma en la maleta y sale de aquella casa siniestra, a la que parecía haberla dirigido el destino, corriendo calle abajo con su maleta hecha en dos minutos, seguida por un él, desesperado, implorante.

Llega al coche. Abre rápidamente la puerta, se sienta, cierra todos los accesos automáticamente, coloca con mano firme la llave en el clausor y arranca.

Él se queda atónito y corre un tiempo detrás del coche. Ella le mira por el retrovisor. Toda la magia desaparece en cuando toma la primera curva y enfila la carretera que la conducirá al centro de la ciudad, a su casa de siempre, con su marido de siempre.

¿Qué hubiera ocurrido si la ex que no le comprende no hubiera llamado, desesperada, a la puerta?

Nunca volvió a verle. El amor aparcado tantos años, el que la había conducido a dar un plazo mínimo para hacer la maleta, había durado tan solo dos meses, tres días y cuatro horas,

mucho menos que sus súbitas pasiones con límite máximo de un año de duración.

Y aquel día fue consciente de que una fuerza superior la había salvado del desastre.



Accèssit Lliure



Flaire de violetes

Merxe Guillen Poveda

PIQUEN a la porta. Quan darrere d'una porta tancada hi ha un mort, ningú no hauria de picar aqueixa porta. Qui l'ha tancada no vol companyia i la soledat d'un dol cal respectar-la. La llum de l'únic ciri que queda encés, els altres els ha bufat tots, pampallugueja en el tors nu del crist que presideix la macabra decoració. Ridícula colla de ploraneres falses, les ha fetes totes fora. Només volia restar sola, com sempre, a les fosques, amb el minso resplendor d'aqueixa solitària espelma. Tornen a picar. Ja es cansaran. Sota l'escassa llum la blancor de la mort s'afebleix, però el rictus no muda, roman implacable i recua la sensació de pèrdua, d'abandonament. Encara no ha plorat. No sap si vol fer-ho. Algú li ha posat un mocador a la mà, però no l'ha usat. Tampoc no se l'ha ficat a la butxaca. Ara obre la mà i se'l mira. Decideix usar-lo. Amb parsimònia s'alça de la cadira que l'acull des de fa hores. S'apropa al taüt obert i comença a fregar la boca de l'home amb el mocador. Al principi ho fa amb suavitat, després, a poc a poc, el gest pren força. A la fi ho fa amb fúria, fins que s'adona que és impossible esborrar la ganyota que se li ha glaçat a la cara pel *rigor mortis*. Té als llavis un mig somriure beneït que no s'adiu amb el seu caràcter. Ell. Tan seriot. Tan rígid. Tan fill de puta.

Ara sembla un àngel. Una bona persona. Però ara ella ja no s'empassa l'ham per mossegar l'esquer.

Fou una nit d'estiu, hi havia revetlla a la plaça i tot el poble era allí. La Paquita ballava amb les amigues. Els seus divuit anys acabadets d'estrenar cridaven l'atenció de molts xicots del poble, però només un foraster es va atrevir a traure-la a ballar. Alt, cepat, educat..., li parlà castellà, la tractà com si fos una princesa, amb respecte, ni se li va ocórrer deixar caure la mà avall per a tocar-li el cul o apropar-la contra el seu cos per tal de fregar-se amb els seus pits. La tia Paca no els treia els ulls del damunt. Però ell es comportà com un cavaller i es guanyà la futura sogra. La Paquita s'havia enamorat. L'Antonio anava a sa casa a festejar totes les vesprades que no estava de servei. Atent, dia rere dia li portava una flor. Uns dies una margarida, altres una rosa, un clavell o unes violetes. Aquestes eren les seues favorites. Les deixava en la tauleta al costat del llit i la seua flaire l'agombolava tot la nit, li feia companyia, l'ajudava a somniar desperta, a allunyar-se de la realitat que l'envoltava i l'asfixiava, de l'home que la usava com una nina de drap. Sentia per primera vegada que ja no estaria sola mai més, que a la fi havia trobat algú que l'estimava de veritat. Al cap de dos curts anys de festeig l'Antonio li proposà matrimoni.

-Doña Paca, ya sé que su hija es muy joven y que solo llevamos dos años de relaciones, pero entienda que yo ya he cumplido los treinta.

La tia Paca consentí. Consentí amb gust. Sense consultar-li-ho a l'oncle Tomàs, el pare de la Paquita, a qui no agradava l'Antonio gens ni miqueta, però que dissimulava el seu odi com tantes altres coses es dissimulaven en aquella casa. Una matinada de finals d'estiu, una d'eixes en què l'oratge ja refresca, es casaren i a l'endemà la Paquita ja s'havia adonat que, en aquell piset minúscul de la caserna on els corresponia viure a ells, també estava sola. Que continuava estant sola. Que havia eixit del foc per a ficar-se en les brases. Que el remei havia estat pitjor que la malaltia, i que no hi havia res a fer. La tia Paca sempre cregué que la filla no es mereixia l'home que tenia. És tan atent, tan educat, tan treballador..., i una merda, mare. Però sa mare no se l'escoltava mai. Malgrat tot, era cert, no se'l mereixia.

Ara se sent lliure, encara que no pot esborrar eixa ganyota dolça que la traí. El mira i se sent lliure. I li abelleix fer-se una sopa d'all. Escup l'home a la cara, somriu i se'n va a la cuina.

Després de casar-se l'Antonio canvià o tal volta només es llevà la màscara melosa del festeig o tal volta la Paquita obrí els ulls i el veié per primera vegada tal i com era. Ella esperava la nit de noces amb il·lusió. No tenia por com les seues amigues. Elles no ho sabien però estava avesada al sexe. Aquella nit esperava alguna cosa més. Esperava que, per primera vegada a la seua vida, el sexe fóra acompanyat d'amor. Esperava que el gaudi fóra mutu, que a més de follar-la, l'acaronaren, que, com la flaire de les violetes, l'agombolaren amb paraules dolces, que la besaren als llavis i la miraren als ulls. Espera-

va participar, sentir-se dona i no simplement forat. L'Antonio entrà a la cambra, apagà la llum, la buscà a les palpentes en el llit, li alçà la camisa de dormir, li va entreobrir les cames, li palpà l'entrecoix i la penetrà. Quatre envestides i un *buenas noches, amor*. La Paquita es quedà espaterrada i empastifada. Començà a plorar desconhortada i violentament, sense atur. Singlotava, li faltava l'aire, s'ofegava, no podia parar. Asseguda a la vora del llit es palpava el cos, les cuixes brutes, els pits verges, els llavis secs i als narius la flaire de les violetes que havia deixat a la tauleta de nit.

–Es normal que te duela la primera vez. Es porque eras virgen. Ahora ya eres una mujer. La próxima vez ya no te dolerá. Lávatelo y vuelve a la cama –sentencià l'Antonio gitat de cul a ella, sense ni tan sols girar-se a consolar-la, i afegí: *–Mañana para comer me haces sopa de ajo, vale, amor, que me apetece mucho.*

Tasta la sopa. Li falta sal. Així és com li agrada a ella. Sap que l'Antonio la prefereix més salada. El molt brètol li ho féu saber ben aviat.

La primera només fou una bufetada.

–Francisca, amor, esta sopa está sosa y fría. Acércate.

La Paquita, que seia a taula enfront del seu home, s'alçà i se li apropà.

–Agáchate.

Ella ho féu i ell, sense menejar-se de la cadira, li etzibà una bufetada i li marcà els cinc dits a la galta.

—*Caliéntala, ponle sal y me la vuelves a servir. Y que sea la última vez que me obligas a esto. Date prisa, quiero dormir un poco antes de volver al trabajo.*

Atordida, agafà el plat i, obedient, féu exactament el que ell li havia manat. Esperà drete al seu costat fins que tastà la sopa d'all i, quan veié que estava satisfet, agafà el plat d'ella per tal d'escalfar-lo també.

—*¿Dónde vas? No, tú te la comes así. Que te sirva de castigo, si no, no aprenderás nunca.*

La Paquita callà i es menjà el dinar gelat amb la galta tèbia encara i l'amor propi bullint. De vesprada anà a ca sa mare a cosir i li ho contà. La tia Paca s'escoltà la filla com qui sent ploure:

—D'això no has de fer cas —va ser tota la seua resposta i sentència—, són coses d'homes.

La segona fou pitjor. La maleïda sopa d'all. Com que havia posat l'ou amb el brou ben calent, aquest s'havia cuit, i a l'Antonio li agradava que el rovell estigués líquid.

—*Elegí la más bonita, pero creo que también la más tonta. ¿Es que tu madre no te ha enseñado a cocinar como es debido? Llévate esta mierda de comida y tráeme algo decente ahora mismo. Pero primero acércate.*

La Paquita, resignada, voltà la taula fins a ser al costat de l'home. Ja s'esperava la bufetada i anava disposta a parar la galta, però aquest cop l'Antonio s'alçà de la cadira. L'agafà

pels cabells, l'arrossegà fins a la cuina i allí li remà un parell de bufetades i per acabar la feina d'un cop de puny li féu un ull de vellut.

–*Es que me obligas, Francisca, amor, me obligas* –digué l'Antonio amb disgust a la veu. Després, esdevingué rutina. De vegades venia content:

–*¡Le hemos metido a uno una ensalada de hostias!*

i la Paquita sabia que aquella nit no cobraria, però probablement s'hauria d'obrir de cames per tal de celebrar-ho. Altres cops l'Antonio venia borratxo de ca les xicones. Aleshores només calia amagar-se'n, no destorbar-lo massa i esperar que s'hagués adormit per anar al llit. El costum l'havia ajudat a espavilar-se i ja quasi sabia com dur l'home perquè les pallisses no foren massa fortes ni massa sovint. Tot era qüestió d'agafar-li el puntet. Però de vegades els càlculs li fallaven, com aquella nit, als pocs mesos de casar-se, que quasi la matà. Hagué d'eixir cames ajudeu-me de casa i es refugià a ca sa mare.

–Mare, mare..., tanque la porta, que no passe, mare, que em matarà.

–Però què dius? –féu la tia Paca i tragué el cap per la porta per veure si algú perseguia la filla.

–Si no et ve ningú al darrere. La Paquita, arraulida en terra en un racó, es tapava instintivament el cap amb els braços, alhora que plorava i singlotava. Sa mare l'agafà pels muscles, l'alçà i la sacsà amb força.

—Arrea a casa, no sigues figa. Quin espectacle estàs donant? Les coses de casa s'arreglen a casa i no cal anar donant què parlar al veïnat, que ja xarren prou sense motius. Comporta't com una dona. Au, a casa.

A empentes la féu fora i tancà. La fredor de sa mare i la de la nit la deixondiren. Respirà fons i tractà de tranquil·litzar-se. En el camí de tornada a casa no trobà ningú pel carrer. Ningú que es compadira d'ella, ningú que la consolara. Es palpà el ventre. És que ni tan sols podria tenir el conhort d'un fill?

—Ni això saberes donar-me, cabró. Agafa la cullera i comença a donar-li sopa d'all al mort.

—Està freda, sosa i l'ou està dur. Com a mi m'agrada. I continua cullerada per a ella, cullerada per a ell. Amb les manilles ha d'apropar el plat al taüt cada cop que li toca el torn a ell i a la seua cara cada cop que li toca el torn a ella. Prompte es cansa i torna el plat a la cuina. Altre cop piquen. No en fa cas. Torca la boca de l'home amb el mocador d'abans. La blancor de la pell ha agafat un to verdós. Com el del pare abans de morir, pensa.

L'oncle Tomàs morí el mateix dia que ella parí la Roseta. Tenien un tros de tomatar no massa gran però l'home es queixava que ell sol no donava coll. La tia Paca no anava a l'horta perquè patia de mal d'esquena o això deia ella.

—La Paquita podria vindre a ajudar-me enguany a collir les tomates —amollà un dia l'oncle Tomàs a l'Antonio li semblà una bona idea.

—Eso, eso, que salga y que trabaje un poco, a ver si así se le espabila el cuerpo, que me parece a mi que ni para madre me va a valer.

La Paquita se'n va anar amb son pare a collir tomates. Només anà un dia, més aviat un matí, més aviat mig matí, només fins a l'hora d'esmorzar, fins que son pare, que anava darrere d'ella pel solc no va poder resistir-s'hi més i la agafà pels malucs, li alçà la falda i li baixà les bragues, i allí mateix, enmig del tomatar, li espavilà el cos. Convençuda per experiència de molts anys enrere que era millor consentir-hi que resistir-s'hi, la Paquita esperà que son pare acabara per alçar-se, vestir-se i anar-se'n a casa, sense ni tan sols girar el cap per mirar-lo. Tampoc tornà a dirigir-li la paraula en els nou mesos que li restaren de viure. La tia Paca es creuà amb la filla quan anava a dur-los el dinar, no es digueren cap mot, no calia, la dona pogué endevinar què havia passat en la cara de sa filla. Allò no era nou per a ninguna de les dues. I és que, des que la xiqueta deixà de ser una criatura per a convertir-se en una doneta, l'oncle Tomàs, de tant en tant i cada cop més sovint, deixava la tia Paca sola al llit quan creia que ja estava dormida. Ella, desperta i ben desperta, escoltava els gimecs de plaer de l'home i els crits de pànic de la filla ofegats sota un coixí les primeres vegades i inexistents després, quan la Paquita entengué que no hi havia res a fer i que era millor callar que sumar a la violació l'angoixa de morir ofegada si a son pare se li n'anava la mà amb el coixí. La tia Paca no va saber reaccionar. Incapaç d'assumir cap culpa, optà per repartir-la entre l'home i la filla. A ell el considerà un desviat, a ella una rival enlloc

d'una víctima. Mai parlà amb l'home del tema però no li va consentir que la tocara més. Mai intentà consolar la filla i no tractà d'evitar que tornés a passar. Per a la tia Paca les reiterades violacions de la filla per part de l'home no existien, però tingué cura de controlar les regles de la xiqueta i de gitar-se amb ella sense donar cap explicació els dies més perillosos del cicle. La primera d'aquelles nits la Paquita pensà que sa mare anava a rescatar-la però en passar quatre nits més la tornà a abandonar i ella se sentí per primera vegada sola, completament sola, òrfena de pare i mare i sense ningú a qui encomanar-se. Perquè, a qui podia contar aquelles coses? Un dia, en missa, abans de combregar acudí al confessor. Anava tota adolorida perquè son pare s'havia excedit la nit abans més del què era normal. Per això gemegà un poc en agenollar-se i en Senén li preguntà què li passava. La xiqueta veié una porta oberta i començà a contar-li fil per randa tot allò que son pare li feia nit sí nit no i que sa mare quan ella intentava explicar-li alguna cosa la tallava en sec i no la deixava parlar i que ella tenia molta por i no sabia què fer, perquè no volia continuar pecant amb son pare, que ella sabia que allò era pecat i que..., però el senyor rector la tallà en sec, com sa mare i concloué:

-Què hauràs fet, filla del dimoni, per obligar a ton pare a fer aqueixes coses. I encara li manà a ella complir les penitències i dobles, per ella i per son pare, cada cop que passés allò. De la mateixa manera que no tornà a confessar mai més al senyor rector els abusos de son pare, després d'aquella nit que l'home quasi la matà i sa mare la tirà fora de casa, la Pa-

quita no tornà a queixar-se. Tenia la llicó apresada: estava sola, ni pare ni mare ni home, sola, com al principi, com sempre ho havia estat. La tia Paca no tornà a assabentar-se que el gendre apallissés més la filla. Ni tan sols quan se'n va anar a viure amb ells després de quedar-se vídua. Sabia que passava, però sabia eixir de l'habitació en el moment just per poder ignorar-ho i seguir com si res. Aquell any les tomates es podriren en el tomatar.

-L'aigua de la sèquia, Don Paco, ahir vaig beure en el camp. De segur que duia algun verí. I Don Paco li féu a l'oncle Tomàs un llavat d'estómac que el millorà només uns dies. Després... més dolors, més mals de ventre, més retorçons, més agonies, més vòmits i més caguerols. L'oncle Tomàs que recau, que va a pitjor, que no hi ha manera que alce el cap. L'oncle Tomàs que no menja, que no dorm, que viu en un continu retorçó, que s'aprima més i més i més. Les galtes xuclades, els ulls enfonsats, els pòmuls punxeguts, vèrtex delators d'una malaltia fosca. Les mans unflades, els peus unflats, el ventre unflat, la pell esgrogueïda, deslluïda, tibant, quasi translúcida.

-Paca, que em muir.

-Toca, agonies, pren-te el brou i no digues bestieses. No m'has de donar tu maldecaps encara.

I el Tomàs que calla i es pren el brou entre angoixes, angonies, gemecs i agonies. El brou calent que hauria de reconfortar el cos, que hauria d'acaronar el budells, amansir-los. -Està sentidet de sal, Paca. -Quina dèria amb la sal, que el brou està

com sempre. Deus ser tu, que tindràs mal gust a la boca. Si es bevia un tassó de brou... perbocava tres tassons de bilis. I així dia rere dia. I Don Paco que l'auscultava, li prenia la tensió, li palpava els budells, colpejava el ventre amb dos dits i parava l'orella com si volgués despertar-lo perquè li contara el secret inconfessable d'aquella malaltia que ell era incapaç d'esbrinar i guarir.

—Tomàs, açò sembla que va una miqueta millor. Tornaré demà. Ànim i procura menjar un poquet. Eixien de l'habitació i la tia Paca agafant-se les puntes de la toqueta i encreuant els braços amb la mirada inquisidora cap al metge:

—Don Paco, què té? —preguntava amb estudiada preocupació. Don Paco rodava el cap: —Ai, Paca, cuida'l, cuida'l que se'ns en va. Que quan el cos ho tira tot, queda ben poquet a fer.

Ara me'n vaig a vore ta filla. La Paquita a la fi estava prenyada. L'Antonio més content que *unas castañuelas*. La tia Paca, ni fred ni calor, no li importava massa l'embaràs de la filla. Amb l'excusa de la malaltia de l'home, només anà un parell de vegades a veure la filla. Però l'últim més la cosa canvià.

—Ara me'n vaig a vore ta filla, i esta-te tranquil·la, Paca, que ja té qui la cuide. Avui ve na Rosa, sa mare de l'Antonio, i s'instal·larà amb ells. Així podrà atendre ella la casa i ta filla descansar, que bona falta li fa.

Na Rosa havia vingut d'un poblet de Conca per conèixer la nora i el nét.

—*Madre, ya que está aquí, la enseña a hacer una sopa de ajo como Dios manda.*

A la fi l'oncle Tomàs morí, se'n va anar a l'infern, a l'altre infern, aquell infern on la tia Paca no exercia de dimoni. Un infern menys dolent que el que havia sofert els últims nou mesos. Morí el mateix dia que la Paquita paria una xiqueta de vora quatre quilos amb tota la cara del seu iaio. El darrer alè del Tomàs fou el primer de la *Rosita*.

—*No se ofenda, suegra, la segunda llevará su nombre, i el chico, el mio.* Ni segona ni xic ni res de res. La *Rosita* fou filla única, i fou Roseta per a sa mare, però només quan eren soles.

Piquen, ara insistentment, a la porta. La Paquita no obre. Ja sap qui és, no li importa. Ara és lliure, ningú no li mana què ha de fer. Agafa el tricorni dels peus del taüt i se'l fica.

—Recordes quan va nèixer la Roseta? Sí, ROSETA, què passa? Recordes ta mare i la meua com dos gates maules renyint per quedar-se amb nosaltres al piset? Guanyares tu, com sempre, de tots sempre guanyaves tu.

—*Ay, seña Rosa, que sola maquedao sin mi Tomàs. La casa sem fa tan grande.* La tia Paca s'havia afanyat a plorar davant el gendre i la consogra de com de sola s'havia quedat i de quant falta els feia a la filla i a la néta.

—*Doña Paca, el piso es muy pequeño y mi madre ya nos ayuda.*

—Sí però ta mare haurà de tornar a Conca amb els teus germans, que son fadrins i necessiten una dona que els cuide.

—Tienen una mujer que les limpia y les hace la comida, se las arreglan bien.

Demà més, pensava la tia Paca, les coses ben fetes es fan a poc a poc. Mentre la Paquita, acabada de parir, no volia ni mirar-se la Roseta.

—Es normal, hijo, nos pasa a muchas primerizas. Yo te odié cuando naciste porque fue un parto muy malo, pero luego se nos pasa.

La Roseta plorava desconsoladament, estava morteta de fam. Na Rosa havia eixit a buscar la tia Paca perquè l'ajudés a trobar una dida, perquè la Paquita no volia ni que li arrimaren la xiqueta al pit. Estaven soles a la cambra la mare en el llit, la filla en el bressol. Els pits de la Paquita començaren a rajar llet davant el crit de la Roseta. Li feien mal. Tenia els mugrons erts, adolorits. A la fi agafà la xiqueta i per alleujar el dolor, se la ficà al pit. La criatureta s'agafà com una llepassa als pits de sa mare. Xuclava amb força i la llet li negava la boca. Se l'empassava a glops desesperats, mentre fixava la vista en sa mare sense veure-la, amb els ulls blaus entelats de tots els nadons. La Paquita no volia ni mirar-la però a la fi ho féu. Aquella neta indefensa la necessitava, malgrat fóra per a xuclar-se-la sencera, la necessitava i de cop s'adonà que amb ella al seu costat mai tornaria a estar sola. La Paquita plorà. Plorà tot el que no havia plorat en anys. Quina culpa tenia aquella criatura que a més de ser sa filla era també sa germana? Quina culpa tenia de tenir alhora un pare i un iaio com aquell? A més a més l'oncle Tomàs ja no existia. La Roseta era seua, només seua i ningú li la furtaria. Ningú. Mai. No calgué dida.

—Antonio, quants netets més penseu donar-me, perquè aquest piset se us quedarà xicotet en quatre dies. Al contrari que a mi, que la casa se'm fa tan gran ara que hi visc tota sola... Na Rosa se'n tornà al poble de Conca d'on havia eixit sense ensenyar la nora a fer sopa d'all. La casa de la tia Paca i l'oncle Tomàs s'escripturà a nom de l'Antonio, i tots quatre, l'Antonio, la Paquita la Roseta i la tia Paca, se'n van anar a viure junts fins que la tia Paca faltà tres anys després, ara fa cinc anys.

Al taüt, l'Antonio, amb l'uniforme de gala de guàrdia civil i aqueix somriure seu encisador, llueix com un home bo exhibit amb orgull per la família. Mentre, al costat, en el seu petit taüt blanc, la Roseta jau sota una tapa tancada com si fos un pecat a amagar. Ara, a més de picar amb força a la porta, criden. Que la tomben si volen. No pensa obrir. És lliure, per primer cop a la seua vida és lliure i demà i despús-demà i a l'altre continuarà sent lliure, ho serà per sempre més, fins i tot el temps que haja de passar empresonada. Perquè ara sap que és capaç, que pot decidir per ella mateixa. Trencà les regles, se'n va eixir del guió, actuà.

—Pare, aquesta és la teua pistola? A la cuina la Paquita pelava creïlles per al sopar. — *Rosita*, dóna'm això. Antonio, t'he dit més de mil vegades que no et deixes la pistola per qualsevol lloc.

—*Rosita, dame eso, que con esas cosas no se juega, amor.*

—Com mates els homes roïns, pare? Açò és el galet, veri... La cara de la Roseta desaparegué i el seu cos caigué com un

sac de plom al terra amb la pistola a les mans. Quan el soroll del tret deixà de ressonar al cervell de la Paquita, l'Antonio agafava el cos de la xiqueta entre els braços i l'estrenyia fort contra el seu pit. Cridava. Plorava. Maleïa. Ella li manà que la soltara, no volia que la toqués, la Roseta era seua, només seua, ella i només ella l'estimava i ella i només ella tenia dret a plorar-la. Però ell no soltava la xiqueta i no la deixava apropar-se a ells. De sobte una llum tova i espesa envaí l'espai. Tot era blanc, fins i tot la sang que rajava del ganivet una i altra vegada cada cop que eixia del cos de l'Antonio per a tornar a enfonsar-se de nou. No és teua, no és teua, cridava la Paquita fora de sí. Després es deixà caure al terra i s'arrossegà fins a jeure abraçada al cos mutilat de sa filla.

Al carrer, un dels companys de l'Antonio que fa guàrdia perquè la Paquita no fuja està pixant-se.

—*¡Paquita, coño, ábreme que me meo!* Aliena a tota realitat, la Paquita ha tancat el taüt de l'home i l'ha tret al corral. No el vol veure. Ha obert el de la xiqueta i l'ha agafada al braç. Li canta una cançó de bressol alhora que acarona el que queda dels seus cabells bruns sense cara. Plora. Plora sa filla morta. Plora perquè ja no té unes galtetes rosades que poder besar i acaronar, una pell amb flaire de violetes que l'agombole.



Finalistes



El xalet dels afores

M^a Carmen Antich Brocal

QUAN el Sr. Arnau em va citar en aquella cafeteria, prop de la facultat, no podia imaginar-me el que estava a punt de descobrir. Era novembre i plovia. Tot allò que ha marcat el transcurs de la meua vida ha passat al mes de novembre. Aleshores jo tenia vint-i-cinc anys. No obstant, aquesta història que hui recorde començà quan la pubertat persistia a no abandonar el meu cos descurat, i la inconsciència de la ment m'incitava a cometre accions que els adults consideraven reprovable, tal vegada estúpides.

A les cinc de la vesprada la llum del sol pareixia voler extinguir-se sense remei. Les fulles seques que queien dels arbres formaven capritxosos remolins que, sobtadament, s'estenien al meu pas com una sorollosa catifa. A través de la finestra de la casa observava la silueta inquietant de la dona. Era una visió envoltada de melangia i de silencis forçosos. Com els silencis que habiten els claustres que ningú no visita. Aturar-me allí i mirar-la s'havia convertit en un acte quotidià, necessari, quasi una obsessió.

Uns mesos abans, acabant-se ja l'estiu, vaig escoltar a la barberia com algú informava a mon pare que el xalet dels afores prompte tornaria a estar habitat. Perquè el pare era barber

i el primer que hi havia en entrar a ma casa era un espai reduït ocupat per dos seients giratoris, un espill, un xicotet mostrador i algunes cadires de fusta que sempre estaven ocupades. Allí, entre pintes, navalles, sabó d'afaitar i locions que torbaven els meus sentits m'havia criat jo, inhalant el fum d'aquells cigarrets, embolicats a mà, que els clients fumaven sense cap mirament, i comprovant la paciència que tenia el sant home per aguantar-los tota mena d'impertinències. Però, la feina era la feina, i aquella feina i aquella barberia li havien vingut d'herència del seu pare, que li la va deixar amb la clientela ja feta, ubicada com estava, al mateix centre del poble. De la mateixa manera que havia heretat el seu nom, i jo el de tots dos. Tothom pensava que això era una bicoca. Tothom menys ell.

La mare tenia una màquina de plegar els punts a les calces i es passava bona part del dia fent-se malbé la vista unint fil per fil aquell teixit elàstic i transparent. Mentre ho feia semblava concentrar, en aquella agulla automàtica, tota la força del seu cos i de la seua ment, com si el suport metàl·lic que rebia els cops ràpids i secs tinguera la culpa de totes les seues desgràcies.

La casa estava sempre plena de gent. Malgrat estar acostumat jo detestava aquell tràfec i sempre que podia em recloïa a l'andana on hi havia els dormitoris.

Alguns dies atenent els suggeriments que em feia la mare, millor dit, per no escoltar-la remugar i evitar que atabalara també mon pare, em quedava a la barberia fent creure que

m'interessava aprendre l'ofici, que segons ella, podria ser el meu i algun dia donaria de menjar als meus fills.

-Estic content -digué el Sr. Joan amb la cara coberta d'escuma-, la meua dona prompte tindrà treball.

-Com és això? -preguntà mon pare.

-Sembla ser que d'ací a unes setmanes els amos del xalet vindran a viure al poble i Maria s'ocuparà de cuinar i netejar per a ells.

Aquella notícia em va despertar molta curiositat. Als meus tretze anys, i vivint a un lloc on tots ens coneixíem, la possibilitat que passara alguna cosa extraordinària resultava excitant. Tal vegada, pensava, els forasters tindrien fills de la meua edat, serien persones estranyes i misterioses o, potser, emprendrien qualsevol activitat al poble que trastocaria la monotonia a la qual estàvem acostumats i resignats.

Des de feia quatre anys a ma casa transcorria la vida amb una normalitat forçada. La mort de la meua germaneta, de tres anys i mig, aquell dia de Tots Sants, no sé molt bé per quina causa, havia deixat la mare sumida en una tristesa de la qual semblava no voler eixir. Sovint es reprotxava no haver reaccionat amb més rapidesa en comprovar que tenia unes dècimes de febre. No haver armat més rebombori, per molt injustificat que semblara, davant l'aparent levitat d'una sobtada malaltia. Mai no es perdonaria la seua contenció, per por al gest excessiu, d'una mare a qui tots, incloent-hi el pare, acusaven sempre de protegir-nos massa.

De la dolça criatura ens quedaven uns joguets curiosament guardats a la cambra i un retrat, presidint el menjador, que la mare havia manat a fer a partir d'una de les poques fotografies que tenia. A més a més d'una angoixa a la gola que cap dels tres ens atrevíem a vomitar i que intentàvem digerir cadascun com podia.

A la fi va començar el curs escolar. Aquell seria el darrer any que assistiria a l'única escola que hi havia al poble. Després cabia la possibilitat de continuar els estudis a l'institut d'un poble veí. No tenia gens clar si volia seguir estudiant o no, tan sols sabia una cosa: no volia ser barber com el pare i com l'avi.

Les cinc de la vesprada era l'hora del dia que esperava amb impaciència. Sonava aquella queixosa sirena anunciant el final de les classes i m'afanyava a eixir, improvisant noves excuses, per tal que cap amic meu intentara acompanyar-me en el camí de tornada a casa i arribara a descobrir el meu secret.

Des que la família Arnau s'havia instal·lat al xalet dels afores el meu itinerari havia canviat. Baixava pel carrer Major fins a arribar a l'església i, en compte de continuar recte cap a ma casa, em desviava a l'esquerra agafant el camí de l'antic llavador i travessava l'arbreda, atapeïda de xops i moreres, fins que albirava aquell edifici que havia conegut buit i abandonat i que s'havia convertit, als meus ulls, en una bellesa arquitectònica.

La tanca rovellada relluïa ara pintada de negre. Les dues plantes de color terracota s'alçaven orgulloses per damunt de

l'escalinata de marbre gris. La porta principal de fusta, que havia rebut una bona mà de vernís, estava flanquejada per dos finestrals enreixats que deixaven entreveure l'interior de la casa. Al jardí, alguns arbres fruitals i palmeres centenàries donaven a l'entorn certa elegància. Fins i tot, per dins de la fonteta del xiquet pixant tornava a córrer l'aigua produint una remor compassada i constant.

Des de la meua estratègica posició observava cada vespre aquella dona aprofitant el clar i fosc que em procuraven la tardor i la vegetació. L'havia vista moure's lentament, amb parsimònia, però quasi sempre romania asseguda en una butaca al costat de la finestra. Em semblava tan diferent a la resta de dones que coneixia... Era alta i esvelta. Les seues maneres denotaven distinció i al semblant portava escrita més vida de la que, sens dubte, havia viscut. Com en un acte premonitori, d'allò que mai no hauria imaginat arribaria a ser la meua professió, estudiava el seu físic amb deteniment. Em recreava en cada moviment del seu cap, dels seus braços, dels seus pits... En cada un dels óssos que li dibuixaven la cara. Era evident que despertava en mi un inusitat interès que m'acompanyava fins a la intimitat de la meua habitació, quan els meus ulls es tancaven i les mans es perdien entre els llençols còmplices, confidents...

Ja queia la nit quan la vaig veure asseguda davant del piano interpretant una trista melodia que a penes podia escoltar. Hauria donat qualsevol cosa per conèixer-la, per parlar amb ella. El meu cap no deixava de maquinari la manera d'acon-

seguir-ho i em va acudir a la memòria el Sr. Joan. Algun dia hauria de tornar a la barberia, pensí, aleshores li faria preguntes i... No obstant això, va ocórrer una cosa millor. La seua esposa vingué a casa amb dos parells de calces per a arreglar.

–Com va la feina, Maria? –preguntà ma mare.

–Prou bé, tot i que la casa és molt gran i no done l’abast. Ací et porte aquestes calces de la senyoreta Clara que tenen un bon calat.

–Quina llàstima!, tan jove i quedar-se cega –es lamentà la mare.

I en pronunciar aquelles paraules la cadència de la seua veu delatà una falta de sinceritat que em va cridar l’atenció.

–Sí, és una llàstima –contestà Maria– des que la teua... bo, la senyora Isabel va faltar està molt sola. El senyor va tots els dies a la capital per ocupar-se dels negocis i ella gairebé no ix de casa. Jo tracte d’animar-la, però si tinguera alguna ocupació...

Mira per on acabava d’escoltar les paraules màgiques i aquella mateixa nit vaig exposar als meus pares la inesperada decisió:

–Pare, vull ser músic.

A la mare se li va entravessar el mos que tenia a la boca i el pare va intentar reprimir un somriure d’orella a orella sense aconseguir-ho. Ell era un músic frustrat. Havia tocat el clarinet

a la banda de música del poble quan era jove i ho va haver de deixar per fer-se càrrec del negoci. Tenia un munt de somnis que mai no compliria i no permetria que a mi em passara el mateix. Quan es va plantejar tornar-hi tot eren inconvenients. Primer la mort del iaio, després la de la xiqueta. I la mare..., sempre llençant acusacions i fent comentaris que li deixaven el cor ensopit: «Qualsevol diria que encara et queden ganes de festa! Clar, com que tu no la vares parir... Vergonya t'hauria de donar!»

Amb un enorme estoïcisme l'home aguantava perquè havia d'aguantar. Tal vegada, perquè vivia en carn pròpia com cada dia que passava la pena que tots dos sentien era més fonda i major la necessitat física de tindre la seua filleta en braços, i acaronar-la, i protegir-la. Era tan difícil continuar vius sense escoltar les seues paraules a mig dir i les rialles innocents..., tan complicat anar pel carrer i recordar com ho preguntava tot a mesura que anava descobrint cada cosa... Per això romaniens capficats en els seus quefers quotidians i mai no eixien de casa, per això i per tal d'evitar certs encontres. Després de tot les paraules ofensives de la mare ja no li feien mal, res ja no podia fer-li més mal.

—Músic, fill. Per a tocar a la banda? —em preguntà orgullós.

—No, pare, vull tocar el piano.

A la setmana següent, a pesar de la forta oposició de la mare, ja rebia classes de solfeig a l'escola de música del poble

i de piano a casa de Clara. Llavors, allí no hi havia altra possibilitat de fer-ho, i tal com ens havien informat, ella havia estat professora.

–Almenys no s’ha de desplaçar a la ciutat. Només faltaria això! –anava dient la mare mentre mormolava amb resignació.

Clara tenia unes mans blanques i cuidades, uns dits llargs que feia lliscar amb avidesa per damunt de les tecles, i un somriure ample que li costava mostrar.

El Sr. Arnau semblava content de veure la seua filla més animada. Aquell vel de tristesa que l’envoltava pareixia anar esvaint-se i, d’alguna manera, jo em sentia partícip. Els mesos passaven i la nostra complicitat creixia. Em prestava llibres que devorava, i quan acabava la classe de música teníem llargues converses sobre qualsevol tema.

–Lluís, em deia, tens un nom preciós. Sona com les gotes de pluja quan cauen amb rapidesa sobre els vidres. Després reia i la cara se li enllumenava malgrat els seus ulls sense llum, tan blaus com la mar en un matí d’estiu.

–Per què estàs cega? –li vaig preguntar un dia.

–És una llarga història de la qual m’estime més no parlar-ne –digué mentre es perdia en la llunyania de la seua mirada estàtica.

Hi havia arribat la primavera i passava més temps en aquell xalet que a ma casa. Els dos formàvem una estranya parella.

Jo era un adolescent de catorze anys, acabats de complir, que de sobte havia madurat moltíssim, i ella una dona de vint-i-cinc que aparentava tindre'n deu més.

Mai no rebia visites, exceptuant Maria, que anava tot el dia atrafegada per la casa. Aquell dia, el luxós automòbil que hi havia aparcat davant de la porta d'entrada em va cridar l'atenció. En pujar les escales ja s'escoltaven les veus. Quan vaig entrar a la sala un home desconegut per a mi, jove, ben vestit i amb bona presència mantenia amb Clara una acalorada discussió i ni tan sols s'adonaren que els escoltava.

-No vull tornar-te a veure! -li deia ella cridant.

-No pots parlar seriosament, Clara, va ser un accident. Quan deixaràs de culpar-me?

-Ves-te'n d'ací i no tornes mai més! -insistia plorant.

Finalment l'home se'n va anar i ella es va quedar profundament afectada. Després d'allò no férem classe. Uns dies després, ja més calmada, em va explicar que dos anys enrere estaven a punt de casar-se quan tingueren un accident de trànsit. Sa mare, que els acompanyava, va morir a l'acte i Clara es va quedar cega. Es tractava del fill d'un prestigiós advocat que va utilitzar totes les seues influències per tal que complira la mínima condemna pels càrrecs que li imputaven: homicidi involuntari per conducció temerària sota la influència de l'alcohol. Després d'aquella experiència tan traumàtica Clara i el seu pare decidiren mudar-se al xalet per tal que es recuperara.

A la fi coneixia quina era la causa del seu mal. Vaig posar de la meua part tot el que sabia i podia per fer-li-ho oblidar. Al mateix temps que em sorprenia comprovar com aquella atípica relació que teníem anava transformant-se en una especial amistat.

A ma casa arribaven comentaris de tot tipus: que si el teu fill d'allí no ix, que si la xica té edat per ser sa mare, que si passegen a les fosques com les parelletes d'enamorats, que si al cap i a la fi tot cau en casa...

Farta que li inflaren el cap la mare va intentar, una vegada més, que deixara aquell aprenentatge i aquella casa. Intents que li resultaven fallits gràcies a la intercessió de mon pare que mai no es cansava d'escoltar-me, emocionat, apallissar les tecles indolents del piano que m'havia comprat, amb l'excusa de l'estudi, intentant interpretar, amb molt poc d'èxit, les primeres notes de *Para Elisa*. Afortunadament, Beethoven mai no m'escoltaria.

-No faces cas, dona! A la gent li agrada parlar de tot. Ja es cansaran! -La tranquil·litzava el seu marit. Però, malgrat tot aquell enrenou, ell no va consentir ni un comentari més a la seua barberia.

A Clara li preocupava el meu futur. Sabia que amb la música no tenia res a fer i no es cansava d'animar-me perquè estudiara el Batxillerat. Li vaig fer cas i després de quatre anys el doní per finalitzat amb bones notes. Tot seguit comencí la carrera de Medicina. Viví a la ciutat i els caps de setmana tor-

nava al poble per veure-la i, d'amagat, compartir-ho tot amb ella. Els nostres sentiments anaven creixent i derivant en una imperiosa necessitat d'estar junts. Malauradament les nostres famílies no pensaven el mateix.

La mare mantenia l'esperança que a la universitat coneixeria alguna xica de la meua edat i m'oblidaria de la pianista. Com que això no ocorria cada dia que passava augmentava el seu neguit. Les escasses converses que manteníem es limitaven a preguntes inquisidores, acusacions, i alguna que altra amenaça. La seua actitud intransigent em treia de polleguera. No entenia aquella obstinada oposició a la meua felicitat, per tant em negava en rodó a escoltar-la. El pare no obria la boca. Tan sols em dirigia una mirada de complicitat on podia llegir: «No li faces cas i viu la teua vida.»

Clara també havia deixat molt clar al seu pare quins eren els seus sentiments i ell feia el possible per dissuadir-la.

Aquella vesprada de novembre, asseguts a la cafeteria, l'home de negocis envellit, elegant, altiu i distant posava el contrapunt en aquell lloc atapeït d'estudiants que xerrant davant d'una cervesa evitaven les classes. Sense cap mena de preàmbuls anuncià:

—Fa uns anys no hauria deixat que t'arrimares a la meua filla més enllà de la proximitat que requerien les estúpides classes de piano, que mai no has aprofitat per a res, però que a ella li salvaren la desgraciada vida que tenia. Hui, no obstant, he decidit ajudar-te i has de saber perquè.

Clara és filla meua i d'una jove serventa dels meus pares que va morir en el part de la xiqueta. La meua mare havia faltat uns mesos abans, víctima d'una cruel malaltia, fent-me prometre que la criatura que esperava es quedaria en la família. El meu pare i jo, desbordats per la situació, decidirem buscar-li una ama de cria i traslladar-nos al xalet del poble, com cada estiu, quan la menuda tenia a penes dos mesos de vida. L'explicació que donarem allí a tothom fou que ambdós havíem acabat d'enviudar.

El teu avi matern tenia una vaqueria i les dues filles, indiscriminadament, ens subministraven cada dia la llet fresca, així les vaig conèixer. La meua joventut, la posició social, i la irresponsabilitat que em caracteritzava, les varen seduir a totes dues. Isabel, la major, posseïa, a judici del meu pare, el que feia falta per ser la meua esposa i la mare de la meua filla: bellesa, ambició i picardia. Pel contrari, Anna, la teua mare, era dolça, tímida, vulnerable i estava massa enamorada de mi. L'assump-te amb la criada era conegut en tota la ciutat i ninguna xica, de família «respectable», hauria consentit a casar-se amb algú que reconeixia tindre una filla d'una serventa. L'elecció doncs fou determinant i immediata, deixant Anna totalment destrosada.

Tot i que durant els primers anys cada estiu continuàvem venint al poble, les dues germanes no tornaren a relacionar-se mai més. Anna, que se sentia traïda, així ho va decidir. Més endavant es va casar amb el teu pare que sempre havia estat per ella. La resta de la història l'has viscuda tu en carn pròpia.

Cap de tots nosaltres hem tingut una vida fàcil ni satisfactòria. En el meu cas, la intel·ligència només la vaig aplicar als negocis. Sens dubte, l'elecció d'Isabel fou equivocada. Ella no era feliç, doncs no se sentia estimada com es mereixia, malgrat haver estat una bona mare per a Clara. Almenys, la seua vanitat es va veure recompensada. Anna mai no ha pogut deixar d'estimar-me. Això i quedar-se sense la seua germana major, a la qual estava molt unida, la va fer tremendament desgraciada. I el teu pare, el millor de tots nosaltres, sembla haver nascut per a sofrir i portar-ho amb la més absoluta dignitat i discreció.

Ara el destí, que de vegades es capritxós, ha volgut que Clara i tu esmenteu els nostres errors. No resultarà fàcil, us trobareu amb molts entrebancs, però he decidit que no seré jo qui us ficaré impediments. Serà tot el contrari.

Aquella declaració d'intencions que Gerard Arnau acabava de fer-me va suposar un abans i un després en la relació entre Clara i jo.

A la ciutat m'esperava un futur prometedor. Un dia assolat de novembre vaig comunicar als meus pares que anava a casar-me amb Clara. Ma mare, imbuïda en la seua pròpia tragèdia, cridà:

—No t'adones que amb ella seràs un desgraciat! Al cap i a la fi, és una Arnau!

I en mirar-la observí aquella expressió seriosa, greu, carregada de rancor i d'impotència que coexistia sense dificultat amb la tendresa dels seus ulls cansats i envellits, immersos

com estaven en un oceà de melancolia. I vaig saber que mai no acceptaria la meua decisió.

En cap moment desvelí a ningú aquella conversa a la cafeteria d'estudiants, ni tampoc he oblidat mai la vesprada de tardor que, com tantes altres, han marcat la meua existència. Allò m'ajudaria a comprendre moltes coses, a imaginar la pobre vida dels meus pares, les seues pors, els seus patiments, les seues actituds, la seua infelicitat. Tots tres vàrem reviuire el dolor que restava latent per la pèrdua de la meua germaneta i, compartint amb ells l'amargor, els vaig abraçar i els assegurí que a mi mai no em perdrien. Intentava fer-los comprendre que la nostra renúncia, la de Clara i la meua, no podia esborrar el passat i que, d'una vegada per totes, calia mirar endavant i ser conseqüents.

Hui és 14 de novembre. A les cinc de la vesprada els últims rajos de sol passegen entretinguts per entre les tombes. Sembla que fan un intent de reconfortar el meu cos i la meua ànima que acaben d'encetar el seu hivern particular.

Malgrat el vent, que bufa amb insistència, els xiprers del cementeri no perden les seues fulles. No, ells no les perdran com jo l'he perduda a ella.

Sempre m'ho deia:

-Jo em moriré abans que tu, com que sóc més vella...

Han passat molts anys del nostre primerencontre i altres tants que deixàrem aquest poble. La major part d'aquells que

sabien la nostra història tampoc no estan ja entre nosaltres. A la ciutat ningú no ens coneixia. Els meus pares mai no ens visitaren. No tinguérem fills, el cos de Clara quedà molt malparat d'aquell accident. Ens hem tingut només l'un a l'altre durant trenta-vuit anys i no ens ha fet falta res més. Quan em jubile vindré a viure al xalet dels afores, que ara s'ha quedat al centre, per a estar més a prop d'ella. Romandré assegut al costat de la finestra escoltant els silencis que tornen a habitar l'antiga casa.



La primavera de Timisoara

Teresa Coll Sanmartín

LA primavera habrá llegado ya a Timisoara.»

Cuando dijo eso aquella mañana, Teresa la miró sonriendo. Anna continuó hablando. Contó que, de pequeña, su padre le regalaba flores en sus cumpleaños; brotaban repentinamente por todos los sitios, y él las cogía para ella. Había algo entrañable en ese recuerdo infantil que, resguardado, aún conservaba su frescura.

Ahora, en el aeropuerto, mientras espera subir a un avión con el que volverá definitivamente a casa, se ha sentado a su lado, por sorpresa, ese día de siete años atrás en que le habló a Teresa de los cumpleaños de su niñez. No sabe si ha venido a despedirla, o si, tal vez, a marcharse para siempre con ella.

Aquella mañana estaba muy habladora. Recuerda haberle comentado también a Teresa que por la tarde pensaba dar un largo paseo por la ciudad; su primer paseo sola desde que llegó, hacía ya casi cuatro meses. Ésta le sugirió que se diera una vuelta por el centro, que se entretuviera un poco en El Corte Inglés, o, simplemente, que se tomara algo en una cafetería. Ella asentía a todo, pero casi sin escuchar. Tenía otros planes. Había estado esperando esa tarde para poder pensar y ordenar un poco su cabeza.

Sin embargo, un buen rato después de haber bajado del metro, iba dando tumbos por calles que ni miraba; aturdida, deambulaba por pensamientos que le hacían daño y por ideas de las que siempre perdía el hilo.

—¿Tu padre vive? —le había preguntado poco tiempo atrás Teresa.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Porque siempre dices que has hablado por teléfono con tu madre, nunca con él.

—Me fui apartando de mi padre en la adolescencia. Estamos muy distanciados.

Y, mientras caminaba, volvió a ese punto, a su adolescencia; a su padre, que cada vez bebía más; a Rumania, cada vez más pobre; y a ella que, desde entonces, en realidad, había ido de mal en peor.

El día anterior, Teresa, siempre tan pendiente de todos, al verla seria, le dijo:

—Ion y tu sois muy jóvenes, tenéis un hijo precioso, tenéis trabajo... ¿Porqué no eres más positiva?

Sin dejar de andar, Anna se repitió varias veces que Teresa tenía razón. Pero daba igual, el desasosiego no le paraba; todo dentro de ella estaba desordenado. E intentando retomar el hilo de sus pensamientos, se reafirmó en que sí, que todo fue a peor. Y volvió a ver a su padre, avergonzado y violento, estancado impotentemente entre el alcohol y la miseria.

Le había dicho a Teresa que a los dieciséis años dejó de estudiar, que se puso a trabajar en el mercado porque no tenían dinero. Por eso y, también, porque conoció a Ion. Éste nunca les gustó a sus padres. A sus padres..., también le habló sobre ellos. Le explicó que, durante años, el estado les garantizó el trabajo, les facilitó la vivienda, les prometió la educación de sus hijos... Como contrapartida, ellos se vieron en el deber de estar agradecidos por el salario que recibían, por la casa, por la escolarización gratuita...

Iba ya errática, sin ver las calles por las que pasaba. En lugar de estas, aparecieron ante ella esas factorías que producían sin parar, día y noche; esos poderosos complejos fabriles donde sus padres pasaron veinte años de agradecimientos forzados, y que, curiosamente, resultaron ser tan frágiles como un corazón enfermo, tan débiles, que perdieron su aliento sin dar tiempo a reaccionar. A partir de ahí se acabaron las garantías, las facilidades y las promesas. Durante su paseo, ella se preguntó, una vez más, qué habían hecho desde entonces sus padres, salvo buscar trabajo, perderlo y volverlo a mendigar. Una vez más dibujó, como si lo dibujara para otro, igual que lo había hecho para Teresa, el desolado paisaje que dejó una revolución que auguraba la libertad, pero que falló en sus augurios. Tuvieron que aprender a vivir debiendo la calefacción, a ser más duros que los inviernos. Tuvieron que adaptarse a no poder dar a sus hijos carne ni pescado, a no poder comprarles zapatos, a no tener de nada... ¿Cómo iba ella a seguir estudiando?

Ya no era consciente de las veces que había pasado por el mismo escaparate, por el mismo café, por la misma acera... Apenas estaba aquí; había vuelto a una ciudad donde sus padres tuvieron que aprender a vivir sin sueños, a la ciudad desencantada donde ella creció. Y, mientras caminaba por esas calles borrosas aparecieron ante sus ojos, con total nitidez, las calles de Timisoara. Adentrándose en ellas, recordó cuando empezó a trabajar en el mercado, y a salir a toda hora por ahí, y a cambiar absolutamente de vida... Eso tampoco les gustó a sus padres. Ellos habían proyectado para sus hijos todo lo que les habían asegurado que podrían y, es más, que deberían proyectar. No habían previsto que el futuro podía desaparecer. Nadie les había advertido que existía esa posibilidad, ni había imaginado nadie que todo se desplomaría precipitadamente en medio del desconcierto. Por eso, porque no hubo tiempo de reaccionar, la mayoría de gente se obstinaba en seguir, como si tal cosa, sin alegría ni tristeza, igual que fantasmas, la misma rutina estricta y predeterminada de antes. Al salir del colegio, Fabio y ella tenían que ir directamente a casa y continuar estudiando. Y, disciplinada, porque había nacido en un país sembrado de normativas y minado de ojos que todo lo observaban, ella obedeció durante mucho tiempo, hasta que, con dieciséis años, cuatro más que su hermano, se negó a seguir esa rutina insostenible.

Tampoco habían previsto sus padres, lo cual era normal, que su hija se enamoraría de un chico que provendría de una familia rota, de un chico acostumbrado a estar continuamente

en la calle, que casi nunca asistía a la escuela... y que se reía del término porvenir.

«¿Para que te has dejado los estudios, si apenas cobras nada?», le recriminaban.

Lo pasaba muy bien con Ion, pero, aun cuando ya estaba casada, en el fondo era infeliz, porque ellos, con su malhumor y sus desaires, hacían que se sintiera culpable.

Y el tiempo tampoco hizo que las cosas mejoraran. Ciertamente, ella siguió cobrando apenas nada. También su marido cobraba muy poco. Asimismo, apenas nada conseguían su padre, su madre, Fabio... Sin tener apenas nada, nació Alexandru y, finalmente, porque no se podía estar sin nada, y porque se les estaba pasando la vida entera como si se tratara tan solo de una mala racha, de un desajuste pasajero, decidieron irse de Rumanía.

Ajena a las tiendas, los edificios, las calles o la gente, aquella tarde ella pretendía poner un poco de orden en su cabeza. De pronto, recordó algo que le había dicho Teresa:

-Anna, estás llena de complejos y de orgullo.

Tenía tanta razón que la dejó totalmente muda. Igual que las personas avezadas saben leer entre líneas y que los grafólogos aprecian las diferencias de trazo de un escrito, Teresa había sabido oír entre los silencios de sus palabras y había percibido los diferentes tonos de su voz. Sí, ella sabía muy bien que la principal causa de su desasosiego no era haber tenido que sobrevivir

con tan poco, sino, paradójicamente, tener mucho que quitarse de encima: muchos complejos, mucho orgullo, mucha culpabilidad... Culpable en Timisoara y culpable en Valencia. Culpable en el autobús que la trajo casi sin parar desde Bucarest, y culpable en cualquier lugar donde estuviera ¿Culpable de que?, se interrogó deteniendo prácticamente el paso. Solo se le ocurrió una respuesta: de no haber cumplido con las expectativas de sus padres, de no haber sido una buena hija. Y el malestar aumentaba porque, por si no fuera bastante, estaba hinchada de un orgullo que nada lo tumbaba. Fue resistente cuando en Timisoara tenía que pedirle dinero a la vecina para seguir disponiendo de gas. Ya anteriormente, se hizo fuerte ante los ojos vencidos de su padre. Se agravaba, sí, era un orgullo que iba a más cuanto más lo lastimaban. Creció como un tumor cuando viajaron hacia España casi de un tirón, porque los países de paso no querían rumanos pisando su suelo; cuando atravesaron Europa en un autobús que intentaba no hacer ruido, como fugitivos. Su fiel orgullo se vino con ella, y, perseverante, estaba presente cuando cenaban patatas y solo patatas; y lo estaba también cuando llegaba al trabajo con las manos en los bolsillos de su ajustada cazadora, que en Timisoara le encantaba, y en Valencia, por contra, le parecía raquítica y vieja, y le preguntaban: «¿no traes bolso ni nada?». No, ella nunca había tenido bolso, no sabría ni llevarlo. Acomplejada ante la desenvoltura de las chicas de aquí, reventaba de orgullo.

Teresa acertó en lo que le dijo, volvió a reconocer; pero Teresa estaba en su país, y tenía un buen puesto de trabajo,

donde ella, en cambio, podía considerarse afortunada de, sin contrato, ser la limpiadora. Así era fácil hablar.

Inmediatamente, estas últimas ideas la disgustaron, la fatigaban por inútiles.

La tarde era bonita. Sentía su caricia inocente, sensual y colmada de vida. «Podría sentarme en una terraza, se dijo, dejar que me diera el sol, pedirme un café y fumarme un cigarrillo. Tal vez un día sentiré nostalgia de cuando, siendo joven, estuve viviendo en España, pero hoy no puedo disfrutar de algo tan sencillo como una tarde libre.» Y la fue cubriendo la lástima, una lástima egoísta porque era hacia sí misma y porque nunca, esa era la verdad, había sentido tanta pena por nadie. «Soy orgullosa, sí», se confirmó, y por su cabeza pasó la vez que en el trabajo, durante el almuerzo, le preguntaron sobre la sanidad pública en Rumania. Ella contestó que estaba muy mal, que como los médicos también cobraban muy poco, chantajeaban a los pacientes, les pedían dinero a cambio de atenderlos. Contó que una vez tuvo un dolor fuertísimo, como de apendicitis, pero se aguantó porque no podía pagar. Cuando comentó todo eso, oyó cómo llamaban a su país corrupto. Le sentó mal. ¿Siempre se creían mejores? Se arrepintió de haber hablado. Solo Teresa se dio cuenta.

Y así fue pasando de unos pensamientos a otros, perdiendo una y otra vez el hilo.

¡Qué duro resultó separarse de su hijo! Luego, una vez en Valencia, se hizo muy complicado encontrar trabajo, aloja-

miento... Volvió a su memoria cuando la policía los tiró, en medio de amenazas, de la primera habitación que alquilaron ¿Cómo iban ellos a saber, si apenas entendían nada, que la mujer a la que le pagaban era una ladrona que no le entregaba el dinero al dueño del piso? Después de esa horrible experiencia, llevaba muy mal convivir con desconocidos. Estaba buscando un sitio solo para Ion y ella.

¡Cuánto echaba de menos su casa! Temía que el ayuntamiento, si estaba mucho tiempo cerrado, les quitase el piso que les concedió. Su madre, para que no se angustiara, le había dicho por teléfono: «no te preocupes, papá ha pensado que, de vez en cuando, pasará allí alguna noche para que parezca habitado».

«¿No nos ayudará Dios?», musitó apenas. También de Dios había hablado con Teresa. Le explicó que, cuando era pequeña, su abuela y su madre se dirigían a veces a él, pero muy cautamente, casi en secreto. Luego eso cambió. Y le contó que, a veces, en Timisoara, al salir del trabajo en el mercado, entraba en la iglesia de Santa María. Iba directamente a hablarle a Dios. «Padre, estoy aquí», le decía bajito. Pasados unos minutos se marchaba.

-¿Eres creyente? -le preguntó Teresa.

-No sé.

Le pareció demasiado complicado explicar en español lo que pensaba al respecto. Pero no quiso quedar como una boba, y, por eso, un poco a la defensiva, añadió:

—Pasar por la iglesia me tranquilizaba. Al fin y al cabo, aquí os tranquilizáis con pastillas, ¿no?

Sin poder dejar de dar vueltas a las mismas calles, sin fijar su mirada en nada ni en nadie, se vio a sí misma saliendo del trabajo en el mercado. Y se vio también llegando a casa de sus padres, donde recogía a Alexandru. Para que no la notaran nerviosa, es por lo que, de camino hacia allí, en ocasiones, entraba en la iglesia. No quería estallar y decirles que tenía muchos recibos pendientes, que le dolían todas las muelas, que la madre de su jefe, esa bruja, iba a veces por el mercado y la llamaba vaga..., que Ion estaba en Turquía y ella lo echaba mucho de menos.

Al acordarse de todo eso, reparó en que desde Valencia seguía haciendo lo mismo. Solo llamaba para contar lo bien que les iba todo. España era el país de las maravillas. El día que estaba mal no llamaba por teléfono. No quería que su madre sufriera, bastante había pasado ya, había envejecido prematuramente. Sin embargo, no era solo por eso; una vez más, era, sobre todo, por orgullo. No aguantaba imaginarlos hablando de ella, repitiendo que eligió un camino equivocado. Tenía que reconocer que aún sentía rencor porque la amargaron durante años. En un país medio muerto, ellos se habían aferrado a sus antiguos planes, mientras desconectaban la nevera porque llevaba meses vacía, y mientras Fabio y ella iban a clase con unas botas rajadas en las que se colaba la nieve.

Se sobresaltó hablando sola por la calle, murmurando entre dientes: «me ha hecho daño». Se refería a Ion. Las penurias y las

separaciones habían deteriorado su amor. Aunque tenían solo veinticuatro años, ya no eran los mismos. Ion le engañó. Se lió con una chica cuando estuvo trabajando en Turquía. Al poco de regresar a Timisoara se lo confesó: «no ha sido nada importante...». Pero ella creía que se lo contó por miedo a que se enterara por su hermano, porque Fabio fue con él. Y hacía poco, ya en Valencia, le había soltado que le daba vergüenza salir con ella por lo flaca que estaba. Podía ser que le hablara de esa manera para que se esforzara en comer más, pero, aun así, le dolió. Le dolía también que él ni siquiera le contestara cuando ella decía: «no me va a quedar más remedio que ir a un dentista».

Estaba obsesionada con enviar más y más dinero a su madre. Discutía por eso con Ion. Él parecía haber olvidado gracias a quien estaba en España. «¡Estoy gracias a mí!», chillaba siempre enfadado. Ella, furiosa, le contradecía: «¡no, vinimos porque mi madre nos dio todo su dinero, todo el que había guardado a base de no comer!». Teresa escuchaba con mucha atención cuando le contó que su abuela materna murió unos meses antes de que vinieran a España. Como nunca quiso vivir en Timisoara, murió sola en su casa de Moldavia. Su madre, poco tiempo después, les dio para el viaje todos sus ahorros. A ella se le debilitó la voz mientras trataba de terminar para Teresa su relato. Intentando hablar de un tirón para ganarle la partida a las lágrimas, le explicó que los moldavos celebran el primer aniversario del fallecimiento asistiendo a la iglesia e invitando después a vecinos y parientes. Para eso guardaba el dinero su madre. Cuando llegó ese día no hubo celebración.

Se conocía muy bien y sabía que tanto pensar en todo lo que ya le había contado a Teresa la estaba alterando demasiado. Tenía que dejar de darle vueltas siempre a los mismos temas, de recordar continuamente cosas tristes. ¿Qué esperaba ordenar removiendo una y otra vez el pasado? Era mejor ser práctica y pensar en el presente. Alexandru tenía que estar con ellos. Eso era lo más importante, lo primero que había que solucionar. Ion no tenía prisa, pero ella, sin su hijo, no pensaba aguantar mucho tiempo aquí. Su madre le había contado que el pequeño, a menudo, de pie sobre un columpio, señalaba con el dedo hacia lo lejos y le decía muy serio a su amiguito: «allá, al final, está España».

Un poco ausente, como si lo demás ya fuera todo banal y sin interés, se marcó, como segundo objetivo, ir a un dentista. En Timisoara le saldría mucho más barato, pero no era cuestión de esperar, porque ya casi no podía comer, solo patatas y poco más. El dolor la despertaba por las noches. Le había contado a Teresa que de pequeña se le cangrenó la boca, y ésta, alarmada, insistió en acompañarla a un dentista amigo suyo.

Cansada, sentía los pies encerrados dentro de unos zapatos cada vez más estrechos. A veces retrocedía bruscamente porque algo llamaba su atención: un vestido, una camisa... Todo era carísimo, pero todo le daba igual. En el fondo, nada le interesaba. A esas alturas, ella solo hubiera comprado paz.

Definitivamente, tenía que entrar en una cafetería y dejar de andar como una idiota. Era muy fácil, se repetía a sí

misma con cierta ironía. Lo podía hacer cualquiera, solo era acercarse a una barra y pedir un cortado. Pero entonces aparecía el temor a que le preguntaran si era rumana. Según Teresa, lo notaban porque hablaban el español con una entonación particular, mezcla del rumano y de las telenovelas venezolanas. La verdad es que vio muchas antes de venir, casi diariamente. Fue la manera de aprender un poco el idioma. Le resultaba raro que en la televisión de España no se viera nada con subtítulos... Pero, bueno, la cosa era que esa dichosa pregunta la retraía. La miraban mal por ser rumana. «¿Estará en una red de prostitución?», «¿será la novia de un delincuente de esos del Este?»... Algo así era probable que pensarán, se dijo. Aunque, tal vez, con la cazadora tan ridícula que llevaba, era más fácil que se inclinaran por considerarla sencillamente una muerta de hambre, que se preguntaran: «¿de dónde habrá salido esta pobre?» Podía ser también que no pensarán nada, concluyó, cortando en seco su propio cinismo.

En cualquier caso, aunque se sentía mareada, no era capaz de entrar en ningún sitio.

¿Por qué era una resentida?, se preguntó sin más, impaciente y airada. Sentía resentimiento hacia todos: hacia sus padres, hacia Ion, hacia el mundo entero. Y ¿porqué no reconocía que era una inútil?, se increpó violentamente, una inútil que no sabía ni lavar un suelo, que limpiaba los muebles con Ambipur y los cristales con O'cedar. ¡Era la peor limpiadora del mundo, la más torpe!

—Es normal —le había dicho Teresa—. Si en tu país los suelos son de madera y no hay mochos, ¿cómo ibas a saber utilizarlo?

Hoy, siete años después de aquel día en que dio por seguro que, sin su hijo, ella no aguantaría mucho tiempo aquí, esperando en el aeropuerto, un falso aviso de embarque la saca de su ensimismamiento. Repara en lo que le dijo ayer su madre: «si Ion no vuelve contigo, Anna, ¿qué porvenir te espera?». Como no obtuvo respuesta, añadió tan solo: «quedamos pues así, Alexandru, papá y yo iremos a esperarte».

La salida del avión va a retrasarse, y ella se abraza de nuevo a ese recuerdo que ha venido a acompañarla.

Vuelve a verse a sí misma aquella tarde, dirigiéndose muy deprisa hacia la parada del metro. Quería irse, dejar el maldito paseo, pero, no sabía porqué, volvía una y otra vez sobre sus pasos. Y se fue poniendo mal, muy mal... Parecía una criatura que se había perdido, que pretendía volver a su casa pero no la encontraba. Menuda, con su pelo lacio y rubio, parecía una jovencita que había salido del colegio y a la que alguien perseguía. Con los ojos inundados de miedo, luchando contra las lágrimas, contra esa amargura crónica que la hastiaba..., iba a ciegas, chocando con esquinas, con marquesinas, con transeúntes... Teresa le había aconsejado bien por la mañana, debería haberle hecho caso. Ya no buscaba comprender nada. Ya no le interesaba aclarar sus ideas ni poner orden alguno en su cabeza. Maldijo el momento en que se le ocurrió dedicar a

eso su tarde libre. Solo deseaba, con todo su corazón, salvarse de tanto masoquismo, del mal rato que ella misma se había provocado, del ansia que tenía de desaparecer. Entonces, en respuesta a su propia llamada de auxilio, sin darse cuenta, el paseo se transformó; el agotamiento le hizo claudicar, arrinconar el miedo, reconocer lo que era su orgullo: un arma con la que pretendía estar a salvo y de la que todos se reían. Era como una pistola rescatada de entre viejos juguetes, de esas de plástico que disparaban agua. Estar a salvo, sí. Porque siempre había vivido asustada; porque en una ciudad desencantada, sin sueños, sin alegría ni tristeza, fantasmal, de rutinas estrictas, predeterminadas e insostenibles..., ella no había podido crecer. Y, detenida en la infancia, se había quedado deambulando, aturdida, entre un laberinto de complejos infantiles y el intransigente mundo de los adultos, donde constantemente fracasaba. Solo Teresa, con su capacidad para oír dentro de los silencios, la había comprendido.

Se sentó en el banco de un pequeño jardín. Cerró los ojos, rendida, y en ese momento, con una ternura como no había sentido nunca, vio a su padre abriendo las luces del piso de Ion y de ella para evitar que lo perdieran; su pobre padre que, a cambio de algún dinero, apenas nada, rebuscaba chatarra entre los talleres desmantelados, entre las fábricas muertas, entre las ruinas de un mundo desechado. Solo en ese instante, por fin, empezó a llorar, llena de emoción, por el portador de flores. Habían hecho falta bastantes años y marcharse muy lejos, para perdonarlo, para reparar en él, para pedirle perdón.

La mirada de su padre ya no era turbia, se iluminaba con una amplia sonrisa, como la de hacía mucho tiempo. «Papá, estoy aquí», le dijo Anna bajito.

Vio a su madre en el parque con Alexandru. Toda Timisoara era un parque repleto de niños cuidados por sus abuelos; de niños que recibían, fascinados y llenos de añoranza, paquetes que llegaban de España. Alexandru preguntaba, y su abuela le respondía: «sí, cariño, tus papás vendrán pronto a por ti». La tarde declinaba y vio cómo regresaban a casa paseando. El airecillo era fresco. Su hijo llevaba unas estupendas zapatillas de deporte, y su madre, rejuvenecida, se ajustaba al cuello un pañuelo precioso y alegre, un pañuelo caro de seda que le habían mandado de España, y del que ella no se desprendía nunca.

Seguía sentada en el banco. Era agradable estar allí al sol tibio del final de la tarde, dejarse envolver de esa suavidad que arrulla. Y, poco a poco, regresó a la realidad. Ligera, desandó sin pesar los miles de kilómetros que la separaban de su casa. A su alrededor todo irradiaba un tono anaranjado y cálido, amable y esperanzador. Se levantó y comenzó a andar tranquilamente por una avenida recta y arbolada, con cafeterías en ambas aceras. Ya no pretendía nada. Ya no había desasosiego... Su abuela estaba en lo cierto al decir que las mujeres moldavas pensaban con el corazón. «La cabeza cambia constantemente, incluso se nos va... –argumentaba muy seria la anciana–, mientras que al corazón, Anna, puedes recurrir cuando quieras, es de total confianza. Siempre está ahí: *tac, tac, tac...*».

— ¿Me pone un cortado? —dijo Anna.

— ¿Leche caliente o fría?

— Fría, por favor.

— ¡Un cortado con la leche fría! —gritó el camarero al de la máquina del café, y, yéndose ya a seguir atendiendo a la parroquia, se volvió y, ante una Anna preparada para la dichosa preguntita, le comentó amablemente:

— Sí, hoy no apetecen cosas muy calientes, ¿verdad? De repente hace un tiempo espléndido. Esto es ya la primavera.

El don de Dora

Carmen Cubas García

UN grito aterrador resonó en la mente de Dora. Los árboles lloraban mientras los animales pedían ayuda y el bosque entero suplicaba clemencia.

El peso de la pena se afirmó en su pecho, oprimiéndolo hasta casi ahogarla; era un sentimiento nuevo, de pérdida, soledad, una parte de ella moría con cada lamento de la tierra. El olor acre inundó sus fosas nasales, el humo empañó su visión. Corrió hacia donde el dolor era insoportable topándose con ciervos desorientados, ardillas llenas de pánico, pajarillos revoloteando histéricamente intentando huir de las llamas.

Sus hermanas estaban cerca, sentía su presencia. El calor se volvía cada vez más sofocante, al igual que el miedo y el vacío irremplazable de su alma. Sus pies parecían flotar sobre la hierba carbonizada y el suelo destruido; las dríades se movían con ligereza y gracia, mimetizarse con su bosque era innato en su raza.

El paisaje era desolador, todo era oscuro, nada de verdor y fragancias a flores ni trinos de pájaros. Los árboles morían a su alrededor cubiertos de llamas que se propagaban de unas ramas a otras. Dora ya veía a sus cuatro hermanas cogidas de las manos; el típico cántico melodioso invocando a los vientos

para juntar nubes de tormenta. Pronto la lluvia empapaba la tierra y calmaba la sofocante temperatura. El fino cuerpecito de Dora no tenía el poder de sus queridas hermanas. Ellas curaban con un toque, influían en el tiempo. A Dora le dolía no poder sumar su poder al de sus hermanas.

No había nada a su alrededor, todo era negro y sin vida. Dora admiraba cada movimiento en el bosque, su bosque. Ella había nacido en él, al igual que sus hermanas. Dora era la más joven; una muchacha de pelo encrespado y nariz respingona. No poseía la belleza de sus hermanas, lo que añadía en gracia y perspicacia. Correteaba entre los árboles jugando con cada ser vivo que encontraba. Era un torbellino de vida; de cabello y ojos verdes como la hierba más fresca.

El fuego había sido provocado; las dríades lo sentían en cada fibra de su ser: los árboles no mentían. Los humanos no respetaban nada, la naturaleza era vida, la vida de todos y lo que ellos no pensaban era que cuando la tierra muriera ellos morirían con ella. Dora nunca entendería a la raza humana, eran mamíferos que ni siquiera estaban en armonía con su naturaleza y con la tierra, algo espeluznante.

El fuego de hacía un mes había dejado destrozado el bosque. El atardecer pintaba rosas y rojos en el cielo despejado de nubes. Lentamente los animalillos restauraban sus hogares. Una familia de conejos escarbaba en su nueva madriguera, mientras una pareja de petirrojos reconstruía su nido en un viejo roble. Un castor se afanaba en llevar trozos de madera a su presa arrastrada por las aguas.

Faltaban pocos días para el comienzo de la primavera, la mejor época para una dríade: sus poderes curativos estaban en pleno apogeo. El cuerpo de Dora rezumaba energía haciendo que un bello canto saliera de su garganta dando fuerza y esperanza a los árboles, las plantas y los animales para remontar el desastre y dejarse llevar por el resurgir de la nueva estación. La raza de las dríades se afanan por proteger, cuidar, mimar a cada ser vivo parte de la naturaleza, en especial a los árboles que les dan a cambio su refugio.

Su radiante melodía se extendía por cada rama de árbol curando sus heridas, haciendo que la rica sabia goteara por todos los orificios. Los insectos empezaban a revolotear por doquier adueñándose del aire cálido.

Al contrario de lo que pensaban sus hermanas, Dora era diferente en otro sentido. No poseía los poderes de las dríades, gozaba de su propio poder. Hacía pocos días que lo había descubierto. Estaba en el ensanche del río observando a dos patos que se zambullían en busca de alimento. Tan ensimismada en la perfección de sus movimientos pesqueros que sintió como si abandonara su cuerpo. Un escalofrío la recorrió y comenzó la metamorfosis.

Asustada como estaba, el corazón le martilleaba fuertemente en el pecho. No sabía qué le estaba ocurriendo:

Se encogió de tamaño, mientras las manos se le llenaban de plumas duras y los pies se le palmeaban. El plumón le cosquilleaba en el pecho y cuando intentó chillar un graznido

salió de su garganta. Los patos del remanso se volvieron hacia ella. Dora no sabía si podría comunicarse con ellos ahora que parecía un pato y lo que era más importante, ¿sería un pato para siempre? El pánico la inundó unos segundos, pero como era una dríade práctica prefirió respirar hondo y disfrutar de su nuevo yo. Ya se preocuparía luego de poder volver a su cuerpo o avisar a sus hermanas si era necesario.

Caminó hacia el agua, indecisa. En su mente evocó una imagen de camaradería hacia los otros patos y de su pico surgieron unos débiles graznidos. Los patos parecieron relajarse e incluso contestaron a su llamada y ella los entendió, ¡era algo increíble!

Se zambulló en el agua fría y le encantó. Jugó como un patito aprendiz hasta que estuvo agotada, entonces se relajó y nadó hasta la orilla observándolo todo con sus nuevos ojos, desde otra perspectiva.

Mientras chapoteaba, había pensado mucho sobre la transformación y en cómo revertirla. Salió del río y se quedó quieta. Recordó su cuerpo, la sensación salvaje y natural de ser una ninfa. Dejó fluir esos pensamientos y olvidó el resto. Igual que había ocurrido la primera vez, pero a la inversa, sus alas se transformaron en brazos con un ligero escalofrío; sus piernas volvieron a ser largas y el pelo puntiagudo volvió rebelde a su cabeza.

Por fin tenía un don e iba a asegurarse de explotarlo al máximo.

Salía todas las mañanas en busca de pequeños animales en los que poder transformarse. No se le resistía nada. Había probado con conejos, ratones, ardillas, los animales pequeños eran fáciles. Luego probó con insectos. Era algo más complicado observarlos, pero pronto fue como un juego. No había pasado un mes que ya estaba aburrida de los pequeños animales, quería algo grande.

Los ciervos eran sigilosos, se dejaban ver de vez en cuando. Usó su fino oído para localizar alguno y se dirigió hacia el lugar. Entre unos matorrales encontró unas hembras jóvenes con las que practicar. A lo mejor, con años de práctica conseguía la metamorfosis sin tener que observar al modelo. Volver a su cuerpo era fácil, lo conocía a la perfección, pero transformarse el otro ser necesitaba de toda su concentración.

Se concentró en un hermoso ejemplar, ágil y de músculos fuertes; estaba mordisqueando unos brotes tiernos. El escalofrío empezó en todos los nervios de su cuerpo, aunque le resultaba más cansado que con animales pequeños, pronto creció pelo en toda la piel. Sus músculos eran pura fibra y su tamaño aumentó velozmente, berreó llena de alegría. Probó el cuerpo del animal lanzándose a la carrera y subió por una pendiente rocosa. La brisa soplaba levemente, a su olfato llegaban aromas a pino, florales.

Desde lo alto del risco observó todo a su alrededor. Oyó el fresco canto de sus hermanas que correteaban de árbol en árbol, pronto tendría que reunirse con ellas o saldrían en su

busca. Las ranas croaban entre embarrados charcos y los trinos de los pájaros llenaban el cielo de colores brillantes. Todos los sonidos y los olores que reinaban eran un himno a la vida, era precioso.

Lo decidió en ese mismo instante, se dirigió decidida al claro donde sus hermanas se divertían. Las cuatro se parecían bastante, eran esbeltas, de suaves curvas. El color de pelo y ojos iba desde el verde pino, pasando por el dorado y tierra rojiza hasta el azul eléctrico de la hermana mayor. Formaban un cuadro pintoresco entre pájaros y mariposas de colores revoloteando a su alrededor.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia la cierva que se dirigía a ellas, la sorpresa no fue que la bestia se les acercara, era algo natural para una dríade estar rodeada de animales, lo extraño fue la sutil sensación de hermandad. La cierva se plantó frente a ellas y sin previo aviso, se irguió. El pelo canela dio paso a la suave piel de Dora y su rostro y extremidades volvieron a la normalidad en cuestión de segundos. Sus hermanas parecían desconcertadas, pero no les dio tiempo a réplicas.

—Sé que este no es el poder que esperabais ver, pero quiero que lo aceptéis como parte de mí misma —su voz cantarina intentaba desesperadamente sofocar el pesar que sentía — Os quiero y también adoro mi don...

La melena azul de Oda cubrió su semblante cuando empezó a reír. Estrechó a Dora entre sus brazos mientras las carcajadas resonaban en sus oídos como alegres campanillas.

—¡Estoy orgullosa de ti, hermanita! —si Oda, que era la más estricta, se tomaba así de bien su diferencia, no debía preocuparse de las demás.

Oda le explicó que las driades metamorfosis son casos especiales que se dan en uno de cada mil nacimientos y que es un don sorprendente. Poder comunicarse tan íntimamente con los animales era una gran ayuda para mantener su hábitat a salvo. Sus hermanas sentían que hubiese pasado sola por la fase de aprendizaje, la apoyaban y la ayudarían para poder combinar sus poderes con el suyo en apoyo de los seres vivos a los que protegían.

A partir de entonces, Dora hacía lo que deseaba con el amor de sus hermanas y ayudaba a la prosperidad de su bosque.

Una ardillita de ojos verdes revoloteaba de rama en rama atraída por unas voces y risas infantiles. El calor era asfixiante, pero no impedía a dos niños jugar al balón con un muchacho de pelo tan rojo como el fuego.

Los niños corrían tras el balón intentando escabullirse del chico mayor, él no se daba por vencido y los perseguía con movimientos graciosos y ágiles. Algo en él hizo que el corazón de Dora diera un vuelco, había algo familiar en sus ojos color aceituna. Era alto y bien proporcionado, el tono de su pelo era extraño para un humano, pero ella se detuvo a contemplar embelesada sus matices rojizos. Tenía una mandíbula firme y grandes facciones que combinaban pícaramente cuando sonreía e iluminaba sus ojos rasgados. Dora movió su pequeña

cabeza de roedor cuando se dio cuenta que estaba fascinada por un ser humano.

–Simón, ten cuidado con los niños, ¡eres demasiado fuerte y rápido! –se oyó una voz femenina mientras el chico giraba la cabeza hacia la mujer y una sonrisa se dibujaba en sus labios cincelados.

–Tranquila, Magda, ¡los niños son elásticos! –su voz era melodiosa y rítmica, invitaba a escucharle. Dora estaba cada vez más intrigada por los extraños en su bosque.

La mujer era joven y sostenía un bebé, ya grande, entre sus brazos. Le canturreaba y el pequeño reía lleno de gozo mientras agitaba unas florecillas en sus manos regordetas. Su madre llevaba un vestido ligero y el pelo recogido en una coleta, su expresión era de felicidad al contemplar la carita del bebé. El niño se acercó más a ella, como pidiendo algo, la mujer sacó uno de sus pechos, era redondo y parecía suave al tacto; el bebé estaba encantado cuando lo apretó en sus puñitos y se puso a mamar. Era una estampa preciosa, a ojos de Dora era un mamífero amamantando a su cría, pero había más. La relación era compleja, el entendimiento mutuo, la placidez y seguridad de dos seres conectados por el amor. Dora veía todo eso en cómo la madre miraba a su hijo, en cómo el niño de carita sonrosada se embebía del rostro de su madre mientras se alimentaba.

Los niños se acercaron corriendo. La mujer los miró con el mismo amor en sus ojos.

—Mamá, vamos a bañarnos —afirmó la niña quitándose la ropa y escabulléndose en el riachuelo a sus espaldas seguida por su hermano. La madre cambió su posición para poder observarlos mejor mientras los niños chapoteaban y se salpicaban agua riendo jubilosos.

—Yo me voy, nos vemos mañana —Simón se había acercado con la pelota en las manos y unas gotitas de sudor impregnaban su frente.

—Gracias, Simón, les encanta jugar contigo —la mujer lo miró con afecto.

—Yo disfruto mucho más, te lo aseguro.

Dora había perdido la concentración por completo, el pánico la inundó inexplicablemente. ¿Debido a que el muchacho se iba? Sus sentimientos eran tan contradictorios que no sabía que pensar; disgusto por la raza humana, pero a la vez atracción por esas risas, ese amor, el desinterés del muchacho al pasar tiempo con unos niños...

Cayó del árbol sobre sus ágiles pies, era difícil conservar la forma con el caos mental que mantenía en este momento. Alzó la cabeza y allí estaba él.

El chico de pelo rojo y preciosos ojos, ahora su nariz era más chata, sus orejas puntiagudas, algo más musculoso y sus piernas estaban cubiertas de pelo rojizo acabadas en grandes pezuñas; una especie de taparrabos de cuero cubría su virilidad. Sonreía abiertamente aunque con un matiz de timidez en su expresiva mirada.

—¡Oh, divina naturaleza! —se sorprendió Dora, estaba más atontada que antes. Sabía que estaba delante de un fauno, sus hermanas le habían hablado mucho de otras criaturas que armonizaban con la naturaleza, pero verlo era diferente, por eso había sentido esa afinidad hacia él, pero tenía cuerpo de muchacho...

—¿No te han enseñado que no está bien espiar a los demás? —la tímida sonrisa no abandonó su semblante. Era imponente, alto y a Dora le fascinó más que con su físico humano—. Lo siento, no quise asustarte. Si te repulso, lo entenderé... las ninfas sois tan delicadas y no estáis acostumbradas a tratar con... —sus atormentadas palabras murieron en sus labios al contemplar la expresión como hipnotizada de Dora, mientras ella se acercó unos pasos y acarició el pelo que empezaba a bajar por sus caderas. Era suave y a Simón se le paró el corazón al sentir su caricia. No lo había tocado así nadie desde que su abuela murió.

—¿Cómo estabas jugando con los niños con... piernas? —titubeó Dora.

—Tú podrías contestar primero cómo una traviesa ardillita con tu misma mirada me estaba observando —contraatacó Simón apartándose de su toque avergonzado.

—Bueno, sí, es mi don de dríade. Sé que es algo extraño, pero me gusta.

—Bueno, es mi don de fauno. Es más extraño todavía, pero me gusta.

—¿Se puede hacer con seres humanos? —Dora estaba perpleja ahora y entusiasmada por hablar con alguien que compartía su característico poder.

—Es complicado, pero son mamíferos, ¿no?

Desde el momento en que conoció a Simón su vida cambió radicalmente. Sus hermanas no estaban de acuerdo de que se viera con un fauno y si hubieran podido, Dora estaba segura que se lo habrían prohibido.

Dora corría con los primeros rayos del sol y se reunía con el fauno en el claro donde lo había visto por primera vez. Él era gracioso y algo ladino, lo que le daba a su personalidad un toque irresistible. Sabía muchas cosas de la raza humana, se esforzaba por comprender a esos seres racionalmente capaces que desperdiciaban su tiempo y esfuerzo en vivir socialmente estresados. Simón no era para nada como sus hermanas le habían aleccionado sobre los faunos, según ellas, esta raza era egoísta, despreocupada y nada fiable. Simón era todo lo contrario. La ninfa estaba fascinada con cada descubrimiento que él le proporcionaba sobre su don o sobre los humanos; le contaba historias de las veces que se había relacionado y convivido con ellos y que realmente los hombres y mujeres eran capaces de cosas extraordinariamente altruistas.

En uno de sus encuentros, Simón le confesó:

—Mi abuela era humana —hizo una pausa para que Dora asimilara la información—. Nunca habló de mi abuelo, no sé nada de él. Al saber que mi madre era diferente buscaron re-

fugio en el bosque y tenían relación tanto con humanos como con faunos. Mi padre era un fauno; mi madre y él murieron en un accidente. Mi yaya me crió hasta su reciente muerte... Magda y su familia son parientes de mi abuela.

Dora notó el pesar en la voz de Simón, eran recuerdos dolorosos... Ella le acarició la espalda y envolvió con sus cálidas manos una mano masculina; se la llevó a los labios en un tierno beso.

Simón parecía extasiado con el comportamiento de Dora; ella veía el lado positivo de todo, estaba siempre contenta, canturreaba y amaba a cada ser vivo, era chispeante, decía y hacía todo lo que se le pasaba por la mente, reía y acariciaba al fauno como la muchacha dulcemente ingenua que era. Nadie le había tratado nunca con esa familiaridad, ella se había metido de un empujón en su vida y la había vuelto imprevisible.

-Tengo una pista sobre el pirómano que provocó el fuego -soltó Simón de improviso.

-¿Y por qué lo hizo? -Dora estaba furiosa.

-Sh... -Simón la abrazó y acarició suavemente su espalda-. Tengo un amigo con algunos contactos; quieren una parte del bosque para construir.

-Pero, no te preocupes -continuó Simón, reconfortando a la ninfa-, no dejaremos que pase; el bosque es nuestro hogar. Buscaremos al responsable del fuego. Juntos idearemos algún plan.

Dora se relajó en los brazos fuertes del fauno. Ella estaba segura de sus palabras, nada sobre Simón le había defraudado nunca.

Una tarde que Magda y sus hijos aparecieron en el claro del bosque, Simón enseñó a Dora para que aprendiera a tomar forma humana. El fauno ya había cambiado a su aspecto de muchacho inteligente cuando Dora comenzó a concentrarse en la mujer. Se suavizaron algo sus rasgos tan estilizados, sus orejas puntiagudas y el color de su pelo se volvió dorado, sus ojos tan verdes matizaron su color. Sus curvas se volvieron algo más voluptuosas, pero en esencia seguía siendo la ninfa que Simón adoraba.

La túnica sedosa que vestía Dora dejaba poco a la imaginación, el fauno era consciente de cada una de sus curvas; realmente siempre era consciente de cómo su esbelto cuerpo se movía debajo de las sayas, pero se negaba a admitirlo.

Simón la presentó a la familia, ellos parecían amables y encantados de tenerla como compañía. Dora y el fauno jugaron con los niños, rieron y corrieron; era algo tan nuevo para una dríade compartir su tiempo nada menos que con humanos y un fauno...

Dora estaba eufórica. Los niños eran tan sinceros e inocentes, todo era bondad en ellos y el bebé le encantaba más que ninguno. El pequeño se acercó a ella sonriente, mientras descansaban sentados en la hierba, sus manitas estaban ansiosas por explorarlo todo. La tocó y babeó en su regazo, era el cachorro más tierno que Dora había visto nunca.

Magda le explicó en qué consistía su vida rutinaria después del impertinente, pero ingenuo cuestionario de Dora. La muchacha mostraba un interés genuino por su vida cotidiana y en vez de ponerse a la defensiva a Magda le enternecía.

–Bueno, pues todos los días madrugo para preparar el desayuno de mis hijos, su ropa y el almuerzo. Después de despertarles con una nota de humor, me encanta que se despierten alegres, así que les canto o les imito voces –la mujer rió ante su propio recuerdo.

–Desayunamos, nos vestimos, le dedico unos mimos a mi bebé y los llevo en coche a la escuela. Al pequeñín lo dejo un rato con mi madre, ya que trabajo cuatro horas. Mi madre recoge a los mayores y me esperan en casa, por la noche dejo preparada la comida, ya que Tomás, mi marido, también viene a comer a casa. Después de comer todos juntos, Tomás vuelve a la fábrica y los niños al colegio. Recojo la cocina mientras Dani se echa la siesta, le encanta quedarse dormido enganchado a mi pecho. Cuando despierta jugamos un rato a solas, ya que sus hermanos llegan enseguida demandando la merienda que ya les tengo preparada a los tres. Entonces, si hace buen día venimos aquí a pasear, a bañarnos y a relajarnos o vamos al parque –tomó aliento.

Dora estaba tan atenta que ni pestañeaba, todo le sonaba muy extraño y desconcertante. Unas personas tan atadas a una rutina, unos horarios, sin depender por completo de sus

vidas, siempre con algo que hacer... pero se abstuvo de preguntar, la mujer pensaría que era mema o algo así.

-Al regresar a casa, Tomás nos espera. Ha puesto la mesa para cena y ha recogido algunos trastos, tengo que decir que le costó acostumbrarse a ayudar en casa, pero somos cinco y todos tenemos que realizar nuestras tareas. Mientras preparo la cena, Tomás baña a los niños y se ponen el pijama, hacen puzles, dibujan, juegan con plastilina.

Cenamos comentando lo que hemos hecho durante el día y todos recogen la mesa. Vamos al dormitorio donde les leo unos cuentos, Dani cae rendido entre mis brazos.

Tomás y yo vemos un rato la televisión o leemos un libro. Y eso es todo -terminó con un suspiro.

-El fin de semana es diferente, por supuesto. Hacemos la compra, limpiamos la casa, salimos a cenar, comemos con los abuelos, vamos al zoo o al circo en días especiales...

En cuanto se quedaron a solas, Dora acribilló a preguntas a Simón. *¿Todos los humanos se comportan así?, ¿no se aburren?, ¿qué es la escuela?, ¿coche?, ¿fábrica?, ¿hacer puzles?, ¿plastilina?, ¿televisión?...*

Estaba tan entusiasmada por la nueva información que no dejaba de dar saltitos alrededor del fauno. Él, con gran paciencia, explicó cada una de sus dudas. A la ninfa le encantó la idea de estar en familia compartiendo comidas, dormitorio y conversaciones. Pero, no entendía del todo el sistema eco-

nómico y materialista de la sociedad que les obligaba a trabajar, ir al colegio y estar separados de los que amas. Para ella el bosque era una gran escuela y estaba siempre rodeada de los suyos. Una incertidumbre empezó a germinar en ella. Una dríade era feliz, pero renunciaba a cambio a cosas que igualmente llenarían su vida y quizás fueran cosas productivas, sin tener que renunciar a la vida en el bosque.

Algo no iba bien en ella desde que deseaba estar a todas horas con Simón, ¿qué le estaba sucediendo?

Al día siguiente, Simón no apareció. Nunca le había fallado, con pose casual encima de una roca o apoyado en el tronco de un árbol con su sonrisa pícara.

Dora pensó que podía haberle ocurrido algo y acudió a buscarlo a su cabaña, encontrándolo ociosamente en la orilla del claro que rodeaba su casa. Ella no podía creerlo.

—¡He estado esperándote! —su corazón se comprimó cuando el fauno la miró con expresión inmutable. Las lágrimas pugnaban por brotar, no recordaba haber llorado desde hacía años.

—Lo siento —Simón no pudo esconder del todo la amargura en su voz, aunque la disfrazó con una sonrisa que no iluminó su rostro—, pero será mejor que nos veamos menos.

A Dora se le formó un nudo en la garganta y un porqué en los labios que no llegó a sus oídos. No estaba en su naturaleza rebajarse ni suplicar, pero por Simón se arrastraría pidiendo

una explicación, otra oportunidad, y ese pensamiento la aturdíá sobremanera.

-Yo, no lo entiendo... -susurró al fin con la mirada empañada. Simón pareció no haberla oído, tenía la mirada clavada en sus patas; cuando pensaba que ya no iba a contestar, la miró muy serio, pero con un atisbo de ternura en sus ojos.

-Porque ya no soy yo mismo -sonó tajante e incluso herido y su voz estremeció a la ninfa con un cálido sentimiento de añoranza- no pienso más que en estar contigo, en tu voz, en tu andar, en hacerte reír, en despertar a tu lado cada día... Cuando... -titubeó y bajó la mirada de nuevo, mientras a Dora le corrían cálidas lágrimas por las mejillas sonrosadas y apretaba los puños a la espera de más confesiones -cuando te transformaste en humana, me percaté de que no eres una niña, mis pensamientos eran totalmente irracionales, mirarte me llevaba imágenes sensuales; en mi mente te besaba, te tumbaba en la hierba y me comportaba instintivamente, como cualquier animal -a ella la recorrió un cálido escalofrío, le gustaba la idea de las manos de Simón sobre su piel, de su boca inundándola de besos. No podía negar el hecho de que ella había pensado en él de un modo parecido. Los músculos de Simón dorados por el sol, sus fuertes patas le resultaban muy atractivas y la pequeña tela cubriéndole...

-¿No te das cuenta? -prosiguió él-, estos pensamientos me están matando, sé que no soy humano, no tengo la oportunidad de formar una familia, con hijos y rodeado de amor, eso

es lo que les envidio. Ellos tiene libre albedrío en sus vidas, no están programados como nosotros. Tú morirías sin tu bosque.

Dora no pudo soportarlo más y dando media vuelta corrió mientras el nudo en su garganta se apretaba hasta casi ahogarla.

Habían pasado días desde la conversación con Simón. Sus hermanas la atosigaban con preguntas y no entendían cómo una dríade podía entrar en un estado de pura melancolía, ¡y por un fauno nada menos!

Dora se sentía vacía, ni siquiera le apetecía correr entre los árboles, ni cantar con los animales. Las palabras de Simón retumbaban en su mente como un cántico interior que la atormentaba. ¿Podría ella renunciar a su vida, sus hermanas, su bosque por un simple fauno que se comportaba como un humano? La vida de los humanos la fascinaba más cada día y perder a Simón era insoportable, pero tampoco podía desprenderse de su naturaleza de ninfa, nunca negaría lo que era.

Se consumía lentamente, cada minuto era un tormento. Tomó una decisión.

Encontró fácilmente a Simón a la orilla del río dónde solían jugar y charlar cada día, tocaba una dulce melodía en su pequeña flauta de madera ennegrecida. Cuando él oyó sus pasos detuvo la música, pero no se movió ni la miró. Dora mordió su labio varias veces antes de decidirse a hablar, no sabía qué decirle, cómo explicarle lo que sentía.

—Yo moriré sin ti —sentenció casi en susurros.

Simón no pudo soportar sus palabras. Había confesado que su amor por él era tan fuerte como por su bosque y sus hermanas. Apretó los puños y frunció el ceño, intentando no ceder a la tentación de estrecharla entre sus brazos.

—¿Me has oído? —Dora insistió con un hilo de voz —mi vida sin ti es un tormento. Deseo vivir en el bosque, cuidar de la naturaleza y ver a mis hermanas, pero también deseo amarte con mi alma y mi cuerpo y llevar a tus hijos en mi vientre, amamantarlos como una humana y criarlos junto a ti.

—No sabes lo que dices —dijo con un tono ronco—, mis hijos serían faunos. Una dríade pariendo faunos, ¿eso quieres? Se parecerían a ti, por supuesto, pero no nacería ninguna dríade, no de un vientre materno.

—Tus hijos serían nuestros y yo los amaría por encima de nada.

Dora se acercó lentamente e introdujo suavemente los dedos en el pelo rojo de él, esperando una respuesta.

—¿Formarías una familia como los seres humanos hacen?, ¿conmigo? —estaba receloso, pero se podía palpar su anhelo.

—Sí, con alguna particularidad, claro.

—Tus hermanas no aprobarán tener un fauno en su familia y menos que simpatice con humanos.

—Tendrán que acostumbrarse... Además, tú y yo tenemos que salvar nuestro bosque, ¿recuerdas?

A Dora se le iluminó el rostro con una sonrisa cuando sintió sus fuertes brazos alrededor de la cintura. Simón la levantó y la colocó encima de él. Ella le rodeó el cuello con los brazos y dejó que sus labios se acariciaran tiernamente. Un maravilloso ardor recorrió su cuerpo, era una sensación tan nueva y un torbellino de sentimientos la sofocaban. No sabía lo que le depararía el futuro junto a su fauno, pero necesitaba sentir lo que las mujeres humanas sentían estando en los brazos de su amante, cuidar y alimentar a sus hijos, sentirlos en su vientre. Ser todo lo independiente posible sin dejarse llevar demasiado por la sociedad humana, que era la parte más amarga, ya que nunca entendería el estrés o la ansiedad que llegaba a producir. Y lo que ciertamente sabía es que no quería separar nunca sus labios de los de Simón. Cuando sintió que él profundizaba su beso y sus lenguas se entrelazaban ansiosas desfallecía dulcemente, y ambos se sumergieron en el delicioso momento.

Un corazón roto

Patricia Fernández Jiménez

Sí, así es, como habéis adivinado, ésta es una historia de amor o, más bien, de desamor. Para ser exactos, es la historia de un gran desamor. ¿Os ha pasado alguna vez descubrir en vosotras a una nueva mujer tras un acontecimiento así? Para que podais entenderme necesito contaros cómo era yo antes de que él apareciera en mi vida. Siempre fui una niña y después una adolescente feliz, confiada. Desde luego que creía en los príncipes azules, creía que, más tarde o más temprano, llegaría mi gran amor. Lo que no había previsto es que yo no iba a ser el suyo.

Una noche, cuando tenía 24 años de edad y curiosamente creía que me hacía vieja para esto del amor, qué irónico me resulta ahora, le conocí. A partir de ahí, dejé de vivir en este mundo, había subido directamente al Cielo. Era tan feliz, ya nunca he vuelto a sentirme igual y no sé si volveré a sentir lo mismo alguna vez. Pero, contra todo pronóstico, como suelen ser estas cosas, si pudiéramos preveerlas no serían tan brutales, no duró mucho y me abandonó.

No puedo olvidarle. ¿Cómo decirlo? Es todo lo que soñé. Si Dios me hubiera pedido que describiera al amor de mi vida para concedérmelo, sin duda, le hubiera traído a él. Ya no quie-

ro llorar, ya no voy a llorar. Acabo de empezar a hacerlo, no he podido cumplir mi promesa. Me pregunto cuántas lágrimas me quedarán todavía por derramar, tengo miedo, porque temo que van a ser muchas. Dicen que amar es querer el bien del otro, y no el propio. Quizás no le amo tanto como pensaba porque es insoportable cómo me siento. Quiero que desaparezca esta rabia que me está consumiendo por dentro, quiero que salga de mis pensamientos. Querría poder arrancarme la cabeza. Se marchó por sorpresa, sin pistas. Supongo que no estamos preparados para el momento que nos cambiará la vida. Lo veo en todas partes, por qué todo el mundo tiene su cara? Observo a todas las parejas y siempre imagino que ella soy yo. Algún día querría ser la elegida definitiva, no solo la temporal. Dicen que hay dos tipos de mujeres: las de clase A y las de clase B. Digamos que las mujeres de clase A son aquellas que siempre tienen pareja, que la vida siempre parece sonreírles, que siempre son las elegidas; y las de clase B son aquellas que nunca lo son, aquellas a las que solo se les da las gracias por participar. No es difícil adivinar a qué grupo pertenezco. No puedo creer que se haya ido, que me haya traicionado de esta manera, no puede ser, él no. Me cuesta respirar y no puedo comer, no puedo vivir. Estaba todo planeado, así era en mis sueños, íbamos a querernos para siempre, no había duda. Qué ha pasado? No puede irse, no puede. Me lo había prometido, iba a cuidar siempre de mí. Por favor que termine ya esta broma pesada.

Ha pasado el tiempo y lo sigo recordando, en una canción, una película, todo es él. Esta nostalgia no tiene sentido, no

tiene razón. Esto debe ser algo así como lo ocurre en las telenovelas, donde los protagonistas son sometidos a una dura prueba para finalmente reunirse de nuevo los dos. Intenté llamarle. Solo quería oír de nuevo su voz pero no ha habido respuesta. Él solía llamarme solo para oír mi voz, cómo no iba a enamorarme de él?

Hoy le ví, me duele que no dijera nada, no sabe, no puede ni imaginar lo que él ha significado para mí. Desde luego el reencuentro no fue como tantas veces lo soñé. Se suponía que iba a acercarse a mí, que iba a decirme lo mucho que me había echado de menos, que todavía me quería y que sentía enormemente haberme abandonado así, y que iba a pedirme una nueva oportunidad a la que, naturalmente, yo respondería con un tajante <ni hablar> para después echarme en sus brazos y ya está, justicia divina cumplida. Pero mis sueños nunca se cumplen. Él podría haberme querido de verdad, podría no haberme olvidado, podría haber sido todo un gran error, pero no lo fue. Ya no sé si estuve realmente enamorada de él o solo preocupada por mi ego herido. Solo sé que todavía queda algo pendiente entre nosotros.

Estoy haciendo un largo viaje hacia mi interior, porque fuera no encuentro nada que me ayude a comprender. Me queda un largo camino, lo sé, pero voy a lograrlo. He empezado a leer mucha filosofía oriental, es realmente inspirador. Voy a recomendárselo a todas mis amigas. Mi mundo se desmorona en cuanto bajo un poco la guardia, todo me resulta demasiado doloroso. Él me ha dejado un precioso lote de miedos y

de dolor. Ahora mismo solo me tengo a mi misma, bueno no necesito más. He aprendido a convivir con mi dolor y mi fracaso, que se han convertido en mis únicos verdaderos amigos. No me malinterpreteís, no quiero resultar victimista, aunque quizás ya sea demasiado tarde para éso, pero sí quiero que sepáis que mi fracaso y yo mantenemos una cordial convivencia. Hemos hecho un buen trato para los dos. Y fracaso sabe que no estará ahí para siempre, así que no se ha acomodado demasiado.

Todos vivimos inmersos en una especie de película extraña en la que somos los protagonistas a la vez que no somos nada. Incluso tenemos también a nuestros coprotagonistas, que pocas veces elegimos nosotros mismos y, cómo no, el guión, que nadie nos cuenta por anticipado. Solo se nos permitirá verla al final. He leído un libro maravilloso. Se trata de *Cartas a un joven poeta*, de Rainer Maria Rilke. Me ha llegado al corazón, es conmovedor. Merece la pena compartir en estas líneas este fragmento:

«Debemos aceptar nuestra existencia en toda la medida en que corresponda: todo, aun lo inaudito, debe ser posible en ella. Ésto es en el fondo la única valentía que se nos exige: ser valientes para lo más extraño, asombroso e inexplicable que nos pueda ocurrir.»

¿Qué puedo hacer si todo el mundo me abandona? Seguir, no admito otra opción. Desearía poder volver a ser la misma que era, estoy perdida, y aún con todo debo seguir

cuidando de la niña asustada que se ha quedado dentro de mi. A veces me cuesta tanto conservar la fe. Paso el tiempo entrando y saliendo de un agujero negro. Y siempre tengo la sensación de haber pasado más tiempo dentro que fuera de él. Parece que estoy siempre en el punto de partida. Sé que en otra etapa anterior de mi vida debí sentir algo parecido a la normalidad pero hace ya tanto tiempo que sufro que ya no lo recuerdo.

El tiempo ha seguido pasando como es natural y he vuelto a llorar, pero también he reído, he vuelto a estar triste, pero también he vuelto a ser feliz en una suerte de montaña rusa. Definitivamente maravilloso. Estos fracasos, los aciertos, las lecciones, todo forma parte de mi. No quiero definirme por las experiencias que he vivido porque no las he elegido, sino por cómo he respondido ante ellas, eso sí puedo elegirlo. Puede que no lo hiciera muy bien, me pido perdón por ello y me perdono. Aunque perdí muchas batallas, siempre respondí luchando. Ése obstáculo llamado tiempo que debe pasar para que podamos ver las cosas con claridad, es, a veces, el mayor enemigo y, al final, siempre, nuestro mayor aliado. Debería poder activarse en nosotros un mecanismo de olvido inmediato pero por desgracia no hemos sido programados para ello. O podríamos entrar en un periodo de hibernación como algunas especies animales y solo despertar llegada la primavera. Es ese tiempo que paraliza las horas, los días, el que nos impide ver que ya tenemos la guerra ganada porque cada día que pasa, es siempre, incluso

contra nuestra voluntad, a nuestro favor. Es un enemigo que ya ha perdido de antemano. Quiere hacernos creer que el amor perdido es único e insustituible pero nosotros somos más listos que él.

Ha pasado algún tiempo más y me siento bien. No diré que soy feliz pero sí que estoy tranquila, serena. No sé si durará mucho, ¿qué importa? Encontraré la manera de sobrevivir, como dijo Calderón, la vida es solo un sueño. De nuevo anhe-lo algo especial, un final feliz.

Y ahora me han despedido. Afortunadamente no era un gran trabajo, solo uno más de los precarios que tanto abundan, especialmente para nosotras. No voy a organizar un escándalo por ello. Me voy a ir al campo, a una casita que mi familia tiene en un pueblecito perdido de la Mancha a respirar aire fresco, me sentará bien.

Qué tranquilidad siento, aquí no hay teléfono, no hay ruido, nada. Aquí me siento feliz: no tengo trabajo, no tengo amor, no tengo dinero y, a pesar de todo, es exactamente así como me siento.

Me aburre seguir pensando en él, estoy agotada. Ya no es lo primero en lo que pienso cuando me despierto por las mañanas y ya casi no sueño con él pero aún no puedo controlar del todo mis recuerdos. Es un dolor ya leve, un tiempo perdido, debí haber sabido evitarlo pero no pude, ya dije que perdí muchas batallas. Lo intenté a cada momento pero su recuerdo me invadía.

Volví a verle. Nos ignoramos, en él todo muy natural, yo no puedo decir lo mismo. Era encantador de verdad, ahora no sé quién es.

Pienso en la próxima vez que vuelva a enamorarme, sinceramente me estoy cansando un poco de esperar. Cuando llegue, solo para vengarme un poco, voy a hacer que sea él quien espere! Me pregunto quién nos enseñaría que un adiós debe ser triste. En la cultura oriental nunca se consideraría triste que aquél que nos trae dolor deba marchar.

Una amiga mía que también tuvo su corazón roto, hoy día perteneciente al ilustre grupo de mujeres clase A, se alegra infinitamente que su él se marchara. También ha debido leer sin que yo lo sepa mucho sobre cultura oriental. Aunque sospecho que hubiera preferido no tener que planteárselo siquiera. Son tan pocos los que hubieran elegido con el dedo a aquellos con quienes se encuentran. Creo que todos tenemos un amor que se fue que hubiéramos preferido conservar aun cuando ya dejó de dolernos su ausencia.

Nunca encontré consuelo alguno, nadie comprendió mi sufrimiento. Mi familia creía que exageraba, no podían entender que me sintiera así por alguien que había estado tan poco tiempo en mi vida. Además a mi madre, que por desgracia nunca se equivoca, no le gustó desde el principio. ¿Por qué no le haría caso?. Siempre le pareció sospechoso, un caso de alerta máxima, ella cree que nadie puede enamorarse en unos días pero yo sé que sí. Y mis amigas, ellas tenían esa actitud y

esa sonrisilla estúpida en la que se adivina el alivio por no ser ellas las protagonistas de semejante historia.

Con el tiempo comprendí qué fue realmente lo que me hizo tanto daño. Y desde luego que yo estaba completamente equivocada. Lo que me ocurrió, quiero decir, todo lo que sufrí, no tuvo absolutamente nada que ver con el amor que pensaba que sentía por él. Debo dar la razón a mi familia cuando no podían entender nada, porque francamente yo tampoco. Sí tiene sentido sufrir cuando has perdido la persona con las que has compartido tu vida durante un tiempo razonablemente suficiente como para que pueda tener un cierto significado en ella y otra muy distinta es que se acabe el mundo porque pierdes a alguien que solo pasó fugazmente con sus promesas de futuro que nunca tuvo intención de cumplir. Tras aquello, naturalmente tuve otras experiencias, también breves, y ya nunca volví a sentirme igual. Mis reacciones ante estas nuevas pérdidas resultaron del todo normales, un par de lágrimas durante un par de días y se acabó, ya no tuvieron mayor trascendencia. Así es como me di cuenta de qué fue realmente lo que me provocó aquél impacto y fue el descubrimiento, por primera vez en mi vida de cómo alguien puede llegar a ser tan ruin y tan cruel después de haberte llenado de esperanzas, después de hacerte creer que existía algo tan hermoso entre los dos. Descubrir que me encontraba en un mundo donde existen personas como él, capaces de actuar y mentir así, sin pestañear. Ésa fue la auténtica tristeza. Y después lo que te queda es otro tipo de rabia, rabia por no haber llegado antes a

esta conclusión y así haber podido luchar con otras armas, no con las del amor, ahorrando así tantos días y noches pensando en él, tantos días y noches llorando.

Y entonces llegó el sentimiento de haber hecho el ridículo más espantoso, ahora lo pienso y hasta me da la risa.

Hoy ya me he recuperado, sigo sin tener nada, es cierto, pero ya no estoy triste. Ya no le amo, ya no le elegiría, él, definitivamente, no forma parte de mi grupo de hombres clase A. ¿Os he dicho ya que me encanta el adverbio «ya»? Para mí significa cambio, significa que no más, que se acabó. Bueno al fin y al cabo el hombre de nuestra vida no es el primero sino el último no? Me gustaría saber lo que se siente cuando eres importante para alguien. Lo que se siente cuando alguien piensa que no podría seguir sin ti, que eres como su propia vida. Que me ame, que me ame, que me ame tanto tanto tanto que quiera estar conmigo para siempre. Que quiera conocerme de verdad y que llegue a conseguirlo tan bien que será capaz de saber las cosas que me duelen e inmediatamente sabrá hacerlas desaparecer. Y para mí dejarán de existir porque sabré que él estará ahí. Y también echo de menos escuchar un te quiero sincero, un te quiero que, aunque sea por una vez, sea para mí.

Y así voy reconstruyendo los pedacitos de mi vida, con toda la ilusión de que soy capaz. Me vuelco en encontrar de nuevo el sentido de mi vida, un orden, el equilibrio. La parte de mí que murió debe marchar, ya va siendo hora; y la parte

de mí que se queda aquí tiene que tener mucha paciencia, gran virtud ésta a la que nunca se le da la importancia que merece y a la que no le he dedicado demasiado tiempo. Me da pereza el amor, requiere tanto esfuerzo que no sé si mi reserva de energía va a ser suficiente. Volver a enamorarme, no sé, ¿será posible? ¿existe alguien ahí fuera para mí? ¿sabrá verme? ¡Estoy aquí! le gritaré. Al fin y al cabo la vida son esos cuatro o cinco momentos que lo cambian todo para siempre. Para bien o para mal los estaré esperando. Aquí me encontrarán. Quiero no pensar, dejar la mente en blanco, que los momentos vengan a mí y caer en un estado de ignorante inconsciencia. El gran error es planear demasiado, no poder dejar de pensar, y ya lo dice el dicho popular, las cosas llegan cuando menos las esperas y yo siempre espero demasiado. Y nunca llega nada. Risa amarga.

Cuando llegue el final de mi vida, que espero sea siendo una encantadora ancianita, me gustaría poder repasar mi vida, es lo que siempre se dice que se hace en estos casos, y poder sentir que, pese a no haber conseguido todas las cosas que pueda desear o no haber sido perfecta la mayoría de las veces, sí, que lo intenté hasta el final, que nunca me rendí y que siempre creí en que, si colaboramos un poco, siempre nos espera algo mejor.

Éstas son las últimas líneas que le dedico a mi corazón roto porque ésta ya no es mi historia.

La última carta

Charo García García

Su lengua depositó en el reverso de aquel diminuto sello nacional, para el extranjero, que tenía una bonita catedral a todo color, un poco de saliva y dejó que durante unos segundos se pegara en el sobre blanco rectangular que, despegando sus alas, recorrería los miles de kilómetros que le separaban de su destino.

Tenía la certeza de que el sello ejercía el poder suficiente como para que, aquellas letras, enlazadas unas con otras, en forma de cotidianidad personal, llegaran a la dirección escrita, con tinta azul, en el sobre blanco.

Ya no recordaba a nadie que escribiera cartas de puño y letra, ahora todos disponían de ordenador y correo electrónico. No era lo mismo. Echaba de menos abrir el buzón y recoger nerviosa un sobre con remite inesperado; romper una de sus esquinas para meter el dedo y poder, antes de llegar a casa, leerla en el ascensor.

Añoraba encabezamientos clásicos, pero sinceros, de algunos familiares: «espero que al recibo de esta, estéis bien, nosotros bien gracias a Dios», y las despedidas con besos y abrazos de todos para todos.

Le sorprendía la mueca que se dibujaba en el rostro del remitente al visualizar una falta de ortografía en un texto que tenía más de corazón que de académico.

Qué pena, pensó, ya nadie realizaba el trayecto hasta el buzón amarillo del barrio, el que estaba instalado frente al bar de Sebastián, para depositar el sobre, casi siempre de color blanco, donde se doblaban amigablemente varios folios tratando de contar, a pesar de una mala redacción; un estado de ánimo, una excursión, una primera vez, el nacimiento de un nuevo miembro de la familia o, la pérdida de una gran persona.

Cartas que al llegar a su destino, desdoblaban noticias con un cierto retraso y que, al ser leídas casi siempre en voz alta, daban más emoción. Se sabía que el recién nacido ya contaba con algunas semanas; la excursión ya estaba revelada en fotografías a color y depositadas en la estantería del comedor junto a las del año pasado; del estado de ánimo ya ni acordarse y la pérdida de esa gran persona, había encontrado un hueco en el corazón para siempre.

Por eso decidió escribir una carta que sirviera de homenaje al acto de escribir algo a alguien, no importaba quien fuera el destinatario, importaba el recuerdo, la valentía, la inhibición, el sentimiento y la verdad, sobre todo la verdad que en una carta se escribe y se describe.

Buscó un país, una ciudad, una dirección. Inventó un nombre cogió un folio en blanco y su pluma con tinta azul y comenzó su carta.

Llevaba unas cuantas líneas intentando contar, con un poco de orden, un poco de todo y, de pronto recordó un rostro y un nombre: D^a Aurora. Y, supo que debía comenzar de nuevo su carta. Hizo una bola con lo ya escrito –lo había visto infinidad de veces en el cine– arrojándola a la papelera.

Su carta iba a tener destino, su homenaje iba a ser real.

Le llevó algunos días localizar un posible paradero. Rebuscó en una antigua agenda de facultad de la que no se deshizo una vez terminada la carrera, llamó a algunos compañeros de entonces con los que, de vez en cuando, quedaba para cenar o recordar aquella etapa de su vida y, sobre todo puso en marcha la nostalgia en su recuerdo. Resultado de todo ello, un papel con una dirección. El destino de su carta.

D^a Aurora, como le gustaba que la llamaran sus alumnas (por edad y por respeto), había sido su profesora de Literatura en tercero. Con ella aprendió a respetar el pensamiento ajeno y sobre todo a disfrutar de la lectura. Por aquel entonces –curso del setenta y cinco– y con tan solo veinte años, las inquietudes y la idea de la vida eran un tanto alocadas y utópicas. Años en los que D^a Aurora, recia y recta, acudía cada mañana, a eso de las once, a aquella aula masificada de alumnos con vaqueros, pelo largo y con un agradable olor a tabaco de liar, a impartir conocimiento literario, conocimiento que, algunas veces, caía en saco roto.

Le parecía estar viéndola; el pelo recogido en un moño perfecto, ni muy alto ni muy bajo, siempre igual; traje chaqueta en

tonos rojos o cremas –eran sus preferidos– arriba de la tarima, seria, autoritaria y segura, sobre todo segura. Llamaba la atención dando unos ligeros toques en la madera gastada del respaldo de su silla, silla que nunca utilizó. Nunca la vieron ni tan siquiera sonreír. La literatura es una cosa muy seria, decía. ¿Qué había sido de ella?, solo la vieron por la facultad al año siguiente en un par de ocasiones, con su inseparable cartera de piel con remaches dorados y, aquel portafolios que parecía heredado de alguna agencia de espionaje internacional. Un día, sin apenas darnos cuenta, desapareció del mundo de la docencia.

Ahora tenía ante sí una dirección de Australia, la última conocida, que le había conseguido un antiguo profesor de facultad que a su vez se la había facilitado un amigo común al que, un día, vio en la cola del cine, pero de eso hacía más de cinco años.

Se le había hecho un poco tarde y dejó la redacción de la carta para el día siguiente.

Aquella noche volvió a tener veinte años y a sentarse en la última fila del aula de la facultad. Volvió a confundirse con la multitud de una manifestación, a su primer empleo, a la muerte de su padre. Volvió a vivir sensaciones que ya pertenecían al recuerdo.

A las siete de la mañana sonó desesperadamente el reloj y, el sueño volvió a su lugar en la memoria. Después de un día de trabajo como tantos otros, sin más sobresaltos ni más imprevistos que el anterior y, posiblemente que el siguiente,

llegó a casa, se puso su chándal favorito, sus zapatillas destalonadas, se preparó un té con limón y, se sentó a escribir.

Querida D^a Aurora:

No sé bien como comenzar esta carta ya que , al no saber si me recuerda, no me atrevo a trasladar a este papel un poco de mi memoria de la que, tal vez usted no quiera ser receptora pero, no he podido evitar recordarla –faenas que de vez en cuando te juega el subconsciente, supongo– y, junto con su recuerdo, aquella época de mi vida de la que guardo un entrañable gusto a leche con vainilla y canela, bien fría, en vaso de plástico, desde el tercero izquierda sin ascensor que teníamos alquilado entre cuatro compañeras aquel inolvidable curso del setenta y cinco.

Como supongo que no habrá reconocido mi letra, aunque la corrigió y leyó un millón de veces y, tal vez el remite tampoco le diga gran cosa, me voy a presentar de nuevo. Soy Paula Alvarez, alumna de filosofía de tercero en el curso del setenta y cinco, donde usted nos impartía clase los lunes a eso de las once de la mañana, pretendiendo que asimiláramos y pusiéramos en práctica cada uno de sus sabios conocimientos en la comprensión literaria. Soy aquella pesada que la asaltaba cada mañana, después de las clases, con cualquier excusa, y le daba mis escritos pidiéndole por favor que los leyera, que quería ser escritora y le repetía una y mil veces que su opinión me sería de gran ayuda. ¿Me recuerda?

No sé si porque nunca me contesto o, porque la vida la mayoría de las veces no resulta como la imaginamos, no soy escritora, trabajo en una agencia de publicidad.

La otra tarde mientras...

Miró el reloj; las cuatro de la mañana; miró las hojas escritas, más de treinta; miro su cara en el espejo, feliz.

Iba a enviarle a una persona que hacía veintiséis años había desaparecido de su vida, su vida. Curioso.

Como en un ritual, fue caminando hacia el buzón amarillo de correos que estaba a dos manzanas de su casa, las pintadas y las pegatinas junto con la suciedad del tiempo, le hicieron dudar de si estaba en servicio o, simplemente, lo habían dejado como mobiliario urbano en recuerdo de tiempos pasados. No obstante, depositó aquella carta en su interior.

Al tiempo de no recibir respuesta, pensó que lo más probable fuera que su carta descansara en alguna saca de algún lugar de aquel país, con un cuño atravesando el sobre que dijera DESTINATARIO DESCONOCIDO, y a la espera de que algún empleado caritativo la devolviera a su lugar de origen o, tal vez, ese empleado caritativo, al ver el sobre un poco roto, por el recorrido de kilómetros, lo terminara de romper y lo leyera, le gustara y le sirviera para presumir delante de sus amigos inventándose una amiga imaginaria o, tal vez..., se le ocurrieran infinitas de combinaciones posibles.

Pasó el tiempo y olvidó su carta.

Aquella tarde, al regresar del trabajo, encontró una nota por debajo de la puerta: «Paula, soy Reme, la de la puerta siete, en casa tengo un paquete para ti.»

Un... no sabía qué le recorrió todo el cuerpo. Su vecina le recibió con una sonrisa de complicidad, convencida de que iba a ser partícipe de aquella sorpresa, en forma de paquete, al enterarse de su contenido. No fue así, le dio las gracias y, diciendo que tenía la cena en el fuego, bajó las escaleras como alma que lleva el diablo.

Ya en casa, con un poco de nervios e intentando calmar la impaciencia, miró el remite: Australia, el nombre no le resultaba familiar.

En un sobre, una carta: *Querida Paula, por fin te conozco y esto que te mando es tuyo. Nunca supe donde enviártelo, ya que solo sabía tu nombre; el mío es Arturo y soy el marido de Aurora. Ella murió hace ahora tres años, unos meses antes de volver a España, quería terminar allí sus días, pero su tiempo no quiso coincidir con su reloj. Siempre habló con nostalgia de su etapa de profesora y del gran respeto y cariño con que era tratada por sus alumnos. Me hablaba de ti, te llamaba Paula la cuenta cuentos, y decía que algún día serías una gran escritora, ya veo que no es así. Un beso muy grande de su parte y otro, si me lo permites, mío. Suerte.*

Una carpeta de cartón con cintas rojas contenía todos sus relatos. Los relatos que le había ido entregando para su lectura y corrección, el papel tenía un color un tanto amarillento, pero allí estaba su tiempo, su inspiración y sobre todo su vida de aquellos años.

Estaba llorando, tenía delante un montón de folios corregidos y con notas al margen, los había leído todos. En bolígrafo

rojo se podía leer: «Hablar con Paula, para que no deje de escribir, tiene un don especial.»

Más muerta que viva

M^a Teresa García Valera

29 de mayo de 2009

EL sábado se murió tu madre. Compartíamos paredes. Echo de menos su televisión, que muchas noches no me dejaba concentrarme en la lectura y ni siquiera dormir. Por las mañanas iba una señora a ayudarla y no paraban de hablar. A veces tu madre se indignaba tanto, sobre todo por el dinero que ganaba la gente yendo a contar sus miserias a la televisión, que no me quedaba otra que oírla porque no me podía concentrar en mis clases.

Quería adelgazar, necesitaba hacer ejercicio. Siempre he odiado los gimnasios. Cada vez que salía el tema (cada vez que tú estabas en la calle porque no tenías clase y yo pasaba) no parabas de decirme que hacer ejercicio me vendría bien en todos los aspectos. Intuí que quizá eran demasiados aspectos. Y precisamente por eso me acostumbré a bajar al gimnasio, a tu gimnasio, todas las mañanas. Era muy cómodo, la puerta era la contigua a la mía. Nos separaba una pared.

Vi a tu madre una única vez, muy elegante, con un traje azul marino de esos que llevan las señoras mayores que no han renunciado a la coquetería. Lo acompañaba con un bas-

tón para andar mejor, debía ser «su» bastón, su compañero, ese del que no se podía separar.

Después de aquella vez no la volví a ver más, pero era como la música de fondo de mis mañanas. Ya no tengo música de fondo. Para mí, nuestras paredes nos unía, aunque normalmente se construyen para separar. Siempre te dije que nuestros espacios comunes separados por unos cuantos ladrillos y cemento me daban tranquilidad. Ahora estoy más desasosegada, no hay nadie al otro lado. Odio que tu casa esté vacía, que no ladre la perra, que no discutas con tu madre a la hora de comer, ese tiempo que compartías con ella porque por la noche te ibas a dormir a tu casa. «Mi vida ha cambiado mucho», me has dicho. Y sí. Sé que no quieres estar en esa casa sin ella. Todavía no sabes bien dónde comerás ni dónde dormirás la siesta. He empezado a sentirme vacía sin los tres (tú, tu madre y la perra) al otro lado de la pared, sobre todo a mediodía y a la hora de la siesta. La dormíamos tú y yo con una pared de por medio. Te quejabas de mi aire acondicionado. Hacía mucho ruido. Y yo era tan complaciente que para no molestarte me iba a la habitación a dormir. O no ponía el aire.

Cuando supe que ya no oiría nunca más a tu madre pensé en ti. No dejé de pensar en ti, he estado pensando en ti toda esta semana. Al principio no sabía si ir a verte al tanatorio o, mejor, obviar mi presencia. Decidí lo segundo y fue una de esas decisiones que tomas porque algo te dice que es eso lo que tienes que hacer y no otra cosa y tú no sabes por qué, pero

lo decides. En realidad y en el fondo prefería hablar contigo a solas. No hubiese soportado la imagen de la pareja consolando al afectado. Por supuesto, no quería ver a Belén en esa circunstancia. Bueno, nunca he querido ver a Belén en ninguna circunstancia. Tú también evitabas que nos viésemos, te ponías muy nervioso, confieso que yo también. La única tranquila era Belén, que vivía en la felicidad de la ignorancia. No sé si aún forma parte de tu vida, ni lo quiero saber. Tú dirías que me engaño a mí misma. Bueno, sí, ¿y qué? Hay muchas formas de alejar el sufrimiento.

Ayer había quedado con Belén (qué casualidades, dos personas con el mismo nombre. También yo me llamo como tu ex, a la que odias). Decidí estrenar el vestido de rayas color rosa palo que tanto me gusta y que llevaba bastante tiempo en el armario esperando el calor. También me puse una rebeca encima color rosa palo para disimular mi pequeña gordura (creo que sin resultados) y las sandalias de color rosa palo que tanto le gustan a mi amiga Pepa. Digamos que tenía un aspecto aún más ingenuo del que suelo tener. Debe ser ésa una de las razones por las que los hombres no se suelen fijar en mí. No me gustan los escotes, ni los tacones y, menos aún, las minifaldas. Las estridencias me repelen. Por eso me gusta el color rosa palo, porque es suave.

Cuando bajé a la calle la persiana del gimnasio estaba bajada, como casi siempre desde hacía un tiempo. Este hecho me producía a la vez liberación y añoranza continua. Recuerdo que cuando abrías el gimnasio todos los días y a casi todas

horas, antes de bajar a la calle, pensaba qué me pondría, qué te diría, de qué artimañas me valdría para aumentar un deseo que solo habitaba en la sala de karate cuando nos quedábamos solos, o sea, casi todos los días, porque yo calculaba cuándo no habría nadie. Ahora, cuando bajo a la calle, todavía pienso si la persiana estará subida o bajada. Continuo poniéndome nerviosa cuando sé que estarás a la entrada del gimnasio curioseando qué pasa en la calle. Pero, para mi liberación, suele estar bajada. Ya no abres tantas horas el gimnasio. Nuestros horarios han dejado de coincidir.

Aunque la persiana estaba bajada, la puerta de dentro estaba abierta. Me asomé y grité tu nombre tres o cuatro veces. Saliste sonriente y sin camiseta. Hice una alusión a aquella semidesnudez. Ignoraste mi comentario. Me abriste la otra puerta, la de la casa de tu madre (siempre persianas, puertas y paredes entre tú y yo). Entré, cerramos. Y entonces te abracé y te dije cómo sentía la muerte de tu madre. «Ya lo sé», me contestaste. Hablaste de cómo había sido todo y de cómo te sentías: dividido entre tu corazón y tu mente, como siempre. Casi no podías entenderte a ti mismo. Era como las pocas veces que te habías debatido entre Belén y yo. La cabeza y el corazón, pero siempre la racionalidad por delante. Hasta una cosa tan sencilla como la muerte te divide entre la razón y los sentimientos. Intenté decirte que la muerte es una herida que cicatriza, pero deja un vacío que duele, duele mucho, y te acostumbras al dolor y cada vez duele menos. El vacío está ahí siempre, pero convives con él. El dolor, el del principio,

ése que te hace gritar y preguntarte muchas cosas, vuelve de vez en cuando y entonces tienes que volver a llorar o, en tu caso, desahogarte en el gimnasio dando puñetazos a ese artefacto que tiene un nombre japonés que no recuerdo nunca. No sé si te dejas llorar, creo que no.

Cuando ya me iba (Belén debía estar desesperada, había salido con el tiempo justo) me pediste un «achuchón», un abrazo de aquellos que nos dábamos para despedirnos cada mañana cuando yo subía a comer a mi casa. Nos abrazábamos en las duchas de mujeres porque tú siempre podías justificar tu presencia allí, yo no hubiese sabido qué decir si alguien me hubiese visto en las duchas de los hombres. Llevaba dos años sin abrazarte, dos años, puede parecer que solo son dos años. En realidad han sido una eternidad. Sentí tus brazos y me di cuenta de que nadie me abrazaba así, a pesar de las relaciones que había tenido. Me hubiese quedado en ellos.

Suelo olvidar lo que no quiero saber. Por eso me olvido de Belén y de tantas otras cosas sobre mi vida que me molestan. A pesar de mis olvidos voluntarios y como si una losa me hubiese caído encima, supe que no te había olvidado. Supe que volvería a hacer otra vez lo mismo. Que me conformaría con aquel sexo escaso solo dentro del gimnasio, en la sala de karate, porque sabía que lo que para mí, pasada la novedad, era escasez, para ti era abundancia. Tengo que reconocer que yo al principio tenía orgasmos más rápido que inmediatamente y a ti te sorprendía que me dejase llevar con esa facilidad que ahora he perdido. Poco a poco fueron bajando en intensidad

y calidad. Tú te preocupaste. En eso no eras egoísta. Querías que sintiese lo mismo que tú. Pero yo ya no podía. Tantas persianas, puertas y paredes me habían cerrado. Además, estaba Belén. Yo era su complemento. En lo que ella no sabía hacer yo sacaba dieces. Me lo insinuaste un día. Decidí que no podía tener las dos cosas. Soy consciente de que hice sufrir a tu vida sexual y, por lo tanto, también a ti, a una parte de ti. «Me estás jodiendo vivo.» Cada día me pedías nuestra ración de sexo y yo te la negaba una vez y otra. Llegaste a hacer cosas tan infantiles que cuando subía a mi casa me hacían reír de verdad. A la vez que te negaba me reafirmaba, a un precio muy alto. Me sentía bien porque por lo menos esa vez no era yo la que pedía. Ya no pedía una relación que no fuese clandestina, ya no te pedía que no me ignorases cuando había más gente delante, ya no te pedía tomar un café en la calle, ya no te preguntaba por qué estabas con Belén si te morías todos los días de ganas de estar conmigo, ya no te dejaba que vieses mi vida siempre ridiculizada, no quería que me menospreciases más para no verme como una hormiga delante de ti. Fui firme en mis negativas. O eso creo.

Ahora soy consciente de que tu ausencia en mi vida ha sido una de esas mentiras a las que nos somete la vida. En fin, a las que nosotros mismos nos sometemos. A la mentira que he vivido dos años. Tengo miedo de mí misma y tengo miedo de ti.

Cuando era inminente mi despedida me dijiste: «pásate algún día y hablamos; aunque la persiana esté bajada yo es-

toy dentro». Ahora quieres saber cómo me va la vida, qué he hecho durante este tiempo fantasmal, cuántas relaciones he tenido... Ahora desearía un muro en vez de una persiana con una puerta abierta detrás. Pero sé que cuando subas la persiana para que yo entre y luego la bajes para que nadie nos moleste (esta vez será así) no nos dedicaremos solo a hablar. Sé que desearé quedarme en tus brazos hasta que el mundo pueda resucitarme de esta pequeña muerte que siento cada vez más a menudo.



Princeses anònimes i algun príncep destenyit

Clara Gil Fortuño

*Tantes paraules a cau d'orella,
tantes promeses a boca de canó,
tantes excuses intolerables...
Tantes mirades corprenedores,
tantes històries de prínceps destenyits,
tantes ferides en l'amor propi...*

Lletania

Pau Alabajos

I

*Tinc molt clar que mai perdré l'afecte
per coses i gent que em van fer el que sóc...*
A la meva vida (adaptació de la cançó **In my life**)
Lennon-McCartney

LA Marina va pujar al tren. Feia anys que no hi pujava i va pensar que s'havien modernitzat molt. La gent, en general, no parlava o ho feia poc i només el plor d'algun nadó

i el sotragueig del tren trencaven el silenci. Ja feia anys que no anava a la capital i el fet d'imaginar-se tan petita i pocatraça enmig del trànsit li creava un neguit a l'estómac que la feia delerar el camí de tornada, tot i l'emoció que sentia pel breu viatge que començava. Va mirar a través de la finestra i, a poc a poc, es va anar tranquil·litzant. El vent que bufava a fora movia les branques dels ametllers i en feia caure les flors tan rosades i clares. Aleshores va recordar la primera vegada que va fer el viatge des del poble fins a la costa amb un autobús atrotinat, que semblava que el vent s'enduria, i amb parada a totes les poblacions. Recordà que arribà molt cansada però amb una gran il·lusió, ja que era la primera vegada que els seus pares, prou estrictes en eixe sentit, li permetien quedar-se a casa d'una amiga. I una setmana sencera! Recordant-ho en la distància, pensà que foren els dies més feliços de la seua vida. Amb la Mariona van anar a la platja cada dia. Encara podia reviure aquell calfred quan, tombades de panxa enlaire ben a prop de l'aigua, la tebior de les seues esquenes sobre l'arena es veia envaïda de sobte pel corrent fred de la mar. Aleshores s'esquitxaven i saltaven, xisclaven i reien com mai després recordà haver-ho fet. Passejaren pels entorns del poble, baixaren a les caletes més amagades, es menjaren aquells musclos petits i crus que s'enganxen a les roques, pujaren fins els cims més alts i s'explicaren els secrets que duïen més amagats al cor –*Marina, saps que ahir el Marcel em va fer l'ullet? Tant de bo aquesta nit ens el trobem al ball...*– fins deixar-se l'ànima al descobert. Quan tornà a casa una setmana més tard, ho va fer

amb la pell més bruna, més forta i més resplendent que quan havia marxat només set dies abans.

Senyors passatgers, el tren va a efectuar la seva última parada... La Marina es va mirar el rellotge: 57 minuts! Sembla mentida que vivint a tan poca distància no ens hàgem vist en 30 anys! Va baixar i, plàmol en mà, es va dirigir cap a l'oest de la ciutat. Només feia quinze dies que, quan es va trobar per casualitat amb una antiga companya d'estudis, va descobrir que la Mariona s'havia traslladat a la ciutat amb la seva filla, ja que, a causa d'un Alzheimer imminent començava a no poder valdre's per ella mateixa. Va aconseguir el seu número de telèfon i, minuts després, ja havia anunciat la seva decisió d'anar-la a veure.

La Marina no va tardar gens en veure aquella finca rogenca, d'un elegant estil modernista, que s'alçava orgullosa enmig de la ciutat. Quan li van obrir la porta, va entrar a una casa modesta però acollidora i, de seguida, asseguda a un balancí, ben a prop de la finestra, va veure la seva amiga arrugadeta com una pansa però amb aquells ulls blaus, vius i expressius, que es van girar a mirar-la. I no els van caldre paraules. La Mariona es va aixecar i les dues es van fondre en una abraçada ben llarga. Aquella tarda la Mariona va estar més lúcida del que havia estat en molt de temps i les dues amigues es van explicar els capítols més rellevants –feliços, tristos, difícils...– de les seves vides. Quan ja es va fer tard cap de les dues no va fer falses promeses de tornar-se a veure. Sabien que no es trobarien de nou i que, per tant, aquell era un comiat per sempre; tal i com elles van dir: *Ens acomiadem de per vida.*

Hora i mitja més tard, quan el tren de tornada va arribar al poble, la Marina encara plorava.

II

*Digueu-li que té tot el menyspreu
d'una noia de vint anys.*

Abans de morir

Mercè Rodoreda

ARA que ja estic calmada puc explicar-te, crec que més o menys ordenadament, una petitíssima part de les coses que vaig sentir en veure't marxar per sempre. En primer lloc, vaig maleir el moment en què et vaig conèixer i te'm vas instal·lar, amb totes les comoditats –televisió de pantalla plana i alta definició, calefacció a l'hivern i aire condicionat a l'estiu, internet (amb banda ampla, és clar) i rentaplats– al bell mig de la meua, ja castigada, vida. Els deures professionals i socials indefugibles que tenia en aquell moment m'obligaren a sortir al carrer, amb unes ulleres fosquíssimes i uns ulls diminuts a causa de la humitat que s'apropiava d'ells només creuava el llindar de la porta. De fet, ho havia vist a les pel·lícules però no m'imaginava que jo sentiria aquell desig immens de trencar tot allò que se'm posara al davant. Afortunadament el meu amor per les coses boniques i per la llar que tants esforços m'havia costat de crear va voler que despatxara la meua ràbia sobre els coixins del meu llit (en el qual hi podia ensumar la teua olor –perfum,

desig i suor- i percebre clarament la teva silueta) colpejant i plorant amb tanta força que acabava amb els cabells esvalotats i retuda d'esgotament sobre l'ample matalàs de làtex. El següent pas fou autoconvèncer-me que allò era molt millor que qualsevol de les desgràcies que em podien ocórrer i que no desitjava per res del món: la mort dels pares, el patiment de les meves germanes, l'aparició d'una malaltia fatal al si de la família o dels amics íntims... Però tot i que respirava alleujada en pensar que res d'això ocorria no podia evitar fer-me l'eterna pregunta que es fan aquells qui se senten ben desgraciats: *Per què a mi?* I així arribava a la tercera fase, l'autocompadiment, el qual em feia sentir una indignació horrorosa quan es feia visible des de l'exterior però, tanmateix, em resultava impossible de dissimular. No sé exactament quina cara faria ni si seria una tècnica d'apropament però quan durant una nit de dissabte algun noi em deia *És una llàstima que una cara tan bonica estiga tan trista* i em demanava que li dedicqués un somriure el que li hauria dedicat hauria estat un rabiós colp de genoll a l'entreuix. Però, segons diuen, tot passa i, encara que ara em sembla, tot i que ja ha passat molt temps, que sempre et sentiré amb mi amb una intensitat del 900%, els darrers estudis científics demostren que el temps ho cura tot i que algun dia, com tu bé deies, en comptes de tres en serem quatre i aleshores podrem fer eixe soparet que tant desitgeu: ella per a respirar tranquil·la en veure'm emparellada i creure que té el seu maridet a bon recapte (sempre he pensat que el seu subconscient sap -amb raó- que unes llargues banyes coronen la seva digna testa) i tu per la curiositat de

veure com és el noi que jo, exigent de mena, hauré triat com a company. Tanmateix, només et diré una cosa: aqueix dia, pots estar-ne ben segur, et sentiràs tan gelós, en veure que els meus ulls ja no miren els teus amb devoció sinó que brillen de desig per uns altres, que ploraràs de ràbia, com jo he fet durant anys, en pensar en la vida plena que hauries pogut tenir i que no et vas atrevir a regalar-te.

III

*I tria l'estrella que t'agradi més, que jo hi seré a dins
cuidant de que tu tinguis els somnis més guapíssims
que es poguessin tenir.*

Somnis

Albert Pla

AQUEST matí havia d'aixecar-me a les set i vint-i-cinc per a poder anar caminant a la feina. No obstant, en el moment just en què ha tocat el despertador estava asseguda sobre una atracció de fira al teu costat, molt juntets. L'he apagat ràpidament i he pensat *Ja agafaré el cotxe* i he retardat el despertador deu minuts, dels quals ja n'havia passat un.

Normalment quan em desperte a la nit amb un malson horrible he d'obrir el llum, passejar-me pel pis, beure una mica de llet calenta i llavar-me la cara per tal de poder-me gitar sense que el malson continue per on l'havia deixat, com si fos un film.

Aquest matí hauria donat el que fos perquè la pel·lícula hagués continuat: tu i jo junts, molt apretadets, amb un dels meus rínxols fregant la teva galta i amb la teva mà molt a prop del meu genoll (aquell genoll que guaitava descarat d'entre els texans esguerrats i que et dedicares a acariciar amb malícia la primera nit que ens miràrem als ulls). Però, per més que m'he concentrat, cada cop més angoixada, els minuts han anat passant rapidíssimament i ja no t'he pogut trobar.

La pròxima nit que vingues a visitar-me, per favor, queda't amb mi una mica més.

IV

Tu em vols amb el melic damunt el teu...
Vicent Andrés Estellés

LA Clara va obrir la porta d'una revolada i, de sobte, es va sentir immensament feliç. El tenia allà mateix, tal i com li agradava trobar-lo, recolzat al llit amb un llibre a les mans. I com si fos una nena que surt de l'escola s'abalançà sobre ell i s'hi instal·là al damunt, deixant-hi caure tot el pes, ben junts, amb els genolls sobre els genolls, el ventre sobre el ventre, els pits sobre el pit.

Ell, com sempre, la renyà divertit: *Fuig! Que pot entrar algú i ens pot veure!* I ella: *Tant me fa, tant me fa...* mentre li acaronava

els cabells –suaus, suaus...– i li besava, amb petonets breus, el front, les celles, els ulls, el nas, les galtes, els llavis, les dents...

V

*És l'home estàtic, la tristesa el té corprès,
les orenetes faran niu als seus cabells.*

L'home estàtic

Pau Riba

Hi havia una vegada un jove anomenat Lluís que posseïa una característica bastant peculiar: tenia cos d'adult però ment i cor de xiquet.

Des de ben petit va ser conscient que era diferent dels altres nens i això el feia sentir-se una miqueta trist ja que no podia participar dels seus jocs ni de les seues bromes i s'havia de conformar amb observar-los de lluny. Algunes nits li costava agafar el son, ja que la seua ment mai no descansava, i s'entretenia imaginant paisatges meravellosos i viatges per l'oceà fins que les carícies de sa mare i el dolç so de la seua veu el tranquil·litzaven i guiaven el seu camí fins al profund món dels somnis.

I els anys van anar passant i Lluís va eixir de casa, va fer molts amics i va aprendre noves coses que l'ajudaven a fer la seua vida diària una miqueta més fàcil. Ara ja sabia parar la taula (un cobert tort per ací, un got per allà, un tovalló rebre-

gat...), anar sol a fer pipí, pintar alguns gargots de colors, jugar al gat i a la rata i, fins i tot, fer imitacions! Era molt bo jugant a pilota, xipollejant i prenent el sol, i els diumenges, famolenc, agafava una bona cullerada d'arròs i se l'empassava pulcrament sense deixar-ne ni un granet. Però aquesta història no té un final feliç. O potser sí. Els atacs d'epilèpsia, les diòptries i les càries, les múltiples píndoles de tots colors, les al·lèrgies, els picors... anàven apagant-lo a poc a poc, tot i que només tenia trenta-tres anys i sa mare veia com, cada dia, desapareixia una miqueta més la nineta dels seus ulls. I un assolellat matí d'hivern va marxar mentre dormia, sense queixes ni laments. Però, tot i el dolor per la pèrdua d'aquell ésser únic i especial la Carme es va sentir feliç per haver tingut la sort de viure tots aquells anys amb aquell somriure ingenu i aquella mirada neta i va agrair els déus per haver-li atorgat una mena de felicitat reservada només per a uns pocs privilegiats.

VI

*Però, sovint, en fer-se fosc, de lluny m'arriba una cançó,
velles notes, vells acords, velles paraules d'amor.*

Paraules d'amor

J. M. Serrat

... **T**OQUEN la nostra cançó... Escolta... I el fragment que més m'agrada... La pell del clatell se m'eriça amarada de suor i vaig perdent els sentits. Arribarà el so fins on ets? Voldria cridar-te però sóc

conscient que una multitud m'envolta. Intente girar-me i buscar els teus ulls però sé que no hi són. Un nus a la gola m'ofega i m'empeny i el plor amagat intenta fugir. Per fi es fa pas entre aplaudiments, crits i xiulets i el dolor i l'amor es transformen en pau.

El meu promés, que seu al meu costat, em somriu mentre mira la meva mà que, cercant consol, atrapa la seva amb suavitat.

VII

*He caminat tota la nit,
m'he preguntat tota la nit,
he anat dubtant tota la nit...*

Tota la nit

Gerard Quintana

AQUELL dia ja era el nové.

Havien passat nou dies llarguíssims, plens d'un nervi interior que no la deixava viure –ni menjar, ni dormir, ni fer l'amor...– plens d'un neguit silenciós i constant que la feia escapar-se a cada moment per tancar-se al lavabo i baixar-se les calcetes. I res; ni rastre de sang. Aleshores una petita emoció giravoltava com una atracció de fira allà, ben endins, però aviat arribava la por. Por a no quedar-se embarassada. Por a fer-ho.

De ben jove sempre havia planejat el seu futur maternal:

–Tindré dues filles i un fillet que es diran Neus, Alba i Gerard.

–Gerard? –preguntava la mare–. D'on has tret eixe nom tan elegant?

–Així es diu el presentador del telenotícies vespre, aquell d'ulls verds que m'agrada tant... I jo, mare? Per què em dic Mar?

Després van vindre anys de marxa boja per la gran ciutat i cossos joves de què gaudir. Fins que el va conèixer. Era atractiu i intel·ligent, amb estil, simpàtic i un pèl descarat, per això es va trobar, de sobte, encisada per tot en ell: gestos, paraules, detalls, enginys... Van passar un curs junts. I gaudien fent-ho tot: estudiant i rient, ballant i dormint.

Tenia vint-i-dos anys quan es va quedar embarassada. Ni tan sols se'n va adonar fins que no havien passat dos mesos. Com era possible? Ells eren joves, atrevits i una mica inconscients, sí, però tenien el cap al lloc i sempre havien pres totes les precaucions. Ara recorda l'ensurt que es va emportar, la por a la reacció dels pares i aquell sentiment d'*Hem d'impedir-ho!* que se li va encastar al cervell. No li ho va contar a ningú. Va ser ell l'encarregat de cercar una clínica on trobar la solució. I així va ser.

Des d'aleshores odia els dies boirosos com aquell en què s'acomiadà d'aquell nadó mai conegut. La nit abans d'aquell dia gris, acaronent-se, encara incrèdula, la panxa, li explicà qui era, d'on venia i per què no podia tirar endavant amb l'embaràs. Tots dos eren molt joves i els esperaven uns quants anys de sacrificis per tal de llaurar-se un bon futur. A més, cap dels dos venia d'una família benestant; els seus pares havien

treballat per donar-los el millor i no serien ells els qui menysprearien aquell esforç. De cap manera.

Les parets impol·lutes de la sala contrastaven amb la grisor de l'ambient. Una infermera vestida de verd la féu passar i li donà les indicacions pertinents: *Desvesteix-te i posa't la bata oberta per davant. Procura relaxar-te i no facis força amb les cames. Et molestarà un poc però acabarà prompte.* Gitada panxa per amunt i havent-se pres un parell de calmants que li enteboliren els pensaments recorda una intensíssima llum blanca i la figura retallada de la infermera que, sense massa ganes, li donava conversa. Per primera vegada a la vida no adoptà la postura habitual de cordialitat envers qui li parlava. Només sentia una veu fonda i cridanera alhora: *Calla! Deixa'm tranquil·la! Calla i deixa'm en pau! Només vull eixir d'ací i oblidar aquest malson...* Desgraciadament no va ser tan fàcil. A partir d'aquell dia, tot i que no era creient, va viure amb la certesa que seria castigada per allò. Va arribar a pensar que mereixia cadascuna de les contrarietats que va patir al llarg dels quinze anys següents i ara, amb trenta-set anys i molts intents frustrats de quedar-se embarassada, tenia aquell matí de novembre gravat permanentment a la memòria.

I arribà el desé dia.

Al nervi que la recorria, calia afegir-hi la ràbia, en veure cotxets i embarassades a cada cantonada, i la tristesa que, necessàriament, la perseguia. Aquell dia, una vegada més, s'hi va unir la impotència quan va aparéixer, a la fi, l'estampat roig a les calcetes.

VIII

*Oh, benvinguts, passeu, passeu,
de les tristors en farem fum,
que casa meva és casa vostra si és que hi ha
cases d'algú...*

Qualsevol nit pot sortir el sol

Jaume Sisa

SÓN les 18.30 i com cada dimecres les alumnes de l'Anna van arribant. Com sempre, la més puntual ha sigut la Carme. Acostumada a les consultes de metges i *físios* sol acudir abans d'hora a les cites. Amb una seixantena d'anys seu pesadament a la cadira. Acaba de perdre un fill però, tot i això, se la veu prou animada. Pel que ha explicat al grup, fins ara no havia eixit pràcticament de casa, sempre amatent a les necessitats del fill, però de sobte s'ha trobat amb molt de temps lliure que no sap massa bé com omplir. La seua veïna Cecília, que es va apuntar el trimestre passat, li va proposar d'anar-hi juntes i ella, un poc a contracor, va acceptar. Allà s'hi troba bé. Asseguda enmig de dones de diferents edats i condicions pensa que el seu món queda reduït a una anècdota enmig de les vides que s'hi exposen cada setmana. A la Carme no li agrada parlar. Simplement seu i escolta.

La veu de la Marina se sent de lluny, acostant-se pel corredor. Només de sentir-la es podria fer un retrat amb un percentatge alt d'encerts. És una dona grassa, de pell bruna i galtes vermelles. Aparenta més edat de la que té i després deter-

minació i coratge amb cada gest. Últimament, però, està més decaiguda. Pel que ha explicat al grup ha sabut que al seu primer amor li han diagnosticat la malaltia d'Alzheimer i això l'ha afectada notablement. La Mar, que com cada dimecres va amb sa mare al «grup de creixement personal» –tal i com deia al fullet anunciador– s'ha quedat molt sorpresa amb aquesta afirmació. No s'imagina la mare amb cap altre home que no siga el pare. Sap que de jove va ser una dona amb empena, emprenedora i molt treballadora però no se li havia ocorregut que hagués tingut un primer amor –*a més, a estes altures encara hi pensa?*– la idea ni li agrada ni li desagrada però no pot evitar causar-li certa inquietud ja que se n'adona que no coneix del tot la pròpia mare. Però, pensant-ho bé, i la mare? La coneix a ella? El seu secret més privat, aquell del qual mai ha parlat però que planeja sobre ella a la més mínima oportunitat, seria capaç d'acceptar-lo? De ben segur que mai no ho sabrà. A les nits intenta no pensar-hi. Tal i com li ha dit l'Anna busca pensaments bonics i s'imagina sobre la gespa i sota el sol i desitja poder jugar algun dia amb un Gerard, o una Neus, o una Alba... Ni que siga només amb un d'ells.

La Clara, alegre i despreocupada entra per la porta i saluda la terapeuta. L'Anna, al principi, es preguntava què hi feia una noia jove i aparentment feliç assistint a un grup de teràpia. La Clara no sol intervindre en les converses però escolta amb molta atenció tot allò que es diu. Estudia psicologia a la universitat i en aquest grup de dones diverses -assenyades, xerraires, apocades, rialleres, abatudes- hi troba un am-

ple ventall de possibilitats de formar-se com a professional i com a persona. Al seu costat seu la Cecília. Fa cinc anys va patir un greu accident de trànsit i va perdre el marit. La seua vida, aleshores, es va convertir en un malson en blanc i negre. Tanmateix, tot i que ranquejant d'una cama, va tornar a la feina, es va obligar a fer teràpia, a fer-se sòcia de l'Auditori Municipal i a no tancar-se a casa amb un cadenat a la porta i amb la nevera buida. I així, a poc a poc, van tornar els colors al seu món. I el groc, el seu preferit, el més llampant, aquell que dóna alegria a qualsevol gargot, va aparéixer en forma d'Àngel. Fa mig any que s'han promés i, per fi, la Cecília somriu. Tanmateix, quan menys s'ho espera, amb una olor, una imatge o un so recorda allò que fou i que mai no podrà ser i no pot evitar sentir-se seccionada.

La darrera en arribar, com sempre cinc minuts tard, és la Paula. Sempre va molt atrafegada, ja que té un càrrec important en una empresa de disseny d'interiors. L'Anna es pregunta a quina hora s'alçarà del llit per tal d'anar sempre tan arreglada, amb el coloret al lloc, tot i reunir-se a mitjan vesprada, i les botes i els complements a l'última moda. Aparentment podria semblar un poc frívola i amb el cap poc moblat però s'ha guanyat l'admiració i l'estima de les companyes. Segons ha explicat, amb un to desenfadat que intenta desdramatitzar l'angoixa viscuda, de joveneta, va sofrir la separació dels pares com a conseqüència dels maltractaments a què es veien sotmeses les tres dones de la casa. Així que es va espavilar aviat, va acabar els seus estudis i es va independitzar. Tot i els

seus esforços per confiar en el sexe masculí, no ha tingut gaire sort. Darrerament ha patit un desengany que l'ha deixada feta un nyap però després d'anar passant les distintes fases típiques de la superació d'un desencís ja està en condicions de tornar a confiar en algun xicot –això sí– diu rient –*que aconplexca unes mínimes condicions!*–.

Dues hores més tard, en acabar la sessió i acomiadar-se de totes les noies, l'Anna recull a poc a poc tots els apunts. Es posa l'abric, es recull els rínxols amb un fermall platejat i envolta el seu coll blanc amb la suau bufanda violada. Se sent molt cansada. Com cada dia ha hagut d'alçar-se passades les set per tal d'anar al Centre d'Atenció Primària. Aquesta nit, però, no ha tingut cap malson, ben al contrari, tanmateix la sensació de tristesa i aflicció se li ha enganxat al cos i no l'ha deixada reposar ni un segon. Només té ganes d'arribar a casa, beure's un fumejant got de llet amb cacau, llegir –arrupida sota l'edredó– un parell de pàgines del darrer best-seller de moda i, en apagar el llum, deixar-se emportar per les notes d'aquella vella cançó:

*...també pots venir, si vols,
t'esperem hi ha lloc per a tots,
el temps no compta ni l'espai
qualsevol nit pot sortir el sol.*

La niña triste que sonreía

Trinidad Guirado Molina

ESTOY mirando por la ventana y vienen a mí recuerdos del pasado. Mi mente cabalga en la quietud y la paz de la noche, y me hace pensar y recordar a María.

Me preguntarás ¿quién es María?

Hija, déjame que te cuente una historia que no sabes...

Nací en una familia humilde, de gente trabajadora. A muy temprana edad conocí lo que es el dolor y la violencia. El llanto empezó muy temprano en mi vida. Es verdad que todas las personas tienen sufrimientos en la vida. Pero hay lágrimas que nunca una niña debiera derramar. Tuve la desgracia de tener un padre con problemas. Mi padre se convertía en ogro muy a menudo. ¿Por la bebida, por la falta de amor, por su niñez..., quién sabe? El caso es que empecé a sufrir mucho por el ogro que vivía dentro de mi padre.

Desde muy pequeña empiezo a tener responsabilidades que no me corresponden, ¡tendría que haber estudiado, y no pude! Porque mis circunstancias eran otras y hube de ayudar a mi madre. Yo miraba el mundo de los mayores con recelo y no quería crecer. El mundo de los mayores me asustaba. ¡Qué pánico me daba crecer! ¡¡No quería crecer!! Demasiado complicado el mundo de los mayores para mí.

A muy temprana edad, ya derramaba lágrimas que no debían bajar por mis mejillas.

Demasiadas lágrimas derramadas y aún no había empezado a vivir. Mi mundo solo eran mis ocho hermanos y mi madre...

... Te sigo contando, hija.

Viví en el mismísimo infierno y lloré a solas, escondida. ¡Que nadie me diga que hay un infierno, que yo lo sé como nadie! Viví en la casa de un ogro grande. Él venía enfadado siempre, sin saber por qué. Y de esa forma, la arremetía contra mi madre y contra mí -porque era la mayor-. Y en su delirio nos golpeaba y nos echaba a la calle.

A mí, con mi madre.

¡Cuántas noches pasamos las dos en casa de la vecina durmiendo sentadas en una silla, y después por la mañana llamarme para que me hiciera cargo de mis hermanos pequeños! En estos momentos me angustiaba, porque no quería volver a mi casa sin mi madre. Porque a mi madre él no la dejaba entrar. ¡¡Mi miedo era tan grande...!! Pero como una pequeña cenicienta me dejaba llevar y obedecía.

Crecí insegura, llena de miedos, llena de complejos, llena de pánico. Sobre todo, tenía miedo a los hombres. Porque pensaba que todos los hombres llevaban un ogro dentro.

Aunque era pequeña, era fuerte. Cada golpe, cada dolor, cada noche de infierno me hicieron más fuerte y aprendí a defenderme. Y dentro de tanto dolor, yo soñaba...

¡Cómo no iba a soñar, si era una niña! Yo..., siempre tenía un sueño, un gran sueño.

¿Sabes, hija, cuál era mi sueño?

Soñaba con un mundo lleno de paz, con mi mundo en PAZ, donde el miedo no existiera.

Donde no hubiera ogros que quitaran la felicidad a las niñas y niños. Soñaba con sonrisas, risas y carcajadas, que tanto me gustaban, y me gustan. ¡Qué bello sonido, el sonido de la risa!

Yo sonreí y reí. Mi madre se encargaba de ello. Pero esas risas tenían un fondo amargo.

Porque pasábamos de la risa al llanto en un abrir y cerrar de puerta. En cuanto la puerta se abría se nos congelaba la sonrisa. Y como pollos asustadizos seguíamos a mi madre a la cocina.

Los lunes para mí eran liberadores porque mi padre estaba fresco y se iba a trabajar, pero esa liberación duraba muy poco, porque pronto llegaba el martes, el miércoles... y, de nuevo, el fin de semana, que se hacía interminable, en que volvía a aparecer el ogro.

Los fines de semana eran terroríficos. Cuando venía bebiendo y volvía a delirar y entraba en su espiral de violencia. ¡¡Si supieras, hija, hasta qué punto...!! Hasta el punto de pintar las paredes y las puertas de la casa con la palabra MUERTE. Muchas tardes de sábado los golpes y llantos se convertían en sangre. El sufrimiento era tal que la sangre no salía.

¿Con la palabra muerte? ¡Sí, hija, con la palabra muerte! Déjame que te lo cuente.

Esa tarde de fin de semana llegó como siempre, bebido, pero no tanto como para dormir. Y en su delirio, tomó en su mano un bote de pintura plateada y con ella pintó una a una todas las habitaciones, las puertas y todo lo que se le puso a mano de la casa.

Con letras grandes pintó la palabra *muerte* con su respectivo dibujo. Pintadas que estuvieron mucho tiempo en las paredes de la casa. Mis hermanos y yo, como siempre, corrimos al lado de nuestra madre. En esos momentos, no se movía... ni el aire.

Esas pintadas tan terribles minaron el alma de cada uno de nosotros tan pequeños.

Nadie tiene derecho de hacerle sufrir así a una niña, a un niño. Nadie tiene derecho a robarle su niñez.

A mí me robaron mi niñez. ¡Tú tuviste la suerte de ser niña y jugar en el parque!

TUVISTE suerte de tener leyes que te amparen! A mí no me amparó nadie. Ni a mí ni a mis hermanos, ni a mi madre.

¿Quien te robó la niñez, madre?

Te digo, hija, que fue la ignorancia la que me robó la niñez.
¡Quizás el ogro tampoco tuvo niñez y no sabía lo que hacía!

¿Quieres seguir escuchando mi historia, hija?

Pues... te sigo contando.

Un día sí y otro también..., en mi casa solo había violencia, llantos y hambre –porque pasé, pasamos mucha hambre–. Yo trabaja como una persona adulta, me convertí en la mano derecha, el paño de lágrimas y la defensora de mi madre, porque la mano del ogro era grande.

Con nueve años lavaba y pasaba mucho frío, en un pilón muy grande. Y como era pequeñita no llegaba al pilón. Pero lavaba la ropa ayudando a mi madre. El agua estaba fría, y las prendas de ropa eran grandes para mí, que no tenía fuerzas para hacerlo, pero lo hacía.

¡¡Qué suerte tienes, hija, para ti hay lavadoras y pañales desechables!! Para muchas Marías como yo no habían.

Yo lavaba, planchaba, cocinaba y cambiaba pañales cual si fuera la segunda madre.

Solo me faltó parir a mis hermanos. Pero eso no era lo más duro para mí. Lo más duro era el comportamiento de mi padre.

Y te cuento otro momento duro.

Esto que te cuento... no es para hacerte sufrir ni para que me tengas lástima, no. Sino para que abras los ojos y te des cuenta de lo privilegiada que fuiste siendo niña. Para que ten-

gas los ojos abiertos. Y no permitas que nadie te haga daño y te haga sufrir.

Como te decía te sigo contando...

Un sábado, como otros tantos, vino como siempre, violento sin razón y sin motivo. Mi madre estaba embarazada a punto de dar a luz, y él, en su deliro quiso estrangularla y tirarla por una ventana que daba a una escalera. Yo en la desesperación por salvar la vida de mi madre. Fui a la cocina y cogí una sartén, con la que agredí a mi padre. A la edad de doce años, defendí por primera vez de esta forma a mi madre.

Por las noches me costaba quedarme dormida, siempre estaba vigilante. En las noches de violencia y terror, mi madre me daba todos los cuchillos, tijeras y objetos punzantes de la casa, para que yo los guardara debajo de mi almohada. –«Guarda esto, hija, por si acaso, me decía mi madre»–. Cuando sucedía esto a mí se me rompía el aire. ¡Mi terror era tal..., era tan grande! que no sé si mi madre fue consciente alguna vez –y por eso yo siempre estaba vigilante–. Mi madre pasaba miedo y en su desesperación me cargaba a mí esa responsabilidad de dormir con los objetos punzantes debajo de mi cabeza, y esa carga me marcará para siempre.

Mi carácter era alegre, pero estaba triste, por dentro siempre estaba triste, y lo peor es que estaba siempre asustada. Tenía miedo de perder a mi madre. Ese miedo era mi compañero fiel y constante desde el amanecer hasta la tarde.

¿Comprendes ahora a tu madre?

Me convertí en una niña obediente por miedo, aunque mi espíritu era rebelde y libre, yo obedecía. Pero soñaba con la LIBERTAD y con la PAZ. Fui creciendo y teniendo sueños nuevos... sin saber que la vida me traería más sufrimiento...

... Pero te sigo contando mañana, que ya es muy tarde.

Otro día te contaré, hija, lo que sentí, cuando mi madre me sacó del colegio, y apenas había descubierto los libros, ¡esos maravillosos objetos que nos dan la libertad!

Soy consciente de la dureza de mis relatos. Cierto es que son recuerdos de una vida dura pero fue real. Te tengo que decir que a muchas personas estas experiencias las hacen duras e intolerantes. A mí me sirvieron para saber lo que NO quiero. En mi vida, NO quiero violencia. ¡Y mira que sé usarla!, tuve un buen maestro.

Mañana, hija, te seguiré contando... cosas que no sabes.



Elvira

Ana Isabel Huerta Triguero

Elvira

Mi imagen en el espejo aparece deformada, carente de identidad. Mi rostro empieza a desplazarse hacia abajo, mis ojos son el insignificante adorno de unas victoriosas ojeras que me recuerdan cada día cómo hace años perdí la batalla. Mi cuerpo..., hace mucho tiempo que no me molesto en mirar mi cuerpo. Suena la cafetera en la cocina, dejo la toalla junto al lavabo y voy a prepararme el desayuno.

—Voy a hacer un poco de ejercicio matutino.

Últimamente me sorprendo hablando sola constantemente. No me extraña en absoluto esta nueva costumbre que he adquirido, habida cuenta de mi nula vida social. La gente no hace cola en la puerta de mi casa para hablar conmigo. Todos se cansaron de escucharme, de ver cómo me hundía. Me rendí, no quería consuelo, quería llorar hasta desaparecer, morir por licuación. No pudo ser. Mi vida se paró hace algo más de dos años. No estoy viva ni muerta, sencillamente vago por mi casa, por las calles, finjo que trabajo. Pero, en realidad, me encuentro suspendida en el tiempo y en el espacio, a la espera de que algo suceda. Tal vez podría ser hoy ese día en el que las manecillas

del reloj vuelven a moverse hacia la derecha para liberarme de este estado de apatía en que se ha convertido mi mundo. Quizá sí o quizá todo terminó por mi expreso deseo hace ya una eternidad, y esto es solamente un periodo de hibernación que precede a la extinción definitiva. Podría ser la antesala del eterno descanso, el purgatorio de un merecido paraíso poblado de árboles frutales, aguas cristalinas y fina arena, de música suave de jazz y, sobre todo, de calma y olvido. Laura, mi niña, estará esperándome. Yo que fui, que soy atea convencida, me encuentro pensando en el purgatorio con la única esperanza de no sentirme culpable por estar pisando la tierra cada día, mientras mi niña duerme para siempre debajo de ella.

Bajo las escaleras a paso ligero, cuando llego al rellano, veo que el cartero va a dejar un sobre en mi buzón.

—¿Es para mí?

—¿Es usted Elvira Casado, 4º piso, puerta 12?

Es un sobre blanco que contiene una tarjeta del mismo color con unas anotaciones a mano. Son los datos personales de una mujer y su número de teléfono. Parece un asunto de trabajo. Me guardo la carta en el bolsillo y salgo a la calle. Todos los sábados por la mañana salgo a correr, sin excepción, soy muy metódica. Necesito saber qué tengo que hacer en cada momento y en qué orden para evitar que haya espacios en blanco que me enreden en una tela de araña tejida de recuerdos alegres que la ausencia de Laura tornaron oscuros y amargos. Cuando llego a casa, después de una hora de ejercicio, me ducho y paso

el día leyendo, viendo la televisión o escuchando música. Hoy decido cambiar mi rutina y llamar a ese teléfono:

-Buenos días, ¿Carmen Castellón?

-Sí, soy yo -responde una voz aguda al otro lado del auricular.

-Soy Elvira Casado, detective privado. He recibido hoy su carta. La verdad es que me ha sorprendido, hoy en día casi todo el mundo prefiere el teléfono.

-Sí, bueno, la verdad es que la llamé a usted en varias ocasiones y no la localicé. Entonces decidí lo de la carta.

-Podemos concretar una cita para el martes sobre... las diez, ¿le parece bien?

-¿No podría ser antes? Estoy muy preocupada, mi hija ha desaparecido. No sé ya ni con quién hablar.

«Mi hija ha desaparecido», esas malditas cuatro palabras fueron el principio. Si alguien me preguntara qué es el infierno, yo lo definiría con esas cuatro palabras. No es posible que todo vuelva a empezar. «Solo es una persona que requiere mis servicios, tengo que pensar con calma.»

Mi socio y yo tenemos una pequeña agencia de detectives. Nuestros clientes esperan de nosotros que ilustremos con imágenes sus sospechas. Por ejemplo, Raquel intuye que su marido le pone los cuernos con una compañera de trabajo: agencia de detectives, fotografía y divorcio ventajoso. O José sabe, pero no puede demostrar, que su encargado hace traba-

jillos extra los fines de semana para la competencia: agencia de detectives, instantánea y despido procedente. Y, el gran clásico, Patricia no sabe que hace el niño cuándo los sábados se va de fiesta con sus amigos y se levanta al día siguiente como una moto: retrato del niño esnifando con sus amigos, bronca de la madre y castigo ejemplarizante. Pero una desaparición... la mente se me queda en blanco.

-¿Oiga?

-Sí, perdone, sigo aquí. Normalmente en nuestra agencia no suelen entrar casos de esta naturaleza. Sin embargo, puedo ponerla en contacto con algún colega con más experiencia en este tipo de investigaciones.

-No. Confío en usted.

-¿Por qué?

-Simplemente, confío en usted. Ayúdeme, por favor.

No podía negarme. No podía, ¡maldita sea! Quedé con ella el lunes a las nueve y media.

Abrí los ojos mucho antes de que sonara el despertador. Sin embargo, siempre espero a oír el pitido de la alarma para ponerme en marcha. Desayuno, traje pantalón gris, camisa negra y cartera en mano, estoy preparada para comenzar el día. Abro la puerta y me dirijo a la agencia.

Saco la llave del bolso y antes de encajarla en el hueco de la cerradura, mi socio me abre la puerta. Ha llegado antes que yo.

—Hola, preciosa —saluda Mateo. Siempre me saluda así, cada una de las mañanas de nuestras miserables vidas.

—¿Te has caído de la cama? Los lunes siempre llegas tarde. ¿No has ligado con ninguna de esas pelanduscas de fin de semana?

—¿Celosa? —pregunta entornando los ojos, como si tratara de adivinar la intención de mis palabras

—Pues la verdad es que no. Por cierto, he quedado dentro de una hora con una clienta. Su hija ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Cómo dices? ¿No pensarás que llevemos ese caso? ¿Y no pensarás llevarlo tú? —grita Mateo, exigiendo una respuesta inmediata.

—Yo qué sé. Me mandó una carta con sus datos, la llamé y parecía tan desesperada...

—Esto puede hacerte mucho daño —se lamenta Mateo. Sale a la terraza, se enciende un pitillo y contempla cómo la ciudad se despereza solo para sus ojos.

Permanezco en silencio, mirándole, se mueve pesadamente. Por debajo de la camisa se adivina una tímida pero incipiente barriga. Mide casi un metro ochenta y está ligeramente cargado de hombros. El pelo, algo canoso, empieza a clarearle por las entradas y tiene los ojos surcados de pequeñas arrugas, huellas de una vida intensa y complicada, que le hacen parecer algo mayor de lo que es. Le queda bien la barba, suave y bien recortada. Es lo más parecido a un amigo que tengo y pienso que no

me importaría acercarme mucho a su cuerpo y pedirle que me acariciara muy despacio. Me sorprende a mí misma teniendo este tipo de deseos que hace mucho que no sentía. Cuando intuía que mi turbación va a delatarme, suena el teléfono.

—¿Quién era? —pregunta Mateo cuando hube colgado.

—Era la mujer de la niña desaparecida. Al final estaba con un amigo y no sabía cómo explicarle a sus padres la situación y...

—... Y la pobre chica pensó que era mejor tener a la familia en vilo durante varios días que llamar y enfrentarse a su madre, ¿no es así? —ironiza Mateo.

—Más o menos, así es —concluyo con desgana.

Tengo la mañana libre. Decido ir a pasear por la ciudad. Me gusta caminar relajadamente mientras el resto de los mortales se hallan sumidos en sus mundanas tribulaciones. Me reconforta que las horas fluyan con rutinaria normalidad, ajenas por completo a mi falta de quehaceres. Ha resultado un doble alivio que esa mujer hubiera encontrado a su hija. Habría sido muy duro recordar la desaparición de Laura cuando se fue a aquel campamento y cómo apareció su cadáver en un descampado cercano a aquel bosque. Nunca se resolvió el caso, no encontraron huellas de cómo pudo haber llegado su cuerpo hasta ese lugar. Tenía un golpe en la cabeza, no había señales de violencia. Parecía improbable que una niña de once años llegara sola hasta allí. Mi hija no era de las que se separaba del grupo, pero como no encontraron pruebas de delito, se cerró el caso como un desafortunado accidente. Recordaba

una y otra vez cómo le insistí a Laura para que fuera al campamento e hiciera nuevos amigos. Laura era muy introvertida, muy dependiente de su padre y de mí, quizá por ser hija única. A veces me preocupaba que no fuera más sociable y se relacionara con gente de su edad. Si no la hubiera presionado para que fuera a ese campamento, Laura aún seguiría viva.

—¿Elvira?

Era Alex, mi ex marido. Nos saludamos y caímos en la cuenta de que hacía más de un año que no nos habíamos visto.

—Me dijeron que tuviste un niño hace poco —improvisé para romper el hielo.

—Sí, ahora tiene dos meses.

—Tienes buen aspecto. Parece irte todo bien. ¿Será verdad lo de que el tiempo todo lo cura?

—Nunca olvidaré a Laura, ni que tuve una familia maravillosa de la que tú formabas parte. Cuando Laura murió, tú te hundiste y yo intenté ayudarte. Traté de hacerte comprender que, para bien o para mal, la vida seguía. Pero tú no me escuchabas y yo no podía soportar tanta tristeza. Entonces apareció Lola como un soplo de aire fresco, fue mi tabla de salvación. Te abandoné y no pretendo que me perdones, pero espero que entiendas que solo trataba de volver a tener algo parecido a una vida.

—No me abandonaste, yo hacía mucho que me había ido cuando conociste a Lola. No tengo nada que perdonarte, y en-

— |
— |
tiendo que trates de recomponer tu vida; es más, creo que todos nos merecemos reponernos hasta de la más horrible de las tragedias. Cuando nuestra hija murió, yo no soportaba seguir viviendo sin ella. Sabes que perdí los sentidos del olfato y el gusto (efecto post-traumático, así lo diagnosticó el psiquiatra) y asumí esta pérdida como una penitencia. Sigo purgando mi culpa, quizá algún día consiga rehacerme como tú.

—Necesitas perdonarte. Tú no tuviste la culpa y te mereces una segunda oportunidad.

Le escuchaba, pero no veía la cara del hombre que más me había amado. Las abundantes lágrimas calientes que corrían por mis mejillas me recordaban cuantísimas veces me había consolado con esas mismas palabras. Y yo no estuve a la altura y lo perdí para siempre. Era inútil lamentarse, los años pasados ya no volverían. Las mañanas soleadas de domingo, los cálidos desayunos y los ratos de parque quedaban muy lejos, la única esperanza era que hoy fuera el primer día del resto de mi vida, como en *Casablanca*. Nos despedimos y él se fue para siempre, otra vez.

Mateo

DESDE la puerta saluda Mateo a la clientela. Se sienta en el taburete de siempre, el de la esquina, y pide un bourbon con hielo. Son las dos menos cuarto, «buena hora para una copa», se dice a sí mismo. Ha almorzado un bocadillo de pollo

ahumado y una ensalada en un frío restaurante de buffet a la una y ahora el cuerpo le pide algo que le serene el alma. Está pletórico. Elvira ha aceptado tomar una copa con él esta misma noche y no ha tenido que insistir demasiado, tres o cuatro veces, y ella ha musitado con su voz de terciopelo: «vale, hoy sí», y le ha sonreído mostrando sus dientes blancos y perfectos. Diría, incluso, que todo su cuerpo ha respondido afirmativamente a su invitación, no solo sus labios rosas y suaves. Pero no quiere hacerse demasiadas ilusiones, lleva muchos años acumulando derrotas. Y aunque se siente vencedor, le inquieta la sola idea de tener que hacer frente a otro desengaño.

—Otro *bourbon*, Luis —exclama Mateo, exhibiendo todo su júbilo.

—¡Coño, Mateo! ¿Otro lingotazo a las dos de la tarde? ¿Qué se celebra?

Sonríe a Luis como única respuesta y piensa que celebra que, por fin, Elvirita le había permitido colarse en su corazón. Podría decirle que cada día está más guapa, que maldice cada fin de semana porque ella no está cerca y, que cada noche, antes de dormir, es su cara la que se imagina a su lado. Desea con vehemencia que le deje quererla. Porque él tampoco lo ha tenido fácil, pero es lo que hay, y cómo solo tenemos una vida, no podemos echarla a perder, aún si fuéramos gatos tendríamos siete oportunidades... pero somos personas y estamos obligados a intentar ser felices ahora, antes de que sea demasiado tarde. En ese maremágnum de pensamientos

se encontraba Mateo cuando escuchó la voz chillona de *la Tere* increpándole:

-Hola, cariño, ¿te vas a pasar esta noche por mi casa?

-No. Esta noche estoy ocupado Tere, pero gracias por acordarte de la buena gente.

-¡De nada...! ¡Y a mandar!

Tere es la encarnación de cada una de las mujeres que, a cambio de un módico precio, le han dado siempre el calor que la vida le había negado. Mateo lleva la derrota impresa en cada uno de los poros de su piel. Su mujer le abandonó hace mucho tiempo, entonces empezó a beber, o quizá ella le dejó cuando un jueves llegó tarde y pasado de copas. Y a ese jueves le siguieron otros iguales. Dios sabe que intentó salir de esa interminable depresión, cuando lo expulsaron del cuerpo de policía por abandonar su puesto, justo el día en que se había declarado un atentado terrorista. El malnacido de su compañero lo delató. Solo había ido un momento a ver ese anillo del escarapate al que le había echado el ojo para regalarlo a Elena el día de su aniversario de bodas. Explotó el artefacto y él no estaba allí. Mateo se desmoronó cuando el Tribunal Militar dictó sentencia: culpable. Y nadie le perdonó y su alma se volvió pesada y oscura. Pasaba los días en la tabernilla de la esquina, ebrio de vino, borracho de culpa y soledad, cuando Elvira se cruzó en su camino. Su vida comenzó a ordenarse ligeramente, bebía menos y tenía un motivo para levantarse por las mañanas. La relación de Mateo con su so-

— | | —

cia era inmejorable, la encontraba tremendamente atractiva y muy interesante. Pero fue poco después del divorcio cuando esa pulsión sexual se convirtió en un enamoramiento en toda regla. Alex se lió con una chica más joven que Elvira y a ella pareció traerle sin cuidado todo el asunto. No consiguió reponerse de la muerte de su hija. Fue incapaz de superar el golpe más duro que la vida puede darle a una persona. Temblaba compulsivamente y lloraba sin consuelo durante horas. Mateo intentaba reconfortarla como podía. No fue fácil. Por los extraños designios de la Providencia ocurrió que, de manera simultánea, ella se hundía cada vez más y él se recuperaba lentamente de su depresión. Empezó a beber menos, aunque nunca lo dejó del todo, y la vida le parecía cada vez un bocado más apetecible. Entonces se atrevió a pensar que el destino le había reservado este regalo maravilloso, un bálsamo que aliviaría para siempre su destrozado corazón: Elvira. Y, del mismo modo, Mateo era para ella su ángel de la guarda, tenía que salvarla. Y hoy ella le ha dejado estirar de sus brazos para sacarla de un pozo en el que ella sola se había metido para que todos la olvidaran. Pero él no va a abandonarla nunca, jamás, aunque tenga que irse con ella hasta el mismísimo infierno.

Elvira y Mateo

SON las diez y media de la noche. Mateo llega con media hora de antelación. La cita era a las once. Se ha duchado y perfumado a conciencia. La ocasión lo merece. Elvira está

acicalándose, incluso se ha comprado un vestido esta tarde. Está algo confusa y no sabe bien cómo debe comportarse esta noche. Hace un esfuerzo por recordar que alguna vez tuvo una vida y, ahora que lo piensa, era una buena vida. Si pudiera volver a sentir una mínima parte de toda aquella felicidad. Mateo la espera. Siente algo raro en el estómago, le parece que arde en deseos de llegar a ese bar y perder el control. Está hastiada de ponerse límites, no quiere seguir castigándose, tiene miedo de ser feliz pero no puede seguir negándose a vivir. Lo cierto es que cada día se levanta y respira este aire que un día compartió con su hija, pero ella ya no volverá nunca. Elvira habría dado su vida por ella, pero nadie le concedió ese último deseo. Desgraciadamente es ella la que sigue aquí y... puede que Mateo la necesite y la suma de dos fracasos, quizá, no sea un desastre mayor sino una nueva oportunidad. A veces, las matemáticas fallan.

Se abre la puerta del bar y allí está ella. La chica del vestido negro y los zapatos de tacón alto le está sonriendo a él. De entre todos los hombres que hay sobre la faz de la tierra, Mateo es, en este instante, el más afortunado.

—¿Qué tomas, guapa? —pregunta Mateo con intención.

—Tomaré lo mismo que tú. Y deja ya de poner voz de detective fracasado de película mala de cine negro —bromea Elvira.

—Es lo que soy, nena, detective y fracasado. Lo de la película mala, depende de ti. Esta puede ser la mejor historia de cine de la que podríamos ser protagonistas tú y yo.

Elvira no sabe qué responder, tiene el corazón encogido. Siente tanta ternura y deseo. ¿Sería posible que estuviera, de verdad, enamorada de Mateo? Hoy podría ser ese día en que su vida diera un giro de trescientos sesenta grados. Le parece un buen comienzo que Mateo la abrace y la bese de manera tan ardiente. Primero nota un calor tan intenso que tarda unos segundos en adivinar el sabor de su boca. Es una penetrante mezcolanza de bourbon, tabaco y menta. Le parece fascinante que, además, llegara hasta su nariz el olor de su colonia, litros de perfume que le delataban.

—¿Siempre usas tanta colonia o es que te alegras de verme?

—Es que me alegro de verte.

Mateo teme que quizá Elvira no quiera sumirse con él en este sueño de amor involuntario y absorbente. Palidece ante la posibilidad de no ser correspondido, porque dos vidas arruinadas deben de jugársela a todo o nada. Además, solo había dos finales posibles para esta historia: la chica lo rechaza o, por el contrario, ella se da cuenta de que dos corazones heridos solo pueden cicatrizar juntos. Cuando nota que un ligero sudor frío se está instalando en su nuca, Elvira se acerca a su oído y susurra:

—¿Qué te parece si vamos a tu casa? No te garantizo que vaya a casarme contigo, pero este podría ser el principio de una aventura, cuyo guión aún está pendiente de escribir. Ya estoy cansada de ser la actriz de reparto, hoy me merezco el papel principal.

Y sus vidas se confundieron con las del resto de los habitantes de la ciudad para formar una celda más de esa gran colmena en la que discurren cada una de nuestras vidas. Existencias anónimas, impregnadas de esencia literaria, que duermen esperando ser contadas.

Ballant la dansa del ventre

Ana M^a Iborra Asencio

VORÀ vosté, benvolguda lectora, jo volia escriure aquesta història molt poèticament, sap? Amb un vocabulari molt ric i complex, metàfores profundes i un argument enrevsat, però em vaig adonar que la meua història, encara que interessant, no dóna per a un supervendes sinó què és més bé una confessió susurrada a cau d'orella. És, per a que enganyar-nos, una conversació amb mi mateixa, però dirigida a una altra dona. Per què només dona? Bé, sincerament, no crec que a cap home li interesse i tampoc no sé si m'agradaria que llegiren la meua història, ja que aquesta és la història de com una xiqueta es convertix en dona, de com aprén a base d'errors i de com entén la seua feminitat a través de la dansa del ventre. Sona bé, no?

Doncs comencem. Com va dir una vegada la meua professora de dansa del ventre, no hi ha manera digna d'atravessar els anys d'adolescència. Qualsevol que diga que desitja tornar a aqueixos anys d'indefinició i de búsqueda, no està bé del cap. Aqueixa etapa és una etapa crítica en la qual la persona no sap qui és i està en un procés de formació de la seua identitat. És en aqueixos moments quan comença la meua evolució com a dona. La pubertat, aqueixa època de canvis físics,

hormonals, sentimentals, emocionals i tots els *als* que vulgues posar-li, em va passar factura amb traumes que tardaria anys en superar.

A l'institut, jo no era una dona, era un bestiola. Les meues corbes tenien un dilema d'identitat en no saber si eren formes femenines o formes vacunes. La meua cara, plena de granets i vermellors, s'amagava darrere d'unes grenyes de monyo llarg, llis i obscur, sense gràcia ninguna. El meu somriure, que molt escassament assomava, estava adornat per una ortodòncia que va viure d'*okupa* durant tres anys en la meua boca. Per a acabar-ho d'adobar, no m'agradava arreglar-me i solia anar a classe amb xandall. En poques paraules, no era guapa ni pretenia ser-ho.

En aqueixos anys, jo m'excusava a mi mateixa dient que és que jo no volia convertir-me en objecte sexual de cap home. Jo arreglar-me o maquillar-me per a semblar-li atractiva a algun dels bajoques de classe? Sí, home! Espera't assegut. Jo tenia 15 anys, però ja era suficientment intel·ligent com per a questionar qualsevol sistema que em volgueren imposar, el patriarcat el primer. Tardaria anys en adonar-me que aqueixa desatenció a mi mateixa era en realitat un rebuig a la meua sexualitat, a la meua identitat femenina, però en aqueixos moments no m'adonava d'això i reprimia la dona que volia obrir-se pas en mi.

Però era una reacció comprensible, ja que les meues amigues eren molt diferents a mi. Elles eren més guapes, més pri-

mes, tenien el monyo més bonic i si duien *aparato* els parava bé, no com a mi. Elles sempre havien sigut més precoces que jo i mentres jo estava llegint llibres, elles ja sabien maquillar-se, eixien amb xics i es posaven minifalda els dissabtes. Davant tal panorama, la millor opció que vaig trobar va ser optar per no «convertir-me en objecte sexual de ningú» i no tractar de fer-los la competència, perquè tenia clar qui guanyaria. La paraula competència és clau, ja que les amigues a aqueixes edats poden ser boníssimes però també molt cruels. Jo feia anys que estava enamorada d'un company de classe. Ell era alt, bru, un poc amb pinta de goril·la, intel·ligent però passota i un aire a vàndal sense ser-ho que a mi em deixava sense alé.

Vaig passar anys suspirant per aquest xic en secret. No ho sabien ni tan sols les meues amigues, ja que això de l'amor era una bajanada que no anava amb mi, oficialment parlant. Aquest xic, al seu torn, estava enamorat, també secretament (és el que tenen els amors d'aquestes edats) de la xica més guapa de la classe. Encara que jo no havia contat res dels meus sentiments a les meues amigues, elles ho sabien, a l'igual que sabien que aquest xic estava per la *miss* de la classe, Saray. Encara així, a la fi de curs de l'últim any en l'institut, em van fer la gran putada. Sí, benvolguda lectora, no s'escandalitze, els fets es mereixen aqueix qualificatiu.

A la fi de curs vàrem anar a Barcelona, per a visitar la ciutat, la platja i Port Aventura, i, com és normal, en aqueixos viatges on millor es passa és a les habitacions de l'hotel, no fora. Jo estava molt ratllada perquè veia que l'any següent

cadascú se n'aniria a estudiar una carrera i no estaríem més junts en la mateixa classe, ergo, no tornaria a vore el meu anhelat *goril·la*. Tenia el dilema interior de no saber si declarar-li o no els meus sentiments.

Conforme havien anat passant els anys els grans havien desaparegut de la meua cara, m'havien llevat l'ortodòncia, havia après a arreglar-me el monyo i les meues corbes es pareixien cada cop més a les d'una «dona». El problema era que ara la moda dictava que molaven les primes i aleshores ací jo ja no quadrava. Encara així, em trobava més guapa del que havia estat en anys i això em feia pensar que podria tenir més possibilitats. A més a més, aqueix últim any aquest xic i jo havien començat a parlar-nos més i a dur-nos bé.

Però el senyor goril·la, com l'insultava jo privadament per atrevir-se a llevar-me la son, estava flirtejant amb el seu etern objecte de desig, Saray, la *miss*. No és que la xica em caiguera malament, és només que era la persona més tonta, egocèntrica i creguda que he conegut mai. Jo a ella tampoc li queia massa bé, més que res perquè jo era intel·ligent. En adonar-me'n vaig desistir abans d'haver-ho intentat. Vaig passar una molt mala nit en la qual una de les amigues amb la qual compartia habitació em va escoltar i consolar. Amb tota la bona fe, ella ho va contar a la resta per a intentar ajudar-me, però no va tenir en compte que una d'elles també estava colada pel mateix xic. Aleshores la molt cabrona va tenir una *gran* idea: em farien creure que ell estava per mi perquè trobara el valor per a declarar-me. Així ella s'assegurava el meu ridícul i s'encon-

trava amb una rival menys. Pareix que siga una telenovel·la xorra però aqueixes coses passen.

Mai no oblidaré la cara que em va posar Diego (que així s'anomenava el xic) quan li vaig confessar, amb veu aguda i quasi amagant-me, que m'agradava des de feia anys. No va saber que dir, excepte balbotejar que a ell li passava el mateix però amb altra persona, que ho sentia molt. Se'n va anar, apurats, com si tinguera pressa per allunyar-se de mi i de la situació tan enutjosa en la qual l'havia ficat. Jo em vaig quedar allí, plorant, perquè sincerament m'havia cregut que aquells rumors que les meues amigues havien sentit eren veritat i ell li havia confessat al nuvi d'una d'elles que jo li agradava. Això havia sigut un colp baix per part de l'altra, però haguera sigut fàcilment superable si no fos per la xafogor constant a què em vaig veure sotmesa en enterar-se tota la classe del que havia passat. Algunes xiques em compadien, altres es burlaven: «no entenc com s'ha atrevit a dir-li-ho, tot el món sap que està per Saray, i contra ella no té res a fer»; a alguns xics els la bufava però altres es van dedicar a fer comentaris: «com va a agradar-li a Diego aqueixa *cosa*?». Saber que els xics em qualificaven com a *cosa* no va ajudar molt. Diego no va tornar a mirar-me a la cara. A la fi del viatge va aconseguir estar de rotllo amb la Saray i van fer del seu amor l'exclusiva del món rosa de la classe, besant-se, abraçant-se i d'altres demostracions públiques d'afecte que a mi no feien més que trencar-me el cor. Saray sempre em buscava amb la mirada quan estava amb ell, refregant-me per la cara la derrota. Jo cada cop m'afonava més en la misèria fins

que els dos últims dies del viatge no vaig poder suportar més, em vaig fer la malalta i me'ls vaig passar plorant en l'habitació de l'hotel.

Ara pense que la part positiva que em passara això en aqueix últim viatge va ser que després no tornaria a veure a ningú més de la classe en la carrera. Pensava estudiar Filosofia a València i ningú estava tan boig o boja com jo com per a atrevir-se. Vaig tardar dues setmanes en recuperar-me d'eixe episodi i vaig decidir fer un canvi radical.

L'estiu que va seguir a aqueix fatídic viatge va ser el més negre de ma vida. Vaig passar dues setmanes tancada en mi mateixa: no eixia amb ningú, vagava per la casa com un fantasma i no feia més que recordar amargament la humiliació patida. Em sentia com una merda. El qualificatiu que m'havien posat de *cosa* m'havia ferit profundament. Em vaig observar atentament a l'espill i de sobte vaig estar d'acord amb ells. Normal que a Diego li agradara Saray, jo era una *cosa...*, una cosa lletja, grossa i apagada. A partir d'ahí vaig deixar de menjar amb l'objectiu d'aprimar-me. Simulava dolor de panxa, deia que no tenia fam, mentia dient que ja havia menjat, etc. A més eixia a córrer tots els matins i em passava el dia fent exercici com una mena d'autocàstig. Podria haver-me posat a ballar. A mi m'encantava ballar qualsevol cosa, encara que no m'havia apuntat mai a ninguna dansa en concret. Però jo només ballava quan estava contenta amb el món i amb mi mateixa i en aqueixos moments deixar-me dur pel ritme o simplement somriure em pareixia antinatural. No tenia raons per

a fer-ho. Una xica tan grossa i lletja com jo no tenia dret a ser feliç a l'igual que no tenia dret a ser estimada. En dos mesos vaig passar de 60 kilos a 45. Vaig fer patir la meua família el que no es pot dir, però jo no reaccionava. Havia aconseguit baixar quinze kilos però seguia sense veure'm bé i ser feliç. Ma mare, com a últim recurs i com que no encontrava la manera d'obligar-me a menjar, em va obligar a ballar. Em va apuntar a una dansa en la qual totes les dones, pel simple fet de ser dones, tenen cabuda. Una dansa en la qual la forma, l'edat o l'alçada de la xica eren indiferents. Vaig començar a ballar dansa del ventre.

En la classe em vaig trobar a xiques de tots els tipus. Més altes, més primes, més baixes, més grosses, més joves, més velles... en presenciar la diversitat corporal tan de prop vaig començar a distanciar-me de l'ideal de bellesa que m'havia marcat; però molt a poc a poc. Els complexos, les inseguretats i l'autoodi feien fàcil acceptar les formes de la resta però no les pròpies.

La professora de dansa i les companyes em van acollir a la classe molt càlidament i em van fer sentir de seguida part de la família... perquè allò especial d'eixa classe eren els lligams que es formaven entre nosaltres. Com deia la professora, Roser, cada cop que les dones s'ajunten per a ballar mouen una energia capaç de canviar el món. M'agradava pensar que el nostre moviment canviava el món, però encara no entenien perquè.

A poc a poc, vaig anar avançant amb la dansa i recuperant la intimitat i l'afecte al meu cos. Vaig tornar a menjar saludablement de forma progressiva i vaig guanyar el pes que em faltava. Recuperar un poc de pes no va suposar molt trauma perquè per la dansa havia après a estimar-me un model de bellesa en el qual les corbes femenines són belles, no lletges. La dansa m'aportava alegria i força i vaig ser capaç de dur el primer any de carrera i fer noves amistats gràcies a la nova confiança que em proporcionava. Comprovava la rapidesa amb què aprenia i prompte les classes regulars em van saber a poc i les vaig complementar amb cursos d'elements com sable, vel i bastó amb diferents professores. Em podia passar vesprades senceres mirant vídeos de ballarines per internet. Depenent el dia veure aquest vídeos em deprimia o m'alegrava. Em deprimia en veure'm inferior a elles i m'alegrava quan aprenia d'elles.

Roser ens demanava que férem coreografies, i sempre recordaré com es va quedar en veure la meua primera *core*. «M'has sorprés una barbaritat, transmet coses molt boniques... però te les quedes per a tu.» Em va dir que em faltava confiança, picardia, créixer... en poques paraules. Era increïble comprovar com el meu aprenentatge personal i com a ballarina anaven tan a la par.

La sensualitat que està implícita en la dansa del ventre em va fer canviar. Jo ballava un ball sensual i, per tant, sensual em sentia. Començava a estimar-me el meu cos per ser capaç d'esboçar moviments tan bells amb ell. Els meus malucs, que abans em pareixien massa grans, ara m'encantaven. Em vaig

deixar créixer el monyo i jugava amb ell en ballar amb actitud coqueta. Vaig començar a arreglar-me més i a aprendre a maquillar-me. M'havia canviat fins i tot la manera de caminar, de moure'm, de gesticular. Tot s'havia revestit en mi d'una aparent seguretat que abans em semblava impossible d'assolir.

Tanmateix, tant de canvi em va fer plantejar-me el que jo pensava abans: no estava ballant una dansa que buscava la seducció dels homes i, per tant, m'exposava netament com a objecte sexual? No estava arreglant-me més i maquillant-me amb una amagada intenció que la resta em considerara guapa? De vegades pensava aquestes coses i sentia que havia traït els meus principis, però, aleshores... per què em sentia en aqueixos moments millor que mai? De fet, lligava més que en la vida. Sempre em miraven pel carrer i els més descarats em feien comentaris propis dels treballadors de l'obra, molt sovint despertava interès en els xics que em coneixien... però jo seguia sense entendre ben bé el perquè d'aqueix èxit. De fet, en el fons jo encara era molt insegura i, com és inevitable en les persones insegures, molt enamoradissa. Durant aqueix temps de transició havia conegut a molts xics diferents i m'havien agradat uns quants. Fins i tot en algun moment el *sentiment* era recíproc i vaig tenir una mena dels anomenats *rotllos* amb alguns d'ells. El problema és que sempre començava rotllos pensant que en realitat eren alguna cosa més, per a després adonar-me que en realitat no ho eren. Per primera vegada en la vida, els homes s'interessaven per mi... bé, millor dit, pel meu físic. Mai cap d'ells volia una relació seriosa. Els homes

són prou covards en aqueix aspecte. Encara que això ho sé ara, en aquell moment el problema no era d'ells, sinó meu, per no ser suficientment bona com per a que s'enamoraren de mi.

Una vegada una amiga meua molt intel·ligent em va explicar una cosa que aclararia en part els meus dubtes respecte a la sensualitat de la dansa: tot ball té un origen sexual, no només la dansa del ventre, sinó qualsevol dansa. Em va posar d'exemple el flamenco (que per altra banda té clares reminiscències àrabs), en ell el recorregut del braç fa un cercle gran en el qual la mà, fent el seu moviment típic, assenyala els atributs sexuals de la dona: vagina, melic, pit i cap. Aqueix va ser un exemple interessant, però es pot extrapolar a qualsevol altre ball ja que aquest és, d'alguna manera, el ritual de seducció de l'ésser humà en tant que animal, encara que avui en dia perdem aqueixes arrels nostres de vista. Sinó fora vitat... quin sentit tindria l'èxit de les discoteques com a lloc de *ligue*?

Aqueixa explicació em va fer entendre una cosa: jo quan ballava ho feia amb timidesa, timidesa creada per la por a provocar, per una mena de sentiment de culpabilitat en mostrar la meua faceta més sexual. Quin gran error! No havia d'amagar la meua sexualitat com a dona, sinó estar orgullosa d'ella! Jo no era qui per a negar l'origen sexual de la dansa... perquè no era res roïn. El problema d'haver entès això és que jo, persona d'extrems, vaig passar de rebutjar la meua sensualitat a explotar-la i, a més a més, a entendre-la mal en relació amb els homes. Per què havia de sentir-me mal si em consideraven

com a un objecte sexual? No era jo un ésser sexual? No estava dintre de la naturalesa de la dona la seducció? Aleshores, on havia vist jo el problema abans?

A partir d'aqueix mal enteniment em vaig convertir en una mena de *femme fatale*. Els rotllos van passar a ser més que rotllos i m'aprofitava del meu atractiu per a aconseguir dels homes que m'envoltaven el que volia. Em vaig convertir en una manipuladora. Aqueixa temporada va ser molt estranya ja que, per una part, em sentia més atractiva que mai, més poderosa en veure com era capaç de manipular, malèvolament satisfeta en veure que ara eren ells els que patien per mi i no jo per ells. Però, per altra banda, em sentia cada cop pitjor amb mi mateixa: més bruta, menys respectada, ja no pels altres, sinó per mi. Tots els matins que m'alçava amb un xic pràcticament desconegut al llit tenia ganas de tirar-me per la finestra. La meua autoestima baixava per moments i no entenia perquè. No se suposa que jo era lliure de fer amb el meu cos el que em vinguera en gana? No era jo més forta que abans i ja no patia per ells?...

La meua professora de dansa, amb la qual seguia rebent classes, Roser, va ser testimoni de tots aquests canvis en la meua persona. Ella havia vist entrar per primera vegada a la seua classe una jove anorèxica, l'havia vista mirar-se a l'espill de la classe amb fàstic, l'havia vista somriure en veure que li eixia un pas, l'havia vista aprendre més ràpid que cap de les d'iniciació, l'havia vista recuperar el seu pes i vindre sempre a classe amb alegria, l'havia vista ballar amb timidesa i gràcia la

primera vegada, però amb fals envaniment i exhibicionisme en les últimes ocasions.

Sí, benvolguda lectora, ella m'havia vist créixer davant dels seus nassos i gran part d'aqueix creixement era gràcies a ella i a les meues companyes de classe. Però en la meua època *femme fatale*, Roser ja no em reconeixia, jo ja no tenia la dolçor que impregnava el meu ball al principi. Havia superat la timidesa i havia passat a l'extrem de ballar d'una manera sexualment explícita, de la manera que, segons ella, només pots ballar si et contracten en una pel·lícula *porno*. Mai no em va dir això davant de tota la classe, però sí en privat i quan ho va fer tota la seguretat que creia posseir es va escórrer pel clavegueram.

Vaig voler enfadar-me amb ella per dir-me eixes coses, però en el fons jo sabia que tenia raó. Tanmateix el meu orgull no em va deixar disculpar-me i vaig aguantar el nus en la gola fins arribar a casa. Allí vaig plorar a gust, reflexionant sobre el que estava fent i preguntant-me el perquè. Per què em sentia mal comportant-me com ho feia? Era perquè m'havien inculcat uns valors en els quals la dona no podia gaudir de la mateixa llibertat sexual que l'home? No tenien aqueixos valors origen en una societat culturalment impregnada d'un catolicisme que condemnava la sexualitat en la dona sinó estava destinada a la reproducció? No, amiga meua, no. Jo ja m'havia reconciliat amb la meua naturalesa sexual i sabia que era lliure de gaudir de la meua sexualitat com volguera i amb qui volguera.

I ja podia vindre a mi el *mateixíssim* papa a dir-me què havia de fer amb el meu cos que jo li cantaria les quaranta a ell i a la seua maleïda església catòlica! Amb les ganes que li tenia... Bé, no s'espante, benvolguda lectora, aquestos atacs de vehemència són molt meus, encara que crec que a aquestes altures de la història, quan ja li he contat la mitat de la meua vida i li he obert el cor a profunditats que ja desitjaria un minner en busca de carbó, ja puc començar a parlar-li de tu..., si no t'importa.

Aqueix dia que jo plorava tant i tant i em sentia tan desgraciada, no parava de pensar i seguia preguntant-me perquè em sentia tan mal. Seria per por al que pensara de mi una societat en la qual un home que es gita amb vint és un «mascle» i una dona que fa el mateix és una «puta»? Potser això podria estar influint-me, encara que fóra inconscientment, però el que pensara la resta de mi me la portava ben fluixa, sent sinceres. No, no era cap d'aqueixes raons... Em vaig quedar dormint pegant-li voltes a la qüestió i això va fer que jo, que mai me'n recorde dels somnis, en tinguera un de revel·lador. Va ser un somni molt bonic on jo feia l'amor (que no em gitava) amb un home que m'estimava i jo me l'estimava a ell i en el somni estavem units d'una manera estranya... no estavem casats ni per l'església, ni per l'Estat, ni tan sols érem parella de fet... la unió anava més enllà d'afers legals. El sentiment era tan immens que sabia que ell era part meua, però sense deixar de ser jo mateixa... era com si fórem una sola cosa però amb identitats diferents. En el somni tenia la seguretat que eixa unió era eterna.

L'endemà, en despertar-me, vaig recordar el somni. Un sentiment d'amor grandíssim em va nàixer en recordar-lo, com si m'haguera despertat enamorada. Vaig comprendre l'explicació del meu subconscient: no em sentia bé lliurant-me físicament a un home pel qual ni jo sentia res per ell ni ell per mi. Aqueix era el fet. Aqueixa era la raó per la qual em sentia bruta... però la reflexió no acabava ací. Em vaig adonar, de sobte, d'una cosa tan òbvia que no entenia com no l'havia vista abans: el sexe, per a mi, significava la unió màxima entre dos persones que es volen i, per tant, jo en tenir sexe amb qualsevol estava regalant-li el meu cos a algú que no se'l mereixia. Però per què? Com havia sigut capaç d'això? Sabia que el sexe pel sexe existia, molta gent el practicava i no passava res, però en el moment que alguna cosa dins meua em feia sentir mal respecte a ell, això significava que no era el que realment jo volia.

El que jo veritablement desitjava era amor, no sexe. I l'amor encara no l'havia trobat ni pareixia molt probable que estiguera a prop d'aconseguir-lo. En tornar a veure a Roser, li vaig explicar el que havia comprés i li vaig donar les gràcies per fer-me obrir els ulls. Ja era conscient del que em passava i del que necessitava... necessitava estimar i ser estimada. El problema era que aqueix plantejament em faria molt de mal en avant... més que res perquè era erroni.

A partir d'aqueix moment vaig decidir esperar-me a encontrar la persona adequada i aqueixa era la meua esperança. Seguia fent les meues activitats habituals: llegir, llegir, llegir i

ballar, ballar, ballar, fent cinc cèntims. És clar que també menjava, dormia, eixia amb les meues amistats, etc., però la meua vida se centrava en l'estudi i en la dansa. La carrera de Filosofia (per cert, una carrera preciosa que li recomane a tot el món) em va descobrir autors i llibres amb idees tan complexes, interessants, boges i estranyes que conforme llegia sentia la meua ment expandir-se més i més cap a l'infinit: la vida era filosofia i el món, per sort, era tan complicat...

En aquesta etapa de la meua vida, en què la figura de la dona i la meua relació amb la dansa del ventre sacsejaven tant el meu cap, la lectura d'una filòsofa feminista belga, Luce Irigaray, em va il·luminar. Aquesta dona és el màxim exponent d'un tipus de feminisme anomenat «el feminisme de la diferència». Aquest feminisme considera que la dona té unes característiques pròpies, diferents de les dels homes, que ha de defensar i de les qual s'ha de sentir orgullosa. Així, el feminisme de la igualtat busca una neutralitat que, en realitat, és netament masculina i les dones no tenim perquè voler ser igual que els homes en tot. Evidentment, hem de ser iguals en drets i dignitat, però això ens pertany en tant que persones. Si una dona no vol anar a la guerra, per què ha d'anar? Per a demostrar que pot anar igual que l'home? I clar que pot si li dóna la gana! Però no volem, i saps perquè, amiga meua? Perquè les dones som mares. I la guerra destrueix allò que nosaltres hem creat: persones i relacions. La mare vol igual el fill que la filla. La mare no exclou. La mare és vida. *Colló!* Si les dones som capaços de crear vida, què dimonis no anem a ser capaces de

crear??? Les dones som molt fortes... tenim el poder de canviar el món... o almenys sense nosaltres el món s'acaba. Les dones som fortes, sí. Som capaces de suportar més dolor i de tots els tipus: físic, emocional, psicològic; som capaces de fer mil coses al mateix temps, som capaces d'estimar incondicionalment, som capaces de fer el mateix que els homes, és clar que sí! Però hi ha moltes coses que jo no vull fer com els homes i no pense avergonyir-me de les meues preferències, dels meus valors, amb l'objectiu de semblar-me a una cosa que no sóc: un home. I no estic dient que els homes siguen el pitjor, ni molt menys, que ningú em malinterprete! Ambdós sexes tenen coses bones i roïnes. Nosaltres les dones som les millors manipuladores del món, per exemple. Però no totes les dones són iguals ni els homes tampoc. D'una dona a un altra dona n'hi ha un món i d'una dona a un home hi han dos, però per al feminisme de la diferència la veritable igualtat de condicions es donara quan els homes accepten (no menyspreen) la nostra diferència i ens respecten d'igual manera que una raça deu respectar una altra...

Bé, aqueixes eren divagacions filosòfiques profundes, he he, que no podien faltar en una història escrita per una filosofa *amateur* (encara que tenint en compte la manera que em ratlle no sé jo si sóc tan *amateur*). El cas és que aquest feminisme de la diferència, abans de llegir la seua teoria, jo, d'alguna manera, gràcies a la dansa ja el coneixia... La idiosincràsia de la dansa del ventre, la reivindicació serena i orgullosa de la feminitat que conté, d'alguna manera acariciava en el meu cor la meua

alegria per ser dona. La dansa del ventre, ball de seducció, ritual de fertilitat, camí d'autoconeixement, mètode de reafirmació de la feminitat... significava tantes coses per a mi...

A part de llegir ratllades filosòfiques, jo seguia aprenent a ballar. Havia arribat ja al nivell avançat i cada vegada estava més enamorada de la dansa. Controlava els camells, els colps de cadera, els braços de serp, les malles, les cintes i tota la resta de passos bàsics; començava a millorar cada cop més en els *shimmies* i les vibracions i a poc a poc anava investigant els diferents elements.

El primer element a dominar era el propi cos i ho aconseguia amb la percussió. La percussió estava lligada a la terra i Roser ens recomanava que demanarem desitjos a la terra cada cop que ballaren percussió, perquè es complirien. La terra és mare, per tant, és vida i en conseqüència, abundància. No ho heu pensat mai? La cosa que més ens vol en aquest univers és la terra, que a pesar que la matem dia a dia, segueix oferint-nos tot el que té... no és casualitat que li diguem des de sempre «Mare Terra», compreneu? La Terra és Mare. Eixa mare, amant incondicional, que ho dóna tot als seus fills.

Amb el vel treballava l'element aire: tota jo volava amb ell, jugava amb ell, tractant-lo amb amor i respecte... perquè segons la simbologia de la dansa, el vel és l'ànima de la ballarina, és el protagonista i se l'ha de tractar en conseqüència: no pots fer moviments bruscos amb la teua ànima ni arrossegar-la per terra! El bastó i la canya eren els element que em lliga-

ven al folclore egipci, aqueixa terra misteriosa i fascinant que atrau a milers de persones..., el ritme saidi et trasllada a l'Alt Egipte (aqueixa que està on comença el riu Nil, al sud) i allí et pots imaginar perfectament els homes pastors, lluitant amb les canyes entre si, per diversió. Què típic dels homes, veritat? Arrear-se si s'avorriren, perquè després diguen que les dones som iguals que ells, ha ha. No, no, les dones egípcies, com que també eren molt poderoses, vam voler jugar amb el bastó també, però evidentment no pegant-se hòsties. Elles, en agafar el bastó, símbol fàl·lic per excel·lència, es van posar a ballar... i com ballaven. El bastó passava a formar part del cos de la ballarina i ella l'acompassava als seus moviments amb alegria, gràcia i, sobre tot, mostrant-se molt, molt sexi. Elles prenen el bastó, elles prenen el poder. Tanmateix, jo matissaria el concepte de poder femení... com explica el feminisme de la diferència, els homes ostenten poder, la dona ostenta autoritat. Explique aqueixa diferència: el poder dels homes implica jerarquia i s'exercix mitjançant la coerció, la violència; mentre tant, les dones gaudixen d'autoritat, que es dona en un pla d'equitat i que no s'imposa mitjançant la violència, una dona té autoritat sobre tu quan tu li legítimes aqueixa autoritat i li la legítimes perquè aqueixa dona és digna d'admiració, és un exemple, és una amiga, és una consellera... i és una autoritat personal per a tu. En definitiva, és una gran dona. Jo aspire a ésser algun dia una gran dona...una dona amb autoritat, no una dona poderosa en el sentit masculí. Perquè nosaltres més que poderoses som capaces... capaces de fer qualsevol cosa.

Bé, aquestes i altres coses les anava aprenent jo amb la dansa i la filosofia, però sentia que em faltava alguna cosa: em faltava amor. Em sentia buida per dins encara que la meua vida estava plena de coses. Em vaig adonar que no era feliç..., em posava a reflexionar, a preguntar-me el perquè. Però si estava en un moment de la meua vida en què tot anava bé! Tenia salut, una bona família, bones amistats, anaven bé els estudis, disfrutava ballant... però no aconseguia ésser feliç. Que sí, que sí, que la felicitat és un estat d'ànim i que és molt difícil mantindre-la sempre, això ja ho sé, amiga meua, però jo sabia que alguna cosa no funcionava (altra vegada) dins de mi i ho havia de solucionar.

Em principi pensava que el que em faltava era una parella. Aleshores vaig passar un temps buscant, buscant, esperant conèixer-lo en qualsevol moment, desesperant-me cada cop que coneixia a nou xic i m'adonava que no m'arribava al cor... Seré massa exigent? em preguntava... Tal volta, però el cas és que havia arribat un moment en què estava molt trista i pensava que, com tot passa per alguna raó, si jo no coneixia a la persona adequada era perquè encara no la mereixia... Vaig parlar d'aquestes coses amb Roser i ella, una vegada més, em va il·luminar. I amb la seua contundència habitual, em va espetar una veritat com un temple: «Si no has trobat la persona adequada és simplement perquè no estàs preparada perquè t'arribe. Pel que veig, tu vols una parella per a ser feliç, però tu has d'aprendre a ser feliç soles. Pretendre que l'altra persona ompliga la teua vida és una utopia narcisista que mai dura i

sempre fa mal. Per a ser feliç has d'estimar-te a tu mateixa, que encara no ho fas, i després, quan tu t'estimes, seràs capaç d'estimar a algú. I això és així per una raó ben simple: ningú no pot donar una cosa que no té.»

Ací queda la cosa. Com t'has quedat??? Després de reflexions tan profundes jo vaig passar una temporada rallant-me, com, per altra banda, és normal en mi. A poc a poc, vaig anar interioritzant el que Roser m'havia dit i cada matí, abans d'alçar-me del llit, donava les gràcies per totes les coses bones que tenia i em preparava per a un altre dia meravellós. Era un bon exercici i la veritat és que en el dia a dia ho vaig notar. Tot m'eixia millor, les oportunitats venien en el moment just i en el lloc oportú, les persones que necessitava venien a mi per art de màgia, tot allò que em proposava fer, ho aconseguia... va ser una temporada dorada. Fins i tot podria dir que era feliç. De fet, podria dir que començava a estimar-me inclús. Tanmateix, seguia sense trobar la meua ànima bessona... però per altra banda, això era normal, em consolava jo, les coses bones es fan d'esperar o això diuen, no?

Els anys d'universitat van passar ràpids i en aqueix període vaig arribar a tenir una relació seriosa que dos anys després va acabar. Vaig aprendre molt amb aqueixa persona i mai no em penedisc del camí recorregut, perquè de tot s'aprén. La carrera de filosofia va anar molt bé, ara em dedique a la investigació. M'he especialitzat en la filosofia ecofeminista i estic a punt d'acabar un llibre sobre el tema. Algun dia supose que donaré classe a adolescents amb les hormones revolucionades o, tal vegada, a universitaris.

Després d'un període de descans d'un any, seguisc aprenent dansa del ventre. Que com és possible que em deixara un any sencer de ballar? Voràs, amiga, totes les coses que ens apassionen cansen en algun moment, i el millor per a no perdre-les és donar-se un temps, descansar, per a reprendre-ho després amb forces renovades. Això passa amb el treball, les amistats, la parella..., parlant de parelles, entre tu i jo, no li ho digues a ningú, no és oficial però crec que ja he trobat la persona que buscava! Que com ho sé? Ai... perquè mira... te'n recordes del somni eixe que vaig tenir fa uns anys? He trobat l'home del somni. És igual! Des que ens vam conèixer ho vam saber... som l'u part de l'altre. El cor m'ho diu... o més bé, la intuïció femenina.



Opositando a...

Ana Isabel Jiménez Fernández

Saepe Soli Sumus

DE nuevo estaba allí, observando cómo caían una a una las gotas de esa bolsa que se prolongaba por un tubito fino hasta la más débil de las venas. Aquéllas que en tiempo atrás fueron férreos túneles de petróleo rojo, eran ahora laxos hilos azules de una madeja enmarañada. De nuevo, respiraba ese olor a desinfección exagerada que no camuflaba la enfermedad en los cuerpos y que perduraba en el ambiente a modo de anestesia local. Era la octava vez en el año que mi abuela ingresaba en el hospital. Esta vez se trataba de una simple bronquitis que había derivado en unos días en una importante neumonía. La situación se repetía, nadie de nuestra familia podía ir a cuidarla. Llevaba dos semanas ingresada y se les habían terminado los permisos por hospitalización de un familiar. Ella, que había cuidado de sus cinco hijos y marido, tras largas jornadas en el campo; que había segado, arado la tierra, preparado comidas, meriendas y cenas, lavado a mano en el río bajo el frío del invierno, y sin mucha voz ni voto en las decisiones del hogar; no había dudado un minuto en hipotecar su tiempo para criarnos, independientemente de los intereses incondicionales que la factura de su cuerpo había

soportado. Yo, por circunstancias que en un principio había creído desgraciadas, aún tenía la posibilidad de estar allí, y no fue necesario que nadie me lo pidiera. Moviada por una secuencia de sucesivos recuerdos, acudía día tras día, hora tras hora, pues la película de mi infancia volvía a proyectarse en mi memoria, recordando todos los momentos en que ella me había cuidado a mí. Ahora mi abuela nos necesitaba. Siempre había pensado que solo desde el amor más profundo era posible aliviar la tristeza de un enfermo, pero eran difíciles tan solo unas palabras de aliento si no eran desde el móvil que tanto alejaba sus voces. Definitivamente, la vida había arrebatado a sus hijos el tiempo que ella en su día robó de sus caprichos para dedicárselo a ellos. Sin embargo, solo culpaba su suerte y, de vez en cuando, agarraba su medalla, de la Virgen de los Desamparados, y se lamentaba..., resignándose a continuación.

El hospital estaba solo a escasos kilómetros de casa, sin embargo, era curioso lo lejos que parecía encontrarme de ella. De repente, me había rodeado de gente que nunca había visto, pero que, forzada por las circunstancias, terminaron conociendo toda *mi obra y milagros*. Todos simulábamos una confianza de mil años atrás, y llegamos a encontrarnos casi en familia viendo la televisión en la habitación. Pero lo cierto es que, pese al ambiente conocido que entre todos se creaba, solo los ojos azules de mi abuela me devolvían al hogar. Observaba sus cabellos. Esos que en sus tiempos había peinado con coquetería, la habían también prácticamente abandonado, y

los pocos que resistían, aferrados como testarudos supervivientes, emblanquecidos, parecían poco a poco languidecer. Eran también llamativas sus uñas, frágiles y delicadas cual porcelana china adornando unos dedos casi de trapo, sin la sensibilidad que te permite sentir la vida de los demás en la tuya. De vez en cuando me miraba, como sintiéndose culpable de que yo empleara mi valioso tiempo acompañándole, de que yo, pudiendo estar en otro sitio, haciendo otras cosas más importantes, enterrara mis horas vigilando su respiración, su posición o sus impertinentes necesidades. Yo intentaba hacerle entender que en esos momentos no deseaba estar en otro lugar, a la vez que me era imposible soltar las leyes que me abrirían las puertas a un trabajo mejor. El día iba pasando, y una vez conseguía que mi abuela cenara algo del menú sin sal que las auxiliares le entregaban cual paquete postal, decidía volver a mi casa. Merceditas, la chica ecuatoriana que habíamos contratado para las noches llegaba siempre con una sonrisa que mi abuela le devolvía, y eso nos hurtaba un poco ese sentimiento de abandono que nos era irremediable sentir, cada vez que la dejábamos «sola». Después de esto, algo extraño sucedía: frente a la lentitud del pasar de las horas hospitalarias, el ritmo ahora se convertía en frenético. Ahora tocaba elaborar una cena, a ser posible sana, rica en nutrientes, baja en calorías y de forma rápida (porque volvía ya un poco tarde); repasaba un poquito los baños, en los que de nuevo el olor a lejía me recordaba al que era entonces mi segundo hogar; regaba las plantitas, que con gran esfuerzo lograba

mantener con vida; ponía alguna lavadora con cosas que se habían ido acumulando, y muchas noches una plancha resoplaba impaciente lanzándome señales de humo para su utilización... Y como complemento de todas aquellas pequeñas cosas que hacer... *Poli*, mi Yorkshire, me esperaba con su rabito moviéndose a la velocidad de un péndulo loco, para que lo sacara a pasear y rastrear una vez más todos los rincones del barrio, como si fuera la primera vez. La gente decía que a mis treinta y tres años, *Poli* era el sustituto de los hijos que aún no había tenido. Recordaba esto cada vez que le hablaba con cariño, pero enseguida miraba el reloj, no sé si biológico o no, e intentaba acelerar el paseo para no acostarme demasiado tarde. Una vez sentía realizados mis principales deberes, miraba de reojo el sofá, pero me sentaba en una silla firme, cogía de nuevo mis leyes e intentaba concentrarme en el temario de mi oposición. Estaba empeñada en que iba a aprobar este último examen, aunque solo fuese por testaruda más que por tener una aguda testa (como bien habría dicho alguno de los autores de los libros clásicos que leía con pasión). Conocía a mujeres funcionarias y había observado mayor facilidad para conciliar su vida profesional con la familiar. Siempre había dudado a qué dedicarme, qué me haría feliz, y lo único que sabía es que en todos los mejores momentos de mi vida había estado mi familia. Tenía que intentarlo. Así que, tomaba dos o tres tazas de café, para ver si la cafeína era capaz de levantar mis párpados un rato más, pero de repente, la visita inesperada de mis vecinos, el señor Morfeo y la señorita Melatonina,

conseguían abandonar mi atención en los libros y centrarme solamente en lo que ellos me sugerían.

Al día siguiente, el despertador era inflexible, siempre lo había sido. En cambio, ahora, yo lo miraba desafiante y me burlaba de su reiterativa alarma, porque no me importaba madrugar. Tenía un grito de guerra que me levantaba de un salto de la cama, cual campamento tocando *diana*: «¡los médicos están al pasar!». Pero al igual que en el ejército, antes de pasar revista, tenía que ejecutar de nuevo unas tareas básicas: vestirme no muy despacio, de forma coherente en estilo, tejidos y colores, con un poquito de color en las mejillas (ya que el color natural de mi tez blancuzca podría haber producido confusiones con alguno de los enfermos anímicos de la planta), ponerme unos zapatos a juego y el bolso: «¡vaya!, tendré que cambiar todas las cosas al marrón, que con el negro no hace buena combinación, claro que como es más pequeño tendré que prescindir de algunas cosas y, ¡ay!... sí, sí., ya sé que tú tienes que salir a hacer tus necesidades... ya, ya vamos... ¡Venga!, se acabó el paseo... ¡Termina ya meón, qué perderé el bus!».

Corría ahora, por eso siempre llevaba zapato plano, solo en bodas compraba rápidamente unos zapatos de tacón del color del vestido, como si formasen parte natural de mi fondo de armario. En esas ocasiones, yo sentía que crecía unos centímetros, otorgándome la altura de las modelos (de las tan a veces envidiadas modelos), pero mis pies, viejos amigos del camino, que pocas veces me fallaban, simplemente se sentían traicionados por mí. Así que el resto de los días del año, de-

sistía del intento de estilizar mis piernas, cuando lo cierto era que las necesitaba de hormigón para aguantar tantas horas mi peso y mi ritmo.

-Hola, yaya, ¿cómo estás hoy?

-Pero, ¿cómo has venido tan pronto?

-No es tan pronto; el sol ya salió hace rato. ¿Te has dado cuenta del día tan bonito que va a hacer hoy?

-Es verdad, no me había fijado.

-Y los médicos, ¿te han visitado ya? -Pero en ese momento, una chica y un hombre mayor enfundado en atuendos níveos se asomaron por el umbral de la habitación haciéndome un gesto para que saliera.

-Verás, en las radiografías que le hicimos ayer a tu abuela, hemos detectado que en realidad la neumonía puede estar provocada por algo peor que una simple bacteria. Tenemos que comprobarlo, pero, además de esta prueba, tenemos otros indicios que apuntan a que se podría tratar de un pequeño tumor. Los antibióticos no responden y ese dolor de espalda del que se queja, podrían no ser solo consecuencia de su avanzada edad. Nos falta biopsiarlo, pero deberías comentárselo al resto de familiares, porque es muy mayor y está muy débil para una medicación tan agresiva como la quimioterapia. Solo le haría padecer.

-Únicamente quiero que no sufra -le dije cuando a mí me era imposible disimular mi propio sufrimiento.

—Tranquila, vamos a intentar que eso no suceda. Además, en este caso, al no ser una persona joven, sus células no se reproducen tan rápido y, por lo tanto, ni la enfermedad ni los dolores avanzarán rápidamente. Para cuando la enfermedad esté en su última fase, probablemente ella también lo estará, y los paliativos del dolor son muy eficaces. Así que, eso es lo único que podemos decirte, ¿de acuerdo? Confirmaremos nuestras hipótesis, y de ser ciertas, el viernes le solicitaremos la atención médica domiciliaria y le daremos el alta. Aquí, ahora mismo, ya está peor que en su casa.

—¿El viernes?

—Sí, ¿hay algún problema?

—En realidad, no, pero es que ese día justamente tengo un examen muy importante y me gustaría haberla acompañado en el trayecto de vuelta a su casa.

—No te preocupes, tenemos todos sus datos domiciliarios y el personal de ambulancia es muy amable. El protocolo hospitalario nos obliga a desocupar las camas de pacientes que no «las necesitan», para que puedan tener otros acceso a ellas. Lo entiendes, ¿verdad? De todas formas, seguro que algún familiar podrá venir ese ratito, ¿no?

—Sí, sí, claro, supongo que sí.

Ahora yo debía entrar, mirarle a los ojos y negarle la tristeza que mi corazón sentía. Creí que no iba a ser capaz, porque cuando alguna vez de pequeña había hecho una travesura y lo

ocultaba, ella siempre me descubría. Me conocía tan bien... Sin embargo, con los años, debía haber aprendido a manejar mejor la mentira, porque pude hablarle sin que la voz me titubease ni un poquito. Y ahora, las películas mudas que en mi cabeza se sucedían día tras día cobraron voz interior, explicándome porqué estaba ahí. Mi misión en esos momentos era ayudarle en su última etapa, acompañarle de la mano hasta el final y que en ningún momento se sintiera sola. Lo que muchas personas hubiesen llamado compasión, para mi era simplemente justicia. Ahora que sabía lo que realmente parecía tener, todo tenía sentido. Todas las molestias encajaban un poco mejor en el puzzle de un cuerpo que se separaba siendo imposible su recomposición. Ahora, el hospital me parecía más inhóspito que nunca. La enfermera venía con una sonrisa en la boca, pero una inyección en la mano. Era muy cordial, pero el pinchazo no tanto al dejar su huella violácea en la lista de condecoraciones que sus brazos lucían con valentía de guerra. Al rato, el rostro de mi abuela, últimamente más fruncido por el dolor, se relajó. Despertó tras un pequeño sueño y me preguntó:

-Dime, ¿cómo vas con tu oposición?

-Bien, este ya es el último examen y en realidad supone un repaso de todo lo que ya he estudiado.

-No quisiera que por mi culpa perdieras tanto tiempo..., tú eres joven y necesitas labrarte un futuro. Tienes una vida por delante, en cambio yo... -Y movía la cabeza de un lado para otro negando la vida.

—No te preocupes, estoy estudiando mucho. Pero, ¡oye!, ahora que estás más tranquila —intenté cambiar de conversación para distraerla un poco— hace mucho que no me cuentas ninguna de tus anécdotas de cuando eras joven, ¡con lo que nos reíamos!, ¿te acuerdas? —y vi, como por la dificultad de su respiración, suspiraba en silencio.

—Sí, ¡juventud, divino tesoro! —y se le iluminaba la mirada—. Recuerdo que teníamos unos vecinos que habían tenido una hija no muy agraciada físicamente, la verdad... —Yo había oído esta historia muchas veces, siempre eran las mismas, pero fingía ser la primera vez que la escuchaba y le preguntaba como otras veces: —¿qué pasa, que era muy fea?

—Sí, ¡feísima, la pobre! Y en mi época todas las mocitas tenían que encontrar un novio formal y casarse. Prácticamente esa era nuestra meta en la vida. Yo siempre he sido muy cantarina, ¿sabes? A tu abuelo le gustaba escucharme imitando la inconfundible voz de Doña Concha Piquer, pero un día iba tarareando una famosa canción de la época —ahora mi abuela solo la susurraba—: «a la lima y al limón, tú no tienes quien te quiera, a la lima y al limón, te vas a quedar soltera...», y entonces, me di cuenta de que esta vecina venía detrás de mí, y sin pensárselo dos veces me contestó: «fumando espero al hombre que yo quiero...», y con esa réplica empezamos a reírnos tan fuerte que incluso vecinos salieron escandalizados del alboroto... ¡Qué tiempos aquellos...! —y ahora se le iluminaba el alma. Y juraría que estaba a punto de echarse a reír... si no

hubiese sido porque en esos momentos un ataque de tos nos devolvió al presente.

-Enfermera, ¿puede venir? Sí, a la 11.2.

El viernes, como requería la ocasión, decidí arreglarme de una forma solemne para imprimir rigor a mis palabras: pantalón negro, camisa blanca a rayitas muy finas en gris, chaqueta negra de vestir y zapatos negros, que me hicieron pensar que algo negro podía ser también mi futuro si no conseguía superar este último examen. Pero, dentro del desánimo que este color me producía, estaba relativamente contenta. Hoy por fin terminaría una etapa de estudio aturdidora para, quizás, pasar a una de trabajo que hiciera finalmente sentirme realizada. Además, mi abuela volvía a casa y pese a las limitaciones que sé que podía tener, ya había pensado hacer con ella un montón de cosas, entre jarabe y pastillas: veríamos películas antiguas, leeríamos alguno de los libros que le permitiesen imaginar, poniéndonos al día, eso sí, de la prensa para ver cómo cambia el mundo; sí, escucharíamos música relajante, y los domingos –con permiso de sus niveles de glucosa– merendaríamos el pastel de manzana que años atrás ella me había enseñado a cocinar. Me había propuesto que sus últimos años de vida fuesen tan felices como los primeros años de la mía con ella. Y así, salí corriendo de la sede del tribunal examinador, cogiendo rápidamente un taxi. Con un poco de suerte podía llegar a esperarla al portal de su casa. Ahora la conducción se me antojaba lenta y los semáforos más tediosos que de costumbre. Pero no importaba, porque la tarde iba ser genial.

Sin embargo... una vez ya estuve cerca... noté la presencia de más personas de lo habitual en el camino. Al final del todo, se formaban un círculo como el corro que de niña yo había formado en la misma calle. La ambulancia ya había llegado y al final ningún familiar había podido «escaparse» de su trabajo para estar allí. Solo vi a Merceditas, con las llaves en la mano, esperando su llegada. No quería ver lo que el blanco de unas sábanas indicaban, no quería haber sabido su connotación, incluso en guerra significaban rendición, pero las palabras no entienden de colores y éstas dispararon el mensaje: –Acaba de sufrir un infarto. No se ha podido hacer nada por ella.

Su corazón se había detenido. Yo creo que en realidad la soledad se lo llevó. Esa tarde ya no buscó compañía, la encontró en el umbral de su puerta, vestida de negro, como yo. Ahora tendría que llamar a mi madre y a mis tíos, ella no iba a ser capaz de darles la noticia, pero hoy sí podrían venir a ver a su madre. Les correspondían dos días de permiso por defunción de un familiar en primer grado civil.

Mientras les esperaba para fundirnos en un inesperado abrazo una tarde de viernes, me acerqué a la camilla, arropada por las vecinas, la mayoría, jubiladas o viudas, vestidas de negro de oficio, y con apenas un hilo de voz, le susurré al oído: «Yaya, he aprobado».



La Princesa Beduïna

Eli Llorens Perales

AQUELLA nit pareixia que la teteria començava a omplir-se abans del que era habitual. Totes les estores del local estaven plenes de gent asseguda fumant-se la seua *sisha* i prenent te i cervesa a parts iguals. Encarna mirava per entre les files de canuts de fusta de la persiana que separava la sala pública de la part de darrere del local, on es trobaven el magatzem i els camerinos dels artistes.

-Hui va molt bé, eh, Alí?

-Sí, senyora, molt bé. Podria ballar aquesta nit aquell *solo de tabla* que tant agrada a la gent i...

-No!!! Aquesta nit no.

Encarna no podia permetre's el luxe de portar un vestit de dues peces aqueixa nit. Els cops de paraigua als renyons que el seu marit li va regalar feia un parell de dies li havien deixat morats de la grandària d'un codony.

-No, Alí. Eixa peça cal assajar-la, i fa molt de temps que no la practique. Farem el programa que hi ha previst.

-El que vosté diga.

L'encarregat eixí de darrere de la cortina i s'encarà cap a la barra per organitzar la feina i prendre nota als clients. Aqueixa

nit, els cambrers no donaven coll. Mentre, Encarna es preparava al camerino; aqueixa nit tenia planejat fer quatre actuacions. Portava un vestit llarg fins als peus, d'un vellut gros color blau, tan intens com la nit. Portava escampades per tot arreu del teixit rocalles de cristall argentat que lluien con la lluna. Al cap portava una perruca llarga de cabells rojos que amagava els seus propis, per allò de guardar la identitat. El vestit deixava vore la part més alta de l'esquena, mostrant uns muscles que no desvetlaven l'edat d'Encarna. Li agradava maquillar-se els ulls amb *khol* i posar-se el perfum que el seu marit li va comprar quan anaren de viatge de noces a Egipte. Ara, només quedava posar-se el vel al cap i passar-se'l per davant del rostre.

-Senyora, preparada?

-Sí, preparada!

Alí eixí al bell mig de la sala i anuncià la Reina d'Àfrica. La Princesa Beduïna!!! La millor ballarina de dansa del ventre de València!!! En aqueix moment aparegué la ballarina, encetant el *Balady* amb camells i moviments onejants de ventre que carregaven de sensualitat l'ambient. La Princesa Beduïna es menejava amb una gràcia i subtileza comparables al vol d'una papallona. Ningú diria que Encarna ja tenia quaranta-sis anys, excepte si es fixaven en el seu ventre, que patia la força de la gravetat i la pèrdua de firmesa per haver parit quatre vegades, per haver tingut quatre fills, els dos últims a la força, però no per això menys volguts. Per això, la princesa sempre ballava quatre peces en una nit, cadascuna d'aquestes dedicada a un dels seus fills, així, si alguna vegada algú descobria

qui era ella en realitat i l'obligava a deixar la dansa, almenys mai estaria amb deute amb els seus amors.

-Com ha anat, Alí?

-Molt bé, senyora! Ja fa unes quantes setmanes que ve més gent. Sabia que canviar de local animaria el negoci i vosté també té més lloc per a actuar, i el punt és més cèntric, i ...

-Sí, Alí, sí, tens raó, eres un xic molt sabut, no sé què faria sense tu. Estic cansada, ja has tret la recaptació?

-La té on sempre, senyora.

-Tanques tu?

-Sí, senyora, no es preocupe.

EN CARNA eixí del local mentre es posava l'abric. Era tard i pel carrer no hi havia ningú, encara que era una via cèntrica. Va girar el cantó i es va clavar de ple al carreró on donava la part de darrere de la teteria; allí era on guardava l'Audi A3 que conduïa des de feia anys.

Al mateix temps que repassava mentalment la nit i pensava quan seria la seua pròxima actuació, ja s'havia clavat a l'autovia camí del xalet que tenien en la urbanització de Sant Blai. Aplegà davant les portes de ferro just quan eren les quatre en punt de la matinada. Amb el comandament a distància obrí les dues grans reixes que guardaven sa casa fins que arribà al garatge. Mentre es transformava una altra volta en mestressa

de casa davall la dutxa i aconseguia tancar els ulls es van fer les cinc del matí.

-Demà tornaré a l'infern.

-¿Señora? ¡Señora! Son las nueve, señora.

-Què? Vaig. Gràcies, Lupita.

-Le dejé el desayuno sobre la mesilla. ¿Le preparo el vestidor?

-Sí.

Encarna a penes va provar el desdejuni. Estava nerviosa. A Ferran li agradava que anara a rebre'l a l'aeroport amb la millor roba del seu vestidor. Els peus li cremaven pels balls de la nit d'abans, però es xafà la boca mentre se'n pujava als tacons de les *Prada*, afilades i suaus com la fulla d'una navalla. El vestit de llana que s'emprovà li ajustava com un guant i el tacte de l'angora contrastava amb els calfreds que li va provocar el gran collar de perles quan se'l va posar. Cridà a Lupita mentre es posava una mica de n. 5 pel coll.

-¿Señora?

-M'arregles, per favor?

-Sí, señora.

Lupita pentinà i maquillà Encarna amb un gust encomiable. Era la xica de confiança d'Encarna des de ja feia temps. La va conèixer quan encara no tenia prohibit fer classes de dansa, en un gimnàs de València. La xica es va guanyar la confiança

d'Encarna de seguida, no s'havia acabat el curs i Lupita ja treballava interna a casa de la família Beltran.

La senyora baixava per la gran escala que s'enrotllava al voltant del rebedor vestit amb travertí i mobila, i rematat amb una taula al bell mig de l'estança on descansaven les fotos dels seus quatre fills: Ferran, Amadeu, Romà i Albert. Tots ells estudiaven interns a Madrid. I pensar com era de feliç el dia que va nàixer Ferran, mentre el portava en braços i mirava la cara del seu marit! Per a ella havien passat mil anys.

A les onze i deu ja romania dempeus a la porta d'internacional, intentant albirar entre la gent l'uniforme del seu marit, sempre acompanyat pels del copilot i els de les hostesses de vol. Quan aconseguí localitzar-lo, va dibuixar a la cara el somriure més natural que va poder fer mentre saludava amb la mà en alt. La seua mirada entropessà directament amb la de Ferran, en aqueix moment notà com la por l'empresonava.

-Hola, Ferraaaaaaaan! Com ha anat tot, amor meu?

-Hola, amor. Molt bé. Tot molt bé. Ens n'anem? Tinc ganes d'aplegar a casa. Adéu a tots. Fins dimecres.

Ferran es va acomiadar de tota la tripulació mentre agafava pel braç la seua dona i encarava l'eixida amb l'equipatge i la gorra de plat. Pujaren a l'Audi d'Encarna, que va mamprendre el camí de tornada cap a la residència dels Beltran.

-Com ha anat el viatge? Fa molta calor a Rio? Has pogut saludar M^a Àngels?...

El viatge de tornada fou un monòleg protagonitzat únicament per Encarna, que no va trobar resposta a cap de les seues preguntes.

-M'has comprat l'Adderall? Em fa falta!

-Sí, Ferran, m'ha costat però al final n'he trobat un nou, perquè saps el que costa...

-Calla!!! El cap m'esclata! Necessite les pastilles, cony!!!

-Ja apleguem...

Quan arribaren a casa, Ferran va deixar l'equipatge a l'entrada i va pujar les escales de tres en tres. Anà directe a l'habitació de matrimoni, al calaix de la tauleta de nit on hi havia esperant-lo cinc caixes d'Adderall que la seua dona li havia aconseguit no sense regatejos i amb moltes dificultats. Es serví un bon got de Cardhu del bar que hi havia al racó de l'habitació i s'engolí en companyia del licor de fusta una bona dosi de dextroanfetamina, que va començar a córrer-li per la sang només passats dos minuts des que va tirar mà d'aquell maleït calaix. S'afluixà la corbata, es llevà la jaqueta de l'uniforme i les sabates i es deixà caure al llit amb la mirada perduda cap al sostre color cel. Encarna l'observava mig amagada dins del vestidor, esperant la següent etapa de l'escena que sempre es repetia. Les cames li tremolaven i dintre d'ella pregava perquè aquesta vegada sí que aconseguira una erecció.

-Encarna? On estàs? Fa quatre dies que no ens veiem...

-Estic aquí...

—Vine.

Encarna s'acostà a la vora del llit a poc a poc, amagant la por sota un coqueteig que només ella sabia imitar. Aquell dia les coses anaren prou bé i Encarna es va lliurar del que desgraciàdament ja era habitual.

Al matí següent el sol entrava per la finestra suaument, tant que Encarna no s'adonà que era de dia fins a ben entrades les onze del matí. Allargà el braç buscant el seu marit i no el va trobar, buscà amb la mirada per tota l'habitació fins que el trobà dret davant el finestral; una mà li romania al maluc i l'altra apartava la cortina del lli més suau.

—Ja estàs despert? Has dormit bé?

—Bé. Hui no m'esperes a dinar. Tinc una reunió i no sé el que es pot allargar.

—Però, Ferran, jo havia pensat en anar-nos-en a València, de compres, a passar el dia i...

—He dit que tinc una reunió!!!

—Està bé.

Ferran eixí com una fona pel camí que portava del xalet a la carretera amb l'Aston Martin descapotable. Els pals de golf l'acompanyaven als seients de darrere i Encarna l'observava des de la finestra.

Com ha canviat Ferran, pensava Encarna.

Des que va tindre aquella amenaça de bomba a l'avió ja no era el mateix, i això que gràcies a ell es va salvar el passatge i l'aparell, però va caure malalt, volava davall una pressió que ell mateix s'imposava i la por per si tornava a passar l'atèmia fins a fer-lo tremolar. Sempre havia sigut una gran persona, bo, amable, tranquil, tendre, estimava bojamant els seus fills i la seua dona, més. Ferran s'arrugava dia a dia com un paperet, i a la fi ja no podia ni pilotar cap avió. Aleshores els psiquiatres de la companyia li diagnosticaren «angoixa aeronàutica» i li receptaren unes bones vacances, una teràpia «antiresponsabilitzant» i unes grans dosis de dextroanfetamines. D'aquesta manera li corregien el cansament, la por i les conseqüències del *jetlag* que ja feia anys que li havien d'haver detectat. Així va ser com Ferran passà de ser una persona amable, familiar i bona, a ser el que s'anomena un *cowboy pilot*, és a dir, una persona agressiva, egoista, impotent (sexualment parlant) i amb traces paranoïdes, que no podia conviure ni a casa ni al *cockpit* sense denigrar les persones que estaven al seu voltant. Ferran s'havia convertit en un drogoaddicte d'elit que jugava amb la vida de milers de passatgers, amb la de la seua dona i amb la seua. Encarna havia renunciat a vore diàriament els seus fills a canvi de tindre la tranquil·litat de saber que son pare no els hi posaria mai ni un dit al damunt.

ADÉU! Adéu! Vés amb compte, Ferran! Ens veiem dilluns que ve!

Encarna acomiadava el seu marit a l'aeroport mentre anava pensant en les actuacions d'aqueixa nit.

Hui podria anar a comprar-me algun vestidet per al dissabte, pensava.

L'ambaixador turc havia confirmat l'assistència per a aqueixa nit i havia de portar les seues millors gales, a més a més, aquest viatge Ferran no l'havia tocada i podia posar-se el que li abellira. Agafà el cotxe i volà cap a València, al carrer Maldonado, on hi havia una botigueta amb una porta tan menuda que havia d'acatxar el cap per passar-hi dins.

-Bon dia, Fàtima.

-Hola, *senyora*, com està vosté? Quant *di* temps, quant *di* temps! Tinc tantes coses...

-Tranquil·la, Fàtima ! Ara ho mirarem tot.

-Què voldria emprovar-se, *senyora*?

-Vull alguna cosa especial..., tinc visita.

-Bé, tinc el que *nicissita*.

Fàtima eixí de la botiga per una porta sense fulla amb una cortina de macramé egipci esgrogueït pel temps i per l'henna amb què la botiguera es pintava habitualment les mans. De sobte, aparegué amb una bossa d'eixes que es gasten per guardar els vestits als armaris, va obrir la cremallera i va traure dues

peces que lluien com el sol. Els sostenidors estaven plens de cristalls de Swarosky color «àmbar» escastats que dibuixaven flors i volutes que s'enfilaven pels tirants; de les copes eixien brillants flecs de pedreria i perles que tornaven la llum amb un caire daurat que omplia de lluernes l'habitació. El faixí, a joc amb la part de dalt, onejava pel taulell, com una serp per les dunes del desert, els flecs eren tan nombrosos i pesaven tant que feren caure la peça a terra. Encarna ho recollí, els seus dits recorregueren els cristalls gelats i suaus. Fàtima continuà traient d'aquella bossa màgica les polseres, les arracades, el collar, uns braçalets, una diadema, tot a joc. I a continuació, la falda, de seda transparent, amb un vol tan gran que l'elàstic de la cintura a penes contenia els plecs de tela que s'amuntegaven un rere l'altre. Era d'un color crema amb traces de daurat que combinava a la perfecció amb la resta del vestit d'odalisca.

-I el *burka*?

-Ah! Sí, de seguida.

L'egípcia tirà mà per última vegada de la bossa i tragué una cosa meravellosa. Escampà damunt del taulell un engrallat fet de cadeneta daurada, brillant, de finíssimes anelles, i penjant dels escaires de cada romb d'aquella gelosia una conquilla petita, fina, plena de cavallonets, com els discs de vinil, i per dins de cadascun corria un riuets d'or fos, una closqueta i una altra, i una altra, fins que es formava un mocador fet de conquilles i metall.

-M'agrada, Fàtima.

—Està fet per a vosté, *senyora*.

Eixí de la botigueta amb la bossa al muscle i una única idea al cap, passar-se tot el dia assajant el *Solo de tabla* que ja feia temps que volia ballar.

SENYORA, l'ambaixador acaba d'aplegar.

—Isc de seguida.

Encarna ultimava el seu maquillatge amb els bindis de cristall, va pentinar la perruca arrissada, bruna i llarga, i es va col·locar les lents de contacte que transformaven els seus ulls blaus com el cel en negres com la nit. Per últim, el *burka*; era el símbol d'esclavitud per a milions de dones al món, i per a ella, paradògicament, representava la llibertat. Agafà el vel i se'l posà pels muscles, com si fos un xal, i es va disposar a eixir a la sala per saludar el seu il·lustre convidat. Quan va apartar la cortina de fusta, la teteria en peça es girà per mirar la princesa. La Reina d'Àfrica saludà el públic amb una reverència que la gent aplaudí de bona gana. La seguien amb la mirada i ella disfrutava d'aqueixa sensació mentre s'arribava a la taula egípcia que vestia el millor racó del local.

—Bona nit, senyor ambaixador. La seua visita és un gran honor per a mi i per a ma casa.

—Bona nit, senyora. L'honor és meu. Tenia moltes ganes de vindre al seu nou local i ja he vist que aquesta vegada ha compartit la decoració entre el Caire i Istanbul.

— És molt observador, senyor! M'agraden molt els fanals de vidre de colors del seu país, però no puc prescindir de l'ambient faraònic-comercial de la teteria.

— Ho entenc.

— Si em disculpa, són les dotze i he de començar l'espectacle.

— Per favor, senyora, ho esperem ansiosament.

Encarna es retirà de nou al camerino mentre Alí la presentava, agafà el bastó per encetar la nit amb un *Saidi*. Després, va continuar amb un *taksim* suau per intimar amb el públic i preparar l'ambient per a les dos actuacions següents. El local rebentava de gent i la Princesa Beduïna tenia una llum especial. Estava radiant. El magnetisme que desprenia feia que el públic estiguera pendent de tots i cadascun dels moviments d'aquella dona, que disfrutava de la nit i de la vida.

— Si em veiera Ferran per un forat... Va pensar Encarna mentre començava un tema antic de Om Koulthoum que solia ballar en les grans ocasions. Els clients estaven eufòrics, acompanyaven amb palmes i cervesa les actuacions de la ballarina i el fum de les *sishes* i les cigarretes omplia el local fins al punt que Alí es va vore obligat a obrir la porta del carrer.

— Senyora, està vosté impressionant aquesta nit!

— Gràcies, Alí. T'agrada?

— Sí, Fàtima té un ull sense igual, però vosté també està esplèndida, aquesta nit és especial!

—Això espere, l'ambaixador és tan bon diplomàtic com publicista i el mercat turc és gran i apreciat...

Encarna no tenia altra idea al cap que poder arregar els suficients diners per a poder-se divorciar del seu marit, i per a això necessitava els millors advocats de València, ella sabia que el Ferran dilapidaria la seua fortuna en pleits i juís per fer-li la vida impossible i per llevar-li la custòdia dels seus fills.

—Acabem, senyora?

—Quan vullgues.

—Senyores i senyors, són les dos de la matinada i la Reina d'Àfrica farà la seua última actuació de la nit. Amb tots vostres, la Princesa Beduïna!

L'odalisca es col·locà al bell mig de la sala, féu un senyal al *darbuka* i començà el *Solo de tabla* que tant de temps feia que no havia ballat. Els malucs de la princesa vibraven amb la percussió, els cabells onejaven sobre l'esquena mentre les mans alternaven moviments i gestos de complicitat. Quan portava més de deu minuts ballant, féu l'últim senyal al percussionista perquè acabara l'actuació. Les voltes a l'estil turc tancaren el ball posant al públic en peus, i com no, a l'ambaixador també. L'ovació es va fer sentir per tot el carrer i no deixaren d'aplaudir en cap moment mentre l'odalisca saludava.

—Gràcies! Moltes gràcies!

En aqueix moment es va adonar que d'un racó de la sala eixiren flaixos de llum, algú li estava fent fotos; com una abe-

lla a la mel, la ballarina s'acostà a la taula i féu una reverència, quan alçà la mirada va vore una xica jove, molt guapa, que feia aplaudiments acaloradament amb la càmera a les mans, l'acompanyava un home bastant major que ella, però ben plantat, elegant, atractiu...

-Però, què...!!!???

Un calfred horrorós recorregué el cos d'Encarna. De sobte, les mans li tremolaven, les cames li tremolaven, tota ella vi-brava de por sota la seua pell.

-És ell! És ell!! Però, com?

L'home agafà pel braç la jove autoritàriament mentre li acaronava els cabells per tapar la brusquetat.

-Seu, Sílvia.

No és possible! No és possible!

Encarna recorria amunt i avall el camerino, una vegada i una altra, mentre s'agafava dels cabells i negava amb el cap repetitivament.

-Però si estava a Lima! A Lima! Com pot ser!?

Alí entrà sense cridar.

-Es troba bé, senyora?

-Sí, sí. Ha sigut un mareig, no et preocupes. Per favor, mira dissimuladament si la parella de la taula dotze encara està i m'ho dius.

—Sí, senyora.

Encarna no podia quasi ni respirar, notava com la por la bloquejava, l'anul·lava, la destruïa...

—I si m'ha reconegut? I si entra ara ací? I si va a casa i aplega abans que jo?

En eixe moment cridaren a la porta.

—Sóc jo.

—Passa.

Alí va entrar al camerino amb una targeta de visita a la mà i un somriure a la boca.

—Els senyors de la taula dotze li envien la més sincera enhorabona.

—Alí no hauràs...

—No, senyora, m'han cridat de la seua taula per donar-me la targeta i les felicitacions.

L'encarregat de la teteria li allargà la targeta fins a les mans d'Encarna, era sens dubte una de les targetes de visita del seu marit que ella mateixa havia encomanat a l'impremta Borredà.

—El cavaller té molt d'interés a conèixer-la.

—No! No, no, no... mmmmm, digues-li que no puc, que...

—Que ja no està a la sala?

—Sí, això. No tinc ganes de res, no em trobe bé, Alí.

—No patisca, senyora.

Encara no s'havia tancat la porta del camerino i Encarna ja estava posant-se els texans mentre pregava que no l'haguera reconeguda, que només fóra admiració per la ballarina d'una teteria. Aquella nit Encarna va eixir per la porta de darrere sense acomiadar-se, va eixir del carreró tan de pressa com va poder, el volant se li esvarava entre les mans perquè no deixaven de suar-li. L'Audi A3 volava per l'autovia a la mateixa velocitat que els pensament d'Encarna. Estava tan atemorida que no es va adonar que el seu marit estava amb una altra dona fins la mitja hora de camí.

—Serà cabró! M'ha enganyat! Estava amb una xica! Li doblava l'edat! Era una hostessa, segur que era una hostessa! Quantes vegades ho haurà fet, quantes!!!

El cap li esclatava i el cor se li'n pujà a la gola quan va aplegar a casa. Primer va enregistrar la planta baixa i després el primer pis.

—No està! No està a casa! Lupita! Per favor, vine!

—¿Que pasó señora? ¿Se encuentra bien?

—Ferran!! A la teteria, amb una xica!! No està a Lima!!

—¿Pero la reconoció?

—No ho sé, Lupita, no ho sé! Vull pensar que no!!

—No se preocupe más, ¿eh? Venga, acuéstese, seguro que no se presenta. Además, yo me quedo vigilando, si llega a la

casa yo la aviso. Venga, pásele... mañana verá que ha sido una desafortunada coincidencia.

-Potser tens raó. Vaig a gitar-me, per favor, no em deixes sola...

-Tranquila, señora.

Encarna va passar la nit asseguda al llit, mirant pel finestrал, a fosques, amb els ulls i els oïts ben alerta i amb un nuc a la gola que quasi no la deixava respirar.

L'ENDEMÀ al matí feia més fred de l'habitual. Encarna romania dempeus a la porta d'internacional, com sempre, però aquell dia la por era més gran.

-M'haurà conegut? No, serà coincidència. Com ho farà? És clar que coneix tot el personal de l'aeroport... quantes vegades hauré fet el ridícul davant els seus companys, esperant-lo, com si vinguera de viatge... Seré idiota!!

-Hoooolaaaaa.... Amor...! Tot bé per Lima?

-Molt bé. Ens n'anem?

Quan aplegaren a casa el mecanisme es repetia; deixar el cotxe, pujar les escales a corre-cuita, obrir el calaix i la copa de whisky. Allò li va confirmar a Encarna que afortunadament, no l'havia reconeguda. Després, la senyora no va tindre tanta sort i la impotència de Ferran es va posar de manifest. Com sempre, ho pagà ella.

—No vals per a res! Encara no sé com em vaig casar amb tu!
Eres fastigosa!!

—Prou, Ferran!! Per favor!!

Les súpriques d'Encarna només li van portar una altra punyada a l'estómac que la deixà estesa a terra, i quan esperava el següent colp, va sentir un gemec de dolor que eixia de Ferran, va mirar cap amunt com va poder i va vore com l'home s'agafava el pit i intentava aplegar al llit a rossegons.

—Què et passa!! Què et passa!!!

—Crida... Jaume...

Encarna va alçar el telèfon i cridà el seu metge de confiança.

—Es posarà bé?

—Sí. Imagine que sí. Però la dextroanfetamina se l'està carregant. Açò ha sigut un avís, la pròxima vegada pot ser que no ho conte; Encarna, ha de deixar eixa droga, ja! Parla amb ell... digues-li...

—Què vols que li diga, Jaume? Jo tampoc puc més!! El que jo diga o faça no importa! La meua opinió és irrellevant!

—T'ha tornat a pegar, no?

—Jaume, no puc fer res!

—Sí que pots! Deixa'l! Ves-te'n ! Denuncia'l ja !!

—No puc! Em matarà!

—Encarna, et CONEC massa temps per saber que a tu no et fa falta ningú per a viure; espere que sàpigues el que fas. O acabes amb açò o ho faré jo.

Jaume se n'anà i va deixar Encarna al rebedor, davant de les fotos dels seus fills; li feien tant de mal les costelles que quasi no podia respirar.

—M'hauria d'haver casat amb Jaume, però estimava tant Ferran...

Aleshores ho va vore molt clar, prompte tot s'hauria acabat.

Sí?

—Bon dia..., el senyor Ferran Beltran?

—Sóc jo.

—Hola, li telefonava perquè l'altre dia em va deixar una targeta de visita i no el vaig poder atendre com es mereix. M'agradaria tornar a vore'l, si pot ser...

—Perdone però no recorde de què està parlant-me, he patit un...

—Sóc la Princesa Beduïna.

PERÒ, Ferran, Jaume ha dit que has d'estar un mes de baixa, i només fa quatre dies que...

—Encarna, me n'he d'anar! Hi ha un viatge molt important que he de fer i no li puc dir que no a la companyia, aquesta vegada no cal que m'acompanyes, deixaré el cotxe a l'aeroport.

—El que vullgues.

Ferran va tancar la maleta i agafà del calaix l'última caixa d'Adderall que quedava. S'acostà fins on estava Encarna i li va fer un bes a la galta.

—No em queden pastilles, espere que quan torne ja estiguen a punt.

—Tranquil, jo me n'encarregue.

Una vegada més, Encarna mirava l'Aston Martin com eixia del garatge, però ara tot seria diferent.

La princesa es preparava de nou al camerino de la teteria. Es va haver de posar un vestit d'una peça amb l'esquena descoberta i el ventre tapat per amagar els morats que portava a les costelles; així i tot, estava divina. El vestit era de ras de seda d'un roig intens, per tot arreu del teixit es dibuixaven fulles de catxemira brodades amb fil d'or i atapeïdes de cristalls rojos com el foc. De la part dels malucs, centenars de cuquets de rocalla es llançaven en picat cap al terra sense aconseguir-ho. Com a remat, aquell dia va triar una perruca de cabells negres i llisos, llarga fins als malucs i coronant el conjunt, un casquet fet de monedes i cristalls en files que baixaven fins els muscles, alternades amb llistes de seda que es creuaven per davant del rostre fins amagar-lo magistralment.

TOT estava a punt, tot preparat.

-Alí.

-Senyora?

-Tens a punt el te de ta mare?

-A punt. Quan vinga li l'oferiré com vosté m'ha dit.

-Sí. Que siga un regal.

-Amb aqueix te no podrà dormir en tres dies, ma mare li'l feia a mon pare perquè no s'adormira amb els camells pel desert. És una mescla de ceilan, *darjeeling* i *popoff...*, en fi, que aquesta nit estarà ben despert, ha, ha, ha.

-Vull que aquesta nit estiga atent.

Només eixir a la sala, Encarna va localitzar on estava Ferran per anar encarant les seues insinuacions i gestos cap a aqueix lloc de la teteria. Damunt la tauleta síria ja tenia preparada la tetera amb l'encàrrec. Al seu costat, la mateixa xica de l'altre dia. La princesa va ballar aquella nit elegantment. Va començar amb una dansa de sabre, va continuar amb la dansa dels ciris i la de les flors i, com a final, va traure el canelobre beduí que tant li agradava emprar. Quan va acabar les actuacions es dirigí cap on estava aquella tauleta de fusta negra que va comprar a un proveïdor siri amic d'Alí.

-Bona nit. Espere que estiguen passant-ho bé.

-Oh! Sí, molt bé!

Es va apressar a contestar la xica.

-M'alegre molt. I vosté? Està gaudint de la nit o necessitaria alguna cosa més?

Ferran estava paralitzat, bocabadat al costat d'aquella dona que imposava només d'estar davant la seua presència. Encarna coneixia aquella mirada, estava impressionat, ja feia temps que Ferran no la mirava d'eixa manera, i la veritat és que, per un moment, Encarna va dubtar de portar endavant el seu pla. Però, al moment, va caure en el comte que no la mirava a ella, mirava la Princesa Beduïna.

-No, no. Tot és perfecte! Tal vegada si volguera vosté acompanyar-nos un moment...

-Com no... Alí! Més te per favor!

-No havia provat mai aquest te. És fort no?

-Sí. És una recepta sahrauí tan antiga con la ruta de la seda, Alí és un dels pocs que continua emprant aqueixa recepta. A més a més, és tan depuratiu que no deixa rastre al cos.

-Ah! Perfecte!! A mi em vindrà de perles! Vosté sap? Es retenen molts líquids als vols. Et passes el viatge amunt i avall amb tacons, no descances prou... i després el *jetlag*... no pares mai i...

-Ja val, Sílvia! La senyora no tindrà ganes d'escoltar les teues retencions...

-Oh no! No es preocupe. No importa. M'hauran de disculpar, he d'atendre més clients.

—Demà també té actuació?

—Sí. Demà a la mateixa hora.

—Demà no podrem vindre Sílvia. Tenim compromís...

—Demà compromís? Quin? Jo no...

—Sí. Tenim compromís.

—Ho lamente molt. Dóna gust tindre clients i públic com vostés. Bona nit.

—Bona nit.

La Princesa s'alçà del tamboret i s'encarà a la taula següent per saludar la clientela. Encarna estava convençuda que Ferran tornaria l'endemà, sol.

LA teteria canviava tant quan estava buida... Encarna preparava a la cuina el te negre per al seu marit, però cada cuiner afegeix el seu ingredient personal i ella no seria menys. La mescla de teïna i amfetes que va clavar a la tetera rebentaria el cor de Ferran.

—Espere que funcione. Ja no puc més.

A continuació, es va amagar dins del camerino per preparar les actuacions. Estava nerviosa i no sabia com acabaria la nit. Va triar la música, un *balady* pop, un tribal clàssic, un fussió i un àrab-flamenc... Es va preparar el vestuari, aqueix dia anava a canviar-se sovint, i el primer vestit que va triar era impressionant, estava fet de cota de malla daurada que lluïa encisado-

rament, pesava, però valia la pena portar-lo al *balady*. Per a la resta dels balls, es va preparar una falda de cotó amb molt de vol negra, amb mocadors de ganxet de colors plens d'espillets i argent *cutxi*, borles, granadura, pompons, monedes velles... tot lligat als malucs. Per cobrir el ventre, un *xoli* de vellut negre i, per sobre, els sostenidors d'argent otomà i monedes que es va portar de l'Afganistan. A la fi, el turbant de cotó morat brodat amb llana de colors cridaners, els *bindis*, el *khol*, els cròtals, les flors del cap, les polseres... tot a punt. I ella, també.

LA teteria rebentava de gent. Joves, majors, matrimonis, colles d'amics, dones fadrines, xavaletes adolescents... tots gaudint de la nit, de l'ambient i de la ballarina. Només eixir a la sala Encarna va intentar ataüllar on podria estar Ferran. Però no el veia... Començà l'actuació pensant que tal vegada no es presentara i tot el pla se'n anara al fem i el pitjor de tot, que continuaria suportant-lo per a sempre. La nit continuava endavant i no hi havia rastre del seu marit. Encarna anava fent-se a la idea que tot quedava anul·lat. Però quan acabava els últims compassos de l'àrab-flamenc, aparegué Ferran per la porta.

-I ara què? No puc deixar que se'n vaja. He d'acabar amb açò.

Una vegada assegut a la catifa i amb la tetera preparada per Encarna al davant, la princesa es va acostar fins on estava el pilot.

—Bona nit. Gràcies per vindre.

—La veritat és que no podia rebutjar la seua oferta per a aquesta nit. El que lamente és no haver-la vista ballar aquesta nit.

—No es preocupe, aquesta nit ballaré una peça més per a vosté. No se'n vaja.

—No. No me n'aniria per res del món.

Encarna se n'entrà cap a dins del camerino llevant-se la roba a pessics i calfant-se el cap amb què es posaria i què ballaria a continuació. Havia d'aconseguir que Ferran es beguera tota la tetera perquè li fera efecte.

—Alí. Vaig a ballar una altra vegada.

—Com? Però, perquè?

—No preguntes i prepara'm el *cd* de les Superstar.

—Bé, senyora.

La princesa es preparava per última vegada aquella nit. Tragué de l'armari un vestit de vellut marró amb cristalls i rocalles de color taronja, lligat al coll, amb talls fins als engonals i flecs de pedra natural. A la cara es va posar un vel de tul de seda, decorat de la mateixa manera que el vestit, la perruca roja, i les ales d'Issis daurades.

L'odalisca aquell viatge es va preparar a un costat de la sala, al davant de la catifa on estava Ferran. El ball fou fantàstic, les ales d'Issis volaven pel voltant de la ballarina amagant i mostrant la seua figura mentre no deixava de fer voltes.

En aqueix moment, Encarna va vore com la cara de Ferran canviava per moments, patia, es notava que patia, es va tirar la mà al pit i es va fer groc com la cera. Quan la princesa acabà el ball Ferran ja no estava a la catifa. Tot funcionava a la perfecció.

ENCARNA López?

-Sí. Soc jo.

-Sóc l'inspector Pedreguer, de la Policia Nacional de València.

-Vosté dirà.

-Lamente comunicar-li que hem trobat el seu marit mort a l'habitació d'un hotel de València, segurament per una sobredosi d'amfetamines.

-No és possible!!!

-No se'n vaja de casa avui. Hem localitzat una possible sospitosa. Passarem a fer-li unes preguntes.

-Bé. Ací estaré.

-Adéu.

-Lupita!

-¿Sí, señora?

-Anem a posar en marxa tot el que hem parlat.

-Sí, señora.

Lejos de casa
(Tres gotas de lluvia en el río)

Jurate Lupeikaite

A Milagros, in memoriam

I

16 de febrero

EL olor a café recién hecho me despertó esta mañana. Aunque muy cansada, no había podido dormir bien y mientras abría los ojos empezaba a darme cuenta de que todo era desconocido para mí, una habitación desconocida, una cama desconocida, unas sábanas desconocidas, una ventana desconocida, una puerta desconocida, un olor desconocido... Trato de recordar; mi cabeza está embotada, dolorida, cargada debido a los tranquilizantes tomados la noche anterior. Siento que estoy hundida en la cama casi incapaz de levantarme. Ensimismada en mis pensamientos, escucho una voz procedente de la puerta. Girar la cabeza supone un esfuerzo titánico, pero merece la pena, por fin algo conocido, un rostro familiar, lo reconozco, es la cara de mi hermana que asoma, sonriente, por la puerta entreabierta y me pregunta si estoy despierta. Con

voz ronca y no sin dificultad le digo que sí, me preparo para un esfuerzo sobrehumano: levantarme.

Me dirijo al lavabo, por fin lo localizo, para asearme. Al lavarme la cara, una mezcla de angustia y asco se apodera de mí, hasta un detalle tan insignificante como el agua es importante ahora para mí, no la reconozco, su sabor a cloro es insoportable, nunca había probado un agua igual, tan artificial. Es el preámbulo de todos los cambios que se avecinan.

Salgo del baño y me dirijo a la cocina, a desayunar y aunque anoche no cené demasiado, no tengo mucho apetito, me tomo un café cargado mientras mi hermana Ingrid tiende la ropa que acaba de salir de la lavadora. Rápidamente, sin esperar, salgo a la calle para ver dónde estoy.

Llegué anoche.

Los campos de naranjos, las montañas, las palmeras movidas por el viento... son algo nuevo para mí, mis ojos nunca antes habían visto algo así, tantos colores. Empiezo a andar despacio, al azar, sin rumbo, entre los árboles, piedras, arbustos... hay un pequeño caminito de tierra que decido seguir, es estrechito y sinuoso, lo sigo durante unos minutos hasta que llego a una pequeña acequia de piedra en la que decido sentarme en su borde y observo, observo todo lo que hay a mi alrededor, todo nuevo para mí. Desconocido. Los ojos se me empiezan a humedecer, son solo el prólogo de unas lágrimas imposibles de contener, me encuentro sola, me siento sola, estoy sola.

II

15 de febrero

AYER mismo estaba con mi padre y mi madre, a miles de kilómetros de aquí, haciendo las maletas; mi hijo, Gvidas, de siete años, y mi hija, Claudia, de cuatro, tan pequeñitos, sentados en el borde de la cama, me miraban con los ojos abiertos y brillantes con atención, expectantes, extrañados, todos mis movimientos rápidos y apresurados, cómo me movía nerviosamente arriba y abajo, de aquí para allá, metiendo cosas en las maletas, sin comprender porqué, quizá, solo quizá, en su cabeza pensaban que esto era un juego y esperaban su turno para jugar.

Al fin me paro y les miro y les digo:

-¡Tranquilos, todo saldrá bien!

-Nos veremos pronto.

Mi corazón se partía de dolor porque ni yo misma creía mis propias palabras, no sabía lo que iba a pasar ni lo que sucedería en el futuro, pero sentía la imperiosa necesidad de tranquilizarlos o, al menos, de intentarlo, aunque, en el fondo, quizá lo que intentaba era tranquilizarme a mí misma, ya que el futuro que me esperaba era más que incierto y pronto me separaría de lo que más quería en este mundo, una parte de mí sería arrancada sin saber si volvería a ser pegada y eso me destrozaba por dentro, ellos, con cuatro y siete añitos, no eran del todo conscientes de la aventura que iba a empezar su madre.

—Me marcho para que podamos tener un futuro mejor y que no nos falte de nada a nosotros tres; intentaré llamaros todos los días para, al menos, escuchar vuestra voz, aunque sea solo un instante; cuando regrese estaremos muy felices y mucho mejor, ya lo veréis.

Empiezo a mirar sus ojitos brillantes que empiezan a humedecerse debido a que ellos ven que yo estoy empezando a llorar y me preguntan:

—¿Cuánto tiempo vamos a estar sin verte? ¿Nos vas a traer regalos? —me preguntan.

No puedo reprimir una sonrisa —*¡bendita inocencia!*, pienso—. Me paro y me acerco a ellos, abrazándolos, deseando que se detenga el tiempo para siempre y que no desaparezca este instante, transmitiéndoles mi calor y la seguridad y confianza que no tengo para mí, intentando que no vean, que no noten el miedo en mi cuerpo, el miedo a lo desconocido, el miedo a lo que pueda pasar.

—Intentaré regresar lo antes posible y claro, claro que os traeré lo que quieran vuestros corazoncitos, ¡ah! Y no os olvidéis de enviarme vuestras cartas con vuestros dibujos, como hemos quedado, que los estaré esperando impaciente, ¿eh?

Casi sin poder reprimir las lágrimas les beso en la frente, me limpio los ojos, saco fuerzas de flaqueza y termino de hacer la maleta, miro que no falte nada, aunque lo más importante es el pasaporte y el billete de avión y, claro, cómo no, las fotos de los seres más queridos para mí.

III

Los perros ladrando son el aviso inequívoco de que ha llegado alguien. Victoria ya está aquí, es una amiga que me va a llevar al aeropuerto. El momento ha llegado, suspiro profundamente, intento no llorar, no sé si seré capaz.

Les pido a Gvidas y Claudia que salgan fuera para despedir a mami casi en un tono de juego, aunque tengo el corazón destrozado:

—¿Qué, vamos fuera para despedir a mami? —les digo.

Ya fuera, me doy cuenta que el momento se acerca, el momento tan temido, el momento que pensé que nunca llegaría, y en un tono más serio les digo que hagan caso de todo a la abuela y al abuelo, que sean aplicados en el colegio, que se porten bien y que no olviden que los quiero mucho, mucho, mucho... Las palabras se agolpan en mi boca, son tantas cosas las que les quiero decir, tantas cosas las que temo olvidar. Dios mío, no sé si lo podré resistir, es más duro de lo que había podido imaginar, me había preparado cientos de veces para este momento, pero es imposible prepararse para esto, siento como mi corazón se rompe, está desbocado.

Me abrazo muy fuerte a mi padre y me da unas palmadas en la espalda para intentar tranquilizarme y me habla pausadamente, solo como un padre sabe hablar a su hija:

—Todo está bien hija, no te preocupes por nada, sabes que los niños se quedan en buenas manos —me dice.

— |
Mi madre, en cambio, no dice nada, incapaz de hablar, solo se enjuaga las lágrimas, incapaz de retenerlas, sacando fuerzas me da tres besos en la frente, intentando transmitir paz, tranquilidad, seguridad. Últimos besos, últimas despedidas..., sin darme cuenta me encuentro dentro del coche.

Ha llegado el momento, pienso.

Les pido que mientras me voy en el coche y me alejo me despidan con la mano, mientras los veo no dejan de despedirme con la mano levantada, moviéndola. No dejo de mirar hacia atrás hasta que desaparecen en la lejanía sin poder aguantar las lágrimas. Es un momento que no creo que esté pasando, siento cómo el corazón se me parte de dolor.

Victoria no dice nada, deja que me desahogue guardando silencio. Un silencio pesado, solo roto por el ronroneo del motor del viejo coche y mi llanto, un llanto que va perdiendo intensidad por agotamiento. Victoria decide hablarme, consolar lo inconsolable, animar lo inanimable:

—Piensa que te vas porque quieres lo mejor para tus hijos y para ti, allí te espera tu hermana, no estarás sola; es difícil, ya lo sé, pero todo se arreglará.

Los últimos kilómetros hasta el aeropuerto se convierten en una especie de difuso sueño, no recuerdo muy bien cómo sucede todo: la llegada al aeropuerto, la facturación de las maletas, la recogida de la tarjeta de embarque, un montón de gente yendo de un lado a otro, todos con una u otra historia, la espera hasta la llamada para el embarque, la despedida de mi

amiga, pastillas para tranquilizarme, el embarque, sentarme en mi asiento.

-¿Por qué?

-¿Por qué tiene que ser así mi vida?

Más pastillas para dormir...

Primero el divorcio con mi marido y ahora irme a la otra punta del mundo dejando mi casa y mis hijos, todo lo más importante para mí en esta vida; no es justo. Quiero llorar pero ya no puedo, la casa de mis padres, la despedida, el trayecto al aeropuerto, mi antigua vida, ya todo parece tan lejano, difuso, tengo que esforzarme para recordar, solo han pasado horas, pero parecen años. El cansancio se apodera de mí.

Por fin me duermo.

* * * * *

... recuerdo la voz del comandante avisándonos por megafonía que en unos minutos aterrizaríamos en el aeropuerto de Manises, Valencia. Intento despejarme como puedo y miro por la ventanilla, es de noche, una noche oscura como mis pensamientos, había tenido unas pesadillas que ahora no podía recordar pero que me habían producido un sueño intranquilo.

Sobre las diez de la noche tomamos tierra, medio adormilada, bajo del avión, sin saber muy bien adónde ir, simplemente

me dejo arrastrar por la gente, sus sombras en medio de una oscuridad, hasta llegar a una inmensa sala donde espero mis maletas, impaciente por salir al aire libre.

Cuando por fin las tengo llego a una sala iluminada y medio vacía. Pocos rostros, pocas personas, pero dos de ellas conocidas, ¡por fin!. ¡Por fin unas caras conocidas y sonrientes! Con las manos abiertas mi hermana Ingrid corre a abrazarme, ¡lo necesitaba! Necesitaba sentir su calor, su olor, su cariño. Me fundo en un abrazo con ella, un abrazo sincero de bienvenida y junto a ella, Arunas, mi cuñado, que también me abraza, por fin, después de tanto tiempo, un momento de felicidad.

España, «país del sol», como se dice en mi país, Lituania, día 15 de febrero, 22.00 horas, he llegado con un euro en el bolsillo, a cuatro mil kilómetros de casa. Qué me espera y cómo voy a vivir, no lo puedo ni imaginar...

–Bienvenida hermanita a tu nueva casa y a tu nueva vida que vas a empezar –me dice mi hermana mirándome sonriente.

IV

16 de febrero

... unos gritos me sacan de mi ensimismamiento...

–¿Qué haces aquí sola? –me chilla desde lejos.

— ¡Te estaba llamando pero no me contestabas! —me dice mientras veo subir a mi hermana con cara de preocupación y alivio a la vez, por el pequeño camino de tierra.

— ¡Vamos, ánimo!, ¡pareces una piedra debajo de un naranjo!, ¡venga! ¡Vamos a hacerte tus primeras fotos aquí en España!

Intento animarme y empezamos a sonreír las dos.

Empiezo a mirar alrededor y me doy cuenta de lo bonito que es todo, las montañas, los naranjos, arbustos, las piedras, todo tan nuevo y no deja de sorprenderme la abundancia de colores, es todo tan hermoso, un pequeño suspiro sale de mi boca, parece que me estoy animando.

Empiezo a hacerme fotos, *¡click!*, entre los naranjos, *¡click!*, con naranjas, *¡click!*; la verdad es que no dejan de sorprenderme, mi hermana lo nota, aunque ella ya está acostumbrada, sabe lo que me pasa, lo que pienso, *¡click!*, ya que en casa, para nosotras, los naranjos eran como «arbolitos de Navidad con unas bolitas colgando» y ahora las tenía aquí delante de mí, de verdad, ¡no me lo podía creer...! Sí, parece que el día esté mejorando, *¡click!* Sigo con mi sesión de fotos, *¡click!*, e incluso por un momento, *¡click!*, llego a olvidarme de todo el sufrimiento, *¡click!*, que he pasado en las últimas horas, *¡click!*

— ¡Pero si pareces una modelo profesional...! —me dice mi hermana, consiguiendo arrancarme unas sonrisas de mi cara.

—Venga, ánimo, esta noche llamaremos a casa para decir que has llegado bien, «que aún sigues viva», y que no se preocupen por nada.

No puedo evitar que la tristeza y melancolía me atrapen de nuevo y solo acierto a contestarle con una sonrisa.

—Descansarás un par de semanas, para tranquilizarte, para acostumbrarte y conocer el terreno y ya después intentaremos buscarte trabajo, ¿vale?

—Pero, claro, primero tendrás que aprender las primeras palabras en español para, al menos, poder saludar a la gente, ¿no?

—¡No será nada fácil! —le digo con cara asustada...

Las dos nos quedamos mirándonos y por fin reímos al unísono de forma sincera.

Y así entre fotos, carreras, juegos y «clases de lengua castellana» paso mi primer día en este lugar tan desconocido y lejano como hermoso al que llaman España.

V

POR la noche salimos de casa hacia Vilamarxant en coche desde Chestre, mirando por la ventana, todo es nuevo para mí, todo me parece tan bonito, quizá sea porque voy a llamar por teléfono y estoy más animada o quizá sea porque

todo es tan bonito... una carretera sinuosa, a la izquierda pequeñas montañas y a la derecha valles, no se distinguen muy bien, pero ya tendré tiempo de verlo con el sol otro día, me dice mi hermana, seguro que sí, pienso yo.

Al fin llegamos a Vilamarxant. Estaba bastante ansiosa y nerviosa, fuimos directamente al locutorio, casi no podía ni marcar el número de teléfono... solo dos tonos y una voz conocida al otro lado. Estaban esperando. Las emociones recorrían mi cuerpo, mi corazón se salía por la garganta y casi era incapaz de pronunciar palabra, ¡solo tenía un euro! Tenía que aprovecharlo, estuve hablando con mi padre y mi madre, tranquilizándoles, todo estaba bien, había llegado bien... hasta que hablando con mi madre oigo las voces de Gvidas y Claudia, mis hijos, que discuten por quién va hablar primero conmigo, de repente coge el teléfono mi pequeña, aunque es la pequeña, es la que tiene más carácter, pienso, ha salido a su madre...

-¿Donde estás, mami? ¿Por qué no vienes a cenar? -sin entender aún lo que pasaba.

Silencio.

Un nudo en la garganta me impedía articular palabra.

-Estoy aquí, hija, aquí, con tu madrina, ¿has visto qué pronto te he llamado? Como te había prometido -le digo, sacando fuerzas de flaquezas.

-Sí -me contesta una voz finita, esperando que le diga más, no sabe qué decir...

— ¡Pásame a tu hermanito para que le salude también! —le apremio, el euro no da para mucho...

A regañadientes me hace caso y le pasa el teléfono, le saludo, al contrario que con mi pequeña, Gvidas, con sus siete años, ya ha perdido parte de la inocencia de su hermana, que aun tiene solo cuatro, y sabe que no iré a cenar, ni a dormir, ni tampoco iré mañana, sabe que no sé cuándo volveré...

—Os echo de menos un montón mis pequeñitos —pero ya no puedo hablar más, el euro se agotaba...

—Os quiero mucho, mucho, os llamare otro día, ¿vale?

Los besos al aire suenan en el teléfono y para mí son muy importantes, son un bálsamo para mi corazón, inconsolable de tenerlos tan lejos y de tener la incerteza de no saber cuándo los volveré a ver...

Unos pitidos cortan cruelmente la comunicación, el euro se acabó. Cuelgo el teléfono y me quedo un rato sentada dentro de la cabina, pensando. Han pasado 24 horas desde que me fui de casa y noto una opresión en el pecho que no me deja respirar, parecen siglos, parece que todo haya sido un sueño, una pesadilla de la que dentro de un momento me despertaré y ellos estarán ahí.

Pero no, es real.

Por fin me levanto y salgo fuera y busco las caras que conozco dentro del locutorio, un locutorio que está lleno de gente, gente desconocida para mí pero que ha venido a hacer lo

mismo que yo, llamar a sus seres queridos, ya que todos ellos parecen extranjeros, todos tendrán historias tristes que contar, todos tendrán familiares a los que habrán dejado atrás, hijos, hermanos, padres... pero a la vez llenos de esperanzas... solo espero que esas historias tengan de algún modo un final feliz... Ensimismada en mis pensamientos y sin darme cuenta y mientras lloraba por enésima vez en las últimas veinticuatro horas, se me acerca mi hermana por detrás para abrazarme.

—¡Tontita, no llores! —intenta consolarme—, ¡vendrás a llamar cuando quieras, tranquila, la próxima vez, «yo pagare la cuenta»! —consiguiendo arrancarme una sonrisa.

* * * * *

MI cuñado Arunas me dice que tiene una sorpresa para mí:

—¡Vamos a cenar a un restaurante chino! —dice.

—¡Pero si yo nunca he estado en uno! —le digo yo abriendo los ojos como platos.

—Está visto que hoy es día de descubrimientos y de sorpresas y no todas negativas —pienso.

La cena es todo un éxito, no por la calidad del menú, algo más o menos secundario, sino porque me siento casi como en casa, curioso, en un restaurante chino y a cuatro mil kilómetros de casa, pero durante un par de horas Arunas e Ingrid

me hacen olvidar durante esos minutos todos mis problemas y preocupaciones, me hacen reír, charlar, desde el verano no la había visto y nos ponemos al día de todo, de cosas serias pero también de cotilleos, de tonterías, me siento como una *olla exprés* que por fin la abren y va perdiendo la presión poco a poco, lo necesitaba, lo necesitaba...

... en un momento dado y con cara de preocupación y mirando a mi alrededor las mesas de los demás comensales le digo a mi hermana que no entiendo ni una sola palabra de lo que dicen, «¡que parecen pajaritos hablando!», mi hermana no puede reprimir una carcajada y me dice que es valenciano y castellano, y que no me preocupe, que por supuesto que lo aprenderé, primero, lo entenderé y después lo hablaré, todos lo han hecho y por supuesto yo también lo haré. Yo la miro muy poco convencida...

La salida del restaurante coincide con el inicio de la lluvia, subo al coche y mientras miro por la ventanilla y veo resbalar las gotas por el cristal, éstas me devuelven a mis oscuros recuerdos, a mi tristeza casi perenne, que me ahogan, ¿acaso nunca desaparecerán? Con estos pensamientos contaminándome la mente regresamos a casa en silencio.

VI

Dos semanas después

Los días pasaban, las noches en blanco se sucedían en mi cuarto de color azul y solo podía dormir con la ayuda de pastillas y al despertar, la almohada, mojada por las lágrimas derramadas, las fotos estrujadas de mis hijos casi borrosas de dormir con ellas y un desgastado peluche eran mi compañía inseparable en mis largas y tristes noches, me enfadaba, me enfadaba conmigo misma, pero no sabía cómo salir de esto, cómo afrontarlo. Mi hermana y su marido sufrían también por mí, porque me veían apagarme, marchitarme cada día un poquito por dentro.

Intentaba convencerme de no tirar la toalla, de no rendirme, no caer en una depresión, no volverme loca, solo le pedía a Dios que me ayudara, tenía dos hijos a los que no podía decepcionar, ellos no tenían la culpa de lo que me estaba pasando.

-Tengo unos padres que me apoyan, una hermana que me da la mano cada vez que la necesito, ¿qué más puedo pedir? -me repetía constantemente, intentando convencerme, intentando darme ánimos. Buscando una luz que me guiara.

... y se hizo la luz...

A las dos semanas mi hermana llegó a casa con la noticia. ¡Me había encontrado un trabajo! Y aunque mi mayor preocu-

pación es que no sabía nada de español, enseguida me ilusióné y una luz se encendió dentro de mí. El trabajo era cuidar a una abuelita, una mujer mayor, me alegré, pero, a la vez, me preocupaba, no sabía hablar, ¿cómo me entendería con ella? Solo sabía decir «hola», «adiós» y «gracias».

... pobre abuelita, al día siguiente la conocí, se llamaba Milagros y parecía más preocupada que yo. El trabajo estaba condicionado a una prueba preliminar de un par de días y después ya me dirían si seguía.

La situación era cómica, yo parecía una muda. Hablábamos por gestos, reíamos y llorábamos las dos juntas porque no nos entendíamos, era una persona que tenía un corazón muy grande, estaba en una silla de ruedas. Pasaron los dos días y a pesar de no entenderme, de no poder hablar con ella (ella me guiaba por la casa para poder coger algo tan simple como una toalla, un vaso de leche o hacer la comida) me aceptó para que la cuidara más tiempo y con ella aprendí mis primeras frases en castellano. Pero también descubrí que la bondad y la esperanza las puedes encontrar donde menos las puedes esperar, la alegría regresó poco a poco a mí, y un día descubrí con alegría que ya no me hacían falta ningún tipo de pastillitas para dormir.

(Un) Epílogo

AGvidas y Claudia los llamaba cada dos días. La nostalgia del hogar, el dolor de no ver a mi hijo y mi hija, no se puede expresar con palabras, es necesario pasar por ello, aunque ojalá nadie tuviera que pasar por una situación así. Las críticas de la gente que no te entienden, que te juzgan, te matan lentamente por dentro, pero a la vez me dan pena, porque no se dan cuenta de lo crueles que pueden llegar a ser, lo cruel y lo doloroso que puede llegar a ser no poder ver a tus hijos, a tu padre, a tu madre, a tu familia, a tus seres queridos durante meses, durante años, sin tener la certeza de saber si los volverás a ver. No pueden imaginar lo duro que es dar ese paso, el decidir abandonar el hogar e ir a un mundo totalmente desconocido y casi en la más absoluta soledad.

Afortunadamente también hay gente que te ayuda, como la abuelita, «mi abuelita», a la que cuidé y a la vez cuidó ella de mí y que a pesar de no saber ni hablar su idioma, sin tener ninguna obligación, me dio una oportunidad.

Hoy están conmigo mi hija y mi hijo y a ella, esté donde esté, le dedico, con todo mi cariño y agradecimiento, este relato.

Un día, un 15 de febrero, tomé rumbo a lo desconocido.

Y la vida sigue, capítulo tras capítulo...



Ocho historias prestadas

M^a Remedios Más Sellés

Primera

QUÉ tal, Merche?

—Hola, Dolores, ¿qué le pasa a Albina? No sabía que estaba ingresada.

—Sí, Merche. ¿Recuerdas la última vez que vino? Estaba realmente angustiada por lo que le dijo el neumólogo. Intenté tranquilizarla y creo que lo conseguí, pero a los pocos días su hijo la llevó a Urgencias y la ingresaron. Su nuera me dijo que les comentaron «que se prepararan para lo peor».

—Pero, ¿qué le pasa? ¿es grave?

—Al parecer tiene Mieloma.

—¡Dios mío! Con lo que es ella. Que mal lo estará pasando.

—Sí, es verdad. Pero, dime, ¿y tú, cómo estás?

—No estoy bien, estoy muy triste. Desde hace días tengo pensamientos muy negros.

En sus ojos, habitualmente tristes, brilla una oscura luz. Está hablando muy en serio.

—Pero, qué pasa, Merche, ¿qué me dices?, ¿qué clase de pensamientos?

—Pues eso, pensamientos negros. Me quiero morir, lo tengo todo previsto, ya lo tengo todo arreglado. Mis hijas me olvidarán. Y mi marido y mi madre aprenderán a vivir sin mí. Pronto se olvidarán.

—No podía ni imaginar por lo que estás pasando, Merche. ¿Cómo no me habías hablado antes de esto? Has sido el apoyo de toda tu familia desde hace mucho tiempo y ahora te has derrumbado. Estás depresiva. Necesitas ayuda y yo puedo ofrecértela.

—No la quiero, quiero acabar con mi vida. Es lo mejor.

—Merche, escúchame. Tú tienes mucho que dar en esta vida, agárrate a tus hijas, ten un motivo para luchar. Estás pasando por una mala racha, pero esto pasará.

—No, Dolores, en mi vida he pasado por muchas malas rachas. Esto es distinto. Ni mis hijas me hacen cambiar de opinión. Estoy asustada por la frialdad con la que estoy viviendo esto.

—Merche, tienes que intentarlo. Lo que te está pasando es una depresión muy grande y debes intentar tratarte. Ya verás cómo mejoras y desaparecen estos negros pensamientos.

—No, Dolores. No quiero tratarme.

—Tú confías en mí, me lo has demostrado muchas veces. Déjame ayudarte.

Segunda

DOLORES, ya sé que estás muy ocupada, pero en la sala de espera está Marisol con una fuerte crisis de ansiedad.

-De acuerdo, no te preocupes, pásala a la otra sala y voy a verla enseguida.

Marisol lleva gafas de sol, pero no puede ocultar su desesperación.

-Hola, Marisol. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás así?

-Hola, Dolores, mi hermano, ¡otra vez mi hermano!

-Entiendo, Marisol, necesitamos hablar, ¿puedes esperarme unos minutos?.

-Claro, Dolores. No te preocupes, aquí estoy mejor.

Tras atender a una paciente con posible gripe A, otra con un orzuelo enorme y unas cuantas recetas más, voy con Marisol.

-Bueno, Marisol, ya estoy aquí. Cuéntame qué ha ocurrido.

-¡Ay! Dolores, otra vez mi hermano. Ayer me llamó una vecina y me dijo que mi hermano no está bien, que le tienen miedo y que me ocupe de él porque temen que les agreda o algo peor. Su mujer lo ha abandonado. ¡Y tú sabes todo lo que me han hecho, Dolores! ¡Estoy desesperada, no puedo más!

-Marisol, tú sabes que tu hermano no está bien desde hace tiempo. Desde que murió tu madre ha estado desamparado y

ha ocurrido lo que era previsible. Pero tú no tienes la culpa de su enfermedad. Tienes que tomar medidas.

-Sí, Dolores, yo sé que tendría que incapacitarlo, pero si lo hago y lo ingresan, yo soy la responsable y mi familia no quiere. Quieren que me olvide de él. Pero, Dolores, ¡es sangre de mi sangre! ¡Yo me acuesto cada día pensando que a lo mejor no ha comido! Me voy a volver loca.

-Marisol, sabes que tienes dos opciones. Si lo incapacitas, efectivamente tú serías la persona responsable, pero si no lo haces y él provoca alguna desgracia, no te lo vas a perdonar. Estás muy ansiosa y no puedes tomar una decisión en estas condiciones.

-Lo sé, Dolores, no sé qué hacer. Mi marido y mis hijos no quieren que me ocupe de mi hermano, porque nos ha hecho sufrir mucho desde hace mucho tiempo, pero yo me siento entre la espada y la pared y estoy muy angustiada.

-Necesitas serenarte para poder tomar la mejor decisión. No va a ser fácil.

Tercera

BUENOS días, Sylianne. ¿Cómo te encuentras?

-Hola, doctora. Ya me ve. Lo que le voy a preguntar le parecerá raro pero creo que es mi única solución.

-Dime.

—¿Ud. conoce dónde me pueden hacer una ablación de clítoris?

—Sylvianne, ¿qué me estás pidiendo? ¿qué te ocurre para llegar a esto?

—Es que no puedo más, doctora. Me paso la jornada laboral en el servicio, ¡masturbándome! Es por mi compañero de trabajo. No lo puedo evitar, cuando le veo siento un deseo irresistible de tener sexo con él. Pero, ¡está casado! Y no me hace ni caso. Ni me ve. Y yo ya me hago hasta sangre, ¡no sé qué hacer!

—Sylvianne, tener deseo sexual y fantasías no es malo. ¿Por qué te culpas hasta el punto de pedir una ablación?

—Nadie me quiere. Mis parejas no me aguantan porque soy muy posesiva y acaban dejándome. Y yo tengo una energía terrible que me sale de ahí y necesito desfogarme.

—Mira, Sylvianne. Creo que tu problema radica en que no has encontrado a la persona adecuada, que te haga feliz y que te acompañe en tu energía sexual. Pero eso no debe lanzarte a causarte daño ni físico ni emocional.

—Sí, lo sé. Pero, mientras encuentro a esa persona, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué te parece si cuando veas a ese compañero de trabajo tan sexy, te lo imaginas en una situación nada sexy?

—Por ejemplo, ¿haciendo caca? Sí, creo que eso me funcionará. Gracias, me ha ayudado mucho poder hablar del tema. No se lo había contado a nadie.

Al cabo de unos meses, Sylianne conoció a un holandés enorme que la deja exhausta cada noche y ahora son padres de una preciosa niña.

Cuarta

BUENOS días, Marga.

-Hola, Dolores. Traigo malas noticias. A Miguel le han detectado un cáncer de pulmón.

-¿No me digas que se lo han detectado en el preoperatorio de la próstata?

-Efectivamente, en la radiografía de tórax vieron una mancha y decidieron aplazar la operación de la próstata hasta averiguar lo que era. Y ha sido cáncer. Miguel ha sido fumador toda la vida, pero nunca le he oído una tos ni le he visto una expectoración fea. No me lo puedo creer, Dolores.

-Lo siento mucho, Marga. La intervención de la próstata no tenía mal pronóstico, pero lo de ahora...

-Exacto, Dolores. Lo de ahora es mucho peor, porque parece que tiene metástasis. Pero lo peor es que desde que se lo han dicho se ha vuelto más agresivo conmigo. Mucho más de lo habitual. Hasta llegó a lanzarme el otro día un bote de conserva, que si me llega a dar, me mata.

-Marga, muchas veces los pacientes a los que les diagnos-

tican esta enfermedad pasan por unas fases de negación de la enfermedad que les hace estar muy irritables.

-Sí, lo he oído. Pero esto no es de ahora, Dolores. Lleva toda la vida tratándome como si fuera una inútil.

-Nunca me lo habías dicho, Marga. Siempre os he visto como una pareja ejemplar.

-Claro. Somos muy buenos actores, los dos. De puertas hacia fuera, nadie ha sabido nunca nada. Pero la realidad es muy distinta.

-Y ¿qué piensas hacer?. Él tiene un futuro muy incierto pero el maltrato no se puede aceptar nunca, Marga.

-El caso es que yo había estado hablando con una abogada hace unos meses. Había pensado en separarme, pero ahora... Hemos estado juntos toda la vida y yo en realidad le quiero, pero no soporto sus ataques de mal humor y sus problemas con el juego que nos han llevado a la ruina.

-Entiendo, Marga. Su cáncer se ha interpuesto en tu decisión.

-Sí. Voy a estar con él en este proceso. Pero si llega a curarse, le pediré el divorcio.

Quinta

HOLA, Elena. ¡Enhorabuena por tu matrimonio! Tu madre me contó que fue un día muy bonito y muy emotivo.

—Gracias, Dolores. Mi mujer y yo te lo agradecemos. ¡Caramba! Todavía no me acostumbro a llamar a Pepi así: mi mujer.

—Bueno, pero así es, ¿no?

—Claro. Mira te he traído el libro de familia para que veas que es como los demás.

—Sí, igual que el mío. Y ahora ¿qué planes tenéis?

—Pues me quiero inseminar. Queremos tener un hijo. Y no puedo tardar mucho por mi edad.

—Pero, ¿por qué tú? Con tu enfermedad crónica y teniendo que tomar medicación, ¿por qué no se insemina Pepi?

—Ella es mayor que yo y tiene fibromialgia. Además es autónoma y la Seguridad Social no se lo cubre.

—Y a ti por ser funcionaria, ¿sí te lo financia tu seguro?.

—Bueno, tampoco. Pero voy a reclamar.

—Cuéntame.

—El caso es que por ley los tratamientos de infertilidad los cubren los seguros cuando existe infertilidad demostrada en alguno de los componentes de la pareja o cuando tras un período de un año de relaciones sexuales no se consigue embarazo.

—Sí, eso es así.

—Bueno, pues nosotras somos matrimonio legal, ya has visto el libro de familia. Pero según la administración no cumplimos los requisitos. ¡Y llevamos más de un año de relaciones sexuales y no hemos conseguido embarazo, ja, ja!

—Tú eres abogada. ¿Ves alguna posibilidad de solución legal?

—Es difícil, pero la Ley de Reproducción Asistida se aprobó con posterioridad a la Ley de Matrimonio Homosexual. Y por lo tanto, tendrían que haberla adaptado a la nueva definición de pareja.

—Y tú vas a pelear con la Administración. Espero que tengas suerte.

Sexta

BUENOS días, Juana. ¿Cómo estás?

—Puff! ¡fatal! Anoche tuve una crisis de ansiedad terrible.

—¿Qué te pasó? ¿Fue por problemas del trabajo o por cosas de casa?

—No, en casa estoy bien. Ya te conté que tenía en la clase a un niño que tiene problemas de conducta. Tiene un cromosoma de más y es muy difícil que esté quieto en clase.

—Sí, me lo contaste. Pero, ¿no tienes refuerzo?

—Sí, pero mi ansiedad no es por este alumno. Es por otro.

—¿Quieres contármelo?

—Imagínate. Un niño que se lleva cosas de clase a casa sin permiso, que cuando le riño me mira con una sonrisa diabólica y luego le dice a su madre que le he pegado. Su madre viene a hablar conmigo y me dice que si le tengo que pegar, ¡que no le pegue en la cabeza! Imagínate, Dolores, yo que les digo a los niños que no se deben pegar, que las cosas se arreglan hablando. Jamás he pegado a un niño.

—Bueno, por lo que cuentas, creo que la vida de ese niño en casa no debe ser fácil.

—Pero eso no es todo. Además se ha convertido en el líder de la clase y obliga a los demás niños a pegar a Erik, el del cromosoma de más. Y el otro pobre se lleva los golpes de todos y se pone hecho una fiera. Y por lo tanto, incontrolable. Disfruta haciendo enfadar al pobre Erik.

—Y tú, ¿qué haces?

—A mí ya me ha desbordado la situación. Lo he puesto en conocimiento de la psicóloga.

—Es lo correcto. Pero ¿hay algo más?, te noto muy ansiosa.

—Sí, Dolores. Lo último que ha hecho ha sido acusar a un compañero de que ¡quería que «se la chupase»! Y la verdad, es que había sido él el que lo había intentado con el otro.

— ¡Vaya personaje!

— Un futuro delincuente, Dolores. Lo siento, pero este niño va a hacer sufrir a mucha gente.

— Por cierto, ¿cuántos años tiene?

— Cuatro años. Tiene cuatro años.

Séptima

HOLA, M^a José, ¡qué alegría me da verte! Hace tiempo que no venías. Pensaba que estabas por el mundo.

— Sí, es verdad, Dolores. Pero, ya sabes, estaba en esa fase en la que a los bipolares no nos gusta que nos vea la gente. No quería encontrarme con nadie y no salía de casa. Ojalá hubiera estado en la República Dominicana, allí siempre hay alguien que te necesita, siempre puedes hacer algo por alguien.

— Es verdad, M^a José, pero, ¿es que las cosas por casa no van bien?

— No es eso. Mis hijas están en la edad de saberlo todo y casi tienes que hablarles pidiendo perdón. Y mi marido me quiere mucho. Yo lo sé, está siempre pendiente de mí: si he comido, si estoy nerviosa me recuerda que me tome la pastilla, si bajo una escalera, que me agarre del pasamanos para no caerme... Pero, hija, no me da alegría. Yo a veces pienso, Dios mío, con lo que me quiere este hombre y no me da ninguna alegría,

ninguna. Yo soy un volcán, me gusta reír, cantar, bailar... Pero él me apaga. Pero me quiere, lo sé.

-Sabes una cosa, M^a José, me encanta oír hablar de sentimientos como tú lo haces. No es muy común que la gente se exprese de ese modo.

-Ya lo sé, Dolores, y te lo agradezco. Pero este verano me dio el ramalazo y casi me voy de casa. Pero luego lo consideré y creo que a las personas no se las puede cambiar. A mí no me gustaría que me intentaran cambiar.

-Y ¿cómo has llegado a esta conclusión?

-Pues, cómo va a ser, Dolores, abriéndome al mundo. Me he hecho voluntaria y estoy haciendo unos cursos en la Cruz Roja que me ilusionan mucho. Ahora estoy con uno de prostitución y luego quiero hacer uno para atender a los inmigrantes cuando vienen, que vienen perdidos. Quiero sentirme útil. Tengo mucho dentro para dar y doy gracias a mi enfermedad porque me ha hecho descubrirlo.

-¿De verdad piensas que tienes que dar gracias por ser bipolar?

-Sí, con total seguridad. Gracias a mi enfermedad, bajo a los infiernos y luego subo al cielo. Y sé que nunca voy a permanecer para siempre en ninguno de los dos sitios.

Octava

BUENOS días, Blanca. ¿Cómo estáis?

—Bien, Dolores, tirando y sacando fuerzas de dónde no hay.

—¿Cómo está Virginia?

—Ya se le empieza a notar la caída del pelo. Hoy me ha dicho, después de desayunar, que si la podía acompañar esta tarde a buscar un pañuelo bonito de lino o algodón para la cabeza.

—¿Se va a poner solo el pañuelo?

—No, también le hemos encargado una preciosa peluca, moderna, muy parecida a su corte de pelo, pero también va a necesitar un pañuelo de algodón para cuando se la quite. No es fácil encontrar un buen pañuelo de algodón y que además sea bonito. Le he dicho que esta tarde iremos a los *hippies* a buscar el «más bonito pañuelo que haya en toda la Explanada».

—Te admiro, Blanca. Te has convertido en el motor de tu familia.

—Así es, Dolores. Quien me hubiera dicho a mí hace unos meses, cuando por una faringitis me sentía morir, que iba a ser la cuidadora principal de mi hija con cáncer. Su padre hace lo imposible para estar a la altura, pero su ansiedad se ha acentuado.

—¿Y cómo está el ánimo de Virginia?

—No te lo podrás creer. Está dando una lección de entereza que me tiene admirada. Sigue con sus estudios. Sabes que estaba sacando matrícula en todas las asignaturas de la carrera y no quiere que su enfermedad arruine su expediente.

—Pero, ¿no crees que es arriesgado ahora mismo para su salud ese sobreesfuerzo?

—No, Dolores. Si le quito los estudios se me muere. No hay más que ver su carita los días que no puede ir a la facultad por los efectos de la quimio. Hay una profunda tristeza en sus ojos.

—Al menos tomará precauciones para no contagiarse, ¿verdad?

—Por supuesto, ella y su novio entran los primeros en el aula y se sientan en un ángulo alejados de los demás alumnos y en cuanto terminan las clases la llevo a casa. Yo les espero en la puerta de la clase o en la cafetería.

—Dile que se proteja las vías respiratorias con una mascarilla o si no quiere esta opción, con un bonito pañuelo.

—Sí, gracias Dolores, se lo diré. Siempre lleva un pañuelo desde que le quitaron los ganglios del cuello.

Aquellos ojos negros

M^a Dolores Navarro Cayuelas

SAMIRA y su familia provenían de Oujda, una ciudad del norte de Marruecos. Su marido, Mustafá, había decidido que toda la familia, el matrimonio y sus dos hijos, Salím y Mohamed, fueran a vivir a España. Estaba seguro de que les iría bien. Su primo Alí, con el que hablaba con cierta frecuencia por teléfono, vivía en un pueblo de la provincia de Alicante y después de cinco años allí ya se había comprado un piso. El podía hacer lo mismo. En principio alquilarían una vivienda, y en unos años tendrían la suya propia.

Alí les había conseguido un piso. Era un poco caro para sus posibilidades, pero, después de regatear con la dueña, que no rebajó ni un euro, decidieron quedárselo. Estaba en la tercera planta de un edificio de unos 20 años de antigüedad. Otras familias marroquíes habían vivido antes allí en periodos no muy largos, y aunque era un piso de antigua construcción no estaba demasiado estropeado.

Samira y, sobre todo, sus hijos estaban encantados. Les pareció una vivienda fabulosa, un tercer piso, ¡qué altos estaban! Nunca habían estado en una vivienda tan alta, además, desde el balcón, que daba a la calle principal, se veía la plaza más importante del pueblo, la del Ayuntamiento.

Pero, por encima de todo, tenía ascensor. ¡Para subir a su casa había ascensor!

Salím y su hermano subieron y bajaron unas 20 veces el primer día. Peleaban por pulsar el botón que marcaba el número 3. Samira estaba contenta, porque los veía felices y porque le gustaba su nueva casa. Pero, a la vez, sentía cierto miedo, no entendía nada de español, ni sus hijos tampoco, solo su marido lo chapurreaba. ¿Cómo se las arreglaría? Y, sobre todo, ¿cómo se las arreglarían sus hijos? No quería que sufrieran, eso sí lo tenía claro.

Felices, fueron subiendo sus cosas y, de paso, disfrutando de los viajes en ascensor, que hacía que no solo los niños, sino también su padre, Mustafá, se sintieran más importantes cada vez que le daban al botón y se cerraban automáticamente las puertas de acero del elevador.

Samira dio una limpieza ligera a su nueva casa, colocó unas alfombras que habían traído consigo, y se fue sintiendo más cómoda y relajada.

El piso tenía tres dormitorios, dos baños, un salón comedor y la cocina. El balcón que daba a la calle y plaza principal rodeaba toda la vivienda. En los dormitorios había camas. ¡Camas! ¿Qué hacer? En Oujda dormían en las alfombras, pero estaban en España.

Dormiremos en las camas, como los españoles. Nuestros hijos no serán diferentes a los niños españoles, dijo Samira a su marido.

Al día siguiente de su llegada, Mustafá les dijo a los dos chicos que se prepararan que iban al colegio. Salím y Mohamed salieron del cuarto de baño, después de peinarles su madre, tan repeinados, con sus ropas y aspecto de mayores siendo niños, pero tan nerviosos y contentos a la vez. Los tres, el padre y sus dos hijos, pensaban que ese sería su primer día de colegio, iban a hablar con el director como si les éste les estuviera esperando y ya fuera a recibirles y a enseñarles sus clases.

Pero no. Al entrar, un hombre de unos 60 años se dirigió a Mustafá, ¿quería algo?, le preguntó.

–Colegio, hijos colegio –dijo Mustafá–, venir de Marruecos ayer, y niños a colegio.

–¿Al colegio?, pero no están apuntados, y el curso ya está empezado. Eso hay que hablar con el director, pero yo no sé. A ver, espere a ver qué dice el director.

Se quedaron de pie en el pasillo esperando mientras el conserje entró por la puerta de un despacho. Era un colegio de infantil y primaria, las paredes estaban llenas de alegres dibujos infantiles, alguna foto donde se veían niños y niñas con babis, la mayoría azules, y una maestra en el medio del grupo.

El centro era relativamente nuevo, a ellos les pareció novísimo, estupendo. Era una construcción clara, luminosa, con suelos brillantes. Suficiente para que les pareciera fuera de lo común.

–Buenos días, a ver, ¿qué quiere?

—No, los niños no pueden venir si no están empadronados en el Ayuntamiento. Es la ley. Vaya usted al Ayuntamiento.¡ Al Ayuntamiento!, ¡padrón!, gritaba el director para hacerse entender.

—Ayuntamiento, sí, vale —dijo Mustafá, que ya sabía por otros marroquíes y por su primo que tendría que empadronar a su familia.

—No creo que los empadronen —le comentó el director al conserje, una vez se hubieron marchado.

En los ojos de Salím y Mohamed se notaba un poco de tristeza. Por un lado, se habían quedado descansando al ver que se retrasaba el inicio de sus clases, con el miedo que eso les producía, pero, por otro lado, había algo que les había decepcionado ligeramente, una sensación, algo que como niños ellos no podían describir, ni siquiera lo pensaban, era algo que se veía con los ojos del alma y que uno al final no sabe si lo ha visto o no.

Era, aunque no entendían español, las palabras, el tono, la mirada, del director y el conserje, era algo... ese no....

SALÍM era el mayor, tenía 10 años y un carácter más dulce y dócil que Mohamed. Era alto y delgado y su rostro, no demasiado oscuro, era dulce, como su carácter, tenía cara de bueno, y era bueno. Mohamed, un año escaso menor que su hermano era de menor estatura, más moreno de tez,

quizás más marroquí en sus facciones y también denotaba un carácter más temperamental y belicoso. De hecho, en las peleas con su hermano, que eran frecuentes, como entre otros hermanos de su edad, siempre salía ganando, al principio porque era el pequeño y luego porque la vida repartió sus papeles de ese modo.

Cuando llegaron al Ayuntamiento, que, ¡madre mía, qué sitio tan impresionante! Los ojos, unos ojos negros y hermosos, ojos de niño, ojos que se habrían podido tragar hasta la luz que entraba por las ventanas, no se podían abrir más, y una sonrisa esbozada alegraba sus caras, caras de niños, de niños buenos, de niños humildes, con ese pelo tan repeinado que su madre les había peinado, tan formales, tan como si fueran mayores y responsables...

—No, no se pueden empadronar. ¿Tiene contrato de trabajo? No, no, no... Otra vez no.

Esta vez no percibieron la negativa, porque sus ojos, esos ojos negros y hermosos, no dejaban de mirar la sala del Ayuntamiento y la gente que allí había. Ya no existía Oujda, con sus calles de barro, con su casa con el suelo de tierra, con sus paredes desnudas y grises. Estaban en un edificio que tenía las paredes de un amarillo intenso perfectamente pintado, con suelos de mármol brillante y grandes ventanales que daban al exterior, y la mujer que había allí, rubia, no importaba si guapa o fea, no sabían, no pensaban en ello, pero rubia, con el pelo largo y la piel muy clara. Ya no existía Oujda.

—Pero, entonces, ¿cuándo vamos a la escuela? —le preguntaron a su padre al salir.

—No sé, no os preocupéis, voy a preguntarle al tío Alí, porque nos faltan unos papeles.

EN el pueblo, un pueblo pequeño de alrededor de 3000 habitantes, vivían bastantes marroquíes, que habían ido viniendo en busca de trabajo. La mayoría ocupaban el hueco que los hombres españoles habían dejado en el campo al irse a trabajar a la construcción, que en estos momentos vivía un periodo álgido. Así, formaban cuadrillas de recogida de naranja y limón e iban a diferentes pueblos para ocuparse de esa faena que los del terreno habían abandonado.

En general, al principio se venía a España el hombre y cuando encontraba un trabajo iba a Marruecos por su mujer y se instalaban en la casa que previamente él había buscado. La mayoría eran parejas jóvenes, muy jóvenes, algunos como Mustafá y Samira, casados y con hijos, y otros se iban a Marruecos, se casaban con su novia que estaba esperando allí y volvían al pueblo recién casados.

Así, la mayoría de hombres chapurreaba el español, pero las mujeres no entendían nada, especialmente al principio, luego, claro está, iban aprendiendo algo, pero, en general, no mucho, ya que ellas solían relacionarse entre sí, casi exclusivamente. La mayoría no trabajaba fuera, cuidaban de su casa

y sus hijos y se veían con las demás mujeres al acompañarlos al colegio, pero entre ellas hablaban marroquí.

Solo unas pocas, las que disponían de menos recursos en sus hogares, trabajaban fuera de casa. Trabajaban en la alcachofa, «las perolas», como se llamaba en el pueblo a la preparación de alcachofas ya hervidas que se llevaban a un almacén para pelarlas con destino a la conserva. Eso era «trabajar en las perolas». Igual que había sucedido con el trabajo de los hombres, las perolas, unos años atrás había sido el trabajo estacional del que se ocupaban las mujeres del pueblo, esposas de aquellos que trabajaban en el campo, y que ahora, al igual que sus maridos, al cambiar de estatus habían abandonado y se había quedado relegado para gente con menos posibilidades: mujeres marroquíes, alguna que otra rumana o búlgara...

Las españolas, o bien se habían enriquecido con los negocios de construcción de sus maridos, que habían pasado en un abrir y cerrar de ojos de albañiles a constructores, de piso a chalet, de Seat a Mercedes, a jerseys Lacoste, casa en la playa y hasta barco, o a las que nos les iba tan bien y sus maridos seguían siendo albañiles, pero con un buen salario, que habían optado por el trabajo de limpiar casas, sobre todo de las nuevas adineradas, que se pagaba muy bien, dada la demanda.

Esas mujeres, jóvenes marroquíes iban en grupo a la puerta del colegio a llevar a sus hijos y su hijas, cargadas de carricoches, donde llevaban bebés o con gordas barrigas que en poco tiempo traerían al mundo un hermanito o hermanita para sus

hijos de apenas tres o cuatro años. Eran jóvenes y alegres. A diferencia de las españolas, tenían de media tres hijos o más en poco tiempo, uno tras otro.

Solo algunas de ellas sabía hablar español, alguna que ya vivía allí más tiempo y que les contaba y describía las costumbres del pueblo, costumbres que, a veces, eran estrictamente de ese lugar, o a lo mejor simplemente de la vecina española que se lo había contado, pero que para ella ya era costumbre española generalizada, y como tal se lo contaba a sus compañeras. Éstas, a su vez, le preguntaban acerca de las dudas que tenían: ropas, costumbres, comida, hombres, y, especialmente, del colegio de sus hijos.

Se había formado un grupo que iba a las clases de español que una maestra del pueblo, de unos 40 años, daba durante el tiempo que los niños estaban en el colegio por las tardes, o sea, de 3.30 a 5. Eran unas clases gratuitas que había organizado Cáritas y se impartían en un edificio desocupado que el Ayuntamiento les había dejado. Solo disponían de una pizarra, que alguien les había prestado y unas cuantas sillas de plástico, pero sobraba, era suficiente para ellas y suficiente para la profesora.

Les gustaban las clases porque la profesora les preguntaba por su lengua, sus costumbres, qué platos cocinaban, cómo fue su boda. Ellas se valían de las que hablaban español para ir contando cosas de sus vidas o haciendo preguntas de aquello que se cuestionaban y no sabían quién se lo podía responder,

y de paso aprendían palabras nuevas, chapurreaban y repetían palabras que la profesora les enseñaba: les encantaba cuando encontraban una palabra española que se parecía a la suya, *soufran*, azafrán, igual, igual español, lo mismo Marruecos, igual.

La mayoría llevaban *hiyab*, el pañuelo, unas de una manera más discreta, algunas guapísimas, con su *hiyab* coquetamente colocado, de colores y tejidos vistosos, cerrados con broches de bisutería que adornaban esas caras jóvenes, y en la mayoría de los casos bellas, aunque solo fuera la belleza de su juventud, la belleza de su piel limpia de toxinas, la belleza de sus ojos negros y grandes, de su ilusión por vivir en un mundo diferente.

Muchas tardes llevaban té y dulces a las clases. El estupendo té perfectamente preparado en su tetera traída de Marruecos. Echaban una taza y la devolvían a la tetera, y vuelta, acompañado de unas pastas y dulces preparados por ellas, con esas manos pintadas y decoradas con henna, dulces dignos de la mejor pastelería y que ellas hacían en casa, por increíble que pareciera cuando uno los veía o los probaba.

Los hombres no iban a estas clases de español. Eran clases para hombres y mujeres, pero fueron depurándose y acabaron yendo solo mujeres. En primer lugar, por el horario, porque aprovechaban las horas de clase de sus hijos, y en segundo lugar, porque estaban más cómodas sin hombres, podían contar alguna que otra pícaro situación y reían mucho entre ellas; se sentían más libres.

Mustafá llegó aquel día a hablar con la profesora, ayudándose de Aixa, una de la alumnas, porque la maestra no entendía exactamente que quería.

—Él viene de Marruecos a vivir y tiene dos hijos, pero no pueden ir al colegio, ¿pueden venir a clases?

—Claro, claro que pueden, pero yo creo que deben ir al colegio. Al colegio, sus hijos deben ir al colegio con otros niños —gritaba la profesora a Mustafá.

—No, no colegio, no padrón, año que viene. Intercambiaba frases con Aixa, y ésta traducía: dice que este año no pueden ir al colegio porque no tiene contrato de trabajo y no se pueden empadronar.

—¿Qué dices? No sé, yo preguntaré... Vale dile que sí, que vengan mañana, lo único que tendrán que estar con vosotras, que aquí no hay niños.

Al día siguiente apareció nuevamente Mustafá con sus dos hijos, tan repeinados, tan formales, tan de mayores, cuando eran dos niños de 10 y 9 años, respectivamente, tan sonrientes, tan diciendo con esos ojos negros y astutos, esos ojos que delataban que no tardarían en aprender ni la lengua ni las costumbres: qué contentos estamos de vivir aquí.

Y, en efecto, enseguida repitieron sonidos, palabras, nombres. Lo que más les gustaba, les encantaba, se les ponía una sonrisa de oreja a oreja, era, al igual que las mujeres, cuando una palabra española se parecía a su correspondiente en

marroquí. Igual, igual, repetían los dos. Igual era su palabra mágica y la que más deseaban, igual, igual...

La profesora preguntó en el Ayuntamiento de su pueblo y en el colegio acerca de la escolarización de los niños, no, no sé, preguntaremos, no pueden. Pasaron dos semanas, todas las tardes aparecían Salím y Mohamed, peinados, repeinados, contentos y aprendían rápido, repetían todo lo que la profesora les decía, escribían.

Esa tarde cuando acabó la clase la profesora tomó el mismo camino que ellos que se dirigían a casa. Pasaban unos minutos de las 5, la hora de salida del colegio. Otros niños y niñas que venían de la escuela se cruzaron con ellos, sus ojos, esos ojos negros, esos ojos grandes, profundos, tan vivos, llenos de curiosidad, se iban detrás de esos niños y niñas, igual, igual, esas palabras que tanto les gustaban se podían leer clara e intensamente en sus ojos mientras veían reír y jugar a los otros niños y niñas: igual, igual...

La profesora no pudo dejar de percatarse de esa mirada, de esos ojos negros abiertos como platos. Al otro día se fue al colegio, al Ayuntamiento, llamó a Inspección educativa, a los abogados de Cruz Roja. Dos días más tarde estaban en el colegio.

A las 9 de la mañana, cuando sonó el timbre, estaban en la puerta de la escuela, los dos al lado de su padre, los dos tan repeinados, tan de hombrecitos, tan con esos ojos negros, ojos que ahora tenían miedo. Había allí muchos niños y niñas

diferentes, demasiados. Mohamed le dio la mano a su padre, Salím era el mayor, no podía refugiarse en su padre, ya tenía su papel de hermano mayor asumido, la mano era para Mohamed.

Esperaron a que entraran todos los niños y después el padre les acompañó hasta el despacho donde el primer día había hablado con el conserje. Vale, ya les acompañamos nosotros, vale, ya se quedan aquí.

–Bueno, chicos –les dijo su padre–, yo vendré luego a por vosotros, portaos bien.

–¡Papá! –dijo Mohamed a su padre que se dirigía a la puerta de salida. Mustafá se volvió: –cuida de él, Salím.

SAMIRA permaneció durante las dos primeras semanas en casa, no se atrevía a pisar la calle, le daba vergüenza, por un lado, y por otro, no sabía nada de español. Desde la ventana de su casa observaba a la gente pasar, especialmente a las mujeres y se fijaba en ellas de arriba abajo, sus ropas, su pelo, no, no le gustaban demasiado, aunque ella conocía a muchas marroquíes que no llevaban *hiyab*, a ella le gustaba, se encontraba más guapa, y realmente lo estaba, y, como muchas de ellas, no era esa sensación extrema de sentirse desnuda sin el pañuelo, pero se sentía mucho más cómoda llevándolo.

Por supuesto, en casa se lo quitaba, pero salir a la calle sin el *hiyab* no era lo mismo. Era incluso una motivación más

coqueta que religiosa, porque, aunque era creyente, no tenía prejuicio moral por no llevar el pañuelo, era más bien un prejuicio estético, una costumbre.

Samira vestía a la manera marroquí. La mujer de su primo Alí le había dicho que en unos días cambiaría su forma de vestir, pero a ella no le parecía posible, aunque tampoco quería destacar de las españolas. ¿Cómo ser ella dentro de un mundo diferente en el que pensaba luchar para buscar un hueco para sus hijos? ¿Cómo decir a los demás que, a pesar de sus ropas, ella había decidido que su familia se integraría en España? No le preocupaba convencer a la gente, le preocupaban sus hijos. Quería vivir en España, pero no quería renunciar a sus bonitas chilabas, a su pañuelo, a los trabajados dibujos de henna en sus pies y manos.

Por las mañanas besaba a sus hijos, recién peinados, re-peinados, antes de salir para la escuela: no pelead, aprended mucho...

EL trabajo no iba mal para Mustafá. Había comprado una furgoneta, era de segunda mano, pero era nueva, grande, azul (el color era una cualidad más), y toda la familia bajó del piso a verla. Todos estaban muy contentos. Salím con una sonrisa intensa y franca, Mohamed con un poco más de malicia, mirando a la gente, como enseñándoles la nueva adquisición de la familia, presumiendo de su gran coche nuevo. Mustafá, orgulloso.

La furgoneta le servía para llevar la ropa que vendía en los mercados. Había pagado un puesto de mercado en dos pueblos diferentes y había conseguido algún dinerillo, hizo sus cuentas y pensó que podría permitirse pagar una nueva furgoneta.

EL día de la celebración de la Fiesta del Cordero, Mustafá y Samira decidieron que los niños no irían al colegio, era su fiesta. Prepararían la comida como corresponde a ese día, así que Samira le dijo a los niños que se pusieran los trajes que tenían reservados, y que con tanto cariño y esfuerzo la madre de Samira les había comprado en Oujda, precisamente para ese día y otros señalados.

Salím llevaba un pantalón oscuro de género brillante y una chaqueta de terciopelo azul marino, y Mohamed un traje en tono marrón en terciopelo. Salieron a la calle, tan peinados y repeinados, con esos ojos negros brillantes de contento, de contento por sus trajes, de contento porque no iban a la escuela, de contento porque en su casa hoy era fiesta...

Estaban en la plaza, cerca del quiosco de golosinas adonde iban a gastar las monedas que su padre les había dado. Era la hora de salida del colegio. Grupos de niños y niñas pasaban por allí de camino a casa y al verles con esas pintas se reían con cierto disimulo o sin ningún recato, dependía del caso, de los hermanos.

Samira, que iba acercándose a donde estaban sus hijos, percibió las miradas, las risas, no entendía lo que decían, pero sabía que se reían de sus hijos. Un nudo se le puso en la garganta, un velo transparente en los ojos.

Al día siguiente Samira se quitó el *hiyab*.

HABÍAN pasado seis años desde que Samira y su familia decidieron instalarse en un pequeño pueblo de la provincia de Alicante. Muchos marroquíes se habían vuelto a su país de origen. A la época de crecimiento y desarrollo de la construcción le había seguido una mala racha que había expulsado del negocio boyante que había sido en los últimos diez años a cantidad de trabajadores, muchos de ellos, ahora sin trabajo y con el paro acabado, volvían al campo como medio de vida, ya no hacía falta mano de obra extranjera.

Las mujeres marroquíes que quedaban en el pueblo no tenían el brillo de antes, la situación económica las estaba maltratando especialmente, ahora estaban apagadas, ya no iban en grupo con sus carricoches y sus coloridas batas y su alegría, ahora iban o solas con sus hijos o de dos en dos, y con ropas muy discretas, marrones, beis, negro, gris eran los colores predominantes y un discreto *hiyab* oscuro cubriéndole la cabeza, junto con la chilaba, que dejaba asomar en su extremo los pantalones que vestían debajo y los pies, sin calcetines o medias, embutidos en fríos y duros zapatos.

HABÍAN pasado seis años desde su llegada a España, Samira estaba recogiendo todas sus pertenencias, y Mustafá y los niños iban bajando las bolsas y las maletas por el ascensor. La furgoneta azul ya iba hasta los topes y todavía quedaban cosas por meter. Salím tenía 16 años y Mohamed 15. Salím era relativamente bueno en la escuela, Mohamed había ido repitiendo cursos y era la tercera vez que lo expulsaban del colegio por pelear.

Samira preparó la ropa de sus hijos y la suya para vestirse antes de subir al coche. Encima de la cama de los hermanos había dejado preparados para ellos dos trajes de terciopelo, uno azul marino y otro marrón. Ella se colocó el *hiyab* y partieron camino de Oujda.

Recordando a mi amiga

Natividad Pla Garrote

POR los años sesenta la conocí, fue cuando empecé a trabajar en la fábrica de mantas en la que trabajaba mi hermana. Cuando se casó dejó la fábrica, era lo que solía pasar en aquellos años cuando una mujer se casaba. Como le tenían mucho cariño entré yo en su lugar.

La empresa era pequeña contaba con pocos trabajadores de los cuales éramos solo tres chicas. Al poco tiempo de entrar yo, la tercera chica se fue a vivir a otra localidad y nos quedamos solamente Bea y yo.

Ella tenía seis años más que yo, pero enseguida conectamos muy bien y entablamos una sincera amistad, no nos separábamos casi nunca. Se convirtió en mi consejera, la diferencia de edad, su firmeza de carácter y su personalidad me sirvieron de orientación en aquellos años de mi adolescencia.

La fábrica estaba situada en la planta baja de la enorme casa en la que vivían los jefes. La relación que teníamos con ellos era muy cercana, se portaban muy bien con nosotras, ella era profesora y él dirigía la fábrica. La verdad es que fueron unos años estupendos, los diez años que trabajé con ellos reafirmaron una amistad para toda la vida.

El matrimonio tenía dos hijos, para nosotras eran como los hermanos pequeños. En aquella época no había vacaciones, pero todos los años, al menos por un día, nos llevaban a su casa de la playa. También venía el novio de mi amiga y pasábamos unas pequeñas vacaciones estupendas.

Entonces solo teníamos fiesta los domingos, y a veces nos juntábamos en casa de Bea o en la mía y hacíamos los típicos guateques de la época. Éramos una peña grande de amigas, más de diez, y mientras disfrutábamos de la música nuestros padres hacían de espectadores, ¡qué años tan felices pasamos juntas!

Pero la vida pasa, ella se casó primero con el novio de toda la vida, era un muchacho buenísimo que tenía una paciencia inmensa para con todo el mundo. Seguíamos viéndonos siempre que podíamos, ella tuvo dos hijas, y a mí me hacían sentir como alguien de la familia.

Luego conocí yo al que es mi marido, él no era del pueblo y cuando un tiempo después me casé, me fui a vivir con él. A partir de entonces solo nos juntábamos en verano en la playa, como teníamos por costumbre.

Pasaron los años, la fábrica cerró y los dueños se fueron a vivir a Valencia, un tiempo después él enfermó muriendo poco después. Lo trajeron a enterrar al pueblo por el cual sentían un gran apego. Para todos fue una triste pérdida, a pesar de la dolorosa situación, D^a Marta nos dio un ejemplo de entereza y saber estar dignos de mención.

Desde entonces nos reuníamos todos los años. Mi amiga Bea y yo íbamos a su casa, la que fue con anterioridad nuestro lugar de trabajo, a ver los desfiles de las fiestas del pueblo el día de la fiesta mayor. Lo primero que yo hacía cuando llegaba al pueblo era llamar a la puerta de su casa, ella siempre me abría con su característica alegría y me decía riendo: -¡Ya estás aquí chula!-. Solíamos pasar a visitar a mis hermanas y luego nos íbamos a casa de D^a Marta para disfrutar del desfile desde el balcón del primer piso.

Así estuvimos durante muchos años y cuando D^a Marta cumplió los noventa años, su salud ya no era muy fuerte y sus hijos quisieron celebrar su cumpleaños dándole una fiesta sorpresa a la que asistimos los antiguos trabajadores de la fábrica. Ella no podía abrir más los ojos al vernos a todos allí juntos, fue un momento precioso, su rostro resplandecía de alegría y felicidad que nos transmitió a todos y pasamos un día estupendo con sus hijos, nietos y demás familia.

Un año después de este encuentro enfermó D^a Marta y falleció a principios del verano.

La verdad es que fue muy triste, pasamos todos los momentos del entierro y demás acompañando a sus hijos. Cuando pasó todo, ya en verano los hijos nos invitaron a pasar un día con ellos a la playa, tal y como habíamos hecho tantas veces. Fue un día triste y precioso a la vez, ellos nos regalaron una foto de los papás ya fallecidos para que tuviéramos un recuerdo de ellos, fue un detalle cariñoso. Ese día el marido de

Bea hizo una paella buenísima y pasamos un día estupendo, entre recuerdos tristes y bonitos.

Bea y su marido se iban de viaje unos días después a un país extranjero y estuvo contando con mucha ilusión las bonitas vacaciones que le esperaban. A la semana siguiente hubo en el pueblo un funeral para D^a Marta, a la que acudimos las dos y aprovechamos para despedirnos antes de que ella partiera a su viaje. Nos abrazamos por lo menos cinco veces entre risas e ilusiones.

Pasaron unos primeros días maravillosos visitando lugares históricos hasta que un día, en una excursión a unas catacumbas, bajando por unas antiguas escaleras cayó rodando por ellas. En un principio el percance no pareció grave ya que no había perdido en ningún momento la consciencia, pero al parecer tuvo una conmoción cerebral que la hizo entrar en coma poco después en el hospital, y al cabo de unos días murió.

Ya podéis imaginar el impacto de la noticia para sus hijas y el horror que pasó el marido y la tristeza que dejó entre todos nosotros; yo no la olvidaré nunca.

Su carácter era firme y alegre, aceptaba la vida siempre viendo la parte positiva y solía hacer suyos los dichos populares como: «No mires nunca a un tío chulo y creído, mira a las personas por su bondad» o «era un hombre tan pobre que solo tenía dinero», los cuales guardaba escrupulosamente en pequeños trozos de papel, para rescatarlos cuando la ocasión lo requiriera. Se hizo mayor antes de tiempo y tuvo muchas res-

ponsabilidades de joven pero con su alegría y su firmeza de carácter superaba los problemas que la vida nos trae a todos.

En aquellos tiempos yo era más débil de carácter y ella siempre me decía:

–¡Mira la parte buena de las cosas, no mires atrás, así se puede ser feliz, mira a tus hijos, son el fruto de tu vida y disfruta de ellos!

Los días más felices de mi juventud los pasé con ella, siempre buscaba la parte buena de las cosas, cuando a alguna de nosotras le hacían una mala pasada le decía: «Da gracias a Dios por haber aprendido algo nuevo y mira al cielo, no mires a las personas, que todos hacemos algo mal alguna vez. Perdona.»

Qué vacío tan grande me acompaña desde su muerte. No me atrevo a llamar a su puerta cuando voy al pueblo, aunque la llevo siempre en mi corazón a ella y a su familia, el no verla o no reír con sus bromas me entristece, la echo mucho de menos. Le doy gracias por tener su ejemplo y entender por ella que las buenas amigas son muy importantes en esta vida, pero que lo sean de verdad, sin tener envidias ni sentirse superior, no pedir nada a cambio y perdonar los errores de los demás.

Como conclusión, diría que lo mejor es tener alegría para vivir, y además pienso que con alegría si es compartida se vive mejor.

Contando esta historia, aunque triste pero real, me ha servido para recordar a mi amiga.



Pequeño homenaje a la feminidad de un parto en consciencia

Noemi Poblador Bermejo

I

No sé si lo que siento, teniendo a este, mi bebé, hoy en mis brazos, sería diferente si su nacimiento me hubiera pasado más inadvertido.

El momento en que Gael decide venir es la noche del primer día de luna creciente del mes. Todos estábamos alerta, y, efectivamente, él creyó que esa madrugada era el momento de emprender el camino.

Hace ya casi dos días que esta criatura preciosa está con nosotros. Llevamos ese tiempo metidos en la cama. Solo estando, comunicándonos, alimentándonos a través de la piel, el tacto y el olor. Viéndole junto a mí, como centro de esa quietud que se aparece como si el tiempo hubiera dejado de existir, como si su llegada hubiera puesto un freno de luz en nuestra vida, la quietud que se observa en la cima de una montaña, o en el horizonte del mar minutos antes del amanecer... una quietud de paz, de calma. Como una señal que te dice «ya está, todo

va bien... todo está...» «¿Qué quieres más?, ¿qué hay más que esperar?»... pues, en realidad, estrictamente nada más parece necesitarse al ver a este bebé agarrado al pecho, chupando la nueva vida que acaba de encontrar y con la energía de absorberla, de igual modo que mis sentimientos parecen fundirse, como puro amor que son, para ser en esa corriente igualmente absorbidos por él.

Sí, creo que esta quietud es, en definitiva, simple y grandiosamente a la vez, la antesala de la inminente llegada de un poderoso amor.

II

ESE viernes de luna terminábamos de cenar agradablemente. No comí todo lo que hubiera querido, preferí quedarme medio llena, pues sentía que esa noche podría ser la noche de su llegada..., razón también por la cuál, minutos antes de la cena, había salido a comprar a última hora, como por una llamada divina, unos pocos artículos que nos faltaban (pañales, hierbas, aceite de almendra dulce...). Era tarde y el día había sido completito, pero me sentía llena de energía; en mí, rara las noches, pues es más bien matinal (dinamizadora), pero que me mantenía en un estado de alerta y vigilia inusuales al decaimiento del día.

III

LLEGA en la madrugada. Es una señal, clara, fuerte en determinación. Señal indicadora, además de contractora. Una señal directa de las entrañas. No puede decirse que sin avisar, pues si se escucha, sí que había avisado. Y ya está. Sabía que el viaje empezaba. Era emocionante. Como estar montada en un cochecito de la montaña rusa, aún parado, todos los viajeros listos, y suena la sirena que indica el comienzo del movimiento... esa es la sensación.

Yo no estaba «contraída», sí preparada. Algo así como lo que puede sentir un torero o una novia antes de presentarse allí donde la cita les espera, durante el delicado ritual que ofrecen esos parsimoniosos y cuidados preámbulos.

IV

Has vivido una noche? Cómo de diferente es cuando el sueño no la ocupa... Una vida paralela. Un cielo de mil negros, grises y azules. Un cuerpo caliente, rojo, sangre, frío. Un dulce y espinoso vals de media noche que dura hasta el amanecer, donde las doce campanadas del fin de Cenicienta son todavía el comienzo de una Alicia en el País de las Maravillas, donde se pierde la referencia entre lo que es grande

o pequeño, afable o peligroso, donde se pierde lo que quiera que sea nuestro concepto de realidad.

V

Y pasó el amanecer. Y llegó el sol. Aunque solo un tímido sol, como lo son en enero.

El trabajo de apertura seguía, más larga que la de las óperas. Esta ópera resultó ser casi todo apertura, pero de fugaz conclusión.

Hubo un momento en el que me encontré algo perdida. No sabía si realmente «me estaba abriendo» o no. Las horas de la noche sumadas a las primeras del día me fueron desgastando, pasando de ser la mujer satisfechamente preparada a una sirena a la deriva en un temido y ambiguo mar donde la duda desplaza a la convicción, y de ella, algunas lágrimas prematuras parecen querer ya echarse también a las olas para unirse en su baile de vaivén, de definido rumbo, que, sin embargo, no refleja llegar a ningún sitio.

VI

Mi compañero estaba allí y me ayudó. En realidad, me sentía como un perrito abandonado que necesita el cariño para darle ánimo a seguir adelante. Es curioso cómo una fatiga física puede hacer tambalearse una voluntad y deseo en un principio tan sólidos como la roca. Yo no era roca ya, era más agua. Pero, finalmente, el fluir continuo fue igualmente poderoso.

Sí, él me ayudo estando, durmiendo conmigo en los lapsos entre contracción y contracción, abrazándome, cogiéndome de la mano, diciéndome palabras bonitas cuyo sentido era ínfimo comparado con el de su presencia y absoluta disponibilidad para mí y nuestro hijo.

Quería y no quería estar sola. Necesitaba ese apoyo pero sabía que el dolor era solo mío. La solidaridad en sentimientos de él fue como si la carga fuera más ligera. Hubo momentos en los que realmente no veía el fin. Esos momentos en los que respirar se hace muy difícil, casi imposible, donde la evocación a las emociones que en un momento te motivaron con gran imperio se vuelven solo un humo o neblina que todo emborrona... ¿o lo que emborrona es que tu vida esta entrando en un trance para dar lugar a otra y las energías están tan difusas y entremezcladas que ya hasta la definición de uno mismo es igualmente confusa?

VII

MIRO o, simplemente, pienso en este nuevo ser, y creo que las ganas de llorar, o una emoción poderosa que me invade tan fuertemente en algunos instantes, es felicidad. ¿Es felicidad?, ¿es amor?, ¿qué es lo que te hace sentir tan increíblemente bien, satisfecha, rebotante de generosidad y devoción hacia esta personita recién llegada?... ¿Qué es en realidad?

Cierta esta sensación tan placentera y de gozo cuyo origen se asigna, al menos en los primeros días tras el parto, a las famosas endorfinas (similares a los opiáceos en su composición). Tan cierta como que mirando su carita y sus ojos todo lo demás pasa a un segundo plano, muy por debajo de por donde andan estos días nuestros corazones.

VIII

LAS contracciones más duras que provocan el expulsivo llegaron, al fin. En ese momento ya ningún apoyo externo valía de mucho.

Es ahí, en esos momentos, donde ya absoluta y solamente eres tú y tu conciencia; solo tú y tus entrañas, tú y tu vientre, tú y tus huesos que se abren, tú y tu matriz estremeciéndose, tú y tus miedos, tú y tu dolor deseado, tú y el choque entre

ese deseo y tu destrucción, tú y algo vivo dentro de tu propia vida, con tanta vida que remueve la tuya para ir hacia fuera, sintiéndolo tan fuerte desde que se le ha invitado a venir con un primer pujo en esta fase; entonces sientes esa bolita que se abre paso, poco a poco pero con la fuerza que te hace emitir gemidos que vienen de tan lejos como tu propio origen, que es la única capaz de hacer abrir lo que se cerró hace muchos años, en otro vientre.

Pero sentirlo te invita a seguir invitando..., sentir la cabecita bajando te hace recordar el deseo y motivación antes alejadas por el dolor, sentirlo te hace quererlo ya contigo, y pasar por este estremecimiento final que solo es capaz de ser franqueado si justamente la presencia presente y consciente de este bebé te hace ignorar el resto... por primera vez y para continuar siendo así.

IX

Es curioso cómo mi comadrona describía que la mujer, estando agotada, ya al final del trabajo, cuando llega este momento final, una fuerza profunda interna te hace «levantarte y lanzarte a por el bebé» con toda una poderosa energía. Cierto, así fue. Curioso porque fue exactamente lo que sentí. Del agotamiento a la fuerza; pero una fuerza que viene de tan dentro... como de ¿un deseo o deber? de dar vida.

Notaba que venía *ya*. La primera señal de las contracciones me sacaba repentina y rápidamente de un letargo dulce y con suspense para pasar a enderezarme como llamada por el eje de la gravedad y alinearme con él, como si fuera un imán, como para conectar con la energía de la tierra, de su centro, para ayudarme a dar esta luz.

Estaba en la cama, de rodillas, me apoyaba en la pared sobre las manos y la frente, la pared estaba fría, esto me procuraba un agradable y sutil alivio. Notaba cómo bajaba, y cómo él empujaba también!... esto me dejaba alucinada. Pasó. Pasaron un par de ellas así. Pedí a mi compañero que llamara a la comadrona para decirle que esto iba rápido y que no iba a tardar. Mientras telefoneaba vino la siguiente; necesitaba cambiar de postura; bajé al suelo y de rodillas de nuevo apoyaba antebrazos en la cama (nueva postura descubierta y muy buena, para mí). Sentí una fuerte oleada que llegaba. Empujé. Empujé sin pensar en mí. Empujé para sacarlo. El aire casi me faltaba. Como si toda mi energía se viera concentrada para ser consumida en un solo punto, por donde pasaba el bebé, y el resto de mi cuerpo se veía desprovista de ella. Necesité gritar el desgarró que mi cuerpo sufría. Y algo, curioso también el no saber en absoluto por qué, me indujo a levantarme y ponerme de pie, la columna ligeramente e inclinada hacia delante, manos apoyadas en los muslos. Sabía que en ésta llegaba. ¡Y llegó! Yo noté, mi compañero vio, cómo su cabecita ya salió de repente y sin aparente dificultad... fue tan increíble... ¡ahí estaba ya!... el crío se había lanzado bien decidido. Ahora, la oleada era de felicidad de verlo allí, ya.

Lo cierto es que en este parto fui más consciente que en el primero, donde el miedo al dolor era más protagonista que la sensibilidad corporal y emocional del mi, nuestro, momento. El bebé había estado empujando conmigo durante todo el proceso, y con absoluta consciencia notaba este fenomenal hecho en los últimos momentos.

Tras la cabecita había de venir lo demás; me sentía algo perdida en realidad, y mi compañero me sugirió diestramente que me sentara en el borde de la cama para terminar... Y la siguiente contracción llegó casi inmediata y el resto del cuerpecito salió sin dificultad. Él lo recogió y yo lo tomé a su vez para ponerlo en mi regazo. Estaba aún con la bolsa sin romper e intuitivamente la retiramos con suavidad para facilitar el comienzo de su respiración. Fue mágico. Nos miramos mi compañero y yo sonriendo, y ambos pasmados por lo que acababa de acontecer. ¡Lo habíamos hecho los tres solos!

X

GAEL duerme a mi lado, en la cama.

Termino este relato justo dos semanas tras su nacimiento. El efecto de las endorfinas ya seguro está más que atenuado, pero, sin embargo, la preciosidad y la magia de este bebé, de su piel de seda con olor a algodón mojado de lluvia, y de sus movimientos acuáticos, sigue haciéndome sentir tan

feliz y llena de amor para ofrecerle como el que sentí hace
catorce días... y catorce noches.

Hoy la luna ya está llena.

Las necesidades de las mujeres

Amparo Romero Ranz

Sigo viendo manifestaciones de las mujeres en las calles. Ellas saben lo que quieren, es decir, no ser humilladas, cosificadas, despreciadas, asesinadas. Quieren ser medidas por su trabajo y no por lo accidental de cada día.

José Saramago

COMO todos los días que había colegio, a María le habían dejado su nieta, aún medio dormida, para llevarla más tarde a la guardería. Acostumbrada como estaba a organizar y ser previsor, después de acomodar a Elena en el sofá, revisó la ropa que tenía que ponerle y tras comprobar que no faltaba nada en su bolsa, fue al aseo.

Una ducha rápida, un chándal, un pequeño repaso en el espejo y en un instante estuvo lista. Mientras oía las noticias en la radio preparó el desayuno para las dos.

Miró el reloj de la salita, tenía tiempo de sobra antes de salir, así que, como otros días, se volvió a recriminar por «esas prisas que ahora no tienen razón de ser» y se dispuso a tomar su primer café frente a la ventana.

Ensimismada, removía la cuchara en la taza, pensando para sus adentros «¡es estupendo no tener que madrugar!»,

mientras observaba a sus vecinos corriendo camino del trabajo.

Después, se sentó junto a Elena y como todos los días entre besos y caricias la fue despertando, ella le regaló su primera sonrisa, al tiempo que sus manitas regordetas buscaban su pelo y un dulce «Yaya» salía de su boca.

¡Cuánto disfrutaba con esto!

María, que ahora tenía 62 años, toda su vida trabajó dentro y fuera de casa, no tuvo otra opción, con la muerte prematura de su marido y la imperiosa necesidad de sacar a sus hijos adelante; por eso, cuando su empresa presentó el expediente de crisis, estuvo dos meses muy ocupada y no se sintió extraña, pero, más tarde, una vez quedaron claros los términos de su jubilación anticipada, el dinero que le correspondía como indemnización y se deshizo definitivamente la empresa, las tardes se hacían interminables, hacía mil cosas, unas por obligación y otras por devoción pero no estaba satisfecha, algo le faltaba y no sabía qué...

Dormía mal, comía más de la cuenta, volvía a tener deseos de fumar y, lo más preocupante, a medida que el día avanzaba, un extraño sentimiento de vacío y desencanto la embargaba.

Tenía horror de dejarse llevar y sin embargo... lo hacía.

Ingenua y confiada comentó entre sus hijos y amigos lo que ellos llamaban «una preocupación sin importancia». Indefectiblemente todos le daban consejos y le decían lo que te-

nía que hacer, cuando no, directamente le sugerían cuidar de sus nietas.

Una de sus amigas le aconsejaba ir con ella a inglés y a pilates, otras la invitaban a participar en la asociación de vecinos.

¡Consejos desde luego no le faltaban!, ella no se decidía por nada en particular, sin embargo, terminó por hacer un poco de todo, con tal de sentirse útil y ocupada.

Puede –se decía resignada– que esto sea general entre los jubilados y que ellos, como yo, tengan la misma sensación de estar perdidos..., tal vez precise una mutación.

No podía evitar una visión esperpéntica de vejez anticipada.

Se acordó entonces de la psicóloga que conoció en un viaje de la asociación de viudas y como aún conservaba su teléfono, se dispuso a llamarla y quedar con ella.

La entrevista fue cordial, sin formalismos, como una amiga que trata de aclararse con otra en una conversación, solo al final Gloria actuó como una profesional y le dijo:

–... anota, tienes que hacer este ejercicio, y dentro de una semana hablamos.

Cuando llegó a casa se sentó frente al folio.

El trabajo era sencillo, consistía en contestar a una sola pregunta:

—«¿Qué quieres hacer con tu vida?»

—«Después, elaborar una lista de opciones posibles, no excluyente, por orden de preferencia.»

Por supuesto que lo que precisaba era una reflexión personal sobre el asunto, sin dejarse influenciar por nadie, así fue como, después de meditar un buen rato, bolígrafo en mano, sobre la hoja en blanco, terminó colgando el dichoso folio en la nevera y salió a dar un paseo. Llegó de nuevo a casa sin respuesta.

Mientras hacía la comida, en el metro, andando, le asaltaba la dichosa pregunta.

Su pequeña nieta Marta, que a menudo revolvía en sus papeles y asuntos planteándole preguntas incómodas, descubrió su folio y un buen día la encontró garabateando en él.

Le faltaban dos días para la próxima cita y aún no tenía nada anotado, excepto el dibujo de Marta.

El día señalado, en la cafetería, frente a la psicóloga, solo pudo decir:

—Lo siento, estoy avergonzada, no sé lo que realmente quiero, no sé qué quiero hacer con mi vida.

—Se me ocurren pasatiempos, actividades más o menos lúdicas, pero nada en especial que dé sentido a mi vida.

—Por el momento, solo cuidar de mis nietas, y esto me horroriza, recuerdo a mi suegra que vivió la primera parte de su vida

cuidando de sus hijos y lo que le quedaba cuidando de los míos, sinceramente, yo espero algo más. ¡Tantos años esperando este momento y ahora estoy perdida!, yo misma no me lo creo.

Entonces, la buena de la psicóloga, cargadita de paciencia, repitió, una vez más, el discurso que tenía tan aprendido y que tantas veces había repetido a otras viudas perdidas en la ignorancia de sus propias vidas. Le habló de los roles que las mujeres asumen, desde su más tierna infancia por educación y por imperativos del patriarcado. Le dijo también que ya era hora de cuestionar los deseos y necesidades de sus seres queridos y centrarse más en los suyos, en definitiva, le dijo:

—Tú eres la primera, tú eres en centro..., ¡salvo excepciones, claro!

Las palabras fueron calando en María. Oyendo a Gloria, parecía que aún podía tener remedio.

En su libreta fue anotando frases sueltas que le parecieron de interés.

—Conectar con el propio deseo, con el propio placer...

—... Recordar aquellas cosas que quise hacer en otros momentos y que no pude por falta de tiempo...

—... Cultivar aficiones...

—... Cuidarme.

Para terminar, Gloria la invitó a participar en el taller para viudas que el siguiente mes daría comienzo en la asociación, donde previsiblemente asistirían otras viudas sin rumbo.

Se guardó, muy mucho, de contarlo en su entorno. Se resistía a oír una vez más los «deberías».

Entre tanto, el folio colgado en la puerta de su nevera le hacía una y otra vez la pregunta. Otra pequeña nota azul, pegada encima, le recordaba «conectar con el placer, cuidarme, aficiones...».

Así fue como un buen día, antes de que empezara el curso, María se encontró con que había tenido un precioso sueño erótico, ella, que había prescindido del sexo desde que se quedó viuda, ahora le daba por arreglarse, ponerse más cremas hidratantes y hasta empezar una botella de vino cuando le apetecía.

—¿Sería que estaba empezando a conectar con el placer?

Esto le gustaba, sin embargo, algo en su interior no le permitía disfrutar plenamente de todos estos pequeños permisos que se daba últimamente, los encontraba poco adecuados y sobre todo... inconfesables.

Su cerebro acumuló preguntas que nunca antes se había formulado y cuestiones que nada tenían que ver con su vida anterior, su educación y su entorno.

El día que, por fin, dio comienzo el curso para «viudas desorientadas», así lo llamaba ella, un arsenal de interrogantes y dudas la acompañaban.

La tarde del viernes señalado, María se encontró con un grupo de mujeres desconocidas y de apariencias completamente dispares, dispuestas en círculo.

La psicóloga, junto a ellas, las invitó a presentarse y a contar los motivos que las habían llevado allí.

Previamente, les habló de la importancia de respetar unas normas para la buena marcha del grupo y para que todas pudieran aprovechar bien el taller.

Mencionó el respeto, la confidencialidad y la sinceridad como cuestiones claves para crear un clima de confianza en el grupo.

María estaba emocionada y de inmediato pensó: «Menos mal que por turno, me corresponde hablar la última.»

Prestó mucho interés a las intervenciones de las otras mujeres, también a su aspecto..., ni su apariencia ni sus testimonios tenían nada que ver con ella, en general, eran más mayores.

Falta de recursos económicos, soledad, abandono de sus hijos, dolores, muchos dolores en el cuerpo y en el alma. ¿Cómo iban a conectar con el placer en aquel mar de problemas?

En su opinión, aquellas mujeres necesitaban, ante todo, mejorar sus vidas, lo de menos era saber qué querían hacer con ellas. No hacía falta ser psicóloga para darse cuenta.

Por un momento, pensó que ante aquel abanico de desgracias no podía hablar de «lo suyo»; hubiera sido un insulto, pero se armó de valor, al fin y al cabo, ella había ido a eso. Hizo una respiración profunda y dijo:

—Yo tengo superado mi estado de viudedad, me casé muy joven, mi marido murió hace 25 años y en todo este tiempo,

sobrevivir y sacar adelante a mi familia ha sido mi única prioridad. Afortunadamente, no me falta ni dinero ni salud y mi relación con mis hijos y nueras es estupenda, pero estoy aquí porque desde mi jubilación tengo la sensación de haber llegado a la meta y no tener el premio que esperaba encontrar.

Ando «de la Ceca a la Meca», como un zascandil, ocupando mi tiempo en cosas que no tienen interés personal para mí, excepto estar con mis nietas, estar con ellas ¡me encanta!, siempre que no sea por obligación.

Envidio a esas personas que tienen proyectos, aficiones interesantes, actividades que les importan y por las que son respetadas socialmente.

¡Y no digamos cuando es una mujer...!, cuando es una mujer me pongo morada de envidia, y pienso, ¿y por qué yo no?

Creo que, irremediablemente, he perdido un tren que nunca más pasará por mi vida.

Entonces, Gloria, que nos había dado la palabra a todas, nos dio las gracias por «nuestra aportación».

Inmediatamente, se posicionó delante del proyector de diapositivas y puso un dibujo, donde a modo de escalera se representaban las necesidades humanas según Maslow. Este psicólogo venía a decir que las personas que tienen cubierto lo más básico, comida, una casa donde vivir..., aspiran a cosas más espirituales, como el amor, el reconocimiento de los otros, la auto-realización...

María nunca había oído hablar de esas cosas, tampoco a otras mujeres contar sus vidas, en apariencia, tan poco importantes y, sin embargo, ¡cuánto significado tenían para ellas!

Sus testimonios la conmovieron por su autenticidad. El tiempo se le pasó volando.

Aún estaba rumiando todos estos acontecimientos, cuando Gloria se le acercó para citarla, el lunes siguiente, a las 12, en la asociación.

Aquel fin de semana eludió todos los compromisos posibles y se quedó sola. Anduvo por la orilla de la playa y fue digiriendo cosas...

El lunes siguiente, cuando llegó a la consulta, otra de las componentes del taller estaba esperando. No recordaba su nombre, pero sí su testimonio, se sentía rechazada por sus nueras y profundamente sola.

Este no era su caso; sin embargo, ambas tenían algo en común, ninguna de las dos había tenido una vida propia.

María llegaba a esta conclusión sintiéndose solidaria con la compañera, pero, al mismo tiempo, deseando conectar con ese placer que le habían prometido y por el que quería luchar.

En estos pensamientos estaba cuando Gloria abrió la puerta, despidiendo a Azucena, otra componente del grupo. La invitó a entrar.

—No sé..., pensaba que era la única que venía hoy —le comentó.

—Te llamé aparte por no tener tu teléfono en la ficha, como ves, no eres la única que viene. ¿Tienes algún inconveniente?

—No, en absoluto, solo era un comentario.

María tomó asiento.

—¿Qué tal?, ¿te ha gustado la primera sesión?, ¿estás contenta? Tengo mis dudas, no sé si encajas en este grupo...

—Sí, ¡claro que estoy contenta!, he aprendido mucho, aun así, según lo que nos dijiste de la pirámide de ese señor..., no recuerdo...

—Maslow.

—Eso, el psicólogo, yo estoy bastante más arriba que ellas, al menos, eso creo. Lo básico lo tengo resuelto, también me siento querida y segura..., a pesar de todo, estos días me ha dado por pensar que nos parecemos.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que todas hemos vivido, ejerciendo de esposas, madres, hijas, ¡en fin! Ocupándonos de cuidar, de existir para los otros, de servirlos..., según tu dijiste, creo recordar, en esos estereotipos..., y que, llegadas a este punto, es decir, la liberación del trabajo obligado, este es mi caso, o lo que llamaste «el nido vacío», una inmensa mayoría de nosotras no sabemos qué hacer con nuestras vidas cansadas como estamos, de regalarla a los otros.

— ¡Es más, si nos descuidamos, nos vuelven a llenar de obligaciones!

— A pesar de todo, a diferencia de ellas, parece que yo haya tenido más suerte y se me ha recompensado por mi entrega. El caso es que no sé si encajo en el grupo y si con ellas puedo encontrar «mi solución». Parece que ahora que estoy más en contacto con mis deseos, más atenta a lo que me dictan mis entrañas, mi cuerpo me pide otras cosas.

Estoy dejándome llevar por mi parte más intuitiva y no me pide comprometerme con mujeres que sufren, por más que las respete y me solidarice con ellas, y sin embargo, parece que precise hacer un acto heroico cada vez que elijo hacer lo que realmente me gusta. He descubierto que realmente sé lo que quiero y quiero ser feliz, sin por eso pensar que estoy faltando a alguien, y participar en la vida, aun cuando no parezca socialmente correcto. En resumen, que aún puedo tener proyectos propios y auténticamente míos.

Por todo lo que te cuento, he decidido «ponerme el mundo por montera», hacer oídos sordos a las críticas y dejar por el momento la rutina de ser madre, abuela, amiga complaciente. Me voy por una temporada a Madrid, la ciudad donde crecí y viví hasta que me casé. Voy a casa de mi hermana mayor, es la antítesis de lo que yo he sido, allí espero poder conectar con esa parte que tengo olvidada de mujer, como si le diera la vuelta a la moneda, sin esos roles de los que me hablabas el otro día. Puede que me haga bien. No sé si allí llegaré a

desentrañar este misterio de insatisfacción, pero seguro que aprendo algo nuevo de mí, alejada de este ambiente que me sigue viendo con una mirada cuadriculada.

Te estoy agradecida, he encontrado una respuesta gracias a ti y a las cosas que has ido cuestionándome, quizás en otro momento te pida consejo.

Gloria había permanecido callada, era una buena profesional, solo la felicitó por su decisión, que calificó de valiente y auténtica, al tiempo que le deseaba suerte con un fuerte abrazo.

Dos meses más tarde Gloria tuvo noticias de María, había vuelto de Madrid y fue a verla, estaba radiante y rejuvenecida.

Gloria pensó que aquella mujer estaba empoderándose de su vida y admiró su coraje y determinación. La invitó a la fiestecita que haría el grupo para despedirse, su grupo de «viudas desorientadas».

Por supuesto que aceptó. A la hora señalada, se presentó en la asociación con uno de sus mejores platos para la fiesta y una botella de vino.

Todo fueron abrazos, besos y exclamaciones de júbilo, como corresponde a un grupo de mujeres bien avenidas.

María se quedó pasmada, encontró cambiadas a las mujeres de su grupo y no solo por fuera, tenían más aplomo, más seguridad, estaban más alegres y lo que más le gustó era ver que eran cómplices y amigas.

Sintió haber perdido la oportunidad de observar aquella transformación en vivo y en directo, pero todo no podía ser, ella también tenía pendiente la suya y decidió hacerla fuera del grupo.

Aun así se sentía una más con ellas y con Gloria, que desde una esquina le hacía un guiño al tiempo que alzaba su copa.

En la pizarra de la sala María leyó una frase en letras grandes, EMPODERAMIENTO, se preguntó qué significaría.

De todos modos, se dijo, pronto aprenderé el significado de esta palabra y muchas cosas más en la universidad.



La llave

M.^a Ángeles Salas Moneo

Y Marte, dios de la guerra, engendró en Rea Silvia a los mellizos Rómulo y Remo. Por este motivo, cuando nacieron las criaturas, fueron arrojadas al Tíber dentro de una canasta que encalló en la zona de las siete colinas situadas cerca de la desembocadura del río. Allí fueron recogidos por una loba llamada Luperca que se acercó a beber y que los amamantó en su guarida del Monte Palatino, hasta que fueron hallados y rescatados por un pastor cuya mujer los crió...

EL resto de la página del libro de leyendas que tanto le gustaba a su madre no podía leerse, porque aparecía manchado por una tintura amarillenta. Aniene dejó caer su cuerpo en el sofá como quien arroja un fardo al agua, y recordó el bello epitafio en la tumba de su progenitora: «Caminaba descalza por la tierra de la vida tejiendo encajes de esperanza.»

Tan solo habían transcurrido un par de semanas desde que enterraron a Marina, y, con esta, era la tercera vez que Aniene subía a la casa familiar, donde todo le recordaba a ella. Su olor aún permanecía entre aquellas paredes y trepaba por su triste corazón como la madreselva. Sabía que su existencia no había sido nada fácil; por eso, cuando dio a luz a sus hijas gemelas,

Aniene y Nera, nombres de dos afluentes del río Tíber, luchó para que no sufrieran como ella.

Cuando la pequeña Nera murió apenas tenía seis años de edad. El suceso conmocionó a familiares y amigos, y cuando el féretro de color blanco entró en el cementerio con sus restos, Marina se despidió del mundo para siempre. Su alma, esa parte espiritual capaz de querer y sentir, acompañó a la niña en el viaje al más allá sin recordar que su otra hija la necesitaba.

Aniene, acurrucada entre las faldas negras de su abuela Elvira, se sentía protegida y observaba con temor a su madre cuando salía de la habitación y vagaba de un lado a otro sin prestarle la menor atención. Muchas veces intentó acercarse a ella, pero Marina siempre la rechazaba. Sin entender ese extraño proceder, la pequeña sufría en silencio. Su abuela, que ya le había dicho una y otra vez que Nera estaba en el cielo por tener la sangre envenenada, la consolaba disculpando la actitud de Marina. Pero Aniene, en sus sueños infantiles, y pensando que a ella le pasaría lo mismo, recordaba sus palabras: «Tu hermana murió por tener la sangre envenenada.»

El sonido del timbre la despertó de sus recuerdos. Se levantó con desgana del sofá y se acercó al telefonillo que sonaba desde la cocina. Había quedado con el empleado de una agencia inmobiliaria porque pensaba vender la casa que en los últimos años solo habitó su madre, un ático desde el que se contemplaba el parque del Retiro. Le daba pena desprenderse de la

vivienda, pero sabía que si volvía a vivir entre esas paredes los fantasmas de una vida pasada terminarían apresándola.

Se peinó el cabello delante del espejo del recibidor y abrió la puerta. Le enseñó al comercial todas las habitaciones de la casa y salieron a la terraza para ver las preciosas vistas. Después de cambiar impresiones el joven se despidió asegurándole que no tardaría en vender la casa. Nerviosa al pensar que quizá no estaba haciendo lo correcto, tragó saliva y esperó al ascensor en el descansillo. Ya en la calle, y sin poder remediarlo, alzó la vista más allá de las recortadas copas de los árboles y buscó instintivamente la mano de su madre diciéndole adiós tras los cristales.

A la mañana siguiente volvió a subir al ático. Levantó las persianas, descorrió las cortinas y puso en funcionamiento la cadena musical que años atrás le había regalado por Navidad. Escogió el disco de la banda sonora de la película *Casablanca*, una de las favoritas de su madre, y dando pequeños sorbos de café se dirigió con tristeza y respeto hasta el dormitorio de la difunta.

Al abrir el armario, un agradable olor salió de su interior. Aniene descolgó la ropa de las perchas y con mimo las colocó encima de la cama. Olían a ella, a las esencias aromáticas que tanto le gustaban, y una vez más lloró con desconsuelo abrazada a ellas.

Con la muerte de su madre se había quedado sola y desamparada. Tenía pocos amigos, y en el pueblo donde había

nacido tampoco había echado raíces, ya que al poco tiempo del fallecimiento de su hermana Nera abandonaron esa tierra para instalarse en Cataluña. No transcurrió mucho tiempo hasta el siguiente traslado, esta vez hasta la costa gallega. Aniene no entendía la causa por la que siempre terminaban cambiando de residencia, y cuando lo preguntaba, harta de cambiar de colegio y de amigos, su madre le contestaba que era por la débil salud de la abuela Elvira.

Pero cuando al cabo de un tiempo el viejo y cansado corazón de la anciana dejó de latir, su madre le volvió a anunciar que irían a vivir a otra ciudad. Sentía tanta pena por su pérdida que acató la orden sin rechistar, pese a que los motivos, esta vez, ya no podían ser los mismos.

Fijaron su residencia en Madrid, justo en el ático que ahora pensaba vender. Aún recordaba ese día: su madre y ella fundidas en un largo, esperado y entrañable abrazo. Aniene nunca más volvió a preguntar el porqué de tantos traslados. Además, de todas las casas donde habían vivido, esta era la que más le gustaba. Si su padre hubiese podido verla, seguramente habría pensado lo mismo que ella. La figura de su progenitor, un hombre al que todo el mundo quería y que murió al caer al vacío cuando realizaba labores de mantenimiento en un edificio, estaba mucho más presente en su recuerdo que de costumbre. El destino, esa fuerza desconocida que según muchos actúa de forma inevitable sobre las personas y las cosas, había dejado viuda a una mujer joven y a dos niñas pequeñas.

ANIENE vagó con la mirada por el techo de la habitación. Tal vez deseaba admirar por última vez las hermosas figuras en la falsa escayola. De repente notó algo extraño sobre su superficie. Miró desde un ángulo, luego cambió de posición, y fue entonces cuando observó una especie de trampilla disfrazada con masa de yeso blanco. Apartó la ropa de su madre y se levantó de la cama sin dejar de mirar hacia arriba.

Acto seguido se dirigió a la terraza porque sabía que había un armario donde se guardaban las herramientas y la escalera. Se subió a ella y pudo comprobar cómo el agujero era estrecho y pequeño. Estiró los brazos todo lo que pudo y buscó con ansia algo palpable. No tuvo problemas en identificar una pequeña caja de madera. Cogió el asa de cuerda trenzada y tiró con fuerza. La arqueta era más pesada de lo que ella creía, así que bajó con cuidado los peldaños. Estaba nerviosa y el corazón le latía muy deprisa. La llevó al salón, y después de depositarla encima de un paño bordado que cubría parte de la mesa intentó abrirla con un cuchillo. Forcejeó con aquella cerradura durante un rato, y cuando comprobó que era inútil, volvió al dormitorio de Marina dispuesta a buscar la llave.

Revolvió cajas, maletas, estuches, el joyero y hasta una coqueta bombonera de color salmón, pero todo fue en vano. Sin embargo, cuando iba a darse por vencida, algo llamó poderosamente su atención. Era la reproducción de un bronce etrusco del siglo VI a.C., de Luperca, la loba capitolina que siempre había estado sobre la cómoda amamantando a los gemelos Rómulo y Remo. Se acercó a ella, la tomó con cariño entre sus

manos y, al acariciarla, notó que en su base, pegada con cinta adhesiva, había una llave. No le cabía la menor duda de que era la que estaba buscando.

Dentro de la caja aparecían varios cientos de euros sujetos con una goma elástica, una carpeta llena de cartas y documentos, un estuche con forma de corazón que contenía una medalla y unos pendientes de la pequeña Nera y varias hojas de periódico amarillentas por el paso del tiempo. Tomó una de ellas entre sus manos y comenzó a leer. De pronto, una fuerza interior la sacudió sin piedad. Asustada, aún tuvo el valor de coger otra, y luego una tercera.

Helada, temblorosa y aterrada volvió a leer las palabras impresas: «John Ridgway, enviado a la cárcel por orden del juez cautelar Lucio Jiménez...» En ese momento empezó a sentir náuseas y vomitó. Salió a la terraza, se apoyó en la barandilla y ni siquiera la lluvia que caía en abundancia y mojaba su cuerpo pudo evitarle una fuerte conmoción.

Como si las escenas que recordaba hubieran sucedido el día anterior, Aniène consiguió llevar a su memoria la imagen de su madre cuando ésta les comunicó la decisión de ir a vivir con John, un estadounidense afincado en España. Sería un padre magnífico para ellas, y en cuanto obtuviese la nulidad de su primer matrimonio, le había prometido que se casarían. La abuela Elvira hubiera preferido que Marina esperase un tiempo para convivir con aquel hombre, ya que las niñas aún eran muy pequeñas, pero era tanta la felicidad en el rostro de su hija que se resignó ante la decisión tomada.

Cuando la pareja regresó de un viaje, preludio de su luna de miel, Elvira prefirió vivir en su casa del pueblo y dejar que la nueva familia fuera adaptándose poco a poco. Las gemelas, que se despidieron de su abuela con lágrimas en los ojos, estaban sin embargo muy ilusionadas por vivir en una casa nueva, tener una preciosa habitación llena de juguetes y porque ese hombre alto, fuerte y rubio fuese su nuevo papá.

En ese momento, Aniene entró en el comedor, se quitó la ropa mojada, envolvió su cuerpo en una manta y con un inusitado aplomo siguió leyendo aquellos párrafos que sellarían su sonrisa para siempre.

«Una mañana de domingo, unos excursionistas encontraron, entre unos matorrales, el cuerpo violado y estrangulado de una niña de seis años llamada Nera. Algunos testigos afirmaron haber visto cómo la criatura salía de la mano de John, compañero sentimental de su madre, y ambos se introducían en el coche familiar. La madre, presa de una fortísima conmoción al enterarse de los hechos, afirmó haber dejado a la pequeña al cuidado de su pareja, ya que la niña se encontraba enferma y no podía viajar hasta el pueblo de al lado para visitar a su abuela, que se encontraba hospitalizada.»

ANIENE, con una ligera opresión en el pecho, inspeccionó los informes médicos y un sumario de conclusiones policiales sobre el caso. Luego, se levantó y besó la fotografía de Nera que durante años había presidido el mejor

lugar en la librería del salón. Y allí, en la última casa que su madre había elegido en su constante y obsesiva huida, sentenció a John y lo condenó.

A la mañana siguiente visitó a uno de los mejores detectives privados de la ciudad para que investigara sobre el paradero del asesino. Lo único que supo al cabo de los días es que John había cumplido toda su condena en el centro penitenciario de Soto del Real y que en la actualidad se encontraba viviendo en Tailandia.

ANIENE miró por la ventanilla, se santiguó, besó con cariño la medalla que llevaba colgada al cuello y había pertenecido a Nera y sintió cómo despegaba el avión. Siempre había tenido miedo a la muerte, pero desde que descubrió la tortura a la que fue sometida una criatura de seis años no sentía ningún temor.

En la agencia de viajes le hablaron con todo lujo de detalles del ambiente salvaje y exótico de Bangkok, de sus templos, del barrio chino, de sus noches y de lo que disfrutaría en esas tierras, pero Aniene no escuchaba la información que no había pedido. No necesitaba escuchar nada.

Cuando pisó el aeropuerto de Don Muang un ligero escalofrío le recorrió el cuerpo como brote de un mal presagio. Tomó una ducha en su habitación y decidió bajar al lujoso bar del hotel. El sitio, elegante y refinado, tenía en la puerta enor-

mes figuras de dragones, igual que en las proas de los barcos antiguos. En todas las mesas había cubiteras con botellas de champán, y un grupo local amenizaba la estancia tocando piezas musicales en un pequeño escenario. Una atractiva camarera descorchó la botella y le sirvió una copa. Notó, mientras bebía, cómo algunos hombres la miraban con curiosidad y deseo, motivos por los que empezó a sentirse incómoda y la hicieron abandonar el lugar.

Como de momento no podía hacer nada más que esperar a que la agencia de detectives le indicara el lugar exacto donde podía encontrar a John, se apuntó como una turista más a una excursión que iba hasta la isla de Phuket. Mark, el guía que los acompañó durante los dos días que pasaron fuera de Bangkok, era un hombre agradable y servicial que les mostró un islote tropical lleno de vergeles y pequeños puertos pesqueros distribuidos entre verdes colinas, que hacían de esta zona una de las más hermosas del planeta.

Ese hombre, que lo mismo los conducía a grutas naturales donde los buscadores de nidos de golondrinas parecían acróbatas en lo alto de las cañas de bambú, que a unos arrecifes de coral plagados de peces tropicales, empezó a interesarse de una manera muy especial por ella y, sin dudarlo, la invitó a cenar una vez que regresaran a la ciudad.

Lo primero que hizo Aniene cuando pisó de nuevo su habitación fue comprobar su correo electrónico con nerviosismo. Allí estaba. Las noticias habían llegado a tiempo, tal y como

le prometieron. En el *e-mail* aparecía la dirección de una calle de Bangkok, la fotografía de un hombre mayor y el siguiente texto: «John Ridgway es proveedor de servicios en Tailandia y se ocupa de las gestiones administrativas y logísticas para el transporte de mercancías. Hasta dentro de dos semanas no volverá a viajar fuera de la capital.» Impresionada al ver su rostro, Aniene se sirvió una copa de bourbon.

Aprovechó la cita que tenía con Mark para inspeccionar el lugar que más tarde tendría que visitar ella sola. El guía se extrañó que quisiera ir hasta el barrio de Pat Pong, ya que era una de las zonas dominada por bares de alterne y salas de *go go girls*, además de ser peligrosa para los turistas. Pero Aniene le demostró su interés por las antigüedades y piedras preciosas que vendían mucho más baratas que en otros sitios de la ciudad. Después de dar una vuelta por los alrededores y hacer alguna compra, tomaron arroz frito con pollo y pasta de ají en uno de los restaurantes de la larga y pintoresca calle y, sentados sobre unos almohadones blancos, terminaron de comer natillas de coco mientras hablaban de sus vidas y ella miraba con interés la calle a través de los grandes ventanales.

De pronto, aquellas hermosas manos de mujer se crisparon y un espasmo recorrió su frágil cuerpo. Con los ojos desmesuradamente abiertos contempló la silueta de un hombre que caminaba junto a un chico de corta edad. Se introdujeron en un edificio, justo enfrente del restaurante donde se encontraban, y al cabo de un rato, que se le hizo eterno, pudo contemplar al muchacho, que no tendría más de doce años, salir

a la calle mientras se arreglaba la ropa. Durante esa extraña espera, Mark respetó todas sus lágrimas sin hacer preguntas. Cuando regresaron al hotel Aniene le agradeció la invitación, le besó en la mejilla y con su mirada carente de sentimientos le dijo adiós para siempre.

Pese a que había vuelto al mismo lugar un par de veces para observar al asesino, hasta esa misma mañana de densa neblina en el cielo tailandés, no había decidido llevar a cabo su temido plan. Apretó la medalla de Nera contra su pecho y determinó que aquella noche lo haría. Fue al atardecer cuando sacó de la caja fuerte de su habitación el revólver Mosin Nagant calibre 7,62 mm con silenciador que había conseguido clandestinamente en una tienda de artesanía cerca del mercado de Chatuchack, y salió a la calle dispuesta a llamar a un taxi.

Aniene esperó en el mismo restaurante que otras veces hasta que comprendió que había llegado la hora. Pagó al camarero y, envuelta en la oscuridad de la noche, distinguió con repugnancia cómo los brazos de aquel pedófilo se apoyaban en el alféizar de la ventana sosteniendo un cigarrillo entre los dedos. Tragó saliva, cruzó la calle y durante unos instantes recordó todo lo que aquel hombre había hecho con Nera. Entonces, decidida, abrió el bolso de mano y extrajo de su interior el arma. La ocultó en el bolsillo de su chaqueta y, sujetándola con toda la entereza posible, subió las escaleras con un terror que jamás había experimentado.

Cuando por fin llegó al rellano del tercer piso, el corazón le latía apresuradamente y un sudor frío recorría su cuerpo.

Deslizó los dedos por el gatillo de la pistola y tembló de pánico. Quiso recordar a su hermana para que le infundiera el valor que comenzaba a fallarle, pero no pudo retener su imagen. Luego pensó en su madre. Marina sí que le daría las fuerzas necesarias para llamar a su puerta y dispararle. Pero cuando la evocó solo pudo escuchar su hermosa voz entonando *Casablanca*, su canción favorita. Con lágrimas en los ojos la recordó presa de nostalgia.

En ese momento, escuchó cómo su madre repetía ésta vez con firmeza: «¡*As time goes by!*!» «¡*As time goes by!*!», «¡*As time goes by...* *Aniene!*!» Y Aniene comprendió: «¡Sí, mamá!, ¡*Conforme pasa el tiempo!* ¡*Conforme pasa el tiempo...*!»

Justo en ese instante y bajo una luz muy tenue apareció John Ridgway. Sus cuerpos casi se rozaron cuando él bajó por la estrecha escalera. Pero en vez de dispararle como era su intención, Aniene se agarró con fuerza a la barandilla para ahogar el ansia de su venganza, y lo dejó marchar. «*As time goes by, mamá*», «*As time goes by, mamá...*» –repitió, añorándola.

El tiempo, solo el tiempo, como decía la canción, sería el encargado de que John pagase por todos los delitos que aún seguía cometiendo.

Cómo ha cambiado la vida

M^a Clara Teruel Ávila

Es una historia real y empezó para mí sobre los años 1947 y 1948. Como seis años tenía yo, más o menos, y es desde entonces donde me llega la memoria para poder recordar y con lo que mis padres nos han contado, contar yo lo que ha sido un poco mi infancia.

Tengo un hermano dos años mayor que yo y una hermana ocho más pequeña. Ésta casi no se enteró de las aventuras que los dos hermanos mayores nos tocaron vivir, pero, eso sí, nos sirvió de mucha alegría, porque fue un juguete para nosotros.

Mis padres eran labradores y en mi casa había trabajo para todos. Con estos años, entre mi hermano y yo ya servíamos para mucho, por ejemplo, cuidar los corderos pequeños (pues de las ovejas se encargaba un tío mío) y sacarlos a pasturar por las cercanías de la casa, desde donde mi madre no nos perdía de vista casi nunca, pero nosotros corríamos jugando siempre de aquí para allá, llevándonos algún susto que otro y dándoselo mayor a mi madre, ya que nosotros no veíamos el peligro y ella sí.

A pesar de todo, mi madre se tenía que encargar del trabajo de la casa, que no era poco, como empezar haciendo el

almuerzo de todos muy temprano y en el fuego, que es lo que había entonces. Siempre desayunábamos todos juntos y fuerte, porque hasta el mediodía ya no se comía nada, ya que cada uno se dedicaba a sus tareas. También, mi madre tenía que amasar y cocer el pan, dar de comer a los animales, como gallinas, conejos, cerdos, etc., y ya entre mi hermano y yo le echábamos una buena mano acarreando el agua que se gastaba en la casa desde el río en caballería, ya que estaba bastante lejos. Llenábamos los cántaros por la mitad y los cargábamos en la burra entre los dos y luego con un cubo los terminábamos de llenar. ¿Se imaginan la hazaña? Pues era cierto, aún no teníamos fuerza entre los dos para llenar un cántaro. También mi madre tenía que ir a lavar la ropa al río y nos llevaba con ella y, como un juego para nosotros, nos entretenía dándole jabón a la ropa y jugando con el agua, y así sin darnos cuenta ya le hacíamos el prelavado.

De mi padre, pues lo mismo, a su trabajo que era el más duro, como arar la tierra con caballerías y sembrar el trigo y otras semillas, no solo para el pan, sino también para alimentar a los animales. Primero era sembrar, pero luego quedaba la siega y la trilla para recoger el grano. Ahí mi padre ya buscaba hombres a jornal para que le ayudaran, pues él solo no hubiera podido con tanto y además era faena de hombres y en esto no estábamos nosotros.

Pero nosotros no había día en el año que nouviésemos que colaborar, hasta cuando nevaba teníamos que ir con mi padre al monte y con palos pegábamos a los romeros y a otras

plantas para que se cayera la nieve, y los animales pudiesen comer, pues entonces no habían piensos compuestos y artificiales como ahora.

A mí la nieve me gusta, y me da mucha alegría cuando veo nevar, pero no me llama el ir a chafarla ni pasear por encima, pues se me pasaron de frío muchas veces los pies y eso no se olvida, como tampoco se me ha olvidado una vez que me caí a una charca de agua en invierno y mi hermano quería sacarme, pero como era de tierra, no podía y al final se resbaló en el barro y también cayó dentro. No podíamos salir hasta que mi madre nos oyó gritar y salió a buscarnos y se llevó el susto padre al vernos allí dentro. Pero como la charca era pequeña, fue más la risa que le dio a mi madre al vernos temblando hasta los dientes y llenos de barro que el peligro que tenía, y así quedó una anécdota para el recuerdo.

Otra vez estábamos como tantas veces cuidando de los corderos y los cabritos que se nos subían por todas partes y un cabritillo se subió por unas piedras muy altas de más de cuatro metros de altura y creíamos que no podía bajar. Decidimos subir a por él. Yo empujaba a mi hermano y él, como pudo, subió, pero el animalillo saltó sin ayuda de nadie y se bajó, pero mi hermano se cayó detrás de él y me dio un susto muy grande, porque no hablaba y sangraba por la boca, pero el susto también se lo di yo a mi madre cuando fui corriendo y le dije llorando: «madre, venga a recoger al nene que se ha caído y se ha muerto porque no se mueve». Motivos no le faltaban al pobre, porque se había partido la lengua con los dientes

y se rompió un brazo. Total que se recuperó y pasamos una aventura más, pero para mi madre tuvo que ser bastante gordo, ya que no lo olvidó nunca.

En otra ocasión yo también me rompí el brazo, pero fue jugando a pillar, o sea, sin aventura.

Otra aventura, pero esta más alegre, fue que yo tenía una muñeca de cartón (como eran antes), la única que tenía, y a mi hermano y a mí se nos ocurrió ponernos a jugar a muertos. La muñeca se había muerto y la teníamos que enterrar. Hicimos un hoyo muy grande, la enterramos, le pusimos flores y terminamos la ceremonia. Pero cuál fue la sorpresa al día siguiente, que íbamos a desenterrarla para seguir jugando con ella, y nos encontramos que mi padre había labrado el bancal y no encontramos ni rastro de ella, porque la señal que habíamos hecho con las flores había desaparecido. Total, que hasta que no vino la siguiente feria no tuve otra.

Como desde muy pequeños nos enseñaron a cuidar los animales, yo siempre les tenía tan gran estima que lo que más me gustaba era echarles de comer y verlos felices comiendo. Yo me encargaba de sacar los huevos casi siempre, porque eso era bonito, también me encargaba de segar alfalfa casi a diario. Esto lo hacía yo porque me gustaba, a pesar de que tengo todos los dedos de la mano izquierda con señales de cortes que me hacía con la hoz, pero mi madre siempre me curaba con lo mismo, vendas pequeñas que hacía con trapos y aceite de oliva, y jamás se me infectaba ningún corte por grandes que fuesen.

Lo que no podía soportar era que matasen a los animales, y mira si mataban para poder comer, pero mi madre tenía que esconderse para matarlo y me decía que se había muerto. Aun así, yo siempre lloraba y tomaba un gran disgusto.

Cuando llegaba el tiempo de la matanza del cerdo, a la hora de sacrificarlo, yo me iba lejos a esconderme, tapándome los oídos para no oírlos chillar y lo pasaba muy mal.

Otra secuencia (esta más seria) fue en otra ocasión que mi padre me llevó con él para ayudarlo a regar en la huerta. Yo tenía seis años y me ponía al final de las eras de patatas, jugando con una azada pequeña, para que, cuando llegase el agua al final, yo avisara a mi padre, y él ya cambiaba el agua a otra era. Para mí eso era como un juego, porque yo era feliz y a mi padre le hacía un buen servicio.

Pero en una ocasión de éstas, tuve un accidente muy serio, pues me picó una serpiente que salió de entre la hierba huyendo del agua, y como yo estaba al final, se encontró conmigo y me picó en el pie. Lo malo fue que se trataba de una víbora y es venenosa.

Tuve buena suerte, ya que mi padre corrió muchísimo hacia la casa a contárselo a mi madre y ella me hizo una especie de torniquete en la pierna para detener el veneno, lo que fue mi salvación según confirmó el médico. Pues desde donde me picó hasta el pueblo había como tres horas a pie y eso era mucho tiempo. Esta idea que mi madre tuvo de atarme la pierna fue por la mala suerte que otras personas tuvieron con otra

niña que murió, y mis padres habían oído que si le hubieran detenido el veneno, quizás no hubiera muerto. Pero no sabían ellos que lo tenían tan cerca y gracias a su acierto estoy aquí.

A partir de entonces mis padres decidieron y tuvieron ocasión de cambiarnos a otra finca que quedaba a tres kilómetros del pueblo, o sea, a media hora andando y sobre diez minutos en bicicleta.

Lo que sí que recuerdo, pero entonces no entendía, es que nos visitaba mucho la guardia civil, una pareja, dos, tres y a veces más. Yo les tenía mucho respeto y mis padres también.

Recuerdo que se quitaban las capas y colgaban los fusiles y se sentaban al calor del fuego, mi hermano y yo no les quitábamos la vista del susto que teníamos de verlos, pero ellos seguían hablando con mi padre y hacían tiempo para que se acercara la hora de la cena. Ellos no pedían nada, pero mis padres les ofrecían y decían: «si usted se empeña..., vale». No es que mi padre insistiera, si no que ellos se cogían a la primera. Entonces mis padres freían patatas y huevos o hacían tortillas y sacaban de las horzas el lomo y longanizas y cenaban como reyes. Ellos se lo comunicaban unos a otros y no nos faltaba protección ni comensales a la mesa, pues en aquellos tiempos cenar así no era fácil. Mi padre siempre decía: «a la guardia civil mejor darles a que te den, y mejor saludarles a que te saluden ellos».

Ya nos hacíamos mayores, yo tenía unos ocho años y mi hermano diez, cuando nació mi hermana pequeña. Entonces

nos cambió mucho la vida, porque empezamos a ir a la escuela, aunque ya sabíamos leer y escribir algo porque mi padre nos enseñaba por las noches.

Primero íbamos a la escuela a pie, pero enseguida compró mi padre una bicicleta y mi hermano me llevaba a mí, hasta que me compraron otra a mí y entonces ya era mucho más divertido, cada uno con la suya, haciendo carreras y cayendo de vez en cuando, pero siempre llegábamos puntuales, pues madrugábamos mucho para ayudar en las tareas diarias a mi madre y cuando ella lo creía conveniente nos mandaba al colegio.

Anécdotas parecidas a éstas podría contar muchísimas, pero creo que es suficiente para contar un poco lo que mi vida fue. Si hubiese ocasión podría hacerlo.

Considero que no era explotar a los niños ni marginarlos con el trabajo, pero sí que era trabajar desde que servías para algo y ayudar a los padres que querían empezar y luchar para darnos una vida mejor que la que ellos tuvieron, y desde luego que lo consiguieron, porque nosotros, me refiero a los pequeños de mi casa, no pasábamos hambre ni un solo día, gracias a Dios y al empeño de mis padres pusieron en salir adelante en aquellos momentos.

Siempre me he sentido orgullosa de aquella vida que me enseñaron a vivir desde tan pequeña, pero tan llena de razones verdaderas. Recordando todo esto me doy cuenta de cómo ha cambiado la vida.

Creo que ha valido la pena contarla un poco para que vean los niños de hoy que antes, sin tener maquinatas ni consolas ni tantísimos juguetes, se podía ser muy feliz valorando mucho más las cosas y respetando a tus padres.